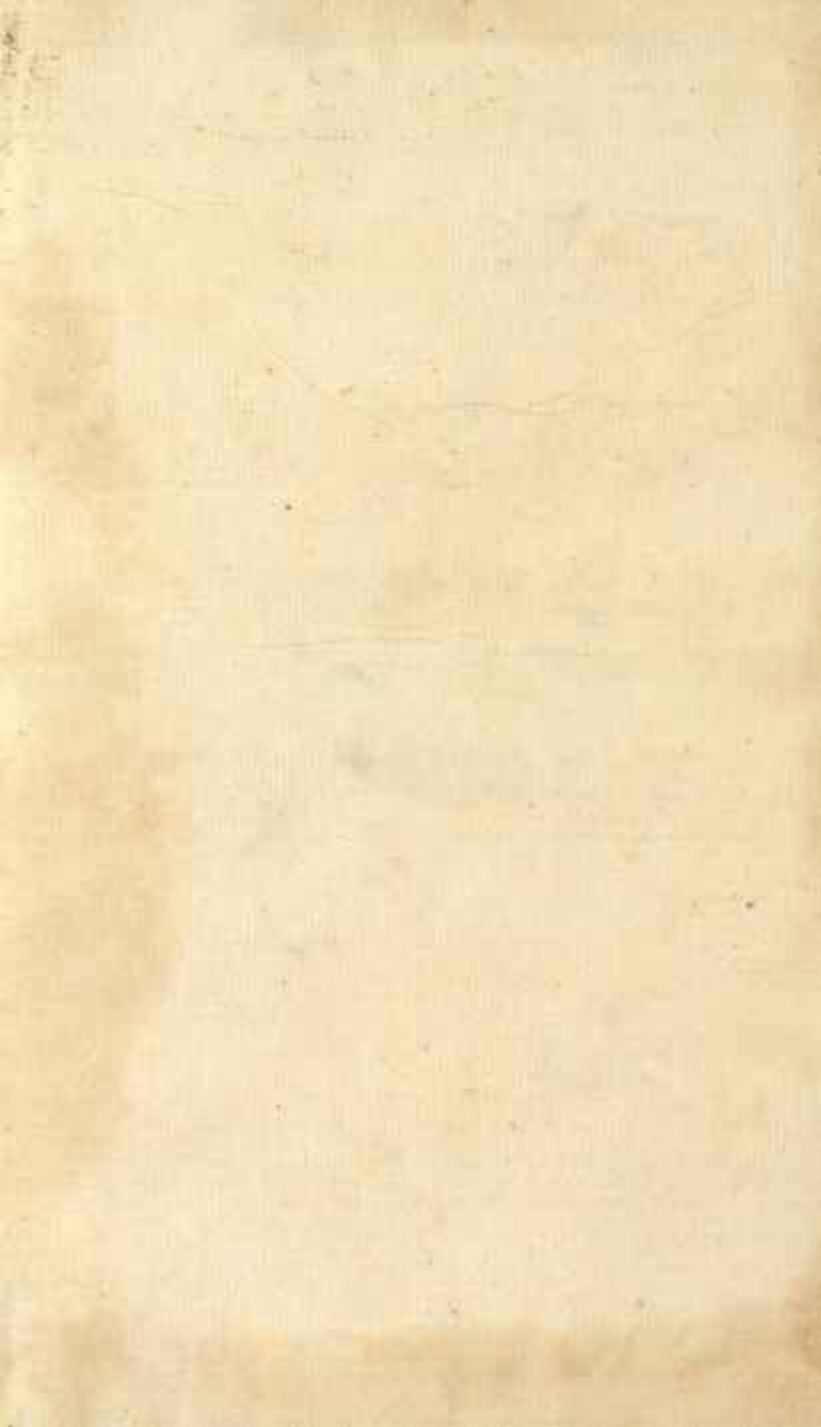
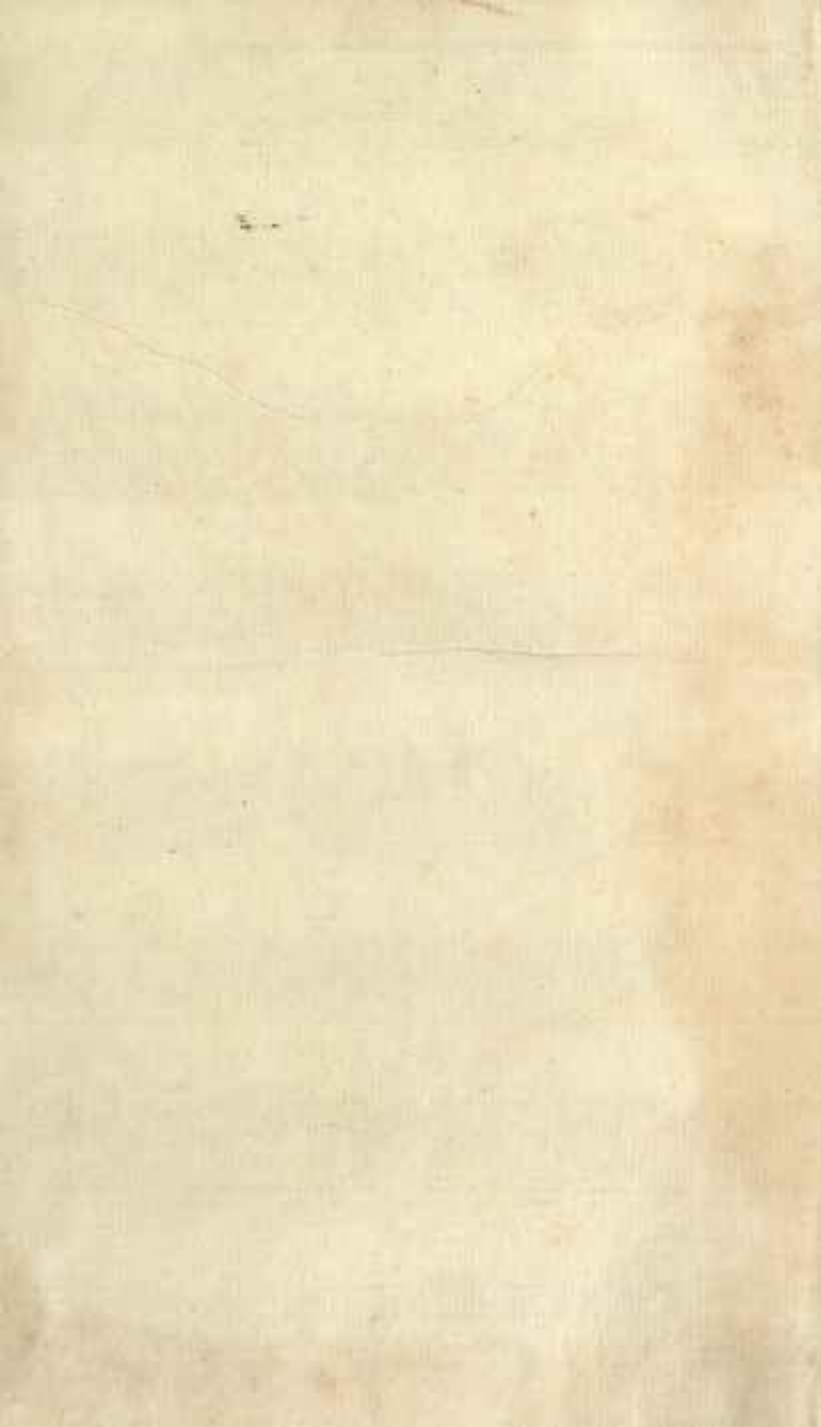




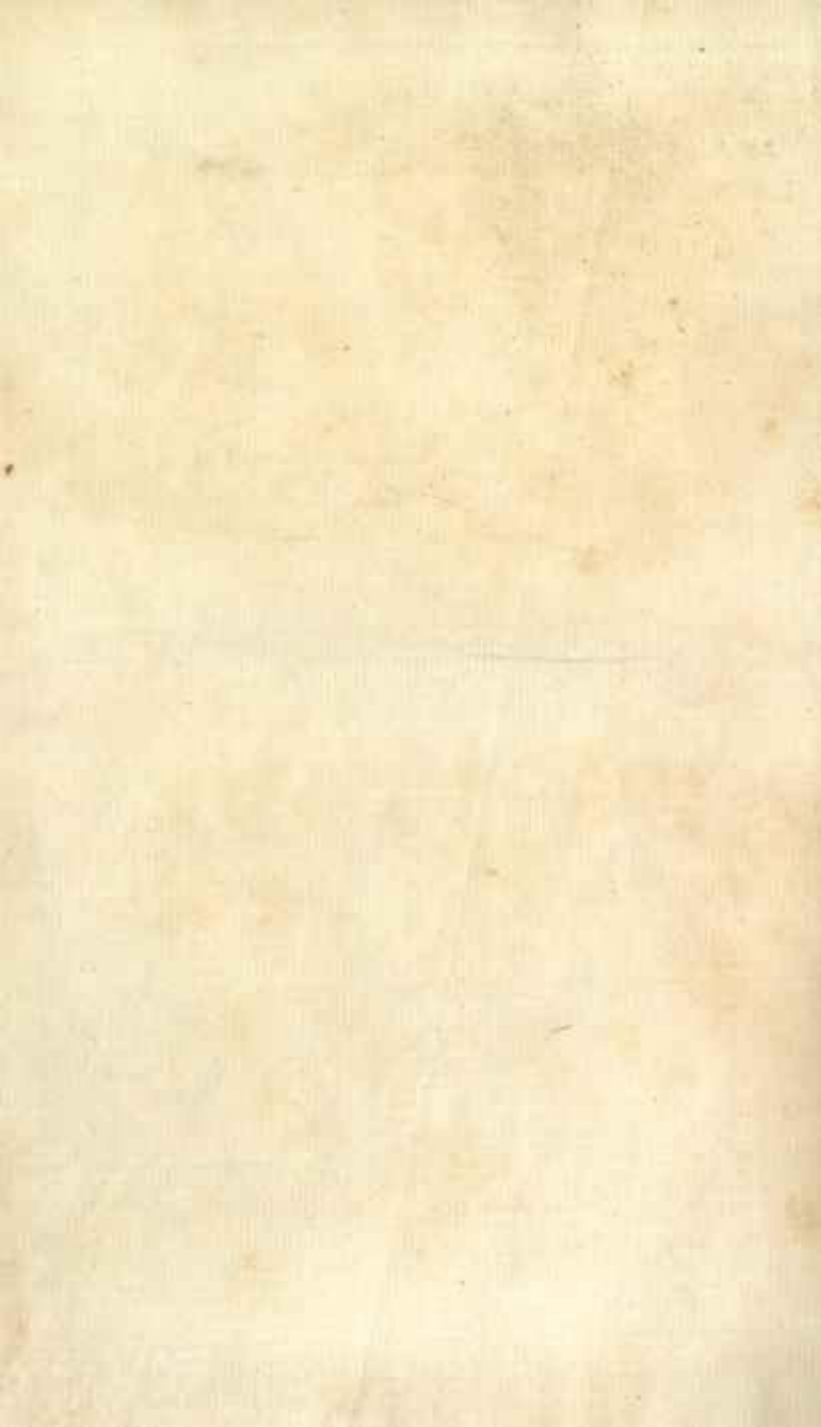




LECHONES

DE FELISA MORALES

DELENTENCA



LECCIONES
DE FILOSOFÍA MORAL
Y ELOCUENCIA.



LECCIONES

DE



FILOSOFÍA MORAL Y ELOCUENCIA;

ó Coleccion de los trozos mas selectos de Poesía,
Elocuencia, Historia, Religion, y Filosofía moral
y política, de los mejores Autores Castellanos;

PUESTAS EN ORDEN

POR DON JOSEF MARCHENA.

Antecede un Discurso preliminar acerca de la Historia
literaria de España, y de la relacion de sus vicisitudes
con las vicisitudes políticas.

~~~~~  
TOMO SEGUNDO.  
~~~~~

BURDEOS,
IMPRENTA DE DON PEDRO BEAUME.

77-30

LECCIONES

DE

FILOSOFÍA MORAL Y ELOCUENCIA.

CAPITULO X.

NARRACIONES.

Tentativa contra Granada, hecha por los Moriscos rebeldes.

EN fin á los veinte y tres de Diciembre, luego que sucedió el caso de Cadiar, la misma gente con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos salieron en público, movieron los lugares comarcanos y los demas de la Alpujarra y Rio de Almeria, con quien tenian comun el tratado, enviando por corredores, y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la Vega, á Farax Aben Farax, con hasta ciento y cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligacion y mas esfuerzo tenian. Ellos reco-

giendo la que se les llegaba, tomaron resolución de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buena orden, segun su costumbre.

En España no habia galeras; el poder del Rey ocupado en regiones apartadas, y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado; que tal estado era el que á ellos parecia mas á su propósito. Los Ministros y gente en Granada mas sospechosa que proveida; como pasa donde hay miedo y confusion. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo, y caer tanta nieve en la Sierra que llaman Nevada, y antiguamente Soloria, y los Moros Solaira, que cegó los pasos y veredas, cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax con los ciento y cincuenta hombres poco ántes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la Sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre: llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los Reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada; cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes, y á los ausentes dió tanto mas en que pensar, cuanto mas lejos se hallaban: porque semejantes acaecimientos, cuanto mas se van apartando de su principio, tanto parecen mayores, y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia, riquezas, gobernado por Rey que pocos años ántes habia hecho en persona el mayor principio, que nunca hizo Rey en España, vencido en un año dos batallas, ocupado por

fuerza tres plazas al poder de Francia, compuesto negocio tan desconfiado como la restitution del Duque de Saboya, hecho por sus capitanes otras empresas, atravesado sus banderas de Italia á Flandes (viage al parecer imposible) por tierras y gentes, que despues de las armas Romanas nunca viéron otras en su comarca, pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos: dentro en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras, entrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de Reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle. Los Moriscos, hombres mas prevenidos que diestros, esperaban por horas la gente de la Alpujarra, salian el Tagarí y Monfarrix, dos capitanes, todas las noches al cerro de Santa Helena, por reconocer, y saliéron la noche ántes con cincuenta hombres escogidos, y diez y siete escalas grandes, para juntandose con Farax entrar en el Alhambra: mas visto que no venian al tiempo, escondiendo las escalas en una cueva se volviéron sin salir la siguiente noche, pareciendoles como poco pláticos de semejantes casos, que la tempestad estorbaria á venir tanta gente junta, con que pudiesen ellos y sus compañeros poner en ejecucion el tratado del Alhambra; debiendose esperar semejante noche para escalarla. Mas los del Albaicin estuviéron sosegados en las casas, cerradas las puertas, como ignorantes del tratado, oyendo el pregon; porque aunque se hubiese comunicado con ellos, no con todos en general ni particularmente, ni estaban todos ciertos del dia (aunque se dilató poco la venida),

ni del número de la gente, ni de la órden con que entraban, ni de la que en lo por venir tendrían. Dijose, que uno de los viejos abriendo la ventana, preguntó : *Cuantos eran*, y respondiendole : *seis mil*, cerró, y dijo : *pocos sois, y venis presto*, dando á entender que habian primero de comenzar por el Alhambra, y despues venir por el Albaicin, y con las fuerzas del Rey de Argel. Tampoco se movieron los de la Vega, que seguian á los del Albaicin; especialmente no oyendo la artillería del Alhambra, que tenian por contraseño. Habia entre los que gobernaban la ciudad emulacion y voluntades diferentes; pero no por esto así ellos como la gente principal y pueblo dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estuvose la noche en armas : tuvo el Conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca, cosa en aquel tiempo ya desusada; pero avisado de lo que era, con mejor guardia. El Marques, aunque no tenia noticia del contraseño que los Moros habian dado á la gente de la Vega, y él le tenia dado á la gente de la ciudad, que en la ocasion habia de disparar tres piezas, temiendo que si se hacia pensasen los Moros que estaba en aprieto, y acometiesen el Alhambra en que habia poca guardia, mandó que ningun movimiento se hiciese, ni se pidiese gente á la ciudad; que fué la salvacion del peligro, aunque proveido á otro propósito; porque acudiendo los Moriscos de la Vega al contraseño, necesitaban á los del Albaicin á declararse y juntarse con ellos, y como descubiertos combatir la ciudad. Bajó el Conde á la plaza nueva, y puso la gente en órden : acudieron muchos de los forasteros, y de la ciudad personas principales, al Presidente Don Pedro de Deza por su oficio, por el cuidado que le habian visto

poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad, buena manera generalmente con todos; y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el Marques de Mondejar; que con solos cuatro de á caballo y el Corregidor subió al Albaicin, mas por reconocer lo pasado, que suspender el daño que se esperaba, ó asegurar los ánimos que ya tenia por perdidos, contento con alargar algun dia el peligro: mostrando confianza y gozar del tiempo que fuese comun á ellos, para ver como procedian sus valedores; y á él para armarse y proveerse de lo necesario, y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: *Encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas, livianos; hombres que con las culpas ajenas pensaban redimir sus delitos, ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre, y en casos tan calificados de la voluntad que tenian al servicio del Rey, poniendo personas, haciendas, y vidas con tanta obediencia á los Ministros; ofreciendose de ser testigo, y representante de su fé y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados, y remunerados. Pero ellos respondiendo pocas palabras, y esas mas con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados, ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones. Y pareciendole al Marques bastar aquello sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad. Habia ya enviado á reconocer los enemigos; porque ni del propósito, ni del número, ni de la calidad de ellos, ni de las espaldas con que habian entrado se tenia certeza, ni del camino que hacian. Refiriéron que habiendo parado en la casa de las Gallinas, atravesaban Xenil la vuelta de la Sierra; puso recaudo*

en los lugares que convenia , encomendó al Corregidor la guardia de la ciudad , dejó en el Alhambra donde habia pocos soldados mal pagados , y estos de á caballo , el recaudo que bastaba ; juntando con los criados y allegados del Conde de Tendilla personas de crédito y amistades en la ciudad. El con la caballeria que se halló , siguió los enemigos , llevando consigo á su yerno y hijos ; siguiéronle parte por servir al Rey , parte por amistad , ó por probar sus personas , ó por curiosidad de ver , toda la gente desocupada y principal que se hallaba en la ciudad. Salió con la gente de su casa el Conde de Miranda Don Pedro de Zuniga , que á la sazón residia en pleitos , Grande igual en estado y linage ; eran todos pocos , pero calificados. Mas los enemigos , visto que los vecinos del Albaicin estaban quedos , y los de la Vega no acudian ; con haber muerto un soldado , herido otro , saqueado una tienda y otra como en señal que habian entrado , tomaron el camino que habian traido , y por las espaldas de la Alhambra prolongando la muralla , llegaron á la casa que por estar sobre el Rio llamaban los Moros Dar-al-huet , y nosotros de las Gallinas , segun los atajadores habian referido ; pararon á almorzar , y estuvieron hasta las ocho de la mañana ; todo guiado por Farax , para mostrar que habia cumplido con la comision , y acusar á los del Albaicin ó su miedo , ó su desconfianza , y aun con esperanza que llegada la gente de la Alpujarra harian mas movimiento. Pero despues que ni lo uno ni lo otro le sucedió , acogióse al camino de Niguelles arriandose á la falda de la montaña , y puesto en lo áspero caminó , haciendo muestra que esperaba. Pocos de la compañía del Marqués alcanzaron á mostrarse , y ninguno llegó á las manos por la aspereza del sitio ; aunque

le siguiéron por el paso del Rio de Monachil hasta atravesar el barranco, y de allí al parage de Dilar, por donde entráron sin daño en lo mas áspero.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Batalla y toma del Peñon de las Guajaras por el Marques de Mondejar.

ENTRE los que allí viniéron á servir, fué uno Don Juan de Villarroel, hijo de Don Garcia de Villarroel, Adelantado que fué de Cazorla, y sobrino (segun fama) de Fray Francisco Ximenez, Cardenal y Arzobispo de Toledo, Gobernador de España entre la muerte del Rey Católico Don Fernando y el reinado del Emperador Don Carlos. Era á la sazón Capitan de Almerja, y servia de Comisario general en el campo; hombre de años, probado en empresas contra Moros, pero de consejos sutiles y peligrosos; que habia ganado gracia con hallar culpas en Capitanes generales, siendo á veces escuchado, y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella ocasión, gastó la noche sin sueño en persuadir al Marqués que le mandase con cincuenta soldados reconocer el fuerte de los enemigos, diciendo que del alojamiento no se descubria al paso del peñon alto. Concurrió el Marqués, mostrando hacerlo mas por permission y licencia que mandamiento; pero amonestandole que no pasase del cerro pequeño que estaba entre su alojamiento y la cuesta; y que no llevase consigo mas de cincuenta arcabuceros; blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas Don Juan, pasando el cerro,

comenzó á subir la cuesta sin parar, aunque fué llamado del Marques; y á séguito mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas, ó por codicia del robo; pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el Marques estorbar: porque Don Juan viendose acrecentado con número de gente, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniendose por señor de la jornada, sin guardar la órden que se le dió ni la que se debe en hechos semejantes, desmandada la gente no con mas acierto que el que daba su voluntad á cada uno, comenzó la subida con el ímpetu y priesa que suele quien va ignorante de lo que puede acontecer; mas dende á poco con flojedad y cansancio: vista por los enemigos la desórden, hiciéron muestra de encubrirse con el Peñon bajo dando apariencia de escapar; pensáron los nuestros que huian, y apresuráron el paso; creció el cansancio, oíanse tiros perdidos de arcabuceria, voces de hombres desordenados, vianse arremeter, parar, cruzar, mandar; movimientos segun el aliento ó apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse mas capitanes que hombres, ántes cada cual lo era de sí mismo; el hábito del capitan un capote, una montera, una caña en la mano. No se estaba á media cuesta, cuando la gente comenzó á pedir municion de mano en mano; oyéron los enemigos la voz, peligrosa en semejantes ocasiones: y viendo la desórden saltáron fuera con el Zamar hasta cuarenta hombres; esos con pocas armas y menos muestra de acometer: pero convidados del aparejo, y ayudados de piedras que los del Peñon echaban por la cuesta y de alguna gente mas, diéron á los nuestros una carga algo retenida, aunque bastante para que todos volviesen las espaldas con mas priesa que habian subido, sin que

hombre hiciese muestra de resistir, ni la gente particular fuese parte para ello; ántes los seguian, mostrando querellos detener: fuéron los Moros creciendo, ejecutando, y matando hasta cerca del Arroyo. Murió Don Juan de Villarroel desalentado, con la espada en la cinta, cuchilladas en la cabeza y las manos, segun se reparaba: Don Luis Ponce de Leon, nieto de Don Luis Ponce, que herido de muerte y caido le despenó un su criado por salvale, y Juan Ronquillo, Vecdor de las compañías de Granada, y un hijo solo del Maestre de campo Hernando de Oruña, viendole su padre y todos peleando. Fuéron los muertos muchos mas que los que los seguian, y algunos ahogados con el cansancio; los demas se salváron; y entre ellos Don Gerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, que herido y peleando hasta que cayó, le sacó arrastrando por los piés un esclavo á quien él dió libertad. El Marques, vista la desórden, y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarle las espaldas encaminados á un cerro que le estaba encima, envió á Don Alonso de Cardenas con pocos arcabuceros que pudo recoger; hombre suelto y de campo, el cual previno, y aseguró el alto. Estaba el Marques apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabucería, esperando los enemigos, y recogiendo la gente que venia rota: pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro día al amanecer llegó la retaguardia, serian por todos cinco mil y quinientos infantes, y cuatrocientos caballos, compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener cuenta con solo el número. Ordenó solo un escuadron por el temor de la

gente que el día de ántes habia recibido desgracia , guardado á los costados con mangas prolongadas de arcabucería ; era el Peñon por dos partes sin camino , mas por la que se continuaba con la montaña habia salida menos áspera ; aquí mandó estar caballería y arcabucería apartada , pero cubierta , porque vistos no estorbasen la huida. Son los Moros , cuando se ven encerrados , impetuosos y animosos para abrirse el paso ; mas abierto procuran salvarse , sin tornar el pecho al enemigo , y por esto si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan , es á ellos. Acometiólos con esta orden , y duró el combatir con pertinacia hasta la escuridad de la noche , los unos animados , los otros indignados del suceso pasado : mandó tocar á recoger , y alojó pegado con el fuerte , encomendando la guardia á los que llegaron holgados. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro , el robo , la cautividad , la muerte ; trajoles el miedo confusion y discordia , como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir ; unos querian defenderse , otros rendirse , otros huir ; al fin salió la mayor parte de la gente forastera y Monfies con los capitanes Giron , y el Zamar , sacando las mugeres y niños que pudieron , y quedó todavía número de gente de los naturales : y aunque flacamente reparada , si tuvieran esfuerzo y cabezas , con el favor de lo pasado y el aparejo del sitio , solas mugeres bastaban á defenderse ; hiciéron al principio resistencia , ó que el desdén de verse desamparados , ó la ira los encendiese ; pero apretados enflaquecieron , y dando lugar fueron entrados por fuerza : no se perdonó con orden del Marques á persona ni edad : el robo fué grande , y mayor la muerte , especialmente de mugeres ; no faltó ambicion que se ofreciese á solici-

talla, como cargo de mayor importancia. Escapó Giron; fué preso y herido de un arcabucero por el muslo el Zamar, por salvar una hija.suya doncella, que no podia con el trabajo del camino; y llevado á Granada le mandó atenazar el Conde de Tendilla, que hizo calificada la victoria.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Empresa de Valor y rota de los Españoles.

LLEVARON los Capitanes órden de palabra, que tomasen y atajasen los caminos, cercasen el lugar; y sin que la gente entrase dentro, llamasen los Regidores y principales, requiriesenlos que entregasen á Aben Humeya que se llamaba Rey; y en caso que se escusasen, con personas deputadas por ellos mismos, y por los Capitanes le buscasen por las casas: y no pareciendo, trajesen los Regidores presos ante el Marques, sin hacer otro daño en el lugar. Partiéron con esta resolucion, y ántes que llegasen á Valor, donde se descubre la punta de Càstil de Ferro, los alcanzó Ampuero, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito; añadiendo que si gente de salvaguardia ó de Valor el alto la hallasen en el bajo, la dejasen estar. Mas Antonio de Avila que ya traia consigo la mala fortuna, dicen que respondió: *Que si en algo se escediese de la órden, todo seria dar culpa á los soldados.* Llegando á Valor tomaron los caminos, cercaron el lugar; salieron los principales á ofrecer favor, diligencia, vituallas. Mas los que viniéron al cuartel de Antonio de Avila fuéron muertos, sin ser oídos. Alteróse el lugar, entraron los soldados ma-

tando y saqueando, juntáronse los de Alvaro Flores, que para esto eran todos en uno; murieron algunos Moriscos, que no pudieron defenderse ni huir; fué robada la tierra, y los soldados recogieron el robo en la iglesia, diciendo los Capitanes: que su órden era llevar los Moriscos presos, y no podian de otra manera cumplir con ella. Mas los Moriscos, visto el daño, hicieron ahumadas á los suyos que andaban por la montaña, y á los que cerca estaban escondidos: los nuestros al nacer del dia partiendo la presa, en que habia ochocientos cautivos y mucha ropa, las bestias y ellos cargados, tomaron el camino de Orgiba, los embarazos y presas en medio. Partida la vanguardia, mostróse á la retaguardia Abenzaba, capitan de Aben Humeya en aquel partido, con trecientos hombres como de paz, requerialos con la salvaguardia; que dejando las personas cautivas llevasen el resto: mas viendo cuan poco les aprovechaba, comenzaron á picallos y desordenallos, hasta que á la cubierta de un viso diéron en la emboscada de docientos hombres, y volviendose á las mugeres les dijéron: *Damas, no vais con tan vil gente*; juntamente con estas palabras el Partal, hombre cuerdo y valiente, uno de cinco hermanos todos deste nombre que vivian en Narila, acometió la retaguardia por el costado: mas los soldados, por no desamparar la presa, hicieron poca resistencia; la vanguardia caminaba cuanto podia, sin hacer alto ni descargarse de la presa, y todos iban ya ahilados; los delanteros por llegar á Orgiba, los postreros por juntarse con los delanteros: en fin del todo puestos en rota sin osar defenderse ni huir, muertos los capitanes y oficiales, rendidos los soldados y degollados con la presa á cuestras ó en los brazos, salváronse entre todos como

cuarenta; los demas fuéron muertos, sin recibir á prision, ni perder los enemigos hombre, de quinientos que se juntáron.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Asesinato de los Moros que se hallaban en las cárceles de Granada, por el pueblo y los Ministros de la Chancillería.

HABIA en la cárcel de la Chancillería hasta ciento y cincuenta Moriscos presos; parte por seguridad (que eran escandalosos), parte por delitos ó sospecha dellos; todos como de los mas ricos y acreditados en la ciudad, así de los mas inhábiles para las armas, gente dada á trato y regalo. Contra estos se levantó voz á media noche, estando los hombres en sosiego, que procuraban quebrantar las prisiones, matar las guardias, salir de las cárceles, y juntos con los Moros de la Vega y Alpujarra levantar el Albaicin, degollar los cristianos, escalar el Alhambra, y apoderarse de Granada; empresa difícil para sueltos, y muchos, y experimentados, aunque con menos recatamiento se estuviera. Mas no dejó de tener este movimiento algunas causas; porque hubo informacion que lo trataban, y deposiciones de testigos, que en ánimos sospechosos lo imposible hacen parecer fácil. Acrecentáron la sospecha algunas escalas (aunque de esparto) anchas y fuertes, fabricadas para escalar muralla, que el Conde halló en cierta cueva al cerro de Santa Helena; pertrecho que los Moros guardaban para entrar en el Alhambra la noche que viniéron al Albaicin, como está dicho. Alborotado el pueblo corrió á las

cárceles con autoridad de justicia , acriminando los Ministros el caso , y acrecentando la indignacion : matáron cuasi todos los Moriscos presos , puesto que algunos hiciesen defensa con las armas que hallaban á mano , como piedras , vasos , madera , poniendo tiempo entre la ira del pueblo y su muerte. Habia en ellos culpados en pláticas y demostraciones , y todos en deseo ; gente flaca , liviana , inhábil para todo , sino para dar ocasion á su desventura.

HURTADO DE MENDOZA , *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Expulsion de los Moriscos del reino de Granada.

MANDÓ el Rey que todos los Moriscos habitantes en Granada saliesen á vivir repartidos por lugares de Castilla y el Andalucía ; porque morando en la ciudad , no podian dejar de mantenerse vivas las pláticas y esperanzas , dentro y fuera. Habia entre los nuestros sospechas , desasosiego , poca seguridad ; parecia á los que no tenian esperiencia de mantener pueblos , oprimiendo ó engañando á los enemigos de dentro y resistiendo á los de fuera , estar en manifiesto peligro. Con tal resolucion ordenó Don Juan á los veinte y tres de Junio , que encerrasen todos los Moriscos en las iglesias de sus parroquias ; ya era llegada gente de las ciudades á sueldo del Rey , y se estaba con mas seguridad. Puso la ciudad en arma la caballería y la infantería repartida por sus cuarteles : ordenó al Marques de Mondejar que subiendo al Albaicin se mostrase á los Moriscos , y con su autoridad los persuadiese á encerrarse llanamente. Recogidos que fuéron de esta manera , mandáronlos ir al Hospital

real, fuera de Granada un tiro de arcabuz; anduvo Don Juan por las calles con guardas de á caballo y guion; viólos recoger inciertos de lo que habia de ser dellos; mostraban una manera de obediencia forzada, los rostros en el suelo con mayor tristeza que arrepentimiento; ni desto dejáron de dar alguna señal; que uno dellos hirió al que halló cerca de sí: dicese que con acometimiento contra Don Juan, pero lo cierto no se pudo averiguar, porque fué luego hecho pedazos; yo, que me hallé presente, diria que fué movimiento de ira contra el soldado, y no resolucion pensada. Quedáron las mugeres en sus casas algun dia, para vender la ropa y buscar dineros, con que seguir y mantener sus maridos. Saliéron atadas las manos, puestos en la cuerda, con guarda de infantería y caballería por una y otra parte, encomendados á personas que tuviesen cargo de irlos dejando en lugares ciertos del Andalucía, y guardallos; tanto porque no huyesen, como porque no recibiesen injuria. Quedáron pocos mercaderes y oficiales, para el servicio y trato de la ciudad; algunos á contemplacion y por interese de amigos. Muchos de los mañebos que adivináron la mala ventura huyéron á la Sierra, donde la hallaban mayor; los que saliéron por todos tres mil y quinientos, el número de mugeres mucho mayor. Fué salida de harta compasion para quien los vió acomodados y regalados en sus casas: muchos muriéron por los caminos de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre; á hierro, por mano de los mismos que los habian de guardar, robados, vendidos por cautivos.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Empresa del Fuerte de Frejiliana. •

LLEGADO el Comendador mayor á Torrox, envió á Don Martin de Padilla, hijo del Adelantado de Castilla, con alguna infantería suelta para reconocer el fuerte de Frejiliana, y volvió trayendo consigo algun ganado. Pusose al pié de la montaña; y despues de haber reconocido de mas cerca, dió la frente á Don Pedro de Padilla con parte de sus banderas y otras hasta mil infantes, y mandóle subir derecho. A Don Juan de Cardenas, hijo del Conde de Miranda, mandó subir con cuatrocientos aventureros y otra gente plática de las banderas de Italia por la parte de la mar, y por la otra á Don Martin de Padilla con trecientos soldados de galera y algunos de Málaga y Velez: los demás que acometiesen por las espaldas del fuerte, donde parece que la subida estaba mas áspera, y por esto menos guardada, y estos mandó que llevase Arevalo de Suazo con alguna caballería, por guarda de la ladera y del agua. Mas Don Pedro, aunque de su niñez criado á las armas y modestia del Emperador, soldado suyo en las guerras de Flandes, despreciando con palabras la órden del Comendador mayor, la cual era que los unos esperasen á los otros, hasta estar igualados (porque parte dellos iban por rodeos), y entónces arremetiesen á un tiempo, arremetió sin él, y llegó primero por el camino derecho.

Los enemigos estuviéron á la defensa como gente plática; y juntos resistiéron con mas daño de los nuestros que suyo: pero al fin dado lugar á que nuestros armados se pegasen con el fuerte, y comenzasen con las picas á desviarlos, y á derribar las piedras dél, y los arcabu-

ceros á quitar traveses, estuviéron firmes hasta que salió un Turco de galera enviado por el Comendador mayor á reconocer dentro , con promesa de la libertad. Este dió aviso de la dificultad que habia por la parte que eran acometidos , y quanto mas fácil seria la entrada al lado y espaldas. Partió la gente y combatiólos por donde el Turco decia ; lo mismo liciéron los enemigos para resistir, pero con mucho daño de los nuestros , que eran heridos y muertos de su arcabucería , al prolongarse por el reparo. Todavía partidas las fuerzas con esto , aflojéron los que estaban á la frente ; y Don Juan de Cardenas tuvo tiempo de llegar, lo mismo la gente de Málaga y Velez , que iba por las espaldas. Mas los Moros viendose por una y otra parte apretados , saliéron por la del Maestral , que estaba mas áspera y desocupada , como dos mil personas , y entre ellos mil hombres , los mas sueltos y pláticos de la tierra : fué porfiado por ámbas partes el combate , hasta venir á las espadas , de que los Moros se aprovechan menos que nosotros , por tener las suyas un filo , y no herir ellos de punta. Con la salida de estos y sus Capitanes tuviéron los nuestros menos resistencia : entráron por fuerza por la parte mas difícil , y no tan guardada , que tocó á Arevalo de Suazo , donde él fué buen caballero , y buena la gente de Málaga y Velez : pero no entráron con tanta furia que no diesen lugar á los que combatian de Don Pedro de Padilla y á los demas , para que tambien entrasen al mismo tiempo. Muriéron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres , la mayor parte viejos : mugeres y niños cuasi mil y trecientos con el ímpetu y enojo de la entrada , y despues de salidos , en el alcance , y heridos otros cerca de quingientos. Cautiváronse cuasi dos mil

personas : los capitanes Garral y el Melilu, General de todos, con la gente que salió viniéron destrozados á Valor, donde Aben Humeya los recogió, y mandó dende á pocos dias tornar al mismo Frejiliana. Mas el Melilu, rico y de ánimo, hizo ahorcar á Chacon que trataba con los cristianos, por una carta de su muger que le halláron, en que le persuadía á dejar la guerra y concertarse. Dicese que en el fuerte los viejos de concierto se ofreciéron á la muerte, porque los mozos se saliesen en el entretanto; al revés de lo que suele acontecer y de la órden que guarda naturaleza, como quier que los mozos sean animosos para ejecutar y defender á los que mandan; y los viejos para mandar, y naturalmente mas flacos de ánimo que cuando eran mozos. De los nuestros fuéron heridos mas de seiscientos, y entre ellos de saeta Don Juan de Cardenas, que fué aquel dia buen caballero. Entre otros muriéron peleando Don Pedro de Sandoval, sobrino del Obispo de Osma, y pasados de trecientos soldados, parte aquel dia y parte de heridas en Málaga; donde los mandó el Comendador mayor, y vender y repartir la presa entre todos á cada uno segun le tocaba, repartiendoles tambien el quinto del Rey.

● ●

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra
contra los Moriscos de Granada.*

Asesinato de Aben Humeya.

EL principio fué descontentamiento de los Turcos, mostrados á mandar su Rey en Berbería; temor que dél tenían sus amigos, poca seguridad de las personas y haciendas, sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal, luego que le eligiéron, que ninguno en

su compañía tuviese Morisca por amiga , sino por legítima muger ; y guardabase esto generalmente. Mas había entre las mugeres una viuda , muger que fuera de Vicente de Rojas , pariente de Rojas , suegro de Aben Humeya : muger igualmente hermosa y de linage , buena gracia , buena razon en cualquier propósito , ataviada con mas elegancia que honestidad ; diestra en tocar un laud , cantar , bailar á su manera y á la nuestra , amiga de recoger voluntades y conservallas. A esta se llegó un primo suyo (como es costumbre entre parientes) despues de muerto el marido en la guerra , de quien Aben Humeya se fiaba , llamado Diego Alguacil ; vivian juntos , comunicabanse mas que familiarmente : trataba él con Aben Humeya , loando sus buenas partes y conversacion tanto , que á descarla ver le inclinó ; y contento della , por no ofender al amigo , disimulabalo ; ausentabale con comisiones : pudo en fin mas el apetito que el respeto ; y mandó al primo que no embargante que fuese casado con otra , la tomase por muger ; rehusandolo , trujola el Rey como en depósito á su casa , y usó della por amiga. Avisó dello la viuda á su primo mostrando descontentamiento , ofendida entre tantas mugeres de no ser tenida por una dellas ; estar forzada , y holgar de verse fuera de sujecion , habiendo aparejo que Aben Humeya , ya zeloso dél y sospechoso de venganza , buscaba ocasion para matalle. Huyó Alguacil , y juntandose con una cuadrilla de mozos ofendidos por otras causas , andaba recatado sin entrar en Valor. Mas dende á pocos dias supo de la misma como Aben Humeya enviaba los Turcos á cierta empresa , yendo á juntarse con ellos por la ganancia ; trujole á las manos el caso al mensagero , y sabiendo dél como iba á llamar los Turcos , le mató ; y tomandole las cartas usó

de semejante ardid, que el Conde Julian con los Capitanes del Rey Don Rodrigo en Ceuta. No sabia escribir Aben Humeya, y firmar mal en Árabetico; pero serviale de secretario y firmaba algunas veces por él un sobrino de Alguacil, que á la sazón se halló con su tio; él tambien agraviado. En lugar de la carta escribiéron otra para Abenabó, en que le mandaba que tornando aquella noche con los Turcos á Mecina, y juntandose con la gente de la tierra y cien hombres que llevaria consigo Diego Alguacil, los degollase con sus Capitanes, durmiendo y cansados; lo mismo hiciese de Alguacil, despues de haberse valido dél. Envió con esta carta un hombre de confianza, midiendo el tiempo de manera que llegasen él y el mensagero á Cadiar, cuasi á una misma hora. Dió el hombre la carta poco ántes, y llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó; dijole, como traia la gente consigo, mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad y por sus vidas : cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿ que podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso; que no habia mugeres, no haciendas, no vidas, con que hartar el apetito, la sed de dinero y sangre. Pasó Hhuseni, Capitan de los Turcos (persona de crédito entre ellos, tenido por cuerdo, valiente y amigo del Rey), ántes que Abenabó le respondiese, quisole hablar alterado, y Abenabó, ó porque el otro no le previniese, ó con temor que le matasen los Turcos, ó con ambicion y cebo del reino, mostró la carta á Caravaxi y Hhuseni, en que hacia compañero suyo en la traicion á Diego Alguacil, y

de los Turcos en la muerte; dicen que todo á un tiempo : sacó el mismo Alguacil una conficion que suelen usar para salir de sí cuando han de pelear, y á veces para emborracharse, hecha con apio y siniente de cáñamo, fuerte para dormir sueño pesado; esta, dijo, que habian de dar á los Capitanes y cabèzas en la cena con el beber, sedientos y cansados del camino, á manera de la que llaman los Alárabes Alhaxix : entendiendo el hecho, resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiendose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó Cabeza. Juntáron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax, donde Aben Humeya estaba : aseguraron la centinela como personas conocidas, y que se sabia habellos enviado á llamar; pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa que era en el barrio llamado Lauxar, quebraron las puertas del aposento, hallaronle desnudo, medio dormido : y vilmente entre el miedo y el sueño, y dos mugeres, embarazado dellas especialmente de la viuda amiga de Diego Alguacil que se abrazó con él, fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente : hombres bajos (que á tales tenia mayor inclinacion, y daba crédito) criados suyos, el Mejuar, Barzana, Deliar, Juan Cortes de Pliego y su escribano que era del Deire; teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, mil y seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia : ninguno hubo que tomase las armas, ni volviese de palabra por él. Mas como solo el que es Rey, puede mostrar á ser Rey un hombre; así solo el que es hombre, puede mostrar á ser hombre un Rey : faltó maestro á Aben Húmeya para lo uno y lo otro;

porque ni supo proveer y mandar como Rey, ni resistir como hombre: atáronle las manos con un almaizar; juntáronse Abenabó, los Capitanes, y Diego Alguacil delante de la muger á tratar del delito y la pena en su presencia; leyéronle y mostráronle la carta, que él como inocente y maravillado negó: conoció la letra del pariente de Diego Alguacil, dijo que era su enemigo, que los Turcos no tenían autoridad para juzgalle, protestóles de parte de Mahoma, del Emperador de los Turcos, y del Rey de Argel, que le tuviesen preso, dando noticia dello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes: saqueáronle la casa; repartiéronse las mugeres, dineros, ropa; desarmáron y robáron la guardia, juntáronse con los capitanes y soldados, y otro día de mañana determináron su muerte. Eligiéron á Abenabó por Cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya: el cual dijo que nunca su intencion habia sido ser Moro; mas que habia aceptádo el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los Jueces del Rey Don Felipe; especialmente quitándole un puñal, y tratándole como á un villano, siendo caballero de tan gran casta; pero que él estaba vengado y satisfecho; lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes dellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcadolos, cortadoles las cabezas, quitadoles las mugeres y haciendas; que pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Quanto á la eleccion de Abenabó, que iba contento; porque sabia que haria presto el mismo fin: que moria en la ley de los cristianos, en

que habia tenido intencion de vivir , si la muerte no le previniera : ahogáronle dos hombres ; uno tirandole de una parte y otro de otra de la cuerda , que le cruzáron en la garganta : él mismo se dió la vuelta , como le hiciesen menos mal , concertó la ropa , cubrióse el rostro.

HURTADO DE MENDOZA , *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Reconocimiento del fuerte de Calalui por el Duque de Arcos.

EN el entretanto que la gente se juntaba , le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui en Sierra Vermeja , que los Moros llaman Gebalhamar , adonde en tiempos pasados se perdiéron Don Alonso de Aguilar , y el Conde de Ureña ; Don Alonso señalado capitan , y ámbos grandes Príncipes entre los Andaluces : el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre ; y Don Alonso bisabuelo de su muger. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña ; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra , y poca certeza de la fortuna. Comenzáron á subir la sierra , donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura : triste y aborrecible vista y memoria : habia entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos , ó personas que por oidas conocian ya los lugares desdichados. Lo primero diéron en la parte donde paró la vanguardia con su Capitan por la escuridad de la noche , lugar harto estendido , y sin mas fortificacion que la natural , entre el pié de la montaña y el alojamiento de los Moros ; blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados , desparecidos ,

segun, como, y donde habian parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces: viéron mas adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas, y bajas, y aportilladas: iban señalando los pláticos de la tierra donde habian caido oficiales, capitanes y gente particular: referian como y donde se salváron los que quedáron vivos, y entre ellos el Conde de Ureña, y Don Pedro de Aguilar, hijo mayor de Don Alonso: en que lugar y donde se retrajo Don Alonso, y se defendia entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los Moros, le dió primero en la cabeza, y despues en el pecho, con que cayó: las palabras que le dijo andando á brazos: *Yo soy Don Alonso*; las que el Ferí le respondió cuando le heria: *Tú eres Don Alonso; más yo soy el Ferí de Benastepar*, y que no fuéron tan desdichadas las heridas que dió Don Alonso, como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renováron los soldados el sentimiento; gente desagrada, sino en lágrimas. Mandó el General hacer memoria por los muertos, y rogáron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por estraños; y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Batalla del fuerte de Istan.

EL dia siguiente con mil infantes y alguna caballería reconoció el fuerte de los enemigos, desde la sierra de Arboto, puesta enfrente dél, juntamente con el alojamiento y lugar de la agua: y aunque se mostráron los

enemigos algo mas abajo fuera de su fuerte , no fuéron acometidos ; así por ser cerca de la noche , como por esperar á Arevalo de Suazo con la gente de Málaga. Entretanto puso su guardia en la sierra de Arboto , con harta contradiccion de los enemigos ; porque juntamente acometiéron el alojamiento del Duque , y trabáron una escaramuza tan larga que duró três horas , no muy apriesa pero bien estendida : eran ochocientos hombres arcabuceros y ballesteros , y algunos con armas enastadas : mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre , se retiráron á su fuerte con poco daño de los nuestros , y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio , por ser de importancia , con otras dos banderas : y era ya llegado Arevalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos , con que se tomó resolution de combatir los enemigos en su frente al otro dia : á la parte del norte que la subida era mas difícil , envió el Duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes , que tomasen las dos cumbres que suben al fuerte con dos banderas de arcabuceros , haciendoles espaldas con el rostro á la mano derecha : Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma órden , dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los Moros habian quemado , porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por mas descubierto , y con menos estorbo : Arevalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha , y con dos banderas de arcabucería delante : mas á mano derecha de Arevalo de Suazo , Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar , camino menos embarazado que los otros. El Duque escogió para sí , con el artillería y caballería , y mil y quinientos infantes , el lugar entre Pedro de Mendoza

y Arevalo de Suazo , como mas desembarazado , así mas descubierto : mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores que fuese adelante , aderezando los pasos para la caballería , y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada ácia el arroyo , que á un tiempo comenzasen á subir igualmente y á pequeño paso , guardando el aliento para su tiempo : quedaba con esta órden la montaña cercada , sino por la parte de Istan , que no podia con la aspereza recibir gente. Vianse unos á otros , y todos se podian cuasi dar las manos : quedó resuelto combatir los enemigos otro dia á la mañana. Mas los Moros viendo que Pedro de Mendoza estaba mas desviado , y en parte donde no podia con tanta diligencia ser socorrido , acometiéronle al caer de la tarde con poca gente y desmandada , trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza confiado de sí mismo , soldado de no mucho tiempo y no tanta esperiencia , pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro , saltó á la escaramuza con demasiado calor. Desfizose la gente por la montaña arriba sin órden , sin aguardar unos á otros : y los Moros , unas veces retirandose , otras reparandose , parecian ir cerrando á los nuestros : visto el peligro y no pudiendolo ya estorbar Pedro de Mendoza (ó fuese recelo , ó desconfianza de su poca autoridad con la gente , aunque la habia tenido para meterla adelante) , envió á avisar al Duque , pero á tiempo que puesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes , fué necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar : el Duque con los que con él se hallaban y los que pudo retirar , atravesó donde estaban los que subian , y valió tanto su autoridad que la gente desmandada se detuvo , y los Moros

que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos , vista la determinacion del Duque se recogieron á su fuerte , en ocasion de que estaba cerca la noche , y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada , y se temian de algun desastre , especialmente los que traian á la memoria el acontecimiento de Don Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el Duque tan adelante , que vistas las celadas descubiertas , y los Moros puestos en orden de cargar á la gente que subia , y que era imposible retirarlos todos , quiso aprovecharse de la desorden ; y con la gente que traia consigo y la que habia recogido , todo á un tiempo acometió á los enemigos , y pegóse con el fuerte de manera que fué de los primeros al entrar. Mas los Moros , que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros , se descolgaron por lugares de la montaña , que era luenga y continuada ; y de allí se repartieron , unos á Rioverde , otros á la vuelta de Istan , otros á la de Monda , y otros á la de Sierra Blanquilla , dejando de sus mugeres y hijos como cuatrocientas personas : embarazo de guerra , y gente inútil que les comian los bastimentos , quedando mas ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas : todavía envió á seguir el alcance con poco fruto , por ser la noche y tierra tan cerrada , él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa ni vitualla ; y visto que todos se habian esparcido , y que la montaña quedaba desamparada , dejó el fuerte ; y dando licencia á la gente de Málaga con orden de correr la tierra á una y otra parte , pasó con la resta de su campo á Istan , y envió cuatro compañías sin banderas : el efecto que hicieron las tres , fué quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tetuan ; la cuarta con su capitán

Morillo, á quien el Duque mandó que corriese Rioverde, no guardando la órden dió en los enemigos no lejos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Albornó, á vista de Istan; y seguido, y rota la gente, se retiró: era el lugar tan cerca del campo, que se oyéron los golpes de arcabuces, y con sospecha de lo que podia ser, se ordenó al capitan Pedro de Mendoza socorriese y recogiese la gente. Mas llegando á vista de los enemigos, contentóse con solo recoger algunos que huian, y estuvo sin pasar adelante, ó fuese temiendo alguna emboscada (aunque el lugar era gran trecho descubierto), ó arrepentido de la demasiada diligencia del día ántes en la sierra de Istan: murió la mayor parte de la compañía y su Capitan peleando. El mismo día los Moros que andaban repartidos encontraron con el Alcaide de Ronda, y capitan Ascanio, que con ciento y cincuenta soldados y otra gente habia salido sin órden y sabiduría del Duque, como hombres que no estaban á su cargo, matáronlos con la mayor parte de la compañía: el mismo acometimiento hicieron contra un correo que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados, aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo pues el Duque que por la sierra andaba cantidad de Moros, envió órden á Arevalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á Monda; y á Don Sancho de Leiva, General de las galeras de España, que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo; y á Pedro Bermudez que viniese con la de Ronda, y él con la que habia quedado se vino á esperarlos á Monda; de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hohen, y allí le encontró Don Alonso de Leiva, hijo de Don Sancho, con ochocientos

soldados de galera. Entendiase que los Moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el Duque á Pedro Bermudez, que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda; y á Don Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hojen por un monte, que dicen el Negral; él con lo demas del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza: con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastros de gente, y sobras de comida (porque los Moros rezelandose que serian descubiertos, se habian esparcido, como es su costumbre, y estendido por todas las montañas), dió el Duque licencia á Don Alvaro que tornase á embarcarse, y á Arevalo de Suazo á Málaga corriendo primero la tierra: él volvió á Monda y de allí á Marbella.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Principio de la guerra civil de las Alpujarras.

COMENZARON á juntar mas al descubiertó gente de todas maneras; si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratandola por redimir delitos: si homicida, salteador ó condenado en juicio, que temiese por culpas que lo seria; los que se mantenian de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traian desasosegados, fuéron autores ó ministros desta rebellion. Si algun bueno habia y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos. Porque quando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, mas desenfren-

nados son en las maldades que los peores. En fin el temor de que eran descubiertos, y seria prevenida su determinacion con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio y entre ellos á Don Fernando el Zaguer, á pensar en algun caso con que obligasen, y necesitasen al pueblo á salir de tibieza, y tomar las armas : juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuracion, y otras con veinte y seis personas del Alpujarra, á San Miguel, en casa del Hardon, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el Duque de Arcos despues justiciar; posaba en la casa del Carci, yerno suyo, eligiéron á Don Fernando de Valor por Rey con esta solemnidad. Los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mugeres á otra parte. Leyó uno de sus Sacerdotes (que llaman Faquies) cierta profecía hecha en el año de los Arabes de....., y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linage real, que habia de ser bautizado y herege de su ley; porque en lo público profesaria la de los cristianos. Dijo que esto concurría en Don Fernando, y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusieronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada, á manera de faja. Tendiéron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oracion, inclinandose sobre las banderas el rostro al Oriente (*Zalá* la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino; defendiendola á ella, y á él, y á sus vasallos. En esto levantó el pié, y en señal de general obediencia postróse Abenfarax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo Rey tenia la planta. A este hizo su Justicia mayor : lle-

váronle en hombros, levantáronle en alto diciendo : *Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya Rey de Granada y de Córdoba*. Tal era la antigua ceremonia con que elegian los Reyes de la Andalucía, y despues los de Granada. Escribiéron cartas los Capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señaláron dia y hora para ejecutalla, fuéron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben Humeya por Capitan general á su tio Aben Xauhar, que partió luego para Cadiar, donde tenia casa y hacienda.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada*.

Batalla de Poqueira.

CERCA del Rio que divide el camino entre Orgiba y Poqueira, descubrió los enemigos en el paso, que llaman Alfajarali. Eran cuatro mil hombres los principales que gobernaban apeados; hiciéron una ala delgada en medio, á los costados espesa de gente, como es su costumbre ordenar el escuadron, á la mano derecha cubiertos con un sierro, habia emboscados quinientos arcabuceros y ballesteros, demas desto otra emboscada en lo hondo del barranco luego pasado el Rio de mucho mayor número de gente. La que el Marques llevaba serian dos mil infantes, y trecientos caballos, en un escuadron prolongado, guarnecido de arcabucería y mangas, segun la dificultad del camino. La caballería, parte en la retaguardia, parte al un lado, donde la tierra era tal que podian mandarse los caballos; pero guarnecida asimismo de alguna infantería: porque en aquella tierra, aunque los caballos sirvan mas para atemorizar que para ofender, todavia son provechosos; apartó del

escuadron dos bandas de arcabucería y cien caballos, con que su hijo Don Francisco fuese á tomar las cumbres de la montaña : en esta órden bajando al Rio , comenzó á subir escaramuzando con los enemigos ; mas ellos , cuando pensáron que nuestra gente iba cansada , acometiéron por la frente , por el costado , y por la retaguardia , todo á un tiempo ; de manera que cuasi una hora se peleó con ellos á todas partes y á las espaldas , no sin igualdad y peligro ; porque la una banda de arcabucería estuvo en términos de desórden , y la caballería lo mismo ; pero socorrió el Marques con su persona los caballos , y enviando socorro á los infantes : viendo los enemigos que les tomaba los altos nuestra arcabucería , ya rotos se recogieron á ellos con tiempo , desamparando el paso. Siguióse el alcance mas de media legua , hasta un lugar que dicen Lubien ; la noche y el cansancio estorbó que no se pasase adelante ; murieron dellos en este rencuentro cuasi seiscientos , de los nuestros siete : hubo muchos heridos de arcabuces y ballestas. Don Francisco de Mendoza , hijo del Marques , y Don Alonso Portocarrero fuéron aquel dia buenos caballeros , entre otros que allí se halláron : Don Francisco cercado y fuera de la silla se defendió con daño de los enemigos rompiendo por medio. Don Alonso herido de dos saetadas con yerba , peleó hasta caer trabado del veneno usado desde los tiempos antiguos entre cazadores.

HURTADO DE MENDOZA , *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Injusticias cometidas con los Moriscos de Granada.

ENVIABAN Moriscos á toda Castilla : sacaban los Ministros muchos para galeras , denostaban á los que se

iban á rendir, y por livianas causas los daban por cautivos, su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial, ayudabanse por vias indirectas del cabildo de la ciudad que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo: no dando cuenta particular á Don Juan para que él la diese al Rey, haciendo cabeza de sí mismos, escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad, ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por escluir toda manera de medios, que no fuese sangre, ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los efectos manifestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y aun añadian que estando el Rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente, y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay mas que maravillar de la disimulacion que los Reyes tienen, cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos, sin dar á entender que son ofendidos.

HURTADO DE MENDOZA, *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*

Encuentro de Sulpicia en la mar por Periandro.

ME quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no lejos del nuestro á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar al arma, y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse.

á tiro de cañon , y disparando uno sin bala , en señal de que amainase , lo hizo así , soltando las velas de alto á bajo. Llegando mas cerca , ví en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo , ví que pendientes de las entenas y de las jarcias venian mas de cuarenta hombres ahorcados : admiróme el caso , y abordando con el navío , saltáron mis soldados en él , sin que nadie se lo defendiese , halláron la cubierta llena de sangre , y de cuerpos de hombres semivivos , unos con las cabezas partidas , y otros con las manos cortadas : tal vomitando sangre , y tal vomitando el alma ; este gimiendo dolorosamente , y aquel gritando sin paciencia alguna : esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobremesa , porque los manjares nadaban entre la sangre , y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino ; en fin pisando muertos , y hollando heridos , pasáron los míos adelante , y en el castillo de popa halláron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mugeres , y delante de ellas una que mostraba ser su capitana , armada de un coselete blanco , y tan terso y limpio , que pudiera servir de espejo á quererse mirar en él ; traía puesta la gola , pero no las escarcelas ni los brazales , el morrion sí , que era de hechura de una enroscada sierpe , á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores ; tenia un venablo en las manos , tachonado de arriba abajo con clavos de oro , con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada , con que se mostraba tan briosa y tan gallarda , que bastó á detener su vista la furia de mis soldados , que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando , por verla mejor , pasé á su navío , á tiempo cuando ella estaba diciendo :

bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mugeres, que á la vista se os ofrece, el cual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno : embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitandonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas : Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, Rey de Lituania, casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia : anoche bebiéron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudiéron á poner las manos en mi esposo, y quitandole la vida, diéron principio á su abominable intento : pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechandonos del poco tiempo y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitámos, y con cuatro criados, que libres del humo de Baco, nos acudiéron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que estan sobre esa cubierta, y pasando adelante con nuestra venganza, hemos hecho que esos árboles, y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente : cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil, tambien murieran, porque su poca ó ninguna de-

fensa, y nuestra cólera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia.

CERVANTES, *Persiles y Sigismunda*.

Traicion del Rey Policarpo, y fuga de Periandro y Auristela.

LLEGÓSE la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alboroto á toda la gente de la ciudad : comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los designios de su traidor y enamorado padre, que se estendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro, llamáron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Riela, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpo su aviso, se hiciéron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpo, halláron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida, se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas lejos de aquella isla. Entre la confusa gritería y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de

Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia ; pero viendo que se habian embarcado todos sin quedar ninguno , como la verdad se lo decia , y el alma se lo pronosticaba , acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto , disparasen la artillería contra el navío de los que en él huian , con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo , y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad , que no sabian que enemigos los asaltaban , ó que intempestivos acontecimientos los acometian.

CERVANTES , *Persiles y Sigismunda*.

Burla hecha por la abuela de Preciosa á un gorrero de Sevilla.

Y la abuela dijo que ella no podia ir á Sevilla , ni á sus contornos , á causa que los años pasados habia hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Triguillos , muy conocido en ella , al cual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello , desnudo en carnes , y en la cabeza puesta una corona de ciprés , esperando el filo de la media noche , para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro , que ella le habia hecho creer que estaba en cierta parte de su casa : dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines , por no perder la coyuntura , se dió tanta priesa á salir de la tinaja , que dió con ella y con él en el suelo , y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes , derramandose el agua , y él quedó nadando en ella , y dando voces que se anegaba : acudieron al momento su muger y sus vecinos con luces , y halláronle haciendo efectos de nadador , soplando

y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces : « socorro, señores, que me ahogo ; » tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba : abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la Gitana, y con todo eso cavó en la parte señalada mas de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decian que era embuste mio, y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrámbas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera : supose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y contaban su credulidad, y mi embuste.

CERVANTES, *Novela de la Gitanilla*.

Casamiento del alferez Campuzano con Doña Estefanía de Caicedo.

FINALMENTE tratando mis amores como soldado que está víspera de mudar, apuré á mi señora Doña Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondiíme : señor alferez Campuzano, simplicidad seria, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten : ni de mis padres, ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menage de mi casa bien validos dos mil y quinientos escudos; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas se tardará en convertirse en dineros : con esta hacienda busco marido, á quien entre-

garme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina, y señora en la sala: en efeto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, cuando se gasta por mi órden: la ropa blanca que tengo es mucha y muy buena; no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hiláron; y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mías, porque no acarrear vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo que tenia entonces el juicio, no en la cabeza, sino en los carcañares, haciendoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciendoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo casi por milagro tal compañera, para hacerla señora de mi voluntad,

y de mi hacienda, que no era tan poca que no valiese con aquella cadena que traia al cuello, y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea, de donde yo era natural, y adonde tenia algunas raices, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada: en resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta que viniéron luego juntos en una pascua, se hiciéron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposámos, hallandose presentes al desposorio dos amigos míos, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa habia dado, con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no puedén dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi muger: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro, sino tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hiclele patentes mis galas, y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciandome en casa, como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas allombras, ajé sábanas de holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantabame á las once, comia á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado,

bailabanme Doña Estefanía y la moza el agua adelante, mi mozo, que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo, el rato que Doña Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina, toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito, mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba.

CERVANTES, *Novela del Casamiento engañoso.*

Aventura de la Colindres, y del Alguacil amo de Berganza.

SUCEDIÓ pues que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un Breton, unto y bisunto : concertó con él cena y noche en su posada : dió el cañuto á su amigo, y apénas se habian desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes, y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil los delitos, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el Breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solos cien reales. Pidió el Breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podian parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados : digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el

jamón á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el Breton daba voces, diciendo en language adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta escuti de oro in oro : imaginó el escribano, ó que la Colindres, ó los corchetes se los habian robado : el alguacil pensó lo mismo : llamólos aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dejado los follados, para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero, no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó, se los habia llevado. Como el alguacil vió que el Breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspedea de casa lo que el Breton no tenia : llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del Breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho : mandó el alguacil que se cubriese, y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mugeres de mal vivir. Aquí fué ello : aquí sí que fué cuando se aumentáron las voces, y creció la confusion, porque dijo la huéspedea : señor alguacil, y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura : no conmigo dijes ni poleos, callen la boca, y vayanse con Dios; sino por mi santiaguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que ha muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino vuelvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy muger

honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con un perpenan rei de memoria, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daños de barras: el arancel tengo clavado, donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi orden entren mugeres con los huéspedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasados quedáron mis amos de haber oído la arenga de la huéspeda, y de ver como les leía la historia de sus vidas; pero como viéron que no tenían de quien sacar dinero: si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejabase ella al cielo de la sinrazon y justicia que la hacian, estando su marido ausente, y siendo tan principal hidalgo. El Breton bramaba por sus cincuenta escuti. Los corchetes porfiaban, que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese lo tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el Breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efecto todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran, si al instante no entrara en el aposento el Teniente de Asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quien era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle

sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa muger de mala sospecha : canonizóse por santa , y á su marido por un bendito , y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido , para que la viese el señor Teniente , diciendole que por ella echaria de ver que muger de tan honrado marido no podia hacer cosa mala , y que si tenia aquel oficio de casa de camas , era á no poder mas , que Dios sabia lo que le pesaba , y si quisiera ella mas tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida , que tener aquel ejercicio. El Teniente enfadado de su mucho hablar , y presumir de ejecutoria , le dijo : hermana camera , yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía , con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra , respondió la huéspeda , ¿y que linage hay en el mundo , por bueno que sea , que no tenga algun dime y diréte ? Lo que yo os digo , hermana , es que os cubrais , que habeis de venir á la cárcel : la cual nueva dió con ella en el suelo , arañóse el rostro , alzó el grito : pero con todo eso el Teniente demasiadamente severo los llevó á todos á la cárcel : conviene á saber al Breton , á la Colindres , y á la huéspeda. Despues supe que el Breton perdió sus cincuenta escuti , y mas dicen , que le condenáron en las costas : la huéspeda pagó otro tanto : y la Colindres salió libre por la puerta afuera ; y el mismo dia que la soltáron , pescó á un marinero que pagó por el Breton con el mismo embuste del soplo.

CERVANTES, *Novelas, Coloquio de los perros.*

Aventura de la Cañizares, vieja y hechicera.

ELLA era larga de mas de siete piés, toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida, con la barriga que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta, y los pechos sumidos: finalmente toda era flaca y endemoniada. Puseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma: quise morderla por ver si volvía en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbaba; pero con todo eso la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio; mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo, ¿quien hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿de donde sabe ella cuales son males de daño, y cuales de culpa? ¿como entiende y habla tanto de Díos, y obra tanto del diablo? ¿como peca tan de malicia, no escusandose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atento mirando su espan-

tosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decían : ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuan desfigurada y flaca la tenía la penitencia : otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenía, y que no era muerta, por do se diéron á entender que estaba en éstasis y arrobada de puro buena : otros hubo que dijeron : esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruja que de santa : curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza, ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del día, y como se sintió acribada de los alfileres, y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonor : y así arremetió á mí, y echandome ámbas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo : ¡ó bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso ! ¿y es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí? Yo que me ví en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacúdime, y asiendola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los mas que yo debia de ser algun demonio, de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me

conjurasen; la vieja gruñía, yo apretaba los dientes, crecía la confusion, y mi amo que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio: otros, que no sabian de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzáron á santiguarme los lomos: escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en pocas mas salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: apartense, que rabia el perro sabio. Otros decian: no rabia, sino que es demonio en figura de perro.

CERVANTES, *Novelas, Coloquio de los perros.*

Como Don Quijote fué armado caballero.

ACABADA la cena llamó al ventero, y encerrandose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciendole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El ventero, que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirandole sin saber que hacerse, ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote: y así os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo para poder,

como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche determinó de seguirle el humor : y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansímesmo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia ejercitado la ligereza de sus piés, y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dandose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España : y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Dijole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las

armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo.....

Se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recógiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el páseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronsele á mirar desde lejos, y viéron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viendole llegar, en voz alta le dijo: ó tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu

atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), ántes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, sóltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tanta aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los viéron, comenzáron

desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamandolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese: y así llegando á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al

velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñesen la espada, la cual lo hizo con mucha descovoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviese,

le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don , y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciendole nuevos servicios y mercedes.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 3.

Aventura de los Frailes de San Benito.

ESTANDO en estas razones, asomáron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas, en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apénas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que

aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera : mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras : lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo : gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en ese coche llevais forzadas, sino apareaos á recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frailes las riendas, y quedáron admirados así de la figura de Don Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron : señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os coñozco, fementida canalla, dijo Don Quijote : y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza que vió en el suelo al fraile, apeandose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegáron en esto dos mozos de los frailes,

y preguntáronle que porque le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente , como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado. Los mozos , que no sabian de burlas , ni entendian aquello de despojos ni batallas , viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí , hablando con las que en el coche venian , arremetiéron con Sancho , y diéron con él en el suelo , y sin dejarle pelo en las barbas , le moliéron á coces , y le dejáron tendido en el suelo sin aliento ni sentido : y sin detenerse un punto , tornó á subir el fraile , todo temeroso y acobardado , y sin color en el rostro : y cuando se vió á caballo , picó tras su compañero , que un buen espacio de allí le estaba aguardando , y esperando en que paraba aquel sobresalto : y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso , siguiéron su camino , haciendose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 8.

Aventura de Maritórnes y el arriero.

SE llegó el tiempo y la hora (que para él , *Don Quijote*, fué menguada) de la venida de la Asturiana , la cual en camisa y descalza , cogidos los cabellos en una albanega de fustan , con tábitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban , en busca del arriero : pero apénas llegó á la puerta cuando Don Quijote la sintió , y sentandose en la cama á pesar de sus bizmas , y con dolor de sus costillas , tendió los brazos para recebir á su hermosa doncella , la Asturiana , que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Qui-

jote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirandola ácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama : tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales : los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia ; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático : y finalmente él la pintó en su imaginacion de lá misma traza y modo que lo que habia leído en sus libros de la otra Princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos : y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero ; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura : y teniendola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir : quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho ; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible : y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos :

que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, y desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia, y zeloso de que la Asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don Quijote, y estuvose quedo, hasta ver en que paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciendole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los piés mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiendola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué ácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorrucó, y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo : ¿ adonde estás, puta? á buen se-

guro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritórnes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño : el cual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alzandose como pudo, se abrazó con Maritórnes, y comenzáron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cual andaba su dama, dejando á Don Quijote acudió á dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo : y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedáron ascuras, dabanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 16.

Principio de la aventura de los batanes.

COMENZARON á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubiéron andado docientos pasos cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba : ale-

gróles el ruido en gran manera , y parandose á escuchar ácia que parte sonaba , oyéron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua , especialmente á Sancho que naturalmente era medroso y de poco ánimo : digo que oyéron que daban unos golpes á compas , con un cierto crujir de hierros y cadenas , que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche , como se ha dicho , oscura , y ellos acertáron á entrar entre unos árboles altos , cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido : de manera que la soledad , el sitio , la escuridad , el ruido del agua con el susurro de las hojas , todo causaba horror y espanto , y mas cuando viéron que ni los golpes cesaban , ni el viento dormia , ni la mañana llegaba , añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban ; pero Don Quijote acompañado de su intrépido corazon saltó sobre Rocinante , y embrazando su rodela terció su lanzon , y dijo : Sancho amigo , has de saber que yo nací , por querer del cielo , en esta nuestra edad de hierro , para resucitar en ella la de oro ó la dorada , como suele llamarse : yo soy aquel para quien estan guardados los peligros , las grandes hazañas , los valerosos hechos : yo soy , digo otra vez , quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda , los doce de Francia , y los nueve de la Fama , y el que ha de poner en olvido los Platires , los Tablantes , Olivantes y Tirantes , los Febos y Belianises , con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo , haciendo en este en que me hallo tales grandezas , estrañezas y fechos de armas , que escurezcan las mas claras que ellos ficiéron : bien notas , escudero fiel y legal , las tinieblas desta

noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quedate á Dios, y esperame aquí hasta tres días no mas, en los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 20.

Hallazgo que hizo Sancho de su rucio.

MIÉNTRAS esto pasaba, viéron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte

venia : el cual por no ser conocido, y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo : ha ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaques con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, ausentate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fuéron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazandole le dijo : ¿ como has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona : el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 3o.

Aventura de los cueros horadados.

ESTABA Don Quijote en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos : las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias : tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero : en el brazo izquierdo tenia revuelta la mantá de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes,

diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante : y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante : que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fencer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino : lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante : y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo : ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me diéron muchos mogicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de una fuente. ¿Que sangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero : ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros, que aquí estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento,

que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quijote, el cual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy mas segura que le puede hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿Quien no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero que se daba á Satanás; pero en fin tanto hiciéron el barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo diéron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber ha-

llado la cabeza del gigante, aunque mas tuviéron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decía en voz y en grito : en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta : la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca : y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hamela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre : pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudabala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciendole que cada y cuando que paréciase haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viendose pacífica en su reino, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Conso-

lóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 35.

Aventura de Don Quijote y los cuadrilleros.

LE vino á la memoria al un cuadrillero que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que Don Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniendosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponía los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de veras, lease este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este saltador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura,

y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quijote, el cual viendose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiendole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, le asió al cuadrillero con entrámbas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida, ántes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en penden-
cias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija, pidiendo favor al cielo, y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrámbos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían: pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á darsele, atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor, para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se

encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme: ¿quien fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quien fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni esenciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero, y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reina, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿que castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante? En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros como Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era man-

dado, y que una vez preso, siquiera le soltasen tre-
cientas. Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le
habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo
entiendo. En efecto tanto les supo el Cura decir, y tantas
locuras supo Don Quijote hacer, que mas locos fueran
que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de
Don Quijote, y así tuviéron por bien de apaciguarse.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 45 y 46.

*De la primera conferencia de Motezuma con Hernan
Cortés.*

ERA de buena presencia; su edad hasta cuarenta años;
de mediana estatura, mas delgado que robusto; el rostro
aguileño, de color menos oscuro que el natural de
aquellos Indios; el cabello largo hasta el extremo de la
oreja; los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con
algo de intencion: su trage un manto de sutilísimo algo-
don; anudado sin desaire sobre los hombros, de manera
que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar
la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y
piedras preciosas, en tanto número, que servian mas al
peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero,
que por delante remataba en punta, y la mitad posterior
algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado
unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de
lo mismo ceñian el pié, y abrazaban parte de la pierna,
semejante á las caligas militares de los Romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse,
y le hizo una profunda sumision; á que respondió po-
niendo la mano cerca de la tierra, y llevandola despues
á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos

Príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus Dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los Indios, y cedió en mayor estimacion de los Españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su Rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habiasse puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras, que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallandose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dandole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del Rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presca de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entretanto que llegaban á darse á conocer los demas Capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engazadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés: humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mejiicanos. El razonamiento de Cortés fué breve y rendido, como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos Príncipes sus colaterales que se quedase

para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento; y arimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y magestad.

SOLÍS, *Hist. de la conquista de Méjico.*

Acometimiento de dos Indios á dar muerte á Hernan Cortés.

FUÉ notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos Indios valerosos en la misma turbacion de la batalla; y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecucion de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos, precipitarse á un tiempo del pretil, por la parte donde faltaban las gradas, llevandose consigo á Cortés. Anduviéron juntos buscando la ocasion; y apenas le viéron cerca del precipicio, cuando arrojáron las armas para poderse acercar, como fugitivos que iban á rendirse. Llegáron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo, se dejáron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad, y quedó con menos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña.

SOLÍS, *Hist. de la conquista de Méjico.*

Coronacion del nuevo Rey de Tezcuco.

RESERVÓSE para el dia siguiente la coronacion del nuevo Rey, que se celebró con toda la solemnidad y

ceremonias que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona; con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primeros que le diéron nombre de advertido Capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad, para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo Rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitution, dejandola irreconciliable con el tirano: de ganar al pueblo con su desinterés y justificacion: y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa, ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel Príncipe lo que pedia la razon: porque á vista de lo que importaban las demas conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion, por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo menos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

SOLÍS, *Hist. de la conquista de Méjico.*

Funcion de Capistlan.

DISTABA Capistlan dos leguas de Guastepeque, ácia la parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas eminente de una sierra difícil de penetrar, con un rio de la otra banda, que bajando rápidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse, cuando llegó el ejército, puesto en defensa; porque los Mejicanos que

le habian ocupado tenian coronada la cumbre; y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, disparáron algunas flechas, menos para herir que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin rezelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que solo se descubrian tres caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala, que pasasen á la vanguardia, y empezasen á subir la cuesta, como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedeciéron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se disponian, que rezelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que Gonzalo de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus Españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los Tlascaltecas y Chalqueses, que conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerráron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los Españoles, y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los piés; y las piedras que dejaban caer de lo alto, herian mas que los dardos y las flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas; y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegóron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabáron de retraer á la poblacion, tan descaecidos que apenas se dispusieron á defenderla, ó la defendiéron con tanta flojedad, que fuéron cargados hasta los précipicios de la sierra, donde muriéron pasados á cuchillo todos los que no se despeñáron; y fué tanto el estrago de los ene-

migos en esta ocasion , que , segun lo hallamos-referido afirmativamente , corrieron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana , tan abundantes , que bajando sedientos los Españoles á buscar su corriente , fué necesario que aguardase la sed , ó se compusiese con el horror del refrigerio.

SOLÍS , *Hist. de la conquista de Méjico.*

Sitio y destruccion de Sagunto.

EN los pueblos llamados antiguamente Edetanos estaba Sagunto , asentada cuatro millas del mar : sus campos eran muy fértiles y abundantes , y ella asaz rica por el gran trato que alcanzaba por mar y por tierra , fuerte por su sitio , y por sus murallas y baluartes. Luego que Anibal asentó y fortificó sus reales , hizo apercebir los ingenios. Comenzáron con cierta máquina que llamaban ariete , á batir la muralla por la parte mas baja , que se remataba en un valle , y por tanto parecia mas flaca. Engañólos su pensamiento , cá la batería salió mas dificultosa de lo que pensaban , y los moradores se defendian con grande brio y corage , tanto que al mismo Anibal , como quier que un dia se llegase cerca del muro , pasáron el muslo con una lanza que le arrojáron desde el adarve. Fué el espanto que por este caso los suyos recibieron , tan grande , que estuviéron á pique de desamparar todos los ingenios que tenian hechos : la herida tan grave , que en tanto que se curaba , se dejó la batería por algunos dias.

En esta sazón los Saguntinos despacháron nuevos embajadores á Roma para protestar en el Senado , y requerriles no desamparasen la ciudad amiga , para ser asolada por sus enemigos mortales : que si un poco se detenian ,

sin falta pereceria , y el remedio despues vendria tarde. Hecha cala y cata , hallaban que tenian trigo para pocos meses , pero que con el buen órden y repartimiento podrian entretenerse algo mas. Despachados los embajadores , reparáron y fortificáron con gran cuidado los lugares , que ó por el daño reccebido , ó de suyo eran mas flacos. Anibal , luego que sanó de la herida , arrimó sus ingenios á la ciudad , con cuyos golpes derribó por el suelo tres torres con todo el lienzo de la muralla que entre ellas estaba. Dióse el asalto : los enemigos por la batería pugnaban de entrar en la ciudad , y aquejaban á los de dentro : los ciudadanos al contrario animados con el peligro ordenáron sus haces y gentes delante de la muralla : con que primero sufriéron el ímpetu de sus contrarios , luego porque fuera de su esperanza no eran vencidos , hiriéron en ellos con tal desnudo , que los hiciéron ciar , y los arredráron de la ciudad : finalmente los pusieron en huida , y los siguiéron hasta los reales , en que apénas con el foso y trincheras se pudieron defender : tal y tan grande era el espanto que cobraran.

Este atrevimiento y esta victoria fué muy perjudicial á los Saguntinos , porque Anibal se embraveció mas , y determinado de no reposar ántes de apoderarse de la ciudad , no quiso dar audiencia á nuevos embajadores que de Roma le viniéron sobre el caso , cá los Romanos estaban resueltos de intentar cualquier cosa ántes de venir á las armas y llegar á rompimiento. Los embajadores , según que les fuera mandado , pasáron de España en Africa , y en el Senado de Cartago se quejáron de los agravios y de todo lo que sus gentes intentaban en España. Pidiéron que Anibal les fuese entregado para ser castigado como era razon : que sola aquella satisfaccion

quedaba para que se conservase la paz. Oídos que fueron los embajadores, Hamon dijo que los Romanos pedían justicia: que Anibal, sin que nadie lo pretendiese, debía ser desterrado á lo postrero del mundo, porque no perturbase el estado apacible y quieto de su ciudad. Pero la parcialidad de los Barchînos, que estaba prevenida por mensageros y cartas del mismo Anibal, y por este medio corrompido el Senado, desechado el consejo mas saludable, dió respuesta en esta forma: que las cosas se hallaban reducidas á aquel estado, no por culpa de Anibal, sino que de los Saguntinos nació el agravio; que no hacian el deber los Romanos en preferir nuevas amistades á la antigua.

En el entretanto Anibal daba por algunos dias reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterías que se daban, cuando á la sazón le nació un hijo de Himilce, su muger, llamado Aspar: causó esto grande alegría á su padre, y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras. Los Saguntinos por tanto no reposaban, ántes apercebían todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demas fué esta diligencia, cá los enemigos con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí con lanzas y flechas forzaban á desamparalla los que defendian la ciudad. Demas desto quinientos Africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de la dicha muralla, por no estar edificada con cal, sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Esto hecho, los soldados con esperanza del saco, que á voz de pregonero les fué prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los Sa-

guntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiráron mas adentro, y con un nuevo muro que de repente á toda priesa levantáron, juntáron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometian.

Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Anibal, que acudió á los pueblos llamados Carpentanos y Oretanos, que tomaran las armas por el rigor que en levantar gente los Cartagineses usaban: quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilcon, como Lugarteniente de Anibal; el cual apretaba los Saguntinos con reprimir sus correrías y salidas, y ganar como ganó otra parte de la ciudad: con que los cercados se hallaban reducidos á extremo peligro. Sosegó Anibal las alteraciones de aquellos pueblos: esto hecho, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdiéron de todo punto la esperanza de poderse defender. La obstinacion sola los sustentaba: mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas, acarrea la perdicion. Un ciudadano de Sagunto, por nombre Halcon, se salió escondidamente de la ciudad, y por compasion que tenia á sus ciudadanos (que con el peso de los males via estar fuera de juicio) comenzó en particular á tratar de conciertos. Y como no alcanzase otra respuesta sino que los cercados solo con sus vestidos desamparada la ciudad fundasen un nuevo pueblo en aquella parte y campos, que el vencedor les señalara, se quedó en los reales, por no tener esperanza que sus ciudadanos se querrian entregar con aquel partido: que era un miserable estado, ni tener, ni saber

aceptar remedio. Viendo esto un Español llamado Alorco, sin embargo que era soldado de Anibal, por ser aficionado á los Saguntinos, así por su naturaleza, como por acordarse del buen hospedage que en otro tiempo le habian hecho, se metió en la ciudad por la batería, y lo primero hizo echar fuera y apartar la gente popular, despues avisó en pública audiencia á los principales de aquellas condiciones, injustas por cierto (dijo) y graves, pero para el estrecho en que se vian, necesarias: que considerasen no lo que perdian, ni lo que les quitaban, sino que tuviesen por ganancia todo lo que les dejaban, pues la vida, la libertad y las riquezas, todo estaba en poder del vencedor.

El razonamiento de Alorco fué oído con grande indignacion y bramido del pueblo, que poco á poco se llegó con deseo de saber lo que pasaba. Muchos juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, les pusiéron fuego, y en la misma hoguera se echáron ellos, sus mugeres y hijos, determinados obstinadamente de morir ántes que entregarse. En el mismo punto cayó en tierra una torre despues de muy batida, que dió libre entrada á los soldados en la ciudad, que ardia toda en vivas llamas, y en fuego encendido por sus mismos ciudadanos, y que el enemigo procuraba de apagar; que era igual desventura por el un respeto y por el otro; de tal manera la guerra muda las leyes de naturaleza en contrario. Los moradores fuéron pasados á cuchillo, sin hacer diferencia de sexo, estado, ni edad. Muchos, por no verse esclavos, se metian por las espadas enemigas: otros pegaban fuego á sus casas, con que perecian dentro dellas quemados con la misma llama. Pocos fuéron presos; y este fué casi solo el saco de los soldados, dado que muchas preseas se en-

viáron á Cartago, muchas fuéron robadas por los mismos, cá no pudiéron los moradores quemallo todo. Duró este cerco por espacio de ocho meses, y en el de Mayo fué destruida aquella nobilísima ciudad, año que se contaba de la fundacion de Roma quinientos y treinta y seis.

MARIANA, *Historia de España.*

Destruccion de Numancia.

MARAVILLÓSE Cipion por el razonamiento del Legado de los Numantinos, que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores, que no habia que tratar de concierto, si no fuese entregandóse á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los Numantinos, como fuera de sí, matan á los embajadores, los cuales ¿que culpa les tenian? pero quando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad. Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse, ni de venir á batalla: acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborrachanse con cierto brebaje que hacian de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los Romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante, hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues desta pelea dicen que por algunos dias se sustentáron con los cuerpos muertos de los suyos. Demas desto probáron á huir y salvarse: como tampoco esto les sucediese, por conclusion perdida del todo la esperanza de remedio, se determináron á acometer una

memorable hazaña, esto es que se matáron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiendose las espadas por el cuerpo : algunos peleáron en desafío unos con otros, con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera que para esto tenian encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida.

Por esta manera fué destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Cipion vino á España. Grande fué su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitáron las vidas. Apiano dice que entrada la ciudad halláron algunos vivos : contradicen á esto los demas autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenian entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demas desto que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonáron los ciudadanos, que no les pusiéron fuego, fuéron por mandado de Cipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos.

MARIANA, *Historia de España.*

Principios del reinado del Rey Witiza.

EL reinado de Witiza fué desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas. Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caida, y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero. Y es cosa natural y muy usada, que quando los reinos y provincias se hallan mas encumbrados en toda prosperidad, entónces perezcan y se deshagan : todo lo

de acá abajo, á la manera del tiempo, y conforme al movimiento de los cielos, tiene su período y fin, y al cabo se trueca y trastorna; ciudades, leyes, costumbres. Verdad es que al principio Witiza dió muestra de buen Príncipe, de querer volver por la inocencia y reprimir la maldad. Alzó el destierro á los que su padre tenia fuera de sus casas, y para que el beneficio fuese mas colmado, los restituyó en todas sus haciendas, honras y cargos. Demas desto hizo quemar los pápeles y procesos, para que no quedase memoria de los delitos y infamias que les achacaron, y por los cuales fueron condenados en aquella revuelta de tiempos. Buenos principios eran estos, si continuara, y adelante no se trocara del todo y mudara. Es muy dificultoso enfrenar la edad deleznable y el poder, con la razon, virtud y templanza. El primer escalon para desbaratarse fué entregarse á los aduladores, que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los Príncipes: ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades: enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre. Tuvo gran número de concubinas con el tratamiento y estado, como si fueran Reinas, y sus mugeres legítimas.

Para dar algun color y escusa á este desórden, hizo otra mayor maldad: ordenó una ley, en que concedió á todos que hiciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios, para que se casasen. Ley abominable y fea, pero que á muchos y á los mas dió gusto. Hacian de buena gana lo que les permitian, así por cumplir con sus apetitos, como por agradar á su Rey: que es cierto género de

servicio y adulacion imitar los vicios del Príncipe; y los mas ponen su felicidad y contento en la libertad de sus sentidos y gustos. Hizose otrosí una ley en que negáron la obediencia al Padre Santo, que fué quitar el freno del todo y la máscara, y el camino derecho para que todo se acabase, y se destruyese el reino; hasta entónces de bienes colmado por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buena andanza. Para que estas leyes tuviesen mas fuerza, se juntáron en Toledo los Obispos á concilio, que fué el décimo octavo de los Toledanos. La junta fué en la iglesia de San Pedro y San Pablo del Arrabal, donde á la sazón estaba un monasterio de monjas de San Benito. Era Gunderico Arzobispo de Toledo. Los decretos deste concilio no se ponen ni andan entre los demas concilios, ni era razon, por ser del todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos. En particular contra lo que por leyes antiguas estaba dispuesto, se dió libertad á los Judíos para que volviesen y morasen en España.

Desde entónces se comenzó á revolver todo, y á despeñarse; porque dado que á muchos daba gusto el vicio, casi todos juzgaban mal dél, y en particular se desabrióron todos aquellos que eran aficionados á las leyes y costumbres antiguas, y muchos volviéron los ojos al linage y sucesion del Rey Chindasuinto para les volver la corona, y poner remedio por este camino á tantos males. No se le encubrió esto á Witiza, que fué ocasion de embravecerse contra los de aquella casa, y lo que comenzó en vida de su padre, que fué ensangrentar sus manos en aquel linage, continuarlo como podia, y llevarlo al cabo.

MARIANA, *Historia de España*,

Principios del reinado del Rey Don Rodrigo.

TAL era el estado de las cosas de España á la sazón que Don Rodrigo, escluidos los hijos de Witiza, se encargó del reino de los Godos por voto, como muchos sienten, de los Grandes; que ni las voluntades de la gente se podian soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y bandos, ni tenian fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera. Hallabanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenían los cuerpos flacos y los ánimos afeminados, á causa de la soltura de su vida y costumbres. Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenian estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales los mas del pueblo hacian una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros; pero muy inhábiles para acudir á las armas, y venir á las puñadas con los enemigos. Finalmente el imperio y señorío ganado por valor y esfuerzo se perdió por la abundancia y deleites, que de ordinario la acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabáron, los vicios le apagáron, y juntamente desbaratáron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo.

Pareceme á mí que por estos tiempos el reino y nacion de los Godos era grandemente miserable, pues como quier que por su esfuerzo hobiesen paseado gran parte de la redondez del mundo, y ganado grandes victorias,

y con ellas gran renombre y riquezas; con todo esto no faltaron quien por satisfacer á sus antojos y pasiones con corazones endurecidos pretendiesen destruirlo todo : tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los Godos. Tenia el nuevo Rey partes aventajadas, y prendas de cuerpo y alma que daban claras muestras de señaladas virtudes. El cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado á la hambre, frio y calor, y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquiera hazaña : grande su liberalidad, y estraordinaria la destreza para grangear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos. Tal era ántes que le entregasen el gobernalle; mas luego que le hiciéron Rey, se trocó, y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En lo que mas se señaló, fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente fué mas semejable á Witiza que á su padre, ni á sus abuelos.

MARIANA, *Historia de España.*

Batalla del Guadalete.

LLEGÓ el Rey Don Rodrigo por sus jornadas cerca de Xerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos, los Moros orgullosos con la victoria, los Godos por vengarse, por su patria, hijos, mugeres y libertad, no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentian en sus corazones una tristeza estraordinaria, y un silencio, cual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre

algunos. Al mismo Rey, congojado de cuidados entre dia, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Peleáron ocho dias continuos en un mismo lugar : los siete escaramuzáron, como yo lo entiendo, á propósito de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios.....

Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los Godos al son de sus trompetas y cajas se adelantáron, los Moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea : fué grande la gritería de la una parte y de la otra, parecia hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de sactas y lanzas se comenzó la pelea, despues viniéron á las espadas. La pelea fué muy brava, cá los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse : solo los Moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar, y aun volver las espaldas, cuando Don Oppas (¡ ó increíble maldad !), disimulada hasta entónces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con Don Julian, que tenia consigo gran número de los Godos, y de traves por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos atónitos con traicion tan grande, y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fuéron rotos y puestos en huida, no obstante que el Rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros, y acudia á todas partes, socorria á los que via en peligro, en lugar de los heridos y muertos

ponia otros sanos, detenía á los que huían, á veces con su misma mano, de suerte que no solo hacia las partes de buen capitán, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último perdida la esperanza de vencer, y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro, y subió en un caballo llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto él se salió de la batalla.

Los Godos, que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimáron, parte quedáron en el campo muertos, los demas se pusieron en huida: los reales y el bagage en un momento fuéron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Dia aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre ínclito de los Godos: allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabáron; y el imperio que mas de trecientos años habia durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del Rey Don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería, fuéron hallados á la ribera del rio Guadalete: y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió, ó se ahogó á la pasada del rio.

MARIANA, *Historia de España.*

Conquista de la ciudad de Toledo.

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traian tan cansados á los Moros de aquella ciudad,

que no sabian que partido tomar ni donde acudir. Los Cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad, no cesaban de solicitar al Rey Don Alonso para que juntadas todas sus fuerzas se pusiese sobre aquella ciudad. Prometian, si lo hiciese, de abrille luego las puertas, y entregarsela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga : estas dificultades, y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del Rey, y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista : hiciéronse nuevas y grandes levass de gente, juntáron los pertrechos y municiones necesarias, con determinacion de no desistir, ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte, que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido.

Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los Príncipes comarcanos : grandes efectos se hacen, cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demas de los Castellanos, Leoneses, Vizcainos, Gallegos, Asturianos, todos vasallos del Rey Don Alonso, acudiéron en primer lugar el Rey Don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente : asimismo socorros de Italia y de Alemania, movidos de la fama desta empresa, que volaba por todo el mundo. De los Franceses, por estar mas cerca, vino mayor número : gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos; mas porque en esta y otras guerras contra los Moros sirviéron muy bien, á los que dellos se quedáron

en España para avecindarse y poblar en ella, los Reyes les otorgaron muchas esenciones y franquezas : ocasion segun yo pienso de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente Francos, así á los hombres generosos, como á los hidalgos, y que no pagan pechos ; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concediéron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la via de Toledo muy alegre, y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda.

El Rey Moro avisado del intento de los enemigos, de sus apercebimientos y aparato, y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vituallas y municiones : faltabale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenia confianza de poderse defender, por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas partes la cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales con grande maravilla de la naturaleza rompe el rio Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del septentrion y del norte, de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas; una por lo alto, y otra tirada por lo mas bajo. Para cercar la ciudad por todas partes, fué necesario dividir la gente en siete escuadrones, con otras tantas estancias, que fortificáron á ciertos espacios, á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El Rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas

partes, en la vega que se tiende á las haldas del monte, sobre que está asentada la ciudad.

Todos, así Moros como Cristianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos : cerca de los muros se trabáron algunas escaramuzas en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; solo se echaba de ver que los Moros en la pelea de á pié no igualaban á los Cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacian ventaja en la destreza que tenian, por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantáron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas y ingenios para batir y arrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios dado que ponian espanto, y hacian maravillar á los Moros, por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribáron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos y muchos que la defendian. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia, se cansaban los Cristianos, de suerte que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputacion. Apretabalos la falta que padecian de todo, que por estar la tierra talada, y alzados los mantenimientos, eran forzados proveerse de muy lejos de vituallas para los hombres y forrage para los caballos. Los calores del verano comenzaban; por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moria mucha gente.....

Los cercados padecian á la misma sazon mayor necesidad

y falta de todo, tanto que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias, por tener consumidas las vituallas; hallabanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad: ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni escusaban trabajo, ni temian de ponerse á cualquier riesgo. Acordáron persuadir al Rey Moro tratase de conciertos: apellidáronse los ciudadanos unos á otros, y de tropel entráron por la casa Real, y con grandes alaridos requieren al Rey Moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes, ántes que todos juntos pereciesen, y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad.....

Parecia usarian de fuerza, y que todos juntos, si no otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad: grande aprieto y congoja; así forzado el Moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedian sus vasallos. Saliéron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del Rey Don Alonso le representáron sus quejas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos, y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: despues desto le dijéron que si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales, que dentro de la ciudad, todavía vendrian en hacer algun concierto, como fuese tolerable, hasta pagar las parias y tributo que se asentase.

A esto respondió el Rey, que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que, á menos de entregarle la ciudad, no daria oidos á concierto ninguno. Sobre esto fuéron y viniéron diversas veces, en que se gastáron algunos

días. La falta crecía en la ciudad, y la hambre, que de cada dia era mayor. Los nuestros estaban animados de ántes, y de nuevo mas, porque los enemigos fuéron los primeros á tratar de concierto. Finalmente los Moros viniéron en rendir la ciudad.

MARIANA, *Historia de España.*

Alboroto de los Moros de Toledo, por haberles quitado su mezquita, contra lo pactado en la capitulacion de la ciudad.

Los Moros tenian la iglesia mayor, y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecia mengua y afrentoso para los Cristianos, y cosa fea que en una ciudad ganada de Moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de mas autoridad, y los Cristianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de Don Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la Reina, determina con un escuadron de soldados tomarles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados, abatiéron las puertas: despues los peones limpiáron el templo, y quitáron todo lo que allí habia de los Moros: hiciéronse altares á la manera de los Cristianos, en la torre pusieron una campana, con el son llamáron al pueblo, y le convocáron para que se hallase á los oficios divinos.

Alborotáronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos apénas se pudieron enfrenar de no tomar las armas, y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si Nuestro Señor Dios no estorbara el daño que los Moros pudieran hacer, porque eran

muchos mas que los fieles. Entretuviéronse por pensar que aquello se habia hecho sin que el Rey lo supiese : esto les era algun consuelo y alivio , unos se refrenáron con esperanza que serian vengados , otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al Rey , luego que supo el caso , le pesó mucho que el Arzobispo con su demasiada priesa hobiese quebrantado el asiento puesto con los Moros , y hecho poco caso de su fé y palabra Real. Representabasele quanto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los Moros : temia no sucediese algun daño á la ciudad ; poniasele delante la inconstancia de las cosas del mundo , cuan presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo , y con tanta velocidad que desde el monasterio de Sahagun do estaba , y donde recibió la nueva de lo que pasaba , se puso en tres dias en Toledo mal enojado en gran manera : hacia grandes amenazas contra el Arzobispo y contra la Reina , no admitia ruegos de nadie , con ninguna diligencia se aplacaba su muy encendida saña , venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadía , con que los Moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo , sabida la venida del Rey y su intento , le saliéron al encuentro cubiertos de luto , el clero en forma de procesion : llegados á su presencia , con lágrimas que derramaban , le suplicáron por el perdon ; ningun efecto hiciéron , por venir muy indignado , y resuelto de castigar aquel desacato.

Proveyó Dios á tanto mal como se temia por otro camino no pensado. Los principales de los Moros , mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio , cayéron en la cuenta que no les venia bien si el Rey llevaba adelante su saña. Advertian que él podia

faltar, y el odio contra ellos quedaria para siempre fijado en los pechos de los Cristianos. Acordaron salir al encuentro al Rey, y suplicalle diese perdon á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magán, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatianlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante. Arrodilláronse luego que el Rey llegó, con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno: dijoles que aquella injuria no era dellos, sino desacato de su Real persona, que por el castigo entenderian ellos y los venideros que la palabra Real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. A esto los Moros en alta voz comenzaron á pedir perdon, que ellos de corazon perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el Rey algun tanto, por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba.....

Los Moros arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del Rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echaba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente la razon venció el ímpetu de su ánimo: consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres, y los endereza; que muchas veces de los males que permite, resultan bienes muy grandes. Vencido pues de los ruegos de los Moros, les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la Reina y al Arzobispo alegres por la esperanza que tenian de alcanzar perdon, con que aquel

dia de turbio y desgraciado se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced.

MARIANA, *Historia de España*.

Batalla de las Navas.

TODA muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu, y mas por la opinion se mueve, que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los mas de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Pareciales corrían igual peligro, ora los Reyes pasasen adelante, ora volviesen atras: lo uno daría muestra de temeridad, lo otro seria cosa afrentosa. Ponían mala voz en la empresa: cundía el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los Santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares, por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser Angel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió mas), prometió á los Reyes que si dél se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro á encumbrar lo mas alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande á un hombre que no conocían, no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecía. Pareció que Don Rodrigo de Haro y Garci Romero, como adalides, viesén por los ojos lo que decia aquel pastor. Era el camino al reves de lo que pretendían, y parecia iban á otra parte diferente, tanto

que los Moros , considerada la vuelta que los nuestros hacian , pensáron que por falta de vituallas huian y se retiraban á lo mas adentro de la provincia. Conveniales subir por la ladera del monte : pasar valles en muchos lugares , peñascos empuados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algun trabajo , con la esperanza cierta que tenian de la victoria , si llegasen á las cumbres de los montes y á lo mas alto : el mayor cuidado que tenian era de apresurarse , por rezelo que los enemigos no se apoderasen ántes del camino , y les atajasen la subida.

Pasadas pues aquellas fraguras , los Reyes en un llano que halláron , fortificáron sus reales. Apercibióse el enemigo á la pelea , y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones : quedóse el Rey mismo en el collado mas alto , rodeado de la gente de su guarda. Los fieles , por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino así hombres como jumentos , determináron de esquivar la pelea : lo mismo el dia siguiente , con tan grande alegría de los Moros que entendian. era por miedo , que el Miramamolin con embajadores que envió y despachó á todas partes , y muy arrogantes palabras , prometia que dentro de tres pondria en su poder los tres Reyes que tenia cercados como con redes. La fama iba en aumento , como suele : cada uno añadía algo á lo que oía , para que la cosa fuese mas agradable. El dia tercero , que fué lunes , á diez y seis del mes de Julio , los nuestros resueltos de presentar la batalla , al amanecer confesados y comulgados , ordenáron sus batallas en guisa de pelear. En la avanguardia iba por capitán Don Diego de Haro. Del escuadron de en medio tenia cuidado Don Gonzalo Nuñez , y con él otros caballeros

Templarios, y de las demas Ordenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el Rey Don Alonso, y el Arzobispo Don Rodrigo, y otros Prelados. Los Reyes de Aragon y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el Navarro á la derecha, á la izquierda el Aragonés.

El Moro al contrario con el mismo órden de ántes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armáron la tienda Real, cerráron con cadenas de hierro, y por guarda los mas fuertes Moros, y mas esclarecidos en linage y en hazañas; los demas eran en tan gran número, que parecia cubrian los valles y los collados. Exhortáron los unos, y los otros, y animaban los suyos á la pelea.....

Por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y corage. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ámbas partes: peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufria que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendia á todos á pelear. Los del escuadron de en medio y cuerpo de la batalla fuéron los primeros á acometer: siguiéronles los Navarros y Aragoneses, sin mejorarse al principio, dado que por tres veces diéron carga á los contrarios, ántes al contrario nuestros escuadrones algun poco desalojados parece ciaban, y se querian poner en huida.

En esto el Rey Don Alonso movido juntamente del peligro y de la afrenta, se queria meter por lo mas espeso de los enemigos, si no le detuviera el Arzobispo Don Rodrigo, que tenia á su lado: advirtióle que en su vida consistia la suma de la victoria y esperanza de

los Cristianos : que perseverase (como comenzara) á confiar del favor de Dios, y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadron se adelantó, y por su esfuerso y el de los demas se mejoró la pelea. Los que parecia titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos á la ordenanza tornáron á la batalla con mayor ferocidad. Los Moros cansados con el continuo trabajo de todo el dia no pudiéron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros, y de nuevo entraban en la pelea. Fué muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedia. Pereciéron en aquella batalla docientos mil Moros, y entre ellos la mitad fuéron hombres de á caballo : otros quitan la mitad de este número. La mayor maravilla, que de los fieles no pereciéron mas de veinte y cinco, como lo testifica el Arzobispo Don Rodrigo : otros afirman que fuéron ciento y quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otrá maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de Moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, segun que lo atestigua el mismo Don Rodrigo.

El Rey Moro por amonestacion de Zeit su hermano se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza : desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaen. A puesta de sol fuéron tomados los reales de los enemigos, que robáron los Aragoneses, porque los demas siguiéron y ejecutáron el alcance. Las preseas del Rey Moro y sus alhajas, que solas quedáron enteras, fuéron por Don Diego de Haro dadas por iguales partes á los Reyes de Navarra y de Aragon. En particular la tienda de seda roja y carmesí, en que

alojaba el Rey bárbaro , se dió al Rey de Aragon por órden de Don Alonso Rey de Castilla; el cual , como quier que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria , de buena gana dejó lo demas á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacallo en público y repartillo , como era razon , conforme á los méritos de cada cual ; ántes dejáron que cada uno se quedase con lo que tomó , porque tenian rezelo de algun alboroto , y entendian que á los particulares seria mas agradable lo que por su mano tomaron , que si de la presa comun se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

• MARIANA , *Historia de España.*

Principio de la restauracion de España.

CON la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia , las reliquias de los Godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España , y reducidos á las Asturias , Galicia y Vizcaya , tenian mas confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas , tuviéron lugar para tratar entre sí como podrian recobrar su antigua libertad. Quejabanse en secreto que sus hijos y mugeres hechos esclavos servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos llegados á lo último de la desventura no solo padecian el público vasallage , sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados : los templos de los Santos , unos con el furor de la guerra quemados y abatidos , otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana , saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias : rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza

que era Gobernador de Gijon , aunque puesto por los Moros , de profesion cristiano , en quien fuera justo hallar algun reparo , no se via cosa de hombre , fuera de la figura y apariencia , ni de cristiano mas del nombre y hábito exterior : que les seria mejor partido morir de una vez , que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida , ni el imperio de su gente que por permission de Dios era acabado ; solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable , y de vida no tan amarga como era la que padecian.

Los que desto trataban , tenian mas falta de caudillo que de fuerzas , el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demas cristianos de España , y los animase para acometer cosa tan grande , porque , como suele el pueblo , todos blasonaban y hablaban atrevidamente , pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza : el vigor y valor de los ánimos caido , la nobleza de los Godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el Infante Don Pelayo como el que venia de la alcuña y sangre Real de los Godos , sin embargo de los trabajos que habia padecido , resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo , cosa que sabian muy bien los naturales ; y aun los mismos que no le conocian , por la fama de sus proezas y de su esfuerzo , como suele acontecer , le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presenciá. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya , do estaba recogido despues del desastre de España , viniese á las Asturias , no se sabe si llamado , si de su voluntad , por no faltar á la ocasión , si alguna se presentase , de ayudar á la patria comun.

MARIANA, *Historia de España.*

Estado de España al principio del reinado de Don Fernando cuarto.

EN Castilla no podian las cosas tener sosiego : los nobles divididos en parcialidades , cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno , y pretendia tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas : el pueblo , como sin gobernalles , temeroso , descuidado , deseoso de cosas nuevas , conforme al vicio de nuestra naturaleza , que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquier hombre inquieto tenia grande ocasion para revolvello todo , como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades , villas y lugares , en poblados y despoblados cometian á cada paso mil maldades , robos , latrocinios y muertes , quien con deseo de vengarse de sus enemigos , quien por codicia , que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas , saqueaban los bienes , robaban los ganados , todo andaba lleno de tristeza y llanto : miserable avenida de males y daños. La Reina era menospreciada por ser muger , el Rey por su tierna edad no tenia autoridad ni fuerzas , puesto que luego el siguiente dia despues que su padre falleció en Toledo , le alzaron por Rey con todo aquel homenaje y ceremonias que se suelen hacer á los Príncipes. La Reina mandó luego franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos , que los Españoles llaman Sisa ; la cual imposicion fué harta parte para la mala satisfaccion y desgusto que todos tenian contra su marido el Rey Don Sancho.

MARIANA, *Historia de España.*

*Revueltas de Castilla durante la menor edad de
Alfonso undécimo.*

EN Castilla andaban grandes alborotos , nuevas esperanzas de muchos : todos los que en nobleza y estado se adelantaban , pretendian apoderarse del gobierno del reino. La Reina Doña María , por lo que se capituló los años pasados , pretendia tocallo todo el gobierno ; y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas á todas las ciudades , en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad á que eran obligados. Sin embargo , por ser muger , era de muchos tenuta en poco : pareciales no tenia fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los Grandes en un mismo tiempo pretendian apoderarse de todo : los principales entre otros eran el Infante Don Filipe tio del Rey , Don Juan Manuel , y el otro Don Juan el Tuerto señor de Vizcaya : todos muy poderosos , y que poseian grandes riquezas , y nobilísimos por la Real prosapia de que descendian.

A estos se entregó el cuidado y mando del reino , no de comun consentimiento de los pueblos , ántes andaban divisos en bandos y pareceres : todas las cosas se hacian inconsideradamente , y como á tienta. Juntáronse las ciudades y villas , no todas en uno , sino segun las comarcas y provincias : grandes miedos se representaban y peligros. Resultó destas juntas , que á Don Filipe señaló el Andalucía para que los gobernase : el reino de Toledo y la Estremadura á Don Juan Manuel : la mayor parte de Castilla la vieja seguian á Don Juan señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se vian mil contiendas , por los bandos que cada uno seguia. Mudabanse á cada

paso los gobiernos : los mismos se aficionaban ora á una parte , ora á otra , conforme como á cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interes se vendia al que mas le daba , vario como suele é inconstante en sus propósitos. De aquí se seguia la libertad para cometer todo género de maldades , muertes , robos y latrocinios : miserable avenida de calamidades. Los mas poderosos atropellaban á los pequeños. Los que regian la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio Real : infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente ningun género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenia pocas fuerzas , y era tenido de todos por sospechoso , y por las antiguas competencias del reino no hacian cuenta dél ; determinó de allegarse á Don Juan señor de Vizcaya. A los mil y treientos y veinte años iban las cosas por esta órden en Castilla.

MARIANA, *Historia de España.*

Ceremonia con que se creaban los Condes en Castilla en el siglo décimo cuarto.

EL Rey en Sevilla dió título de Conde de Trastámara , Lemos y Sarria á Alvar Nuñez Osorio , que era su mayor privado , cosa muy nueva ; que hasta entónces en Castilla no se diera de mucho tiempo atras á ninguno título de Conde. La ceremonia que se hizo fué muy tosca , como entre gente en aquella sazon falta de todo género de policia y primor. Echáron tres sopas en una taza de vino , y pusiéronselas delante : convidáronse por tres veces el Rey y el Conde , sobre cual dellos tomaria primero : finalmente el Rey tomó la una , y el

Conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina á parte para su mesnada , y en la guerra propia y particular bandera , con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios ; y leídos , todos los presentes aclamaron con gran aplauso, *viva el Conde*. Tal fué la costumbre y ceremonia con que se criaban los Condes en aquella era.

MARIANA, *Historia de España*.

*Casamiento engañoso de Don Pedro el Cruel con
Doña Juana de Castro.*

EL Rey de Castilla con su acostumbrado descuido y desalmamiento echó el sello á sus escesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada , que cuando las demas se pudieran algo disimular y encubrir , á esta no se le pudo dar ningun color ni excusa. Doña Juana de Castro , viuda , muger que fué de Don Diego de Haro , á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba , pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El Rey , que no sabia refrenar sus apetitos y codicias , puso los ojos en ella. Sabia cierto que por via de amores no cumpliria su deseo ; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero : alegó que no estaba casado con su muger Doña Blanca : presentó de todo indicios y testigos ; que en fin al Rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á Don Sancho , Obispo de Avila , y á Don Juan , Obispo de Salamanca. Ellos por sentencia que pronunciaron en favor del Rey , le diéron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un Príncipe furioso : venció el miedo del peligro al derecho y mani-

fiesta justicia. ¡ O hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos ! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla.

Dado que se hobo la sentencia en Cuellar do el Rey era ido, se hiciéron con grandísima priesa las bodas.

MARIANA, *Historia de España.*

Proclamacion del Maestre de Avis por Rey de Portugal.

JUNTARONSE en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debia hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro á los intentos de Castilla, les era necesario tener cabeza, algun valeroso Capitan que acaudillase el pueblo, cá muchedumbre sin orden es como cuerpo sin alma. Añadian que para mayor autoridad de mandar y vedar, y para que todos se sujetasen, y aun para que él mismo se animase mas, y con mayor brio entrase en la demanda, era forzoso dalle nombre de Rey. Alegaban que la república da la potestad Real, y por el mismo caso, quando le cumpliere, la puede quitar y nombrar nuevo Rey : muchos y muy claros ejemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmacion desto, el derecho que la naturaleza y Dios da á todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre : sobre todo que si los contrarios confiaban en su derecho y razon, ¿ por que causa á tuerto fuéron los primeros á tomar las armas ? que á ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio : no faltaban letrados que todo esto lo fundaban en derecho, con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas.

La grandeza del negocio y la dificultad espantaba : por donde algunos eran de parecer no quitasen el reino á Doña Beatriz, pues seria cosa inhumana privalla de la herencia de su padre, temeridad irritar las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado, y no medirse con la razon. Que los enemigos ántes de venir á las manos y de ensangrentarse saldrian á cualquier partido : las haciendas, las vidas, y la libertad quedaria en mano del vencedor. Por conclusion, que era prudencia acordarse de los temporales que corrian, y medirse con las fuerzas, deseár lo mejor, y con paciencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del Infante Don Juan, bien que en Toledo arrestado. Decian se debia tratar de su libertad, alegaban el comun acuerdó pasado : ¿que otra cosa significaban aquellos estandartes? ¿que cosa se ofrecia de nuevo, para mudar lo acordado una vez? pero este parecer comunmente desagradaba : ¿á que propósito hacer Rey al que ni los podia gobernar, ni acudilles en aquel peligro, no ser ayuda, sino solo causa de guerra? Con tanto mayor voluntad acudiéron los votos al Maestre de Avis, que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos mucho se pagaban.

En San Francisco de Coimbra, do se tenia aquella junta, le alzaron por Rey, á los cinco de Abril, con aplauso general de todos los que presentes se hallaron.

MARIANA, *Historia de España.*

De un caso sucedido á Enrique tercero.

AL principio que se encargó del gobierno, gustaba de residir en Burgos. Entreteniase en la caza de codor-

nices, á que era mas dado que á otro género de montería ó volatería. Avino que cierto dia volvió del campo cansado algo tarde. No le tenian cosa alguna aprestada para su yantar: Preguntada la causa, respondió el despensero que no solo le faltaba el dinero, mas aun el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el Rey desta respuesta; disimuló empero con mandalle por entónces que sobre un gaban suyo mercase un poco de carnero, con que y las cordonices que él traia, le aderezasen la comida. Sirvióle el mismo despensero á la mesa, quitada la capa, en lugar de los pages. En tanto que comia, se moviéron diversas pláticas. Una fué decir que muy de otra manera se trataban los Grandes, y mucho mas se regalaban. Era así que el Arzobispo de Toledo, el Duque de Benavente, el Conde de Trastámara, Don Enrique de Villena, el Conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzman, y otros señores y ricos hombres deste jaez se juntaban de ordinario en convites que se hacian unos á otros, como en turno. Avino que aquel mismo dia todos estaban convidados para cenar con el Arzobispo, que hacia tabla á los demas.

..

Llegada la noche, el Rey disfrazado se fué á ver lo que pasaba, los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atencion, y las pláticas mas en particular que sobre mesa tuviéron, en que, por no rezelarse de nadie, cada uno relató las rentas que tenia de su casa, y las pensiones que de las rentas Reales llevaba. Aumentóse con esto la indignacion del Rey que los escuchaba, determinó tomar emienda de aquellos desórdenes: para esto el dia siguiente luego por la mañana hizo corriesse voz por la

Corte que estaba muy doliente, y queria otorgar su testamento. Acudiéron á la hora todos estos señores al castillo en que el Rey posaba. Tenia dada órden que como viniesen los Grandes, hiciesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hizose todo así como lo tenia ordenado. Esperáron los Grandes en una sala por gran espacio todos juntos.

A medio día entró el Rey armado, y desnuda la espada. Todos quedáron atónitos, sin saber lo que queria decir aquella representacion, ni en que pararía el disfraz. Levantáronse en pié, el Rey se asentó en su silla y sitial con talante (á lo que parecia) sañudo. Volvióse al Arzobispo : preguntóle ¿ cuantos son los Reyes que habeis conocido en Castilla ? la misma pregunta hizo por su órden á cada cual de los otros. Unos respondiéron : yo conocí tres, yo cuatro, el que mas dijo cinco. ¿ Como puede ser esto (replicó el Rey), pues yo de la edad que soy, he conocido no menos que veinte Reyes ? Maravillados todos de lo que decia, añadió : vosotros todos, vosotros sois los Reyes en grave daño del reino, mengua y afrenta nuestra ; pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos haceis. Junto con esto en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren, y seis-cientos soldados que de secreto tenia apercebidos. Quedáron atónitos los presentes : el de Toledo como persona de gran corazon, puestos los hinojos en tierra y con lágrimas pidió perdon al Rey de lo en que errado le habia : lo mismo por su ejemplo hiciéron los demas : ofrecen la emienda, sus personas y haciendas, como su voluntad fuese y su merced.

El Rey, desde que los tuvo muy amedrentados y hu-

mildes, de tal manera les perdonó las vidas que no los quiso soltar ántes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenian á su cargo, y contasen todo el alcance que les hiciéron de las rentas Reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses, que se gastaron en asentar y concluir estas cosas, los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho, con que ganó tal reputacion, que en ningun tiempo los Grandes estuviéron mas rendidos y mansos : el temor les duró por mas tiempo, como suele, que las causas de temer.

MARIANA, *Historia de España.*

Batalla del monte de Elvira.

Los reales del Rey se asentaron á la halda del monte de Elvira, fortificados de foso y trincheas. Los Moros eran cinco mil de á caballo, y como docientos mil infantes, todos número, parte alojada en la ciudad y parte en sus reales, que tenian cerca de las murallas, á causa que dentro de la ciudad no cabia tanta muchedumbre.

El Domingo adelante ordenaron los Moros sus haces en guisa de pelear. Allanaba el Maestre de Calatrava con los gastadores el campo, que á causa de los valladares y acequias estaba desigual y embarazado. Acometiéronle los Moros, y cargaron sobre él y sus gastadores, que hacian las esplanadas. Visto el peligro en que estaba, acudieron Don Enrique Conde de Niebla y Diego de Zúñiga, que mas cerca se hallaban, desde los reales á socorrelle : la pelea se encendia, y el calor del sol por ser á medio dia era muy grande. El Rey enojado, porque no pensaba pelear aquel dia, y turbado por la locura y atrevimiento de los suyos, envió á Don Alvaro de

Luna, para que hiciese retirar á los soldados, y dejar la pelea. La escaramuza estaba tan adelante, y los Moros tan mezclados por todas partes, que á los Cristianos, si no volvian las espaldas, no era posible obedecer. Lo cual como supiese el Rey, hizo con presteza poner en ordenanza su gente.....

.....
Mandó luego tocar las trompetas en señal de pelear. Acometiéron á los Moros, que los recibieron con mucho ánimo : fué el alarido grande de ámbas partes, estuvieron algun espacio las haces mezcladas sin reconocerse ventaja. La manera de la pelea era brava, dudosa, fea, miserable : unos huian, otros los seguian : todo andaba mezclado, armas, caballos y hombres ; no habia lugar de tomar consejo, ni atender á lo que les mandaban. Andaba el Rey mismo entre los primeros, como testigo del esfuerzo de cada cual, y para animarlos á todos. Su presencia los avivó tanto que vueltos á ponerse en ordenanza, les parecia que entónces comenzaban á pelear. Con este esfuerzo los enemigos, vueltas las espaldas, á toda furia se recogieron parte á la ciudad, parte por el conocimiento que tenian de los lugares, y confiados en su aspereza, se retiráron por aquellos montes cercanos, sin que los nuestros cesasen de herir en ellos y matar, hasta tanto que sobrevino y cerró la noche. El número de los muertos no se puede saber al justo, entendiósse que seria como de diez mil. Los reales de los Moros, que tenian asentados entre las viñas y los olivares, ganó y entró Don Juan de Cerezuela.

MARIANA, *Historia de España.*

*Deposición del Rey Don Enrique cuarto por los
rebeldes juntos en Avila. ,*

Los alborotados en Avila acordaron de acometer una cosa memorable : tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nación, pero bien será se relate, para que los Reyes por este ejemplo aprendan á gobernar primero á sí mismos, y después á sus vasallos, y adviertan cuantas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre Real y su grandeza mas consiste en el respeto que se le tiene, que en fuerzas : ni el Rey (si le miramos de cerca) es otra cosa que un hombre con los deleites flaco : ¿ sus arreos y la escarlata de que sirve, sino de cubrir, como parche, las grandes llagas y graves congojas que le atormentan? si le quitan los criados, tanto mas miserable; qué con la ociosidad y deleites mas sabe mandar que hacer, ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó desta manera. Fuera de los muros de Avila levantaron un cadahalso de madera, en que pusieron la estatua del Rey Don Enrique, con su vestidura Real y las demas insignias de Rey, trono, cetro, corona : juntáronse los Señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relatáron maldades y casos abominables, que decian tenia cometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estatua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias Reales : últimamente con grandes baldones le echáron del tablado abajo.

Hizose este auto un miércoles, á cinco de Junio. Con esto el Infante Don Alonso que se halló presente á todo,

fué puesto en el cadahalso, y levantado en los hombros de los nobles, le pregonáron por Rey de Castilla, alzando por él, como es costumbre, los estandartes Reales. Toda la muchedumbre apellidaba como suele : « Castilla, » Castilla por el Rey Don Alonso; » que fué meter en el caso todas las prendas posibles, y jugar á resto abierto. Como se divulgase tan grande resolucion, no fuéron todos de un parecer : unos alababan aquel hecho, los mas le reprendian. Decian, y es así, que los Reyes nunca se mudan, sin que sucedan grandes daños : que ni en el mundo hay dos soles, ni una provincia puede sufrir dos cabezas que la gobiernen : llegó la disputa á los púlpitos y á las cátedras.

MARIANA, *Historia de España.*

Alboroto del populacho de Lisboa contra los Judíos.

EN la iglesia de Santo Domingo estaba un crucifijo que sobre la llaga del costado tenia puesto un viril. Los que oian cierto dia allí misa, pensáron que el resplandor del vidrio era milagro. Contradijolo uno de los que allí se halláron, nuevamente convertido del judaismo, con palabras algo libres. El pueblo, como suele en semejantes ocasiones, furioso y indignado que tal hombre hablase de aquella manera, echáron mano dél, y sacado de la iglesia, le matáron y quemáron en una hoguera, que allí hiciéron. Acudióles un fraile de aquel monasterio, que hizo al pueblo un razonamiento, en que los animó á vengar las injurias que los Judíos hiciéron y hacian á Cristo; que fué añadir leña al fuego, y acuciar á los que estaban furiosos, para que llevasen adelante su locura. Apellidáronse unos á otros : arremeten á las casas

de los conversos : llevaban una cruz delante dos frailes de aquella órden como estandarte. La furia fué tal que en tres dias que duró el alboroto, diéron la muerte á pasadas de dos mil personas de aquella nacion ; y aun á vueltas por yerro ó por enemistades fuéron muertos algunos cristianos viejos. Acudieron Flamencos y Alemanes de las naves que surgian en el puerto, á participar del saco que en las casas se hacia.

Tuvo el Rey aviso deste desórden : envió á Diego de Almeyda y á Diego Lopez para que hicièsen pesquisa sobre el caso : los dos frailes caudillos de los demas fuéron muertos y quemados, y sin ellos justiciados otros muchos ; los extranjeros, alzadas velas, escapáron con la presa que llevaban muy gruesa.

MARIANA, *Historia de España.*

Historia de las Bacanales.

TUVIERON estas su principio en una celebridad de la Religion gentíllica. Formóla en Etruria un Griego humilde, revestido del carácter de sacerdote de Baco, en honor de esta mentida deidad. El respeto que todo el mundo tributaba á su patria por tantos triunfos bélicos, y por la posesion hasta entónces reservada á ella sola de las ciencias y las artes, grangeó tanta estimacion á un hombrécillo, que ninguna merecia por sí mismo, que pudo introducir un nuevo rito sacrílego en aquella parte de Italia ; el cual de allí trascendió á Roma, que á toda especie de Religiones abria los brazos, sino á la verdadera. Al principio era este un secreto que se fiaba á pocos ; pero estos pocos fuéron atrayendo á muchos. Luego empezáron á mezclarse con las deprecaciones,

himnos, libaciones, y sacrificios, desordenados banquetes, en que las largas potaciones, y aun las embriagueces parecia á los Romanos que podian pasar por legítimos cultos de una tal deidad como Baco. La licencia fué creciendo, no de dia en dia, sino de noche en noche; porque estas celebridades eran nocturnas. Concurrían á ellas ámbos sexos, sin discrecion de sitios. Como era natural familiarizarse mucho los ánimos en tan alegres festines, empezó la disolucion por licencias de menor nota, que rápidamente fuéron creciendo á todas especies de torpeza, sin esceptuar las mas horribles; en que es muy de notar, y aun de admirar, que estas eran las mas repetidas, como despues confesáron algunos de los cómplices.

Colocada en un punto tan alto la perversidad de aquella gente, como si de él se presentase á sus ojos la amplísima region del vicio, vió que aun le faltaban grandes espacios á donde estenderse, y empezó á discurrir por todos ellos. No hubo pasion á quien no se rompiesen los diques. Como si el fuego de la incontinencia hubiese encendido el de la ira, al abandono del pudor se siguió el de la humanidad. En aquellos congresos se decretaban asesinatos, se recetaban pociones venenosas, se inventaban calumnias, se formaban conspiraciones de testigos falsos, se fabricaban donaciones, contratos, y testamentos fingidos; de modo que ya en Roma nadie tenia seguras la honra, la hacienda, ó la vida. Aun muchos de los que concurrían á aquella oficina de Satanás dentro de ella eran inhumanamente sacrificados; se entiende aquellos que se habian hecho sospechosos en órden á la inobservancia de el secreto, ó rehusaban sufrir el oprobio de la mas infame lascivia,

ocultando despues los cadáveres, ó en las entrañas de la tierra, ó debajo de las ondas del Tiber. Veianse en Roma los estragos, y desaparecian los habitantes, sin que nadie supiese, ni aun sospechase cosa de aquel lavatorio de iniquidades, de donde procedia todo el daño; hasta que la casualidad, por medio de una humilde mugercilla, trajo la noticia de todo al Cónsul Postumio: el Cónsul la comunicó al Senado; y tomadas las medidas para la averiguacion, se descubriéron no menos que siete mil cómplices dentro de Roma: despues muchos mas de asambleas menores esparcidas en varias partes de Italia; y con un castigo proporcionado se acabó aquella peste.

FEIJOO, *Cartas críticas, Carta 16, de los Franc's-Masones.*

Burla hecha por Pablos al ama de su posada.

SUCEDIÓ que el ama criaba gallinas en el corral: yo tenia gana de comerla una: tenia doce, ó trece pollos grandecitos, y un dia estando dandoles de comer, comenzó á decir: Pío, pío, y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé á dar voces, y dije: ¡O cuerpo de tal, ama! no hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir. ¡Mal aventurado de mí y de vos! Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algun tanto, y dijo: Pues, Pablos, ¿yo que he hecho? si te burlas, no me aflijas mas. ¿Como burlas? ¡pesia tal! yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisicion, porque sino, estaré descomulgado. ¿Inqui-

sicion? (dijo ella) y empezó á temblar; ¿pues yo he hecho algo contra la fé? Eso es lo peor, decia yo : no os burleis con los inquisidores : decid que fuisteis una boba, y que os desdecis, y no negueis la blasfemia y desacato. Ella con el miedo, dijo : Pues, Pablos, ¿si me desdigo, castigaránme? Respondile : No, porque solo os absolverán. Pues yo me desdigo, dijo, pero dime tú de que, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. ¿Es posible que no advertis en que? No sé como me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais que dijisteis á los pollos : Pío, pío? y es Pío nombre de los Papas, Vicarios de Dios, y cabezas de la Iglesia. Papaos ese pecadillo. Ella quedó como muerta, y dijo : Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios si fué con malicia : yo me desdigo : mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré, si me veo en la Inquisicion. Como vos jureis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comiéron, llamandoles con el santísimo nombre de los Pontífices, me los deis, para que yo los lleve á un Familiar que los queme, porque estan dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dijo : Pues llevatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré. Yo, por mas asegurarla, dije : Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el Familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vejacion : llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pablos (decia cuando me oyó esto), por amor de Dios que te duelas de mí, y los llesves, que á tí no te puede suceder nada. Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria)

determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví, diciendo : Méjor se ha hecho que yo pensaba : queria el Familiarcito venirse tras mí á ver la muger; pero lindamente le he engañado, y negociado. Dióme mil abrazos, y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demas criados. Supo el ama, y Don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por que callar) de decir mis sisas.

QUEVEDO, *Vida del Gran Tacaño,*

Milagro de un Buldero en un lugar donde no querian tomar la bula.

EL quinto amo que tuve fué un buldero, el mas desenvuelto, y desvergonzado, y el mas echador de ellas que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso, ni nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia. Una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdinales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio, y llamasen á sus feligreses á tomar la bula, ofreciendosele á él las gracias. Informabase de la suficiencia de ellos : si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon : mas aprovechabase de un gentil y

bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabia que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, hacjase entre ellos un Santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo menos que lo parecia, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veia hacer, seria largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado la bula, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar, y él estaba dado al diablo con aquello. Y pensando que hacer, se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana para despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego viniéron á reñir y á haber malas palabras. El llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario. Sobre esto el Señor Comisario, mi señor, tomó un lanzon que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y metense en medio; y ellos muy enojados, procurandose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podian afrentarse con las armas, decianse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo, que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente los del pueblo viendo que no bastaban para ponerlos en

paz , acordáron de llevar al alguacil de la posada á otra parte ; y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubiéron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir , así nos echámos todos.

La mañana venida , mi amo se fué á la iglesia , y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula : y el pueblo se juntó , el cual andaba murmurando de las bulas , diciendo como eran falsas , y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto : de manera que tras que tenían mala gana de tomarla , con aquello del todo la aborreciéron. El Señor Comisario se subió al púlpito , y comienza su sermon , y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traia. Estando en lo mejor del sermon , entra por la puerta de la iglesia el alguacil ; y desque hizo oracion , levantóse , y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir :

Buenos hombres , oidmē una palabra , y despues oiréis á quien quisiéreis. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica , el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio , y que partiríamos la ganancia. Y ahora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas , arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas , y que no le creais ni las tomeis , y que yo *directe* ni *indirecte* no soy parte en ellas , y que desde ahora deajo la vara y doy con ella en el suelo : y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad , que vosotros me seais testigos como yo no soy con él , ni le doy á ello ayuda , ántes os desengaño y declaro su maldad ; y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban , se quisieron levantar , y echar al alguacil fuera de la iglesia por

evitar escándalo; mas mi amo les fué á la mano, y mandó á todos que so pena de escomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese: y así él tambien tuvo silencio, miéntras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si queria decir mas, que lo dijese. El alguacil dijo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por ahora basta.

El Señor Comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, ántes todas manifestas, y á quien nada es imposible, ántes todo posible; tú sabes la verdad, y cuan injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones. No mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria á tí hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamas parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que estan presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apénas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar; y

comenzó á bramar, y echar espumajos por la boca, y torcerla, y hacer visages con el gesto, dando de pié y de mano, revolviendose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decian : el Señor le socorra y valga : otros, bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron, y le trabáron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca de él estaban. Otros le tiraban por las piernas, y tuviéron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase : y así le tuviéron un gran rato ; porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el llanto y ruido y voces que en la iglesia había, no eran parte para apartarle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertáron y le suplicáron quisiese socorrer á aquel pobre, que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas, ni á sus dichos malos, pues ya de ellos tenia el pago ; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y passion que padecia, por amor de Dios lo hiciese ; pues ellos veian clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El Señor Comisario, como quien despierta de un

dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que al rededor estaban, y muy pausadamente les dijo: buenos hombres, vosotros nunca habíais de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, con confianza podrémos suplicar, que le cumpla lo que nos manda, y su Magestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fé obstáculo. Vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito, y encomendóles que muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar de él el demonio, si su Magestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincáron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto; suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio, y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar, y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula, y pusosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor, y tornar en sí. Y desdeque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del Señor Comisario, y demandándole

perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fuéron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta prisa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y muger, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaccido por los lugares comarcanos: y quando á ellos llegábamos, no era menester sermon ni ir á la iglesia; que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran de balde: de manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Quando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí de ello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡cuantas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

HURTADO DE MENDOZA, *Vida de Lazarillo de Tormes.*

CAPITULO XI.

CUENTOS Y FABULAS.

Cuento del loco y el perro.

HABIA en Córdoba un loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinabase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues que entre los perros que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y cada palo que le daba, decia: perro ladron, ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiendole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegabase donde estaba el perro, y mirandole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es podenco, guarda. En efeto todos

cuantos perros topaba; aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos, y así no soltó mas el canto.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, *Prólogo*.

Cuento de un loco de Sevilla.

EN la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habian puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicandole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del Retor de la casa si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el Retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la esperiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniendole con el loco, habló con él una hora, y mas, y en todo aquel

tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada; ántes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo : y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el Retor le tenia ojerriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dijese que aun estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponian dolo, y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarsele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fé el buen capellan pidió al Retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el Licenciado : volvió á decir el Retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco. No sirviéron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dejase de llevarle : obedeció el Retor, viendo ser órden del Arzobispo : pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar, y ver los locos que en la casa habia. Subiéron en efeto, y con ellos algunos que se halláron presentes : y llegado el Licenciado á una jaula, adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dijo : hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa,

que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él, si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos, y los cerebros llenos de aire: esfuercese, esfuercese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantandose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces ¿quien era el que se iba sano y cuerdo? El Licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pié y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como

digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él, ni en todo su distrito y contorno, por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuviéron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviendose á nuestro capellan, y asiendole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volverémos por vuesa merced. Rióse el Retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudáron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. I.

Cuento del burro perdido y los dos Regidores.

EN un lugar que está á cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un Regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince

días serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, quando estando en la plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo pueblo le dijo : dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion miralle : quisele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte : si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, é yo procuraré pagaroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos Regidores á pié y mano á mano se fuéron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensáron hallar el asno, no le halláron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscáron. Viendo pues que no parecia, dijo el Regidor que le habia visto, al otro : mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte : y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro : por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo verémos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos

por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es escelente y digna de vuestro gran ingenio: y dividiendose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viendose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre, que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo, porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion, yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay rarás habilidades perdidas en el mundo; y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos

semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornáron á dividir, y á volver á sus rebuznos, y á cada páso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se diéron por contraseña que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodeáron todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿como habia de responder el pobre y mal logrado, si le halláron en lo mas escondido del bosque, comido de lobos? Y en viendole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncós se volviéron á su aldea, adonde contáron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos: y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dandoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Diéron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el

rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro dia, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto: y estas son las maravillas que dije que os habia de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. 25.

Cuento del hidalgo y del labrador su convidado.

CONVIDÓ un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que, á lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balvastro el herrero..... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el Eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os

tendré. — Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menios de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.... Por vida vuestra, hijo, dijo el Eclesiástico, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca.... Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen Religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba

tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniendole ámbas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciendole : sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera; y este es el cuento.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. 31.

Historia de la peña de los enamorados.

UN mozo cristiano estaba cautivo en Granada. Sus partes y diligencia eran tales, su buen término y cortesía, que su amo hacia mucha confianza dél dentro y fuera de su casa. Una hija suya al tanto se le aficionó, y puso en él los ojos. Pero como quier que ella fuese casadera y el mozo esclavo, no podian pasar adelante, como deseaban, cá el amor mal se puede encubrir; y temian, si el padre della y amo dél lo sabia, pagarían con las cabezas. Acordáron de huir á tierra de cristianos : resolucion que al mozo venia mejor, por volver á los suyos, que á ella por desterrarse de su patria; si ya no la movia el deseo de hacerse cristiana, lo que yo no creo. Tomáron su camino con todo secreto hasta llegar al peñasco ya dicho, en que la moza cansada se puso á reposar. En esto víéron asomar á su padre con gente de á caballo, que venia en su seguimiento. ¿Que podian hacer, ó á que parte volverse? ¿que consejo tomar? ; mentirosas las esperanzas de los hombres, y miserables sus intentos! Acudiéron á lo que solo les quedaba, de encumbrar aquel peñol trepando por aquellos riscos, que era reparo asaz flaco. El padre con un semblante sañudo los mandó bajar : ame-

nazabales, si no obedecian, de ejecutar en ellos una muerte muy cruel. Los que acompañaban al padre, los amonestaban lo mismo, pues solo les restaba aquella esperanza de alcanzar perdon de la misericordia de su padre con hacer lo que les mandaba, y echarse á los piés. No quisiéron venir en esto. Los Moros puestos á pié acometiéron á subir el peñasco; pero el mozo les defendió la subida con galgas, piedras, y palos, y todo lo demas que le venia á la mano, y le servia de armas en aquella desesperacion. El padre, visto esto, hizo venir de un pueblo allí cerca ballesteros para que de lejos los flechasen. Ellos, vista su perdicion, acordáron con su muerte librarse de los denuestos y tormentos mayores que temian. Las palabras que en este trance se dijéron, no hay para que relatallas. Finalmente abrazados entre sí fuertemente, se echáron del peñol abajo por aquella parte en que los miraba su cruel y sañudo padre. Desta manera espiráron ántes de llegar á lo bajo, con lástima de los presentes, y aun con lágrimas de algunos, que se movian con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y á pesar del padre, como estaban los enterráron en aquel mismo lugar.

MARIANA, *Historia de España.*

Alegoría de los conocimientos sólidos y de los imaginarios.

AL gran reino de Cosmosia arribáron dos famosas mugeres, muy mal avenidas la una con la otra, pero ámbas con un mismo designio, que era lograr el dominio de aquel imperio. La primera se llamaba *Solidina*: la

segunda *Idearia* : la primera sabia , pero sencilla : la segunda ignorante , pero charlatana. La gente del pais era ignorante , como la segunda , y sencilla , como la primera. Así Solidina pensaba captarla con el beneficio de instruirla , y Idearia con la mala obra de engañarla. Abrió Idearia escuela pública , prometiendo con magníficas palabras hacer doctísimos en breve tiempo y á poca costa á todos los que quisiesen acudir á ella. Lo grande de la promesa , junto con ver á la nueva Doctora en elevada cátedra con representacion de alto magisterio y gran charlatanería , presto llenó la Aula de gente. Empezáron las lecciones , las cuales todas se reducian á esponer á los oyentes con voces nuevas , ó inusitadas , las quimeras que pasaban en el dilatado pais de la imaginacion. ¡ Cosa admirable ! ó fuese que Idearia tenia algo de hechicería , ó que era muy singular el artificio de su embuste , á pocos años de escuela le persuadia á aquella mísera gente que ya sabia cuanto hay que saber.

Solidina seguia rumbo totalmente contrario. En trage humilde sin aparato alguno se andaba de casa en casa , domesticandose con todos , y enseñando con voces claras y usuales doctrinas verdaderas y útiles. Hasta la choza mas retirada , hasta la oficina mas humilde eran Aula acomodada á su doctrina , porque en todas partes hallaba objetos sensibles , que examinados por el ministerio de los sentidos , eran los libros por donde daba sus lecciones. Bien lejos de inspirar una indiscreta presuncion á sus discípulos , ingenuamente decia que cuanto les enseñaba era poquísimo , respecto de lo infinito que hay que saber ; y que para arribar á un mediano conocimiento de las cosas era menester inmenso trabajo y aplicacion. Esta modestia de Solidina le fué perjudicial , porque como al

mismo tiempo blasonaba Idearia de hacer á poca fatiga universalmente sabios á sus oyentes, unos en pos de otros fuéron mudando de partido, pensando en la escuela de Idearia arribar á la cumbre de la sabiduría por el atajo. Ayudó mucho á esto que Idearia y sus discípulos hablaban siempre con desprecio de Solidina, llamandola vil, mecánica, y grosera : con que la pobre, abandonada de toda la gente de calidad, hubo de retirarse de las ciudades á las aldeas, donde se aplicó á dar á pobres labradores la enseñanza que necesitaban para la cultura de los campos.

Triunfante Idearia con el destierro de su émula, trató de establecer un absoluto despotismo sobre sus discípulos, espidiendo un edicto para que ninguno en adelante creyese ni lo que viesen sus ojos, ni lo que palpasen sus manos, sí solo lo que ella dictase, imponiendoles de mas á mas la precisa obligacion de defender su doctrina con invencible porfía y con vocinglería interminable contra cualquiera demostracion que la impugnase. Bajáron todos las cabezas al tiránico decreto, y empezáron á creer firmemente muchísimas máximas á quienes ántes dificultaban el asenso : como el que la verdad no se puede conocer, sino por medio de la ficcion : que hay un modo de saber todas las cosas, el cual puede aprender un muchacho en cuatro dias : que hay un hombre que es todos los hombres (lo mismo en todas las demas especies), y conocido este, estan conocidos todos : que las cosas insensibles é inanimadas tienen sus apetitos, sus odios, sus amores, no menos que las animadas y sensibles : que aquel cuerpo, que mas que todos luce y quema, nada tiene de ígneo ; y al contrario hay un grandísimo cuerpo puramente ígneo, que ni luce, ni quema,

ni necesita de pábulo : que todos los vivientes constan de una buena porcion de fuego, sin escluir ni aun los peces, por mas que esten siempre metidos en la agua ; ni aun la tortuga , cuya sangre es positivamente fria.

Estos y otros portentos semejantes dictaba la Idearia á sus crédulos discípulos, quienes los abrazaban como verdades infalibles, hasta que en la escuela de la misma Doctora se formó un contencioso cisma, ó division escandalosa, cuyo autor fué *Papiraceo* (este es su renombre propio), hombre de genio sutil, animoso, y amante de novedades. Este introdujo nuevos y no menos admirables dogmas : como el que cuantos vivientes hay en el mundo (esceptuando el hombre) son verdaderamente cadáveres : que aun en el hombre solo una parte mínima del cuerpo goza de la presencia de la alma : que la estension del mundo es infinita : que es sempiterno el movimiento de los cuerpos sublunares, no menos que el de los celestes : que el espacio imaginario es real y verdadero cuerpo : que cuanto hay sobre la haz de la tierra está puesto continuamente en tan rápido vuelo, que en cada veinte y cuatro horas corre algunos millares de leguas : que en todo se debe creer á la imaginacion y en nada á los sentidos : que estos engañan groseramente en todas sus representaciones : que ni el cisne es blanco, ni el cuervo negro, ni el fuego caliente, ni la nieve fria, etc.

Estas novedades y otras de este género, bien que condenadas desde su nacimiento como heregías por el mayor número de los discípulos de Idearia, no dejaron de arrastrar bastante gente para hacer cuerpo de secta considerable, y construir Aula separada. Acerbamente se combatiéron los dos partidos, capitulando recípro-

camente cada uno de errores absurdos lo que el otro asentaba como inconcuses dógmas.

Esta division, despues de largas y porfiadísimas disputas, en que, conservandose siempre las fuerzas en equilibrio, por ningun partido se declaró la victoria, abrió en fin los ojos á muchos para conocer què habia sido ligereza, y aun ceguera, admitir como artículos de fé humana unas doctrinas sujetas á tan terribles contestaciones. Observáron que los argumentos con que cada uno impugnaba las opiniones opuestas, eran sin comparacion mas fuertes que los fundamentos en que apoyaba las propias. De aquí infiriéron que unas y otras eran evidentemente inciertas, y muy probablemente falsas. Entónces les ocurrió á la memoria la pobre y desatendida Solidina, haciendo reflexion, que esta probaba con demostraciones sensibles cuanto dictaba. Propagandose mas y mas cada dia esta advertencia en los mejores ingenios de las dos Aulas, determináron finalmente revocar á Solidina de la aldea á la ciudad, lo que ejecutado con solemne pompa le erigiéron Aula magnífica, donde desde entónces está enseñando con mayores y mayores créditos cada dia, á que contribuye mucho el favor de algunos ilustrísimos Próceres, especialmente los dos Príncipes Galindo y Anglosio, que aman mucho á Solidina.

FEIJOO, *Disc. 11º, El Gran Magisterio de la Esperiencia.*

CAPITULO XII.

MORAL FILOSÓFICA.

Sobre el peligro de probar el recato de la muger propia.

DIME, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí, que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿que buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿que mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó que será mas despues de lo que es ahora? ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para que quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el

intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrámbos á dos : las que se acometen por Dios son las que acometiéron los Santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos : las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna : y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fé, por su nacion y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora, y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mismo.....

.....
Así que no escusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar continuo, sino lágrimas de los ojos,

lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reinaldos : que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados : cuanto mas que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le vieses, y que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama : y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí, por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene, y si faltase, y no resistiese, considera desde ahora cual quedarias sin ella, y con cuanta razon te podrias quejar de tí mismo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya.

Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para que quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitarselos, y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole le encaminan ácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asímesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le

toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas; cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee, basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragancia y hermosura.....

.....
Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniendose por deshonorada, te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo: y en cierta manera le miran los que la maldad

de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quierote decir la causa por que con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea : y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adán despertó y la miró, dijo : esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo : por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma : y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne : y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad : y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defetos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño : porque así como el dolor del pié, ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonor de la muger, por ser una mesma cosa con ella : y como las honras y deshonoras del

mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonorado, sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive : mira por cuan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora estan sosegados en el pecho de tu casta esposa : advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. I, c. 33.

De la pasion de cobrar fama.

Eso me parece á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las demas, se quejó al poeta, diciendole que ¿que habia visto en ella, para no ponerla en el número de las otras? y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que habia nacido. Hizolo así el poeta, y pusola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros, y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque

no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos quinto con un caballero en Roma. Quiso el Emperador ver aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarandole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiendose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: mil veces, Sacra Magestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Magestad, y arrojar me de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habléis, ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quien piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿quien abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quien impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma?

¿quien contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Cesar? Y con ejemplos más modernos, ¿quien barrenó los navíos, y dejó en seco y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fuéron, y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad, que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. 8.

Requisitos de un buen matrimonio.

EL de casarse los enamorados es el fin de mas excelencia, advirtiendole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza, y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á grangear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger

hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La muger hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinion fué de no sé que sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola muger buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la muger con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solo con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, fácil cosa seria conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy ha-cedero pasar de un extremo á otro: yo no digo que sea imposible, pero tengolo por dificultoso.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. 22.

Consejos de Don Quijote á Sancho para el buen gobierno de su insula.

PRIMERAMENTE, ó hijo, has de temer á Dios : porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey : que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra.....

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte, y preciate mas de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos antiguos y modernos, que te cansaran.

Mira, Sancho ; si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia á los que los tienen Príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, quando estes en tu insula, alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás al cielo, que

gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo esten sin las propias), ensénala, doctrinala, y desbastala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un Gobernador discreto suele perder y derramar una muger rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la muger del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas, de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre, pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causà agena, que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio, y si le tuviere, será á costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia, quita tus ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion, considerele hombre miserable sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muestrele piadoso y clemente, porque, aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible : casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos : vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma : escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

.....

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repartela entre tus criados y los pobres : quiero decir que si has de vestir seis pages, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás pages para el cielo y para el suelo : y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería : anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

.....
Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del dia : y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es : que jamas te pongas á disputar de linages, á lo menos comparandolos entre sí, pues por fuerza en los que se

comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levatares en ninguna manera premiado.

CERVANTES, *Don Quijote*, p. II, c. 42 y 43.

Que se debe decir la verdad á los Príncipes.

No hay duda sino que de ninguna cosa los Príncipes padecen mayor mengua que de la verdad; la cual ¿que lugar puede tener entre las continuas adulaciones de palacio, entre los embustes y mañas, y redes que tienden los privados por todas partes? Sin su ayuda, ó por mejor decir con semejante falta, ¿que maravilla es que los Príncipes á cada paso tropiecen, pues andan en tinieblas y por la ignorancia son ciegos? ¿Quien no sentirá grandemente que falte luz á los que Dios puso en la cumbre para que fuesen guías de los hombres, y los sacasen de sus yerros con obras, consejos y autoridad?

Un solo camino se ofrece para reparar este daño, enseñado de hombres muy graves, mas seguido de pocos, esto es, que demas de los otros ministros, como mayordomos, caballerizos, maestresalas con todo el otro atuendo de palacio procuren aunque sea á costa grande tener cerca de sí alguna persona de conocida prudencia y bondad, que tenga licencia y órden de referir al Príncipe, y avisarle todo lo que dél se dijere y sintiere, sea verdad ó mentira, hasta los mismos rumores vanos y sin fundamento del vulgo. Los cuales avisos á las veces sin duda serán pesados, mas debelos sufrir, porque el provecho grande que de ellos resultará, recompensará bastantemente cualquier molestia; y es cosa averiguada que la verdad tiene las raíces amargas, pero sus frutos son muy suaves, muy dulces sus deijos.

No podrémos alcanzar esto, bien lo veo, ¿ los regalos y delicadezas de los Príncipes cuan grandes sean, quien no lo sabe? los que tienen por el principal fruto de su grandeza la libertad de hacer lo que se les antoja, sin que nadie les vaya á la mano. Por el contrario las palabras de los que les hablan á su gusto, les dan gran contento : la verdad es de un aspecto áspero y grave, de suerte que es maravilla cuando les queda un pequeño resquicio, por donde les entre algun rayo de luz : tan cercados estan por todas partes de dificultades, de li-sonjeros, finalmente de hombres que no buscan otra cosa sino su comodidad. No se debe empero desistir desta empresa, ni perder de todo punto la esperanza. Por ventura no cantamos á los sordos : habrá algunos, á quienes contente este aviso, que vean y sigan el camino que se les muestra muy saludable así para ellos como para sus vasallos; y entiendan que no los que tachan las costumbres y vida de los que rigen son perjudiciales, sino los que hablan al sabor del paladar, muchos y sin número, mayormente en los palacios Reales : peste tanto mas peligrosa, quanto mas halagüena y blanda.

MARIANA, *Historia de España.*

Reflexiones sobre los inconvenientes que resultan de desmembrar los imperios.

Los temporales que se siguiéron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias, y las guerras crueles que se emprendiéron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren adelante, quanto importa que el reino, en especial quando es pequeño, y su distrito no es ancho, no se divida en

muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable es que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasosegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco, por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo bajo. No hay gente en el mundo ni tan avisada y política, ni tan fiera y salvage, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho; y sin embargo vemos que muchos olvidados desto, y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividiéron á su muerte entre muchos sus estados; en lo cual haber errado grandemente, los tristes y desgraciados sucesos que por esta causa resultáron lo mostráron bastantemente; y todavía los que adelante sucediéron, no dudáron de imitar en este yerro á sus antepasados. Es así que muchas veces las opiniones caidas y olvidadas se levantan y prevalecen; y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente, ademas que cada cual demasiadamente se fia de sus esperanzas, y halla razones para aprobar lo que desea.

MARIANA, *Historia de España.*

Sobre la crianza de los Príncipes.

MISERABLE crianza de Rey, sujeta á graves daños, que el Gobernador de todos no ande en público, ni le vean sus vasallos, tanto que aun á los Grandes que le visitaban, no conocia: que quitasen al Príncipe la libertad de ver, hablar y ser visto, y como metido en una jaula

le embraveciesen y estragasen su buena y mansa condicion, cosa indigna. ¿Como pollo en caponera me pongas tú á engordar al que nació para el sudor, y para el polvo? ¿En la sombra y entre mugeres se crie á manera de doncella aquel cuyo cuerpo debe estar endurecido con el trabajo y comida templada para resistir á las enfermedades, y sufrir igualmente en la guerra el frio y los calores? ¿con los regalos quierres quebrantar el ánimo, que de dia y de noche ha de estar como en atalaya mirando todas las partes de la república? ciertamente esta crianza muelle y regalada acarreará gran daño á los vasallos: la mayor edad será semejable á la niñez y mocedad flaca y deleznable, dada á deshonestidad, y á los demas deleites, como se vee en gran parte en este Príncipe. Porque muerta la Reina, como si saliera de las tinieblas, y casi del vientre de su madre de nuevo á la luz, perpetuamente anduvo á tienta paredes: con la grandeza de los negocios se cansaba y ofuscaba. Por ésto se sujetó siempre al mando y albedrío de sus palaciegos y cortesanos: cosa de gran perjuicio, y de que resultáron continuas alteraciones y graves.

Dirá alguno: reprender estos vicios es cosa fácil, ¿quien los podrá enmendar? ¿quien se atreverá á afirmar lo que es muy verdadero, que á las mugeres conviene el arreo y el regalo, á los Príncipes el trabajo desde su primera edad? ¿Quien, digo, se atreverá á decir esto delante de aquellos que ponen la felicidad del señorío, y la miden con el regalo, lujuria y deleites, y tienen por el principal fruto de la vida servir al vientre, y á las otras partes mas torpes del cuerpo? Demas desto, ¿quien persuadirá esta verdad á los que tienen

por género de muy agradable servicio conformarse con los deseos de los Príncipes, y con sus inclinaciones para por allí medrar?

MARIANA, *Historia de España.*

Ambicion, Avaricia, y Lascivia.

EL Ambicioso es un esclavo de todo el mundo : del Príncipe, porque conceda el empleo : del valido, porque interceda : de los demas, porque no estorben. Tiene la alma y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusacion no pueda desvanecer toda su solicitud. ¡ O cuanto forceja con su semblante, porque muestre agrado á los mismos á quienes profesa mortal odio ! ¡ Cuanto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas que pueden dificultar sus medras ! De la pasion dominante son víctimas todas las demas pasiones, y el vicio de la ambicion, como tirano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohíbe todos aquellos gustos á que le lleva el desseo. Vé al que va á la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza el sarao. Todo lo vé, y todo lo envidia ; pero los apetitos estan en él, aunque furiosos, aprisionados como los vientos en la cárcel de Eolo.

Logrado el puesto no se minora la ansia, solo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga, ni detenerse sin molestia, ni retroceder sin precipicio. Ya se atáron las inclinaciones viciosas con

mas fuertes vínculos, creciendo la razon de tener la rienda tirante á sus deseos depravadas. Solicitale la codicia, instigale la gula, abrasale la incontinencia; pero, aunque reluctante, obedece á la pasion que despótica le domina. Arde por oprimir con una sentencia inicua á aquel hombre que aborrece: pero ¡ay si esto llega á Tribunal superior, ó al Príncipe mismo! Ama el ocio; pero si se nota su inaplicacion, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno, que le deje en la calle; y no lee alguna vez la gaceta sin el susto de que le noticie estar muerto el patrono que le da la mano. ¿Hay vida mas mísera?

El Avaro ya se sabe que es un mártir del demonio, ó un Anacoreta que con su abstinencia y su retiro hace méritos para ir al infierno. El corazon partido entre los dos deseos de conservar y adquirir, padece una continua fiebre mezclada con un mortal frio: pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ageno, y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre, y no come: tiene sed, y no bebe: tiene necesidad, y no reposa. Jamas se vé libre de sobresaltos. Ningun raton se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladron que le escala. Ningun viento sopla, que en su imaginacion no amenace naufragio al navío que tiene puesto en comercio. Ninguna guerra se suscita, que no considere ya á los enemigos talando sus tierras. Cualquiera rencilla de particulares dentro de su idea viene á parar en popular tumulto, que lleva á saco el caudal. No hay nubecilla que no imagine tempestuosa para sus viñas y mieses. No hay intemperie que no amague corrupcion á lo que tiene recogido en las trojes. ¡Que angustias tan graves, cuando teniendo muchos que ven-

der, se baja el precio á los frutos! Siempre acosado de pavores anda meditando nuevos escondijos mas seguros, donde retirar el dinero; de modo que ni los Angeles supiesen de él, ni aun Dios, si fuese posible. Frecuentemente le visita asustado y dudoso de hallar el dinero en el escondijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazon en el dinero. Con inquietud ansiosa le mira: tal vez no se atreve á tocarle, rezeloso de que se le haga ceniza entre las manos. Así pasa sus dias pingüe de bienes y martirizado de temores, para llegar á la hora fatal, como el Rey Agag al suplicio: ¿hay vida mas desdichada?

¿Acaso en el Lascivo hallarémós mas descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la bajeza del pensamiento ó la villanía del apetito le determinan á deleites venales, luego se viene á los ojos el detrimento en las tres cosas mas apreciables de esta vida, honra, salud, y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua infecta le apesta toda la sangre, poniendole á riesgo la vida, ó haciendole la restauracion muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputacion. Y si es verdad que aquella medicina á quien debió su restablecimiento irrita mas el apetito, para caer por medio de nuevos escesos en nueva enfermedad y en nueva cura, ¿que desdicha es que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para andar violento aun en las cenizas de la vejez?

Mas si el resplandor de su fortuna ó el mérito de la persona levanten sus deseos á objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados, para incurrir en otros mayores; que es lo mismo que caer en Scila huyendo de Caribdis. Semejantes empeños estan

sembrados de sustos, inquietudes, y peligros. ¡Que afán miéntras dura la pretension! Buscan los ojos el sueño, y no le encuentran; porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazon reposo, y no le halla: de este modo concibe primero dolor, para producir despues la mal-dad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban y todos se repudian: tiembla al pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra; el temor le detiene. Todo el camino de la pretension vé lleno de riesgos, los cuales en llegando á la posesion se multiplican. El ofendido suele ser mas de uno, los lan-ces muchos; y es moralmente imposible, que en tantos pasos no se haga algun ruido con que despierte la sos-pecha, para que al fin acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de so-bresalto. ¿Que placer sincero tendrá un hombre, cuando no puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno ácia el delito, en que no se le re-presente el agraviado con un puñal ó una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo á cualquiera parte que vaya. Y este es puntualmente aquel infeliz estado de tener como pendiente delante de los ojos la propia vida con un continuado temor de perderla.

FEIJOO, *Discurso 2º, Virtud y Vicio.*

Diferencia de la política recta y la política torcida.

EL Politico torcido, así miéntras busca la dicha como despues que la consigue, está sumamente arriesgado. Es imposible ó casi imposible que no se descubran sus ma-rañas, cuando le acechan tantos émulos. Y descubiertas,

como ese es el cimiento de toda la fábrica, no tarda un instante la ruina. Es muy difícil (dice el Padre Famiano Estrada) dejar de caer luego el que estribando en suelo resbaladizo es impelido del movimiento de otros muchos. Este es el estado de un Político doloso. Camina por una senda muy resbaladiza, y que está toda sobre falso. Los que trabajan por derribarle son todos aquellos que ó envidian su fortuna, ó aborrecen su malicia : que es lo mismo que decir que tiene por enemigos á los malos y á los buenos. ¿ Como puede mantenerse mucho tiempo ? Caerá sin duda. Y lo comun es hacerse pedazos en la caída.

El Político recto nada se arriesga en el camino, y tiene poco que temer en el término. Quanto mas descubran sus fondos, está mas seguro. Tiene menos enemigos que el otro : porque solo pueden serlo los malos. En caso que le derriben, no es precipicio violento, sino caída blanda. Su inocencia por lo menos le asegura la vida. Y lo mas que le puede suceder, es reducirse á su antiguo estado. Lo comun es que ni eso logran los mal intencionados : y vienen á herir en ellos por reflexion todos sus tiros, ocasionando tal vez mayor gloria al acusado.

FEIJOO, *Discurso 4º, la Política mas fina.*

Sobre la Hipocresia.

CONFESARÁN algunos que son incontinentes, prodigos, ambiciosos, osados; pero blasonarán de agradecidos á sus bienhechores, constantes en sus amistades, fieles en sus promesas. Es cierto que el vicio de la ingratitud es comunísimo en el mundo. Con todo no

hallarás hombre alguno que sobre este capítulo no se justifique. Lo mismo digo de la mendacidad, de la perfidia, y otros vicios. Luego, si bien se mira, no hay vicioso alguno que no sea hipócrita. No hay que pensar que el vicioso descubierto no tenga mas manchas que las que estan en la superficie. No habrá virtud que no atropelle, cuando esta le sirva de estorbo, ó el vicio opuesto de instrumento para el logro de la pasion que le domina. ¿Piensas que el muy lascivo, por mas que preconice su inocencia en materias de justicia, si le falta el propio, no se valdrá del dinero ageno para comprar el deleite torpe? ¿Que el ardiente ambicioso, por mas que clamoree su gratitud, no volverá la espalda al bienhechor, cuando esta ruindad sea obsequio, respecto de aquel que puede elevar á otro grado superior su fortuna?

De suerte que es rarísimo el perverso, que ademas de aquellos vicios sobresalientes que descubre á mas no poder, no adolezca de otro ú de otros que pretende ocultar. Y en caso que no reinen en él otras pasiones que aquellas que por muy vehementes se vienen á los ojos, estas bastan para hacerle caer en las culpas que son objetos de otras pasiones distintas, cuando á estas las considere medio forzoso para el logro de aquellas. Ciertamente Alejandro no era de índole cruel; con todo tuvo acciones crueles, como fuéron la muerte de su amigo Clito, y la del filósofo Calistenes. Eran sus pasiones dominantes la vanagloria y la soberbia. Víctima de aquella fué Clito, porque preferia á las acciones de Alejandro las de su padre Filipo; y de esta lo fué Calistenes, porque persuadia á los demas que no adorasen á Alejandro como hijo de Júpiter.

A veces se ostenta el vicio por política, en atención á que se saca de él algun emolumento. Tal hombre se finge vengativo sin serlo, porque el temor de la venganza retire á los demas de la ofensa. Esto es mas frecuente, cuando la maldad es meritoria con los que mandan. Si fuera amante de la justicia Seyano, nunca gozara el favor de Tiberio; ni, siendo continentes y modestos, arribaran al valimiento de Neron Tigilino y Petronio.

Es de creer que por el motivo de complacer á Príncipes malvados haya habido políticos que hipócritas al revés fingiesen vicios que no tenian, y (lo que es peor) para comprobarlo llevasen reluctantemente la voluntad á los propios desórdenes que aborrecian. Cuando se hace mérito del delito, en vez de aquella hipocresía, propiamente tal, que contrahace la virtud, se estudia en otra hipocresía inversa que finge la maldad.

Empero estos mismos afectarán parecer veraces, fieles, constantes, agradecidos. Nunca habrá alguno que no disimule los vicios opuestos á aquellas virtudes constitutivas de los que llamamos hombres de bien. Y así en orden á estas virtudes, son innumerables los hipócritas.

No niego yo que cabe muy bien estar los hombres dominados de unos vicios, y no de otros, porque esto depende en gran parte del temperamento, el cual radica unas pasiones mas que otras. Este se deja llevar sin freno de la incontinencia, pero aborrece el hurto : aquel se entrega á la glotonería y embriaguez, pero mira con horror la perfidia. Es así; pero su ojeriza á estos vicios no durará sino entretanto que no los haya menester para desahogar su pasion en los otros. Catilina en sus primeros años no mostró otras pasiones que las de incontinente, ostentoso, y pródigo; pero habiendole reducido estos

vicios á pobreza, y no pudiendo por esta razon continuarlos, tomó el designio de tiranizar la república, para salir de la indigencia. Así se hizo ambicioso, feroz, cruel, desapiadado, pérfido.

Soy de dictámen, que nadie se fíe mucho de estos que se llaman hombres de bien, si los vé muy poseidos de algunas pasiones. Aquel vicio que los tiraniza, tiene para ellos razon de último fin, á quien ordenan todas sus atenciones; ú de ídolo, á quien, si la ocasion lo pide, sacrifican todos los demas respetos. No pretendo que no haya alguna escepcion: puede el horror natural á un vicio superar la inclinacion que hay á otro.....

Los hipócritas perfectos son pocos. Llamo hipócritas perfectos aquellos cuya superficie toda es devocion, y el fondo todo iniquidad: aquellos, segun el dicho del Satírico,

Qui Curios simulant, et bacchanalia vivunt.

No hay que admirar que sean pocos estos, no obstante ser el camino de la hipocresía el mas breve que hay para el templo de la Fortuna. Son pocos los que tienen la robustez de espíritu necesaria para una vida tan trabajosa. Concibase cuanto se quisiere ardua la virtud, mas penosa es la fingida que la verdadera. Es menester un continuo estudio inseparable de un continuo afan: una vigilancia infatigable en reprimir las irrupciones de la alma, que sin intermision pretende campear ácia fuera. No hay pasion que, como fiera atada, no forceje por romper las prisiones en que la pone el disimulo. No late menos la facultad animal del corazon en el semblante, que la vital en la arteria. Su movimiento interno es como

el del relox, que tiene afuera voz que le publica, y manó que le señala. No hay palabra, no hay accion que, si no se rige con contrario ímpetu, no siga el impulso de aquella animada máquina. Solicitan importunamente á los ojos la curiosidad y la lascivia : brama por desahogarse en la voz y en el ceño la impaciencia : la chocarrería oída con gusto provoca á la risa, llama la injuria á la venganza : la lengua y el oido estan mal hallados con el silencio : no hay miembro que á su pesar no se haya de dejar regir ácia la representacion de composura ; son infinitas las cuerdas de que se compone la armonía de un exterior modesto, y todas deben estar violentamente tirantes ; á las puertas de todos los sentidos dan continuas aldabadas los apetecidos objetos. ¿ Que fuerza hay bastante á resistir tantos impulsos, ó manejar á un tiempo tantas riendas ?

Añádase á esto el susto de ser cogidos en la trampa. En cuantos ojos los circundan, otras tantas espías enemigas temen. Bien conocen la dificultad de conservar siempre inaccesible el alma á la observacion agena. Por mas que se cierren las ventanas, quedan en imperceptibles descuidos innumerables resquicios. Cuando logren engañar la multitud, no faltan espíritus transcendentales que distinguen, en cualquiera parte que se halle, lo natural de lo artificioso. Por mas que la afectacion remede la realidad, una y otra tienen sus notas, bien que inesplicables, perceptibles, un carácter especial, que se sujeta á la inteligencia, y se niega á la voz. El mismo cuidado de ocultar el alma la hace visible, porque es visible la cautela, y es visible tambien que los corazones inocentes no usan de este estudio. Todo hombre muy circunspecto se hace sospechoso. El que está asegurado

de su conciencia, obra y habla con abertura. Ni le aprovechará al hipócrita ponerse á imitar aquella nativa franqueza. Nunca acertará con el punto debido. Siempre los que tienen conocimiento distinguirán entre el original y la copia. Así yo creo, que hasta ahora no hubo hipócrita que acertase á engañar á todo el mundo.

¡O cuanto mas barato les saldria á los hipócritas tomar el camino de la virtud verdadera, que seguir el de la fingida! Aquella concede al espíritu muchas treguas, y le dispensa muchas dulzuras. La ficcion de la virtud le obliga al continuo afan de salvar la apariencia. Es fábrica en el aire, que dará en tierra, si un momento se descuida en arrimar el hombro.

Dirásme que con el tiempo se llega á hacer hábito de la ficcion, y entónces ya en fingir no hay dificultad. A la verdad dudo que la costumbre pueda tanto. Donde el arte lidia con toda la naturaleza, no pienso que llegue el caso de que aquella logre cabal el triunfo; ántes juzgo que siempre esta quedará con algun residuo de fuerzas para repetir sus asaltos. Sucede tal vez al mas consumado hipócrita lo que á la gata convertida en dama, de la Fábula de Esopo. Estaba con muy estudiada composura á la mesa, cuando se apareció en la sala un raton, y llevada de aquel natural impulso que precede á toda advertencia, á toda fuerza se arrojó con escándalo de los circunstantes á la presa apetecida.

Pero dado caso que el largo ejercicio de fingir venza toda la dificultad, no por eso es menor el yerro del hipócrita. Con menos trabajo se hará familiar la virtud, y en menos tiempo que la ficcion. Aquella es segun la inclinacion del hombre en cuanto racional, y solo le contradice como sensitivo; esta, así á lo racional como

á lo sensitivo, es violenta. En el pais de la virtud es la alma en parte doméstica : en el de la ficcion totalmente peregrina. Luego mas fatiga tendrá en connaturalizarse la ficcion que la virtud.

Hay no obstante cierto linage de hipócritas, que viven sin fatiga, y engañan con facilidad, porque las apariencias que tienen de virtud en parte se deben al estudio, y en parte al temperamento. Carecen de unos vicios, y esconden otros : ó pocas virtudes que tienen sirven de capa á mayores vicios, que ocultan. Así se puede decir que los hipócritas perfectos, de que acabamos de hablar, no se mueven sino á fuerza de remo. Los que ahora vamos á examinar son ayudados del viento.

Verdaderamente el público usa de un interrogatorio muy diminuto en las informaciones que hace de la virtud agena. El que se justifica sobre ciertos determinados capítulos sin tropiezo pasa por un gran lleno de virtudes. Emilio (quiero darle este nombre) es reglado en la mesa, modesto en la conversacion : no tiene mas comercio que el preciso con el otro sexo : asiste al templo frecuente y devoto. No ha menester mas para que respete su virtud todo el pueblo. Sin embargo yo sé que este mismo Emilio con pleitos injustos oprimió algunos vecinos suyos. Veole solicitar honores y riquezas por todos los medios posibles. Cualquiera leve injuria que reciba, la stampa con caracteres indelebles en la memoria. Aunque está bien surtida su casa, no parecen pobres á la puerta. Asiste á la murmuracion, y con mucho mas gusto, si cae la nota sobre sugetos de mérito sobresaliente que le puedan disputar la estimacion pública. Favorece pretensiones injustas de sus aliados ó dependientes. Cuando se trata de alabar, ó vituperar á

otros, la parcialidad es el único móvil de su lengua. No aprecia la virtud de otros; y si por algun camino le incomoda, cuanto está de su parte la desautoriza. Noto sus cultos ácia los poderosos, y sus sequedades con los humildes. En fin apénas se vé movimiento en este hombre, que no vaya directa ó indirectamente ácia el interes propio, aunque se ofrezca atropellar en el camino el derecho ageno.

Con todo el vulgo le tiene por justo, religioso, y devoto. Aquellas pocas virtudes hacen espaldas á un grueso escuadron de vicios. Tiene anidadas en el pecho la ambicion, la avaricia, la soberbia, la envidia, el odio; pero nada de esto se le entra en cuenta. La falsa brillantez, que en la superficie producen su continencia y templanza, deslumbra los ojos del público. Parece que este solo tiene por delincuentes los deleites corpóreos, y toda la maldad la reduce á la accion de dos ó tres sentidos. El demonio no es gloton, ni lascivo, ni es capaz de otro alguno de aquellos vicios, cuya ejecucion depende de las potencias materiales; mas no por eso deja de ser en lo moral la peor de todas las criaturas.

.....

Contemplo algunas veces, no sin movimientos de risa, como el avaro está haciendo ascos del incontinente, y el incontinente mira con horror y abominacion al avaro. Todo consiste en que aquel no padece los estímulos de la carne; y este no adolece de la hidrópica sed del oro. Cada uno de estos es de bronce por una parte, y de vidrio por otra; pero escusandose cada uno con su fragilidad propia, no advierte que el otro, por donde peca, tiene la misma disculpa. Si hiciésemos sobre esto la reflexion debida, no seríamos tan severos

jueces de nuestros prójimos. La ojeriza se convertiría en compasion, y lo que ahora enciende el odio daría asunto á la caridad.

Es error comun el aplicar solo á determinadas especies de pecados la disculpa de la fragilidad humana. Esta, como transcendente en todas las pasiones, interviene en todo género de deslices. No hay vicio que no tenga su natural fomento en la complexion del individuo. Los desórdenes que mas distan de la parte racional tienen su patrocinio en la sensible. Confieso que no puedo comprender como en nuestra naturaleza caben genios tan aviesos, que se complacen en hacer á otros mal, sin que de ello les resulte algun sensible bien. Con todo es cierto que los hay, y tambien es cierto que obran así, porque estan dominados de esa villana inclinacion. Pues ves ahí la fragilidad. Si su maligno proceder no les produjese algun deleite considerable, no se aventurarian á padecer el odio público.

Pero es bien se note que aquellos hombres compuestos de vicios y virtudes, de quienes hemos hablado, aun en lo que parece por afuera no son lo que parecen : quiero decir, que aun las mismas virtudes que tienen, si bien se mira, no son propiamente virtudes, sino puras carencias de los vicios. Ves á Crisanto abstraído de todo comercio con el otro sexo. ¿Juzgas que es virtud? no, sino insensibilidad. Ningun estímulo le incita, y así haz cuenta de que no tiene otra continencia que aquella que es propia de un tronco.

FEIJOO, *Discurso 1º, Virtud aparente.*

*Invectiva contra los Españoles descubridores del
Nuevo-Mundo.*

INFLAMADA ya del zelo mi ira se vuelve contra vosotros, ó Españoles de la América. Contra vosotros, digo, Españoles, que dejada la patria donde nacisteis, aun los alejais mucho mas de la patria para que nacisteis. Peregrinos por ese Nuevo Mundo, os olvidais de que para otro mundo nos hizo Dios peregrinos. Despues de poseer esas tierras fértiles de metales, todo es buscar nuevas regiones que os tributen mayores riquezas.

¿ Quereis hallar tierras, donde no solo haya minas de oro, sino que las mismas poblaciones, paredes, tejados, utensilios, todo sea oro? ¡ O ciegos, cuanto errais el camino! Eso que buscais no se halla en la tierra, sino en el cielo. Oidse lo á San Juan, hablando de la celestial Jerusalem. Toda la ciudad es de oro purísimo, y muy superior en nobleza al de acá abajo, porque se aumenta la preciosidad del oro con la diafanidad del vidrio. Pero vosotros ántes creéis á un Indio embustero que á un Evangelista: á un Indio embustero, digo, que por eximirse de la opresion que padece, desviandoos de su pais, os representa otro mas rico y distante, que fabricó en su idea. ¿ Que término ha de tener esa insaciable ansia? ¿ Que término, sino aquel adonde ella misma os encamina? La codicia que os mete en las entrañas de la tierra, siguiendo la vena preciosa, cuanto mas os profunda en la mina, tanto mas os acerca al abismo, tanto mas os aparta del cielo. Selló Dios en el peso del oro el carácter de su destino. Es el mas pesado de todos los cuerpos, y por tanto con mas poderosa in-

clinacion que todos los demas se dirige al centro de la tierra, donde está el infierno.

La causa de Religion que alegais para descubrir nuevas tierras, no niego que respecto de algunos pocos zelosos es motivo; pero á infinitos solo sirve de pretesto. ¿Que Religion plantáron vuestros mayores en la América? No hablo de todos, pero esceptúo poquísimos. Sustituyéron á una idolatría otra idolatría. Adoraban en algunas provincias aquellos Bárbaros al Sol y á la Luna. Los Españoles introdujéron la adoracion del oro y la plata, que tambien se llaman Sol y Luna en el idioma químico. Menos villana supersticion era aquella, pues al fin tenia sus ídolos colocados en las celestiales esferas; esta en las cavernas subterráneas. Si atendeis al rito, igualmente detestable y cruel fué el de los Españoles al tiempo de la conquista, que el de los mas brutales Indios de la América. Estos sacrificaban víctimas humanas á sus imaginarias Deidades. Lo mismo hiciéron, y en mucho mayor número algunos Españoles. ¡Cuantos millares de aquellos míseros indigenas, ya con la llama, ya con el hierro sacrificáron á Pluto, que así llamaban los antiguos á la Deidad infernal de las riquezas !

¿Que importará que yo estampe en este libro lo que está gritando todo el orbe? Vanos han sido cuantos esfuerzos se hiciéron para minorar el crédito á los clamores del señor Don Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, cuya *Relacion de la destruccion de las Indias*, impresa en español, francés, italiano y latin, está continuamente llenando de horror á toda la Europa. La virtud eminente de aquel zelosísimo Prelado, testigo ocular de las violencias, de las desolaciones, de las atrocidades cometidas en aquellas conquistas, le constituyen superior á toda

escepcion. ¿Que desórden se vió jamas igual al de aquel siglo? Disputaban Indios y Españoles ventajas en la barbarie : aquellos , porque veneraban á los Españoles en grado de Deidades ; estos , porque trataban á los Indios peor que si fuesen bestias. ¿Que habia de producirnos una tierra bañada con tanta sangre inocente ? ¿Que habia de producirnos , sino lo que nos produjo ? La nota de crueles y avaros , sin darnos la comodidad de ricos. El oro de las Indias nos tiene pobres. No es esto lo peor , sino que enriquece á nuestros enemigos. Por haber maltratado á los Indios , somos ahora los Españoles Indios de los demas Europeos. Para ellos cavamos nuestras minas , para ellos conducimos á Cadiz nuestros tesoros. No hay que acusar providencias humanas , que quando la Divina quiere castigar insultos , hace inútiles todos nuestros conatos. Mas al fin el que nosotros padecemos es un castigo benignísimo. ¡ Desdichados aquellos , que oprimiendo con sus violencias al Indio , hacen padecer á toda la nacion ! ¿ Quien os parece que arde en mas voraces llamas en el infierno , el Indio , idólatra ciego , ó el Español , cruel y sanguinario ? Fácil es de decidir la duda. En aquel la falta de instruccion minora el delito ; á este el conocimiento de la verdad se le agrava. Españoles Americanos , no sea todo explorar la superficie de la tierra , buscando nuevas regiones ó sus inmediatas cavernas , para descubrir nuevas minas. Levantad los ojos tal vez al cielo , ó bajadlos hasta el abismo ; y ya que no los apartéis de la superficie , considerad que de esa misma tierra , cuya grande estension en todo lo hasta ahora descubierto no basta á saciar vuestra codicia , el breve espacio de siete piés sobraré á vuestro cuerpo.

FEIJOO , *Disc. 9º, Fábula de las Batuecas.*

Sobre la usurpacion del mando.

CONFESARÉ que los que aspiran á usurpadores no pueden serlo, sino por medio de maldades : porque para el término de la insolencia no hay camino por el pais de la virtud. ¿Pero quien dirá que estos son políticos sutiles? Son los mas ciegos, y errados de todos, pues siguen una senda que está toda bañada en sangre. Poquísimos caminaron por ella, que no perdiesen ignominiosa y violentamente la vida ántes de llegar al término señalado. Apenas se ven en toda esa carrera sino hombres colgados de patíbulos, troncos tendidos en cada-halsos, miembros despedazados de fieras, víctimas sacrificadas á la venganza del ofendido en cenizas. Allá se vé á lo último de la carrera tal cual que llegó á la dominacion por este camino. ¿Pero uno ú otro feliz, acaso contrapesa á tanto espectáculo sangriento? ¿Quien se fía á un piélago sembrado de escollos, cubierto de cadáveres y tablas, solo porque en el espacio de muchos siglos llegaron por él al puerto deseado tres ó cuatro bajeles? Añadense á los riesgos del naufragio los trabajos y sustos de la navegacion; pues es cierto que los que navegan por un mar proceloso, aun ántes de padecer la tormenta, llevan otra tempestad dentro de la alma. Los que de particulares aspiran á Soberanos viven con afan y sobresalto perpetuo, para morir despues con ignominia. Y así aquella fatiga, como este riesgo, se los llevan pegados á su fortuna, aun cuando logren la empresa : porque todos los tiranos viven con susto, y rarísimo muere en su lecho. ¿Pues como pueden considerarse estos ni aun medianos políticos? La política, en el sentido que aquí la tomamos, es un arte de negociar la conve-

niencia propia. ¿Pues que conveniencia hay en caminar por una vida trabajosa á una muerte violenta? Digo que á sujetos de tan desordenada ambicion, bien lejos de contemplarlos políticos hábiles, los debemos tener por consumados necios.

Hay empero entre estos algunos, que es poco llamarlos necios; porque es razon declararlos locos rematados. Y son aquellos que, aun con conocimiento de que van al precipicio, se empeñan en escalar la cumbre: genios émulos dé las vanas exhalaciones, que por brillar en la altura, consienten en ser reducidas á ceniza; y mas quieren una brevísima vida en la elevacion del aire, que larga duracion en la humildad de la tierra. Estos toman por divisa aquella empresa de Saavedra: *Dum luceam, peream. Como resplandezca, mas que perezca.* Tal fué la ambiciosa Agripina que, cuando los Caldeos la dijéron que su hijo Neron lograria el imperio, pero la habia de quitar á ella la vida, respondió animosa: *Occidat, dum imperet. Como reine, no importa que me mate.* Tal fué la Inglesa Ana Bolena, que viendose por sus adulterios condenada á muerte, dijo con orgullo: Que, hiciesen lo que quisiesen con ella, no podian quitarla haber sido Reina de Inglaterra: como que tenia por mas dicha haber sido Reina, aunque muriese en la flor de su edad con afrenta, que lograr de particular una vida larga con honra. En genios de este carácter, debemos mirar con lástima, no solo la desgracia, mas tambien la demencia. Y como á los que no conocen el riesgo de su ambicion, los degradamos de políticos por necios; á los que conociendole se meten en él, con mas razon debemos degradarlos por locos.

FEIJOO, *Disc. 4º, la Politica mas fina.*

Ruinosos fundamentos de la mala opinion que se forman los hombres unos de otros.

DIFÍCULTO mucho dar asenso á la suposicion de que el número de los malos sea notablemente mayor que el de los buenos; si las voces *bueno* y *malo*, aplicadas á los individuos de nuestra especie, se entienden segun el uso regular, en el cual no exigimos, para atribuir á alguno la calidad de bueno, el que sea perfecto ó santo; ni apropiamos la nota de hombre malo á quien solo padece defectos morales leves, y solo una ú otra vez incide en alguno de los graves. Digo que, entendida así la denominacion de *buenos* y *malos*, sea (por lo menos entre nosotros) mucho mayor el número de los segundos que el de los primeros.

Dije *por lo menos entre nosotros*, siendo preciso dejar fuera de la cuenta todas aquellas gentes, en quienes ó la barbarie nacional, ó estravagancia de los dogmas de una falsa Religion autorizan vicios muy execrables.

Pero quiero darles cuanto pretenden á estos inhumanos jueces de la naturaleza humana; esto es, que aun entre nosotros, que profesamos la verdadera Religion, sea mucho mayor el número de los malos. Permitido esto, les preguntaré si esos malos lo son en todo género de vicios. Esto no puede ser; porque hay vicios recíprocamente incompatibles, como lo son los dos extremos viciosos de todas las virtudes morales; v. g. la prodigalidad, y la avaricia; la temeridad, y la cobardía.

Aun escluidos estos, no digo que sea imposible haber hombres, que pequen en el cúmulo de todos los demás vicios, que no son entre sí incompatibles. Imposible no,

pero sumamente raro. La razon es, porque los malos comunísimamente lo son, por el predominio de alguna pasion violenta, que los arrastra á tal, ó tal especie de vicio; y las pasiones violentas son tiránicas, quiero decir, tienen el genio de los tiranos, que no admiten compañía alguna en aquella especie de imperio, que se arrogan, y solo consienten se les agregue otra alguna pasion, que sirva, como ministra, á la principal. Pongo por ejemplo. El nimiamente lascivo, si no es rico, no se negará á la ocasion de robar lo ageno, por tener con que ganar al objeto de su pasion, ó sobornar á quien le sirva de tercero. El nimiamente ambicioso se aprovechará de las coyunturas, que se ofrezcan, de cooperar á las concusiones del Ministro de quien pende su fortuna.

Ahora pues. El maligno intérprete de las conciencias ajenas, acertará poco, ó mucho en órden á aquellas acciones, que pueda considerar efectos de la pasion, que domina en cada malo, ó de alguna otra, que sea como Ministra, ó subalterna suya, y en todas las demas comunmente errará. Y como estas hacen mucho mayor cúmulo que aquellas, es preciso que, siguiendo la máxima de echar siempre á la peor parte el juicio de las acciones ó intenciones ajenas, en vez de acertar en la mayor porcion de los dictámenes que forma, será mucho mas lo que yerre, que lo que acierte.

Mas no es esta la única rebaja de los aciertos que se atribuyen los censores malignantes. Aun resta otra de igual tamaño, sino mayor. Y es que, aun los hombres dominados de alguna pasion violenta, no la sirven como esclavos, sino en determinadas ocasiones: en todo el resto atienden á otras muchas cosas inconexas con ella. ¿Que vicioso hay, á quien la mayor parte del tiempo no

llamen la consideracion varios objetos, diversos de aquellos en que se interesan sus criminales pasiones? Las comodidades de la vida, mil diversiones honestas ó indiferentes, los cuidados domésticos, los servicios de los amigos, los obsequios de los poderosos, el recobro de las deudas, otras innumerables cosas hay que divierten de la pasion dominante. Y sin embargo á esta júzgará el vecino maligno se encaminan los mas de los pasos que da el vicioso ácia los otros fines. Con que, amontonado todo lo dicho, se puede hacer un concepto prudencial de que de cincuenta juicios maliciosos, que forman los profesores de aquella inhumana máxima, yerran cuarenta y ocho, ó cuarenta y nueve.

Así va irremediabilmente por el suelo la máxima de que los que echan á la peor parte las acciones ajenas aciertan las mas veces. Lo cual, intimado por vm. á ese amigo suyo, creo se logre su enmienda; pues supongo que ese vicio no proviene en él de perversidad de genio (el afecto que vm. le profesa aleja de mí tan mal pensamiento), sino de aquel error intelectual que, como dije arriba, es muy comun en los que adolecen de ese defecto; juzgando los miserables que con discurrir en las acciones de sus prójimos motivos siniestros, se acreditan de agudos y penetrantes. Y puede ser que con algunos logren este crédito; pero esos algunos serán otros tan rudos ó inadvertidos como ellos. Siendo para mí indubitable que, cuando este torcido modo de discurrir no tiene su primer origen ó raiz en una voluntad muy depravada, proviene de un entendimiento obtuso y groseramente torpe.

FELJOO, *Cartas críticas, Carta 16, sobre interpretar acciones ajenas.*

Sátira, con capa de defensa, de la tiranía.

¿PUEDE todo el infierno dar mayor cuartana al poder, ni mas asquerosa mortificacion á la grandeza del mundo, que rascandose uno de estos bribones, con una cara emboscada en su barba, y unos ojos reculados ácia el cogote, con habla mal mantenida diga: Quien mira por sí es tirano: quien mira por los otros es Rey? Pues, ladron, si el Rey mira por los otros, y no por sí, ¿quien ha de mirar por él? No, sino aborrecerémonos como á nuestros enemigos: tendrém os odio con nosotros, y nuestra enemistad no pasará de nuestra persona, y la guerra nos tendrá por límite. Perros, decid la verdad, y escribid de dia y de noche: no escribais lo que habia de ser, que esa es doctrina del deseo: no lo que debia ser, que esa es leccion de la prudencia, sino lo que puede ser. ¿Y es posible, respondedme, podrá uno ser Monarca, y tenerlo todo sin quitarselo á muchos? ¿Podrá ser superior, y soberano, y subordinarse á consejo? ¿Podrá ser poderoso, y no vengar su enojo, no llenar su codicia, no satisfacer su lujuria? ¿Podrá para hacer estas cosas servirse de buenos, y dejar los malos? No; porque eso tiene lo malo de peor, que necesita de ruines para su efecto y ejecucion. ¿Podrá premiar los méritos quien en ellos tiene su acusacion y su temor? ¿Podrá dejar de rogar á los mentirosos, entremetidos, y facinerosos con las dignidades, y consulados, si tiene su abrigo en sus demasías, su calidad en su imitacion, y su disculpa en su esceso? No. Pues, picarones barbudos, ¿por que no escribis la verdad? ¿Seria buena doctrina, si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas, que el

desollador las pone pellejo, y que el buen barbero, cuando sangra, cierra las venas? Pues lo mismo es decir que los tiranos han de guardar palabra, ser justos, verdaderos, y humildes; y como decís esto, que habia de ser, y nosotros somos lo que se usa, y no puede ser menos en los tiranos, todos nos aborrecen por hombres que no cumplimos con nuestro oficio. Decid, y escribid lo que han de ser todos los que quisieren para sí solos lo que es de todos, inobedientes á la ley de los Dioses, y nadie se quejará de nosotros, y reinarémos en paz; y sino, callad todos, y hable y escriba del gobierno solo Fotino.

QUEVEDO, *el Entremetido, la Dueña y el Soplon.*

Reflexiones sobre la muerte.

SI la muerte no tiene otra cosa mala que los ansiosos pensamientos del ánimo, y los dolorosos tormentos del cuerpo, que la preceden; la que viene antecediendo las ansias, aquella que arriba presto, previniendo los dolores, será buena.

No hay mejor cosa en el universo que aquella que es la peor en el individuo : la basa, sobre la cual levantándose este coloso del mundo descubre sus hermosuras, es la muerte. Ella es la parte mas grave del concierto, donde estan apoyadas todas las consonancias de este mundo.

¿ Que cosa fuera si despues de la pérdida de la justicia original no se muriera? Su temor enfrena los hombres dichosos : su esperanza entretiene los desdichados contra la maldad.

Quien quitase la muerte, quitaria de la fábrica del

mundo la piedra angular : quitaria la armonía y el órden, no dejaria otra cosa que disonancia y confusion.

El órden del universo es contrario al de los individuos. Los cielos, que se vuelven por singular naturaleza de occidente á oriente, son de la naturaleza universal, y cada dia traídos de oriente á occidente.

La muerte no puedé ser mala, ni con dolor, si es verdad que es natural el morir, porque las cosas naturales son buenas. Yo me aviso que el acabar la vida decrépito, es dormir, ó morir menos. Y si acaso entre las peores cosas se cuenta el morir, es sin duda, que es una de las mejores el ser muerto.

Conviene vivir considerando que se ha de morir. La muerte es siempre buena. Parece mala á veces, porque es malo á veces el que muere.

Viva el hombre inocentemente, que por él se dirán los recuerdos de la muerte, á fin de alegrarle; y si no fuese la fragilidad de la naturaleza mal firme, yo me doleria que ella viniese incitada al bien obrar con temor de la muerte, ó halagada con el amor del premio.

Basta por temor la fealdad del mal obrar : basta por premio la hermosura del bien hacer; y si despues el hombre quisiere considerar que se reciben premios, podria considerar los premios ya recibidos, cuando sacado de la nada, fué criado á la inmortalidad.

QUEVEDO, *el Rómulo*.

Reflexiones sobre la ira.

LA ira es una breve locura, y repentina : un olvido de la razon; y si dura, un desprecio de ella, un afecto rebelde al entendimiento, un motin de la sangre, y una

soberbia inconsiderada. Es enfermedad del corazon, peligro de la vida, confusion de sí misma, temeridad acreditada, y valentía de cobardes y flacos. Y porque no parezca que hablamos como en causa ajena, oigamosla á ella misma lo que dice y confiesa de sí : Que es locura y furor; y todo lo dicho vedlo en un airado en el centellear de los ojos, en el temblor de los labios, en el ceño de la frente, en la color perdida, en el movimiento y dificultad de la lengua, y porfiada repeticion de las palabras. No solamente no te conocerás airado, pero te tendrás miedo. Dame un leon ferocísimo, un tigre horrendo y manchado, y un javalí espantoso : enojense : míralos airados, y verás que no hay fiereza tan grande, donde la ira no halle y añada nuevo horror. Así que es vicio tan feo como dañoso. ¿Que hombre leerá esto, que no tenga alguna queja de ella, ó que no lllore alguna desgracia por su causa? Soy de parecer que en esto sin argumento nos hemos de convencer unos á otros con los sucesos propios y ajenos, con lo que hemos visto y oido. Airase uno : dice, y hace cosas ajenas de toda razon : despues vergonzosamente, como para otro, que era entónces diferente del que ya es, reducido á manse-dumbre, pide perdon.

.....

Ten firmemente por cierto que á tí no te toca perturbacion de lo que otros hicieren, ó dijeren mal, ó bien; que eso es á su cargo, aunque el mal, ó bien te toque á tí, ó á tus cosas : porque lo que no está en tu mano, y está fuera de tu poder, solo te toca, si lo previenes, evitarlo : si lo padeces, sufrirlo; y procurar remediarlo, para no padecerlo. Vana cosa es querer tú que el otro no haga lo que quiere hacer, y mas vana querer que no

haya hecho lo que ya está hecho, que es lo que procura la ira ciegamente. ¿No te quitó uno el sombrero, dióte un golpe, tratóte mal? Dime, ¿el ser descortés y desvergonzado es malo? Dirás que sí. Pues respondeme: si el otro es malo del vicio ageno, ¿por que te perturbas y te enojas, debiendo á la caridad fraterna tenerle lástima? Cierta cosa es que si tú quieres que los otros hagan todo lo que tú deseas, ó te está bien, así como lo deseas, ó mandas, y crees que mereces tú esto, que cualquiera cosa que te sucediere de otra suerte te perturbará, y sacará de juicio.

QUEVEDO, *la Cuna y la Sepultura.*

Carácter de los Reyes segun la Escritura.

LA descendencia y origen de los Reyes en el pueblo de Dios, ni fué noble, ni legítima, pues tuvo por principio el cansarse de la Magestad eterna, y de su igualdad y justicia. Pocos son, y menos valen las coronas, los cetros y los imperios, para calificar á este oficio tan ruin linage como el que tuvo. Para castigarlos les concedió lo que le pidieron. Eran, por ser pueblo de Dios, y Dios su Rey, diferentes de los demas. Tanto puede la imitacion, que dejan á Dios, y le descartan, por ser sujetos como las otras gentes. Si mala fué la ocasion de pedir Rey, peor fué el derecho de que dijo Dios usarian; y tan detestable, que mereció estas palabras: *Y clamaréis en aquel dia delante del Rey vuestro, que elegisteis, y no os oirá Dios en aquel dia, porque pedisteis Rey para vosotros.* Tan gran delito fué pedir Rey, que mereció no solo que se le diesen, sino tambien que no se le quitasen cuando padeciesen con lágrimas el derecho que les pre-

dijo. *Este libro de Samuel* pocos le han considerado (no hablo de sagrados Espositores, que son luces de la Iglesia). A unos entretuvo la lisonja; á otros apartó el miedo; y para las cosas del gobierno del mundo es lo mas, es el todo, bien ponderado al propósito. Considero yo que el derecho de que dijo usarian los Reyes, fué contrario en todo al que Dios usaba con ellos.....

.....
Enojado Aquiles con el Rey Agamenon, entre otros muchos oprobios que le dijo, le llamó *Demovoros*, que se interpreta *Comedor de pueblos*. Todo el verso de Homero dice : *Rey comedor de pueblos, porque reinas entre viles*. Dar por causa el reinar entre viles el ser el Rey comedor de pueblos, mejor es dejar que lo entienda quien quisiere, que darlo á entender á quien no quisiere.

QUEVEDO, *Política de Dios, y Gobierno de Cristo*.

De las miserias de la vida humana.

¿QUIEN hay que no nazca llorando, y que desde la niñez no le opriman tristezas y congojas? Como los rios cayendo de alto por las difíciles sendas de las peñas, descendiendo siempre continúan el sonido, y desde su nacimiento formando voces roncadas se quebrantan y rompen, hasta que por los humildes piés de las montañas entran en el mar soberbio; así el hombre sale del vientre de su madre con dolor y llanto; gime en la cuna, es oprimido en la niñez, afligido en la juventud y en la vejez impedido, y llorando y gimiendo pasa sus años sin quietud y seguridad, hasta que acabado el espacio de la vida, entra en el mar de la muerte, donde finalmente van todos los rios, ó grandes, ó pequeños.....

Eurípides dijo, que duraba su felicidad un dia; pero reprendióle Demetrio Falereo, de que dijese un dia, debiendo decir solo un instante de tiempo. Y Pindaro llamó al hombre semejante á la sombra. Caso extraño el de nuestros años, pues respeto de la inmortalidad, aunque nuestra vida fuera de muchos siglos, era corta; y siendo de tan pocos, que ya es viejo un hombre de cuarenta, de cincuenta caduco, y de sesenta inútil; apenas consideramos su brevedad para estimar el tiempo, que despues habemos de llorar tan mal perdido.

LOPE DE VEGA, *el Peregrino en su patria.*

Misérias de la vida humana.

Todo el vivir es un contino padecer, y no solo padecer, sino estar en peligro y en ocasion de perderse. Porque como al jornalero su oficio es trabajo, porque se alquila para trabajar, y así en cuanto su tiempo dura, le conviene que trabaje y que sude; y como al soldado le viene de oficio lo mismo, y no solo le es propio el trabajo, sino tambien traer la vida al tablero, el estar alerta al arma, y dispuesto para venir á las manos: así ha de entender el que nace, que nace alquilado para trabajo y peligro, y que por el uso y por el jornal destaluz se le manda que afane en este valle miserable, y que el estar en él no es estar en descanso, y que no viene á tierra de paz y de amigos, sino á lucha y á enemigos continuos. Y ello á la verdad es así, por do quiera y cuando quiera y en cualquiera que se considere la vida. Porque en todas las horas della hay su trabajo, en la niñez de ignorancia y flaqueza, en la mocedad de sus pasiones y ardores, en la edad de varon de las preten-

siones y competencias, y en la vejez della misma, y en todas acomete la enfermedad, y reina la muerte, y es poderoso el desastre. Y lo que en las edades, acontece en los estados tambien: que todos laceran, y muchas veces mas los que parecen mas descansados. Que si hablamos del descanso del siglo, los que se dicen señores dél, ó los que al parecer ordenan cuanto hacen para vivir con descanso, como son los ricos, los regalados, los suntuosos, los grandes; ellos mismos, como á fuerza del tormento que les dan sus cuidados, confiesan que padecen miseria.....

.....
 Así que es nuestra vida guerra, porque es trabajosa y sujeta de continuo al peligro, y porque son nuestros enemigos casi todos aquellos con quien en ella vivimos: que nuestro calor mismo que nos la da nos la gasta, y nuestros deseos nos meten en diversos peligros, y los sentidos nuestros que tienen la puerta la abren á lo que lanzado en el alma la daña, y los hombres nos engañan, y la fortuna nos burla, y los animales nos acometen, y los elementos nos acarrean las mas veces la muerte. ¿Pues de lo invisible que nos hace guerra en lo secreto, quien dirá su muchedumbre, su industria, su maña, su fuerza?

FRAY LUIS DE LEON, *Esposicion de Job.*

Ventajas que saca el amor pastoril al de las ciudades.

PUEDEN ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad. Y á la verdad los poetas antiguos, y cuanto mas antiguos tanto con mayor cuidado, atendiéron mucho á huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en

las ciudades se cria, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos, y no contaminados con vicios, es puro y ordenado á buen fin : y como gozan del sosiego y libertad de negocios, que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales á ello tambien la vista desembarazada de que contino gozan, del cielo, y de la tierra, y de los demas elementos, que es ella en sí una imagen clara, ó por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra á todos amistados entre sí, y puestos en orden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiendose á veces, y comunicandose sus virtudes, y pasandose unos en otros, y ayuntandose, y mezclandose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de contino á luz, y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra. Así que los pastores son en esto aventajados á los otros hombres.

FRAY LUIS DE LEON, *Nombres de Cristo.*

Sobre las leyes que irrogran afrenta á las familias.

Si hay algunos Príncipes que lo procuran, que les parece que son señores, cuando hallan mejor orden, no solo para afrentar á los suyos, sino tambien para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta, y que nunca se acabe; destos, Juliano, ¿que me diréis? ¿Que? respondió Juliano, que ninguna cosa son menos que Reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es hacer á sus vasallos bienaventurados : con lo cual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos

apocados y viles. Y lo otro, porque quando no quieran mirar por ellos, á sí mismos se hacen daño y se apocan. Porque si son cabezas, ¿que honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿que les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico : *Mandar entre lo ilustre, es bella cosa*. Y no solo dañan á su honra propia, quando buscan invenciones para manchar la de los que son gobernados por ellos; mas dañan mucho sus intereses, y ponen en manifesto peligro la paz y la conservacion de sus reinos. Porque así como dos cosas que son contrarias, aunque se juntan, no se pueden mezclar; así no es posible que se añude con paz el reino, cuyas partes estan tan opuestas entre sí, y tan diferenciadas, unas con mucha honra, y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado, y cuyos humores se conciertan mal entre sí, está muy ocasionado, y muy vecino á la enfermedad y á la muerte; así por la misma manera el reino, adonde muchas órdenes y suertes de hombres, y muchas casas particulares estan como sentidas y heridas, y adonde la diferencia, que por estas causas pone la fortuna y las leyes, no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto á enfermar, y á venir á las armas con cualquiera razon que se ofrece. Que la propia lástima é injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre á la ocasion y á la venganza.

FRAY LUIS DE LEON, *Nombres de Cristo*.

Sobre la economía de las mugeres.

Como la nave corre por diversas tierras buscando ganancia, así la muger casera ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad y provecho: y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba della, así en lo menudo, como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva, y de los alfileres, y de otras cosas de aqueste jacz, que acá valen poco, y los Indios las estiman en mucho, trae rico oro, y piedras preciosas; así esta nave, que vamos pintando, ha de convertir en riqueza lo que pareciere mas desechado, y convertirlo, sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano, y tocarlo; como hace la nave, que sin parecer que se menea nunca descansa, y cuando los otros duermen, navega ella, y acrecienta con solo mudar el aire, el valor de lo que recibe. Y así la hacendosa muger, estando asentada no para, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir como, ó de que manera, se hace rica. Visto habrá vm. alguna muger como esta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acordarse de sí, y quiere ver con cuanta propiedad y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una muger que rodea su casa, y que de lo que en ella parece perdido, hace dinero, y compra lana y lino, y junta con sus criadas, lo adereza y lo labra; y verá que estando sentada con sus mugeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas, como la nave, que sin parecer que se muda, va navegando, y pasando un día,

y sucediendo otro, y viniendo las noches, y amaneciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra, se teje la tela, y se labra el paño, y se acaban las ricas labores; y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto, y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomon, que trae esta nave de lueñe su pan; porque si vm. coteja el principio desta obra con el fin della, y mide bien los caminos por donde se viene á este puerto, apénas alcanzará como se pudo llegar á él, ni como fué posible de tan delgados y apartados principios, venirse á hacer despues un tan caudaloso rio.

FRAY LUIS DE LEON, *la Perfecta casada.*

Exhortacion á las madres á que crien á sus hijos.

ENTIENDAN las mugeres que si no tienen buenos hijos, gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada, que el ser madre es engendrar, y parir un hijo: que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo les forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos mas, no sé en cuanta obligacion los pondrian. Lo que se sigue despues del parto, es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo, y lo que de veras le obliga. Por lo cual tengase por dicho esta perfecta casada, que no lo será, si no cria á sus hijos: y que la obligacion que tiene

por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los crie á sus pechos. Porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido, es remedio el olvido; sino digo, que se bebe y convierte en sustancia, y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe. Porque el cuerpo ternece de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y segun quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma despues, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél. Y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿como no saldrán á las amas con quien pacen, si es verdadero el refran español? ¿Por ventura no vemos, que cuando el niño está enfermo, purgamos al ama que le cria, y que con purificar y sanar el mal humor della, le damos salud á él? Pues entendamos que, como es una la salud, así es uno el cuerpo; y si los humores son unos, ¿como no lo serán las inclinaciones, las cuales por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razon las llamamos *humores*? De arte que si el ama es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino: si colérica, si tonta, si deshonestá, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos, es ponerlos á tan claro y manifesto peligro, ¿como es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cria; esto es decir, la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo? ¿Que le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es mas es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿que vale la hacienda ganada? ¿O que

bien puede haber en la casa, donde los hijos, para quien es, no son buenos? Y si es parte desta virtud conyugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos; las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imágen de virtud y de bien, que en él habia comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre; y permiten que imprima vicios, en lo que del vientre salia con principio de buenas inclinaciones; cierto es que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad. Porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos. Y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crian así, mirandolo bien, son llanamente bastardos. Y porque vm. vca que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender, que la madre en el hijo que engendra, no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varon figurandola hace carne y huesos. Pues el ama que cria pone lo mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre, que vive en el hijo, hace la misma obra; sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinte y cuatro: y la madre, cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe: la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que le parió es peor que madrastra, pues enagena de sí á su hijo, y hace borde lo que habia nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble; y comete en cierta manera un género de adulterio, poco menos feo, y no menos dañoso que el ordinario. Porque en aquel vende

al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della : y hace sucesor de su casa al hijo del ama , y de la moza , que las mas veces es una ó villana , ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano de la familia de los Gracos , que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos , y viniendole al encuentro para recebirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente ; él vuelto á ellas , y repartiendo con ellas de lo que traia , como á la madre diese un anillo de plata , y al ama un collar de oro ; y como la madre indignada desto se doliese dél , le respondió que no tenia razon. Porque , dijo , vos no me tuvistes en el vientre mas de por espacio de nueve meses , y esta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es solo el cuerpo , y aun ese me distes por manera no muy honesta ; mas la dádiva que desta tengo , diómela ella con pura y sencilla voluntad. Vos en naciendo yo me apartastes de vos , y me alejastes de vuestros ojos ; mas esta ofreciendose , me recibió desechado en sus brazos amorosamente , y me trató así , que por ella he llegado y venido al punto y estado en que agora estoy. Manda San Pablo en la doctrina que da á las casadas , que amen á sus hijos. Natural es á las madres amarlos , y no habia para que San Pablo encargase con tan particular precepto una cosa tan natural. De donde se entiende que el decir que los amen , es decir que los crien , y que el dar leche la madre á sus hijos , á eso San Pablo llama amarlos , y con gran propiedad : porque el no criarlos es venderlos , y hacerlos no hijos suyos , y como desheredarlos de su natural ; que todas ellas son obras de fiero aborrecimiento , y tan fiero que vencen en ello aun á las fieras. Porque ¿ que animal tan

crudo hay, que no crie lo que produce? ¿que fie de otro la crianza de lo que pare? La braveza del leon sufre con mansedumbre á sus cachorrillos, que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre sediento de sangre da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come, porque ellos lo coman. ¿Mas que es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando luego despues del parto leche á los pèchos. ¿Que mas clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mugeres los pechos, les manda que crien: engrosandoles los pezones, les avisa que han de ser madres: los rayos de la leche que vienè, son como agujones con que las despierta, á que alleguen á sí lo que pariéron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y escusanse con decir que es trabajo, y que es hacerse temprano viejas, parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso. Mas si esto vale, ¿quien hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se oponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor. Y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir, y criar; pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran. Y si les agrada el parir, crien tambien. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparacion el mayor. ¿Pues por qué las que son tan valientes en lo que es mas, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así; y cuando no por sus hijos, por lo

que deben á su vergüenza habian de traer mas cubiertas y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agriamente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahuite. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían, ántes en este trabajo la naturaleza sabia y prudente repartió gran parte de gusto y de contento. El cual aunque no le sentimos los hombres, pero la razon nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿que trabajo no paga el niño á la madre, cuando ella le tiene en el regazo desnudo? ¿cuando él juega con la teta? ¿cuando la hiere con la manecilla? ¿cuando la mira con risa? ¿cuando gorgoea? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, pareceme que aun la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe; y no quiera que torne á nacer mal lo que habia nacido bien, ni que le sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor; ni consienta que conozca á otra ántes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél: la piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber con todos los demas bienes que le habemos dado, no solo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino tambien los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes: y ame, y desee que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos.

FRAY LUIS DE LEON, *la Perfecta casada.*

Traduccion de un pasage de Ciceron sobre la Providencia divina.

NINGUNA cosa se hallará en la administracion y gobierno del mundo, que se pueda justamente reprender : y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo estan de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para lá vista mas hermosas, veamos ¿ si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que estan, si no fueran gobernadas por la divina Providencia? Por donde si son mas perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razon, siguese que las de naturaleza no han de carecer de razon. ¿ Pues quien habrá que viendo una tabla muy bien pintada que se hizo por arte, y viendo dende lejos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razon y arte, y viendo como un relox señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir, que el mundo (el cual inventó estas mismas artes, con los oficiales dellas, y abraza todas las cosas) carezça de razon y de arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las esclarece y rodea es el sol : que es muchas veces mayor que toda la tierra : y asímismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningun daño hacen á la tierra, ni á las cosas della, mas ántes la aprovechan de tal manera que si mudasen sus lugares y puestos,

arderia todo el mundo. Y un poco mas abajo añade el mismo Tulio estas palabras : hermosamente dijo Aristóteles, que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas, y con todas las cosas cón que estan ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos soterraños nunca hubiesen visto las cosas que estan sobre la tierra, y hubiesen oido por fama que hay una Divinidad en el mundo soberana : y despues desto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos : cuando viesen la tierra, la mar, y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia dél, y como él esclareciendo con su luz el cielo, es causa del dia, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbres, y notasen la variedad de la luna, con sus crecientes, y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos, y puestos de las estrellas tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad, sin duda cuando los tales hombres salidos de la escuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conocerian haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era ver en este mundo una soberana Divinidad, de que todo pendia. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros. (dice el mismo Tulio) imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales escureciéron todas las regiones comarcanas, y imagine-mos que por espacio de dos dias ningun hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero dia el sol esclareciese al

mundo , pareceria á estos hombres que de nuevo habian resucitado. Y si esto mismo acaeciese á algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas , los cuales súbitamente vieses la luz , ¡ cuan hermosa les pareceria la figura del cielo ! Mas la costumbre de ver esto cada dia , hace que los hombres no se maravillen desta hermosura , ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven , como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover mas que su grandeza á inquirir las causas dellas. Porque ¿ quien tendrá por hombre de razon al que viendo los movimientos del cielo , y la órden de las estrellas tan firme y constante , y viendo la conexion y conveniencia que todas estas cosas tienen , diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razon , y crea que se hicieron acaso las cosas , que ningun consejo ni entendimiento puede llegar á comprender con cuanto consejo hayan sido hechas ? ¿ Por ventura , quando vemos alguna esfera movediza , ó relox , ó algunas figuras moverse artificiosamente , no entendemos que hay algun artificio y causa destos movimientos ? ¿ Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos con tan admirable ligereza , y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservacion de las cosas , no echarémos de ver que todo esto se hace con razon , y no solo con razon , sino con escelente y divina razon ?

Mas dejada á parte la sutileza de los argumentos , pongamonos á mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida y redonda , y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma : colocáda en medio del mundo , vestida de flores , de yerbas , de árboles , y de mieses : donde vemos una in-

creible muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frias, los licores claros de los rios, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas del oro y plata, y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demás desto, ¡cuanta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras! ¡cuantos vuelos y cantos de aves! ¡cuán grandes pastos para los ganados, y cuantos bosques para la vida de los animales silvestres! ¿Pues que diré del linage de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres; con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habria que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar! ¡cuanta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella! ¡que frescura y deleite de sus riberas! ¡cuantos linages de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima dellas, otros que estan pegados con sus conchas naturales á las peñas! Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una común naturaleza de ámbas.

Luego el aire vecino á la mar se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto. Y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Restanos agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo : en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los contempla. Entre los cuales el sol moviéndose al derredor de la tierra, y naciendo y poniéndose, es causa del dia y de la noche, y llegando á nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias : y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y despues se alegra con su venida. Mas la luna (que como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra) caminando por las mismas vias que el sol, envia á la tierra la lumbré que recibe dél, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, quando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos, y á veces se tardan, y otras se detienen : que es cosa de grande admiracion y hermosura. Siguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas : las cuales estan de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el carro,

la bocina, y otras semejantes, que son guia de los que navegan por la mar. Todo lo susodicho es de Tulio : el cual con el argumento de la fábrica, y hermosura, y provecho de las partes principales deste mundo inferior, y con la orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se pudiéron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco mas abajo declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice della que demas del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y así vemos (dice él) que en Egipto el rio Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el rio Eufrates; en la cual cada año renueva los campos, y cuasi los hace otros. Mas el rio Indo (que es el mayor de todos los rios) no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podria contar, que se crian en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fruto, y otros otra. Mas ¡ cuanta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza, en haber criado tantas, y tan diversas, y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y estas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad de los manjares y con la abundancia dellos se renovase nuestro

gusto y deleite ! ; Y cuan saludables vientos , y cuan proporcionados á sus tiempos produce , no solo para el provecho de los hombres , sino tambien de los ganados y de todas las cosas que nacen de la tierra , con los cuales los grandes calores se templan , y con ellos se navega con mayor ligereza la mar !

Muchas otras cosas callamos , y muchas tambien decimos : porque no se pueden contar los provechos que nos traen los rios , y las mudanzas de la mar , quando crece ó mengua , y los montes vestidos de verdura , y los bosques , y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar , y la muchedumbre de las yerbas medicinales , que produce la tierra , y innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los dias y de las noches sirve para conservar la vida de los animales , señalandonos un tiempo para trabajar , y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino , el cual por una manera maravillosa lo endereza y ordena á la salud y conservacion de todas las cosas.

FRAY LUIS DE GRANADA, *Introduccion del
Símbolo de la Fè.*

CAPITULO XIII. .

MORAL RELIGIOSA.

Que todo fué ordenado para Cristo.

CRISTO es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor, y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que dél sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera estos cielos estendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbrá, redonda, y bellísima; la tierra pintada con flores, y las aguas pobladas de peces; los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir á luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad lo podemos llamar el parto comun y general de todas las cosas. Y así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco, y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, ó por mejor decir, al árbol todo contiene;

ansí tambien Cristo , para cuyo nacimiento crió primero Dios las raíces firmes y hondas de los elementos , y levantó sobre ellas despues esta grandeza del mundo , con tanta variedad , como si dijésemos de ramas y hojas , lo contiene todo en sí , y lo abarca , y se resume en él , y como dice San Pablo , se recapitula todo lo no criado y criado , lo humano y lo divino , lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fruto por escelencia , entendemos que todo lo criado se ordenó para él ; ansí tambien desto mismo ordenado , podemos rastreando entender el valor inestimable que hay en el fruto , para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza , y hermosura , y cualidad de los medios argüirémos la escelencia sin medida del fin. Porque si cualquiera que entra en algun palacio ó casa real rica y suntuosa , y vee primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y tórreado , y las muchas órdenes de las ventanas labradas , y las galerías , y los chapiteles que deslumbran la vista ; y luego la entrada alta y adornada con ricas labores , y despues los zaguanes y patios grandes y diferentes , y las columnas de mármol , y las largas salas , y las recámaras ricas , y la diversidad , y muchedumbre , y orden de los aposentos hermoseados todos con peregrinas y escogidas pinturas , y con el jaspe , y el porfiro , y el marfil , y el oro que luce por los suelos , y paredes , y techos ; y vee juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven en él , y la disposicion y rico aderezo de sus personas , y el orden que cada uno guarda en su ministerio y servicio , y el concierto que todos conservan entre sí ; y oye tambien los menestriles , y dulzura de música ; y mira la hermosura y regalo de los lechos , y la riqueza de los aparadores , que no tienen precio ; luego conoce

que es incomparablemente mejor y mayor aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena : así debemos nosotros tambien entender , que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo , es sin ningun término muy mas hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió. Y que si es grandísima , como sin ninguna duda lo es , la magestad deste templo universal , que llamamos mundo nosotros ; Cristo , para cuyo nacimiento se ordenó desde su principio , y á cuyo servicio se sujetará todo despues , y á quien agora sirve y obedece , y obedecerá para siempre , es incomparablemente grandísimo , gloriosísimo , perfectísimo , mas mucho de lo que ninguno puede ni encarecer , ni entender.

FRAY LUIS DE LEON , *Nombres de Cristo.*

Por que Cristo es llamado PASTOR.

Dios con justa causa pone á Cristo , que es su PASTOR , en medio de las entrañas del hombre , para que poderoso sobre ellas guie sus opiniones , sus juicios , sus apetitos y deseos , al bien con que se alimente , y cobre siempre mayores fuerzas el alma , y se cumpla desta manera lo que el mismo Profeta dice : que serán apacentados en todos los mejores pastos de su tierra propia : esto es , en aquello que es pura y propiamente buena suerte , y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente , sino tambien en los montes altísimos de Israel , que son los bienes soberanos del cielo , que sobran á los naturales bienes sobre toda manera ; porque es señor de todos ellos aqueese mismo PASTOR que los guia , ó para decir la verdad , porque los tiene todos , y amontonados en sí. Y porque los tiene en sí , por esa

misma causa, lanzandose en medio de su ganado, mueve siempre á sí sus ovejas : y no lanzandose solamente, sino levantandose y encumbrandose en ellas, segun lo que el Profeta dél dice. Porque en sí es alto por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene : y en ellas es alto tambien, porque apacentandolas las levanta del suelo, y las aleja quanto mas va de la tierra, y las tira siempre ácia sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrandolas siempre mas, y entrañandolas en los altísimos bienes suyos. Y porque él uno mismo está en los pechos de cada una de sus ovejas ; y porque su pacerlas es ayuntarlas consigo, y entrañarlas en sí, como agora decia ; por eso le conviene tambien lo postrero, que pertenece al Pastor, que es hacer unidad y rebaño. Lo cual hace Cristo por maravilloso modo, como por ventura diremos despues. Y bastenos decir agora, que no está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno, quanto Cristo nuestro divino PASTOR consigo, y entre sí hace una su grey. Así lo pide, y así lo alcanza, y así de hecho lo hace. Que los demas hombres, que ántes dél, y sin él introdujéron en el mundo leyes y sectas, no sembráron paz, sino division ; y no viniéron á reducir á rebaño, sino, como Cristo dice en San Juan, fuéron ladrones y mercenarios, que entráron á dividir, y desollar, y dar muerte al rebaño. Que aunque la muchedumbre de los malos haga contra las ovejas de Cristo bando por sí, no por eso los malos son unos, ni hacen un rebaño suyo en que esten adunados ; sino quanto son sus deseos, y sus pasiones, y sus pretendien-

cias, que son diversas y muchas, tanto estan diferentes contra sí mismos. Y no es rebaño el suyo de unidad y de paz, sino ayuntamiento de guerra, y gavilla de muchos enemigos que entre sí mismos se aborrecen y dañan, porque cada uno tiene su diferente querer. Mas Cristo nuestro PASTOR, porque es verdaderamente PASTOR, hace paz y rebaño. Y aun por esto, allende de lo que dicho tenemos, le llama Dios PASTOR UNO en el lugar alegado : porque su oficio todo es hacer unidad. Así que Cristo es PASTOR por todo lo dicho ; y porque si es del pastor el desvelarse para guardar y mejorar su ganado, Cristo vela sobre los suyos siempre, y los rodea solícito.

FRAY LUIS DE LEON, *Nombres de Cristo.*

Fecundidad y eficacia de la palabra de Dios.

BIEN sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía se trabajó por hacer virtuosos los hombres, sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones; y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras : mas tambien sabemos con todo aqueste aparato suyo el pequeño fruto que hizo, y cuan menos fué lo que dió, de lo que se esperaba de sus largas promesas. Mas en Cristo no pasó así. Porque si miramos lo general, dél mismo que se llama, no muchos granos, sino un grano de trigo muerto, y de doce hombres bajos y simples, y de su doctrina, en palabras tosca, y en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga y muy áspera, se hinchó el mundo todo de incomparable virtud : como dirémos despues en su propio y mas conveniente lugar. Y por semejante ma-

nera, si ponemos los ojos en lo particular que cada dia acontece á muchas personas, ¿quien es el que lo considera, que no salga de sí? El que ayer vivia como sin ley, siguiendo empos de sus deseos sin rienda, y que estaba ya como encallado en el mal; el que servia al dinero, y cogia el deleite, soberbio con todos, y con sus menores soberbio y cruel; hoy con una palabra que le tocó en el oido, y pasando de allí al corazon puso en él su simiente tan delicada y pequeña que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos dias, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo, y crece así en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca que poco ántes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso, lleno de fruto y de flor: y el leon es oveja ya, y el que robaba lo ageno, derrama ya en los agenos sus bienes; y el que se revolcaba en la hediondez, espaae al derredor de sí, y muy lejos de sí, por todas partes la pureza del buen olor. Y como dije, si tornando al principio comparamos la grandeza de aquesta planta y su hermosura con el pequeño grano de donde nació, y con el breve tiempo en que ha venido á ser tal; veremos en estraña pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y así Cristo, en unas partes dice, que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende; y en otras se asemeja á perla oriental; pequeña en cuerpo, y grande en valor: y parte hay donde dice que es levadura, la cual en sí es poca, y parece muy vil; y escondida en una gran masa cuasi súbitamente cunde por ella toda, y la inficiona. Escusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar.

FRAY LUIS DE LEON, *Nombres de Cristo.*

*Comparacion del alma enamorada de Dios con el leño
abrasado.*

Si por palabras ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí : y comenzando de menores principios, van siempre subiendo, y esforzandose siempre mas el soplo del gozo, al fin las velas llenas navega el alma justa por un mar de dulzor, y viene á la fin á abrasarse en llamas de dulcísimo fuego, por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma. Y acontecele cuanto á este propósito al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avecina el fuego, le aviene. El cual así como se va calentando del fuego, y recibiendo en sí su calor; así se va haciendo sugeto apto y dispuesto para recibir mas calor, y lo recibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí, y á dar de cuando en cuando algun estallido, y corren algunas veces gotas de agua por él; y procediendo en esta contienda, y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salia se enciende de improviso en llama que luego se acaba, y dende á poco se torna á encender otra vez, y á apagarse tambien; y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego ya lanzado en lo íntimo del madero, y hecho señor de todo él, sale todo junto y por todas partes afuera, levantando sus llamas; las cuales prestas, y poderosas, y á la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero. Y por la misma manera cuando Dios se avecina al alma, y se junta con ella, y le comienza á comunicar

su dulzura; ella así como la va gustando, así la va deseando mas, y con el deseo se hace á sí misma mas hábil para gustarla; y luego la gusta mas, y así creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza á ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos sospiros; y corren por las mejillas á veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas: y procediendo adelante enciendese de improviso, como una llama compuesta de luz y de amor, y luego desaparece volando; y torna á repetirse el suspiro, y torna á lucir y cesar otro no sé que resplandor; y acrecientase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma, traspasandose unas veces, y otras veces tornandose á sí; hasta que sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí misma, respira amor, y terneza, y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa, sino es: « Luz, amor, vida, » descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta » en tí toda, Señor. »

FRAY LUIS DE LEON, *Nombres de Cristo.*

Descripcion del Juicio final.

ESTARÁ el aire lleno de relámpagos, y torbellinos, y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar, no solo las casas fuertes, y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravecerá, y serán

tan altas sus olas y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crecientes, y á los distantes con sus bramidos : los cuales serán tales, que de muchas leguas se oirán.

¡Cuales andarán entonces los hombres! ¡cuan atónitos! ¡cuan confusos! ¡cuan perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador que se verán entonces las gentes en grande aprieto : y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Que es esto? (dirán) ¿que significan estos pronósticos? ¿en que ha de venir á parar esta preñez del mundo? ¿en que han de parar estos tan grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caidas las alas del corazon y los brazos, mirandose los unos á los otros : y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaria para hacerlos desmayar, aunque no hubiese mas que temer. Cesarán todos los oficios y grangerías, y con ellos el estudio y la codicia de adquirir ; porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no solo se olvidarán destas cosas, sino tambien del comer, y del beber, y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros, para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crecientes de la mar. Y así los hombres se irán á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarecer en las casas de los hombres, y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusion. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros : porque no sabrán en que fines hayan de parar tan dolorosos principios.

Faltan palabras para encarecer este negocio, y todo lo que se dice es menos de lo que será. Vemos agora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun grande torbellino ó terremoto, cuales andan los hombres; cuan medrosos, y cuan cortados, y cuan pobres de esfuerzo y de consejo; pues cuando entónces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto: y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propia tormenta: cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caidas, ¿quien comerá? ¿quien dormirá? ¿quien tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡O desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos: y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores, y regalos, y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! ¡Cuan alegremente cantarán entónces con el Profeta: Dios es nuestro refugio, y nuestra firmeza; y por esto no temeremos, aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar! Así como entendeis (dice el Salvador) que cuando la higuera y todos los árboles comienzan á florecer y dar su fruto, se llega ya el verano; así cuando viéredes estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entónces podréis abrir los ojos, y levantar la cabeza, porque se llega el dia de vuestra redencion. ¡Cuan alegre estará entónces el bueno, y por cuan bien empleados dará todos sus trabajos! Y por el contrario, ¡cuan arrepentido el malo! ¡y por cuan condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

Despues de todas estas señales acercarse ha la venida del Juez; delante del cual vendrá un diluvio universal

de fuego, que abrase y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo.....

Después deste fuego vendrá (como dice el Apóstol) un Arcángel con grande poder y magestad ; y tocará una trompeta (que es una grande y espantosa voz) que sonará por todas las partes del mundo ; con la cual convocará todas las gentes á juicio. Esta es aquella temerosa voz , de que dice San Gerónimo : Agora coma , agora beba , siempre parece que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá : Levantaos , muertos , y venid á juicio. ¿ Quien apelará desta citacion ? ¿ Quien podrá recusar este juicio ? ¿ A quien no temblará la contera con esta voz ? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos , y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice San Juan , que allí la mar entregó los muertos que tenia , y así mismo la muerte y el infierno entregaron los que tenían. ¿ Pues que cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos ? ¿ y ver concurrir en uno tantos ejércitos , y tantas suertes y maneras de naciones y gentes ? Allí estarán los Alejandros : allí los Xerjes y Artajerjes : allí los Daríos , y los Cesares de los Romanos , y los Reyes poderosísimos con otro hábito , y otro brio , y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron : y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Adán , para que dé cada uno razon de sí , y sea juzgado segun sus obras.

Mas aunque todos resuciten para nunca mas morir , será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos. Porque los cuerpos de los justos resucitarán hermosos y resplandecientes como el sol ; mas los de los malos oscuros y feos como la mesma muerte. ¿ Pues que

alegría será entónces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados, á cabo de tan largo destierro! ¡Como podrá entónces decir el ánima á su cuerpo: O cuerpo mio, y fiel compañero mio, que así me ayudaste á ganar esta corona; que tantas veces conmigo ayunaste, velaste, y sufriste el golpe de la disciplina, y el trabajo de la pobreza, y la cruz de la penitencia, y las contradicciones del mundo: cuantas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre! ¡cuantas quedaste desabrigoado por vestir al desnudo! ¡cuantas renunciaste y perdiste de tu derecho, por no perder la paz con el prójimo! Pues justo es que te quepa agora parte desta hacienda, pues me ayudaste á ganarla; y que seas compañero de mi gloria, pues tambien lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetitos y pareceres contrarios, sino con liga de perpetua paz y conformidad; para que eternamente puedan cantar y decir: Mirad cuan buena cosa es y cuan alegre, morar ya los hermanos en uno. Mas por el contrario, ¡que tristeza sentirá el ánima del condenado, cuando vea su cuerpo tal, cual allí se le ofrecerá; oscuro, sucio, hediondo, y abominable! ¡O malaventurado cuerpo! (dirá ella) ¡ó principio y fin de mis dolores! ¡ó causa de mi condenacion! ¡ó no ya compañero mio, sino enemigo; no ayudador, sino perseguidor; no morada, sino cadena y lazo de mi perdicion! ¡O gusto malaventurado; y que caro me cuestan agora tus regalos! ¡O carne hedionda, que á tales tormentos me has traído con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo pequé? ¿Deste eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del

cielo? ¿Por este vil y sucio tronco perdí el fruto de la vida perdurable? ¡O furias infernales! levantaos agora contra mí y despedazadme; que yo merezco este castigo. ¡O malaventurado el dia de mi desastrado nacimiento; pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

.....

Delante del juez vendrá el estandarte real de la Cruz, para que sea testigo del remedio que Dios envió al mundo; y como el mundo no le quiso recibir. Y así la Santa Cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entónces, dice el Salvador, llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra, y todas ellas herirán y darán golpe en los pechos. ¡O cuantas razones allí tendrán para llorar y plantear! Llorarán, porque ya no pueden hacer penitencia, ni huír de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente, y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento, y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán; y como atajados por todas partes, y pobres de consejo y de remedio, darán golpes, y herirán (como dice el Evangelista) sus pechos.

Entónces el juez hará division entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra. ¿Quien serán estos tan dichosos, que tal lugar y honra como esta recibirán? Atribulame Señor aquí; aquí mata, aquí corta, aquí abrasa; porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel por estas palabras: Estaba yo

(dice él) atento , y ví poner unas sillas en sus lugares , y un anciano de dias se asentó en una dellas ; el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve , y sus cabellos eran tambien blancos , así como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego , y las ruedas dél como fuego encendido , y un rio de fuego muy arrebatado salia de la cara dél. Millares de millares entendian en servirle , y diez veces cien mil millares asistian delante dél. Miraba yo todo esto en aquella vision de la noche , y ví venir en las nubes uno que parecia hijo de hombre. Hasta aquí son palabras de Daniel : á las cuales añade San Juan , y dice : Y ví todos los muertos , así grandes como pequeños , estar delante deste trono , y fuéron abiertos allí los libros : y otro libro se abrió , que es el libro de la vida ; y fuéron juzgados los muertos según lo contenido en aquellos libros , y según sus obras. Cata aquí , hermano , el arancel por donde has de ser juzgado : cata aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que hiciste : y no por el juicio loco del mundo , que tiene el peso falso de Canaan en la mano , donde tan poco pesan la virtud y el vicio. En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo que aun no has echado la palabra por la boca , cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

.....

Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas conciencias , que clamarán contra nosotros : y testigos serán tambien todas las criaturas , de quien mal usamos : y sobre todo será testigo el mismo Señor á quien ofendimos , como él mismo lo significa por un Profeta , diciendo : Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros , y

adúlteros, y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y fatigan á los peregrinos y estrangeros que poco pueden: y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

Acusadores tampoco faltarán; y bastará por acusador el mismo demonio, que, como San Agustin escribe, alegrará muy bien ante el juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos estos traidores; pues ellos han sido siempre míos, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos; porque tú los criaste, y hiciste á tu imagen y semejanza, y redemiste con tu sangre. Mas ellos borraron tu imagen, y se pusieron la mía; desecharon tu obediencia, y abrazaron la mía; menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuanto han sido mas míos que tuyos, que sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedecido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu santo nombre, todo esto hacian con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida, y alma por un punto de honra que yo les encarecia, ó por un deleite falso á que yo los convidaba, todo lo ponían á riesgo por mí: y por tí, que eres su Dios, y su Criador, y su Redentor; que les diste la hacienda, y la salud, y la vida; que les ofrecias la gracia, y les prometias la gloria; y sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz; con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo

por tí, ¡ Cuantas veces te aconteció llegar á sus puertas llagado, pobre, y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo mas cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus paredes de seda y oro; que de tí! Y pues esto es así, justo es que algun dia sean castigadas las injurias y desprecio de tan grande Magestad.

Pues oida esta acusacion, pronunciará el juez contra los malos aquella terrible sentencia, que dice: « Id malditos al fuego eterno, que está aparejado para Satanas, » y para sus ángeles; porque tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber, etc.» Y así irán los buenos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. ¿ Quien podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes para que caigan sobre ellos, y á los collados que los cubran. Allí blasfemarán, y renegarán, y pondrán su boca sacrílega en Dios: y maldirán siempre el dia de su nacimiento y su malaventurada suerte. Allí del todo se acabará su dia, fenecerá su gloria, y se volverá la hoja de su prosperidad: y en los cuerpos comenzará para siempre el dia de su dolor: como lo significó San Juan en su Apocalipsi, debajo del nombre de Babilonia, por estas palabras: Llorar se han, y harán llanto sobre sí los Reyes de la tierra que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia, y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos: y ponerse han lejos por el temor dellos, y dirán: ¡ Ay! ¡ ay de aquella ciudad grande de Babilonia, que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán, porque ya no habrá quien compre mas sus mercaderías de oro, y plata, y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡ Ay! ¡ ay de aquella

ciudad grande que se vestia de holanda , grana , y carmesí , y se cubria de oro y piedras preciosas ; que en una hora pereciéron tantas riquezas !

FRAY LUIS DE GRANADA , *Tratado de la Oracion.*

Estragos causados en el hombre por el pecado original.

DEL pecado original nace una miseria muy grande , que es la corrupcion y estrago de todas las fuerzas y potencias del hombre ; porque así como la levadura se estiende por toda la masa , y la avinagra y aceda toda , si la dejan mucho labrar en ella ; y así como la ponzoña bebida cunde por todos los miembros del cuerpo , y los hincha y emponzoña á todos ; así la levadura y ponzoña de aquel pecado se estendió por todas las fuerzas de nuestra ánima , y en todas ellas labró y comunicó su malicia. Y así el entendimiento (que es la primera y mas principal destas potencias) quedó escurecido para entender las cosas de Dios : el libre albedrío enfermo : la voluntad para lo bueno flaca : el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado : la memoria derramada : la imaginacion inquieta ; los sentidos curiosos , y la carne sucia y mal inclinada.

Mas entre estas fuerzas mira cuan inquieta y desasosegada quedó la imaginacion , y cuan desobediente á la razon ; pues apénas podemos rezar un Credo con el pensamiento fijo en Dios , sin que luego cuasi sin sentirlo , nos hurte el cuerpo , y se salga de casa , y corra por todos esos mundos sin parar. De suerte que apénas hay hoja de árbol que así se mueva á todos vientos , como ella se mueve con cualquier accidente.

¿ Pues que diré del estrago de nuestro apetito ? ¿ Que

muladar hay tan sucio, que laguna tan cenagosa, que tales hedores y vapores eche de sí? Por la cual con mucha razon dijo el Eclesiástico: ¿Que cosa más mala que los pensamientos que la carne y sangre producen de sí? Porque ¿quien podrá esplicar la muchedumbre de torpezas, y las invenciones de pasatiempos y deleites que á cada hora se levantan en él? La imaginacion parece que le tañe, y él baila al son que ella le hace: porque cuantos objetos y figuras le representa esa imaginacion, á tantas se estiende el deseo de su aficion, si no acudimos luego á enfrenarle con la razon. Pues si sales acá fuera á los sentidos exteriores, y miras los peligros á que está nuestra ánima sujeta por sola la vista, entenderás luego con cuanta razon dijo el Eclesiástico: ¿Que cosa hay en el mundo peor que los ojos del hombre? Porque ¿que males hay que no hayan tenido principio dellos?

La causa de todo esto fué perderse la jüsticia original y la gracia por el pecado. Porque así como la carne se conserva con la sal sin corrupcion; mas faltando esta, luego se daña, y cria gusanos: así la naturaleza humana se conserva con este don celestial: mas perdido él por el pecado, todas las potencias del hombre quedáron estragadas y maltratadas. De donde nace estar ellas tan prontas para todo lo malo, y tan pesadas para lo bueno, si por la gracia divina no fueren reformadas y reparadas.

Desta mesma raiz nace la tiranía del amor propio, hijo primogénito del pecado original: porque el uno vuelve las espaldas á Dios, y el otro vuelve los ojos del amor á sí mesmo, amandose mas que á todas las cosas, y mas aun que al mesmo Dios. Este, dice Santo Tomás que entra en todos los pecados del mundo, y que es el

atizador y manantial de todos ellos; porque ninguno peca sino por algún bien que desordenadamente ama; el cual antepone á Dios, y á la obediencia de sus santos mandamientos. Desta mala raíz nacen otros mil males, que son causa de nuestra perdicion. Porque de aquí nace ser el hombre tan diligente para sus cosas propias, y tan nêgligente para las divinas; sentir tanto un punto de su honra, y darsele tan poco por la honra de Dios; estar tan ferviente para las cosas de su provecho, y tan tibio para las del servicio divino; pasar tantos trabajos por lo que á él cumple, y ser tan pesado para dar un paso por Dios; hacer tanto por la salud del cuerpo, y darsele tan poco por la del ánima; ser tan sensible por las pérdidas temporales, y tan insensible para las espirituales; ser tan amigo de todo género de deleites, y tan enemigo de todas las virtudes; tener tanta cuenta con los ojos de los hombres, y tan poca con los ojos de Dios; procurar tanto por las cosas desta vida, y darsele tan poco por las de la otra: sentir tanto una pérdida corporal, y no hacer caso de un pecado mortal: y finalmente, de aquí nace estar el hombre tan pronto para todos los males, y tan pesado para todos los bienes; pues para uno le llevarán con hilo de lana (que es con cualquier antojo que se le ofrezca), y para lo otro ni bastan todas las voces de la Iglesia, ni todas las promesas ni amenazas divinas, ni todos los beneficios y misterios de Cristo, ni todos los tormentos que por esta causa padeció; pues todo esto se enderezó á este fin. Y si quieres que con un ejemplo te muestre, como con el dedò, la ligereza que tenemos para el mal, y la pesadumbre para el bien, mira cuanto tiempo y trabajo es menester para encender tu corazon en un poco de devo-

cion ó fervor de espíritu; y cuan presto se apaga despues de encendido; pues á vuelta de cabeza, á veces con una palabra, se pierde y desaparece. Y por el contrario, si se ofrece á la imaginacion un mal pensamiento, aunque sca de corrida, en ese punto no solo el apetito, mas aun hasta el mesmo cuerpo se enciende, y tan fuertemente se apega, que á fuerza de brazos le habeis de despedir de vos. De suerte que el mal pensamiento mas parece fuego que pensamiento; pues en tan breve espacio prende, y labra, y levanta llama en el corazon. En lo cual se vé cuan dispuesta quedó de sí la naturaleza para lo malo, y cuan indispuesta para lo bueno; pues para lo uno está como yesca muy seca, y para lo otro como leña verde y corriendo agua: y así allí una sola centella basta para encender fuego en un punto; mas aquí aun con mucho fuego apénas se enciende en grande espacio.

Deste tan grande desórden y estrago de la criatura racional procede otra gran miseria: que es, venir el hombre á bastardear y torcer de la generosidad de su naturaleza, y hacerse bestial; que es aquella miseria que el Profeta lamentaba, quando decia: El hombre criado en honra, no entendió; y vino á compararse con las bestias, y hacerse semejante á ellas. Porque (dejadas otras muchas semejanzas que hay de parte á parte) vemos que así como las bestias ninguna otra cosa aman, ni procuran, ni desean, sino solo los bienes corporales, por no ser capaces de otros mas altos; así la mayor parte de los hombres se han hecho por su culpa lo que las bestias son por naturaleza: pues ninguna otra cosa piensan, ni desean, ni platican, ni tratan, ni procuran, ni sueñan, sino solos estos bienes terrenos; sin acordarse,

ni que son hombres, ni que tienen razon, ni fé, ni ley, ni esperanza de otra vida; sino como unas puras bestias, que todo su mal y bien miden con el provecho del cuerpo. Y desta manera viven no solo todas las naciones de infieles y hereges (que son innumerables), sino tambien la mayor parte de los Cristianos; sino es cual ó cual que vive en temor de Dios.

Y dado caso que todos estos tengan razon, y usen della (lo que no hacen las bestias), mas dime ruegote, ¿ de que les sirve esta razon, sino de ser esclava, y dispensera, y cocinera de su carne, y descubridora é inventora, no solo de todas las vanidades y deleites del mundo, sino de todas las maldades y crueldades dél? Por donde viene el hombre miserable á ser bestia, no solo mas culpablemente, sino mas perjudicialmente: pues las bestias son una vez bestias; mas él es dobladamente bestia, pues es bestia con el apetito, y él tambien se hace bestia con la razon, obligandola á servir á solo este apetito, y apartandola de Dios. Cosa es esta de que un Filósofo Gentil se avergonzaba, diciendo: Mayor soy, y para mayores cosas nací que para ser esclavo de mi carne. ¿ Pues que cosa mas miserable, ni mas para sentir, que ver un hombre bautizado, y que tiene prendas para pasar de vuelo sobre los Angeles, venir por su propia voluntad á hacerse semejante á las bestias? ¿ De que escalon mas alto pudiera caer el hombre en mas bajo lugar?

Tal pues has de entender, hermano mio, que quedó el hombre por el pecado: hecho semejante á las bestias (aunque criado en tanta honra), despojado de todos los bienes de gracia, herido en todos los bienes de naturaleza; echado del paraíso, y desterrado en este mundo; enemigo de Dios, hijo de ira, y despe-

dido de todos los bienes de la gloria : y tal sale á este mundo del vientre de su madre ; porque esta es la herencia que le cabe por parte de Adan. Finalmente, si quieres entender la disposicion y figura que tiene en este estado , mira cual quedó aquel santo Job despues que por dispensacion de Dios fué entregado á los azotes del demonio ; robada su hacienda , quemados sus ganados , caidas sus casas , muertos sus hijos , cubierto de llagas de piés á cabeza ; sin tener mas que un muladar en que asentase , y un casco de teja con que rayese la podre de sus llagas ; porque tal paró el demonio nuestra ánima por el pecado , cual paró el cuerpo deste santo sobre que le fué dado señorío. Y así quedó el hombre despojado de todos los bienes de gracia , y llagado en todos los bienes de naturaleza ; echado del paraíso en el muladar deste mundo , sin tener mas aparejo para limpiar la podre destas espirituales llagas (que son todas sus malas inclinaciones) que un casco de teja , que es un pedazo de libre albedrío : que aunque tiene libertad y señorío para no consentir por algun tiempo en los pecados , no la tiene para no ser tentado y combatido con todo género de malos pensamientos. Pues como tal se debe el hombre presentar delante de Dios , ó (si quisiere) como aquel pobre Lázaro del Evangelio , cubierto de llagas de piés á cabeza , descando hartarse siquiera de las migajuelas que caen de la mesa rica de su misericordia divina , para remedio de su miseria.

FRAY LUIS DE GRANADA , *del Vita Christi.*

FIN DE LOS TROZOS EN PROSA.

SECCION PRIMERA

POESIA SACRA.

INDICE

POESÍA.

ADVERTENCIA.

SON tan diferentes unos de otros los géneros de Poesía, que en la parte poética de esta Coleccion nos ha parecido indispensable seguir otro método que en la Prosa. Efectivamente ¿que conexion tiene una descripcion, una pintura que se halla en una comedia ó en un poema jocoso, con las pinturas y descripciones de la oda? Hemos seguido por tanto la division de géneros, conviene á saber, Poesía *Epica, Lírica, Trágica, Cómica, Didascálica, Jocosa, Satírica*, etc. subordinando estas subdivisiones á otra mas general de *Poesía Profana, y Sagrada*, por ser esta postrera tan rica en España.

SECCION PRIMERA.

POESÍA SAGRADA.

CAPITULO PRIMERO.

POESÍA ÉPICA.

Lamentos de Job sobre las miserias de la vida.

AL fin creciendo en Job el dolor fiero,
Gimió del hondo pecho, y convertido
Al cielo, lagrimoso habló el primero,
Y dijo maldiciendo: ¡Ay! destruido
El día en que nací, y la noche fuera
En que mezquino yo fuí concebido.

Tornarase aquel día triste en fiera
Tiniebla, y no le viera alegre el cielo,
Ni resplandor de luz en él luciera.

Tuvierale por suyo en negro velo
La muerte rodeada para asiento
De nubes, de amargor, de horror, rezelo.

Y aquella noche nunca entrara en cuento
Con meses, ni con años, condenada
A tempestad oscura, y fiero viento.

Fué noche solitaria y desastrada,
Ni canto sonó en ella, ni alegría,
Ni música de amor dulce acordada.

Maldiganla los que su amargo día
Lamentando maldicen, los que halláron
Al fin de su pescar la red vacía.

En su alba los luceros se anubláron,
El sol no amaneció, ni con la aurora
Las nubes retocadas variáron:

Pues de mi ser primero en la triste hora
No puso eterna llave á mi aposento,
Y me quitó el sentir el mal de agora.

¿Por que no perecí luego al momento
Que vine á aquesta luz? ¿por que salido
Del vientre, recogí el comun aliento?

¿Por que de la partera recibido
En el regazo fuí? ¿por que á los pechos
Maternos fuí con leche mantenido?

Que si muriera entónces, mil provechos
Tuviera: ya durmiendo descansara,
Pagara ya á la muerte sus derechos.

Con muchos altos Reyes reposara,
Con muchos poderosos, que ocupáron
Los campos con palacios de obra rara:

Y con mil ricos hombres que alcanzáron
Del oro grandes sumas, hasta el techo
En sus casas la plata amontonáron.

¡O, si ántes de nacer fuera deshecho!
Y cual los abortados niños fuera,
Que del vientre á la huesa van derecho.

A do repuesta ya la vista fiera
El violento yace, y los cansados
Brazos gozan de holganza verdadera.

A do de las prisiones libertados
Están, los que ya presos estuviéron,
Sin ser del acreedor mas aquejados.

Los que pequeños, y los que altos fuéron,
Mezclados allí son confusamente:
No tienen amo allí los que sirviéron.

¿Que para que ha de ver el sol luciente
Un miserable? ¿y para que es la vida
Al que vive en dolor continuamente?

¿Al que desea ansioso la venida
De la muerte que huye, y la persigue
Mas que la rica vena es perseguida?

¿Al que se goza alegre, si consigue
El fenecer muriendo; y si le es dado
Hallar la sepultura, aqueso sigue?

¿Al que es como yo triste, á quien cortado
Le tienen el camino, y uno á uno
Los pasos con tinieblas le han cerrado?

Mi hambre con sospiros desayuno :
Y como sigue al trueno, á mis gemidos
Ansí sigue una lluvia de importuno
Lloro, que me consume. ¡Ay! ¡cuan cumplidos
Veo ya mis temores! ¡cuan ligeros,
Cuan juntos en mi daño, y cuan unidos!
¿En que merecí yo males tan fieros?
¿Por dicha no traté templadamente
Con el vecino, y con los estrangeros?
Y soy ferido así severamente.

FRAY LUIS DE LEON.

Grandeza de la Providencia divina.

Y añade : Pero si no soy creído,
Llama quien te defienda (si parece
Alguno), ó di ¿cual santo cual tú ha sido?
Cual vive, á cada uno así acontece :
A manos de su antojo el tonto muere;
El malo, y revoltoso en lid perece.
Por mas bien arraigado que estuviere
El malo, si le veo, le maldigo,
Y mas cuanto mas rico y feliz fuere.
¡Ay! ¡cuan amargo trueque, ¡ay! triste, digo,
Te espera! que tus hijos condenados
Por cárceles irán sin bien ni abrigo.
Langostas comerán los tus sembrados,
Ni el seto los defiende, ni la espina :
Tus bienes del ladron serán robados.
Qué cierto es que la tierra no es malina
De suyo, ni jamas produce el suelo
Por culpa suya mal, ó cosa indina.
El hombre es solo aquel á quien de suelo
Le viene el producir por culpa pena,
Como es á la centella propio el vuelo.
Yo juzgo que el valor, la suerte buena
Es el buscar á Dios : en el su oído
Mi voz y mi oracion continuo suena.
Gran facedor de hazañas, que en sentido
No caben, de proezas cuyo cuento
No puede ser por sumas recogido.

Levanta adelgazando el elemento
Del agua, y vuelto en lluvia le derrama
Por la faz de la tierra en un momento.

Del polvo sube en alto, y encarama
A la bajeza humilde, y al cercado
De noche torna á luz y buena fama.

Deshace y desbarata el avisado
Intento del engaño, y no consiente
Que consiga el traidor lo deseado.

Con sus artes enlaza al mas prudente
Con sus avisos mismos, y la liga
Destruye de la falsa y mala gente.

La luz se le ennegrece y da fatiga,
Y como en noche oscura estropezando,
No sabe el resabido por do siga.

Valiente salvador del pobre, cuando
Le oprime ya el tirano, cuando el crudo
Cuchillo encima dél va relumbrando.

Es para el desarmado fiel escudo,
Al solo es rico bien, rica esperanza,
Al opresor burlado deja y mudo.

¡Dichoso el hombre que de Dios alcanza
Ser corregido aquí! por esto, amigo,
Sufre su disciplina con templanza.

Que si te pasa el pecho tu enemigo
Fiero, te sanará su blanda mano:
Hará venir el bien tras el castigo.

De los trabajos seis el Soberano
Victoria te dará: del mal seteno
Te sacará gozoso, alegre y sano.

El te sustentará, si el muy sereno
Cielo quemare el campo: en el sonido
Al arma te pondrá dentro en su seno.

Guardado te tendrá, y como escondido
De la perversa lengua: sano y ledo,
Si el aire te dañare corrompido.

Si la tierra temblare, estarás quedo:
Si la asolare el robo, tú seguro
Ni de las bestias fieras habrás miedo.

Aun los peñascos mismos, aun el duro
Roble te acatarán, y la fiereza
Se volverá contigo en amor puro.

De paz verás cercada y de nobleza
Tu casa : y mirarás con diligencia,
Y falta no verás en tu grandeza.
Verás multiplicar tu descendencia,
Tus pimpollos crecer, cual crece el heno,
A quien el cielo mira con clemencia.
En la fuesa entrarás de dias lleno,
Maduro, y bien granado como espiga
Cogida con sazon en año bueno.
Aquesto (la verdad que yò te diga)
Es todo cuanto alcanzo, y quanto hallo,
Y cierto es ello así : tu oreja siga
Mi voz, tu pecho empleese en pensallo.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Grandeza de los males que envia Dios á los humanos.

CONFIESO que es así, que nadie es parte
Si Dios, respondió Job, al hombre acusa,
A con justa razon guardar su parte.
Que quien con él haraja, si ya usa
De todo su saber, dará turbado
Por mil acusaciones una escusa.

Es de corazon sabio, está dotado
De poderosa fuerza : ¿quien presume,
Trayendo lid con él, gozar su estado?

Los montes encumbrados trueca y sume
Con tan presto furor, que apenas viéron
El golpe descender que los consume.

En tocando él la tierra, estremeciéron
Los fundamentos della, y conmovidos
De su lugar eterno y firme fuéron.

Manda al sol que recoja sus lucidos
Rayos, y no los muestra ; y los sagrados
Ardores por él son escurecidos.

El tiende el aire puro, desplegados
Los cielos son por él, y va y camina
Por cima de los mares mas hinchados.

El solo cria el norte, y la bocina,
Y el carro, y del austral contrario polo
La retirada estrella peregrina.

Poderoso obrador de lo que él solo
Entiende : de sus obras y grandeza
Comenzó el hombre el cuento, mas dejólo.

Pondrásme delante, y mi rudeza
No le conocerá, subirá el vuelo,
Y no lo entenderé, tal es su alteza.

Pues si de algo asiere, ¿quien del suelo
Le quitará la presa? ¿cual osado
Razon demandará al que tuerce el cielo?

No enfrena con temor su pecho airado :
Que del mundo lo alto y lo crecido
Debajo de sus piés tiene humillado.

¿Pues cuando ó como yo seré atrevido
De razonar con él? ¿para su audiencia
Que estilo hallaré tan escogido?

Que ni sabré tornar por mi inocencia,
Por mas que limpio sea; mas tremiendo
Le rogaré que juzgue con clemencia.

Y puede acontecer tambien, que habiendo
Llamadole responda, y yo no crea
Ni sepa que á mi voz dió entrada oyendo.

El como torbellino me rodea,
Y empina y bate al suelo, y presuroso
En añadir dolor en mí se emplea.

No me concede un punto de reposo,
Ni un solo recoger el flaco aliento;
En amargarme solo es abundoso.

Ansí que si va á fuerzas, no entra en cuento
La suya : si á derecho, no hay criado
Que parezca por mí en su acatamiento.

Seré yo por mi boca condenado,
Si hablo en mi defensa : limpio y puro
Seré, y convencerá que soy culpado.

Yo mismo no estaré cierto y seguro
De mi justicia misma : lo mas claro
De mi vida tendré por mas oscuro.

Mas lo que he dicho y digo, es que al avaro,
Al liberal, al malo, al virtuoso
Le rompe de la suerte el hilo caro.

Mas ya que el destruirme le es sabroso,
Acabeme de una, y no haga juego
Del mal de quien jamas le fué enojoso.

Andais mal engañados : hace entrego
Del mundo, si le place, al enemigo
Injusto, que lo pone á sangre y fuego,
Y lo trastorna todo, y no hay testigo
Ni vara que se oponga á su osadía;
Decid, ¿quien se lo dió, sino es quien digo?
Y á mí que no he pecado, el corto dia
Me huye de la vida mas ligero
Que posta, y mas que sombra mi alegría.

No corre así el navío mas velero,
Ni menos así vuela y se apresura
A la presa el milano carnicero.

Ni en el pensar jamas tuve soltura,
Jamás dije entre mí, quiero yo agora
Hurtarme al sobrecejo, á la cordura.

No me desenvolví siquiera un hora :
Que siempre ante mis ojos figurada
Tu mano truje y fuerza vengadora.

Mas si, como decís, soy malo, nada
Me servirá el rogar : porque si fuese
Justo, no lo seré si á él le agrada.

Si puro mas que nieve enblanqueciese,
Si mas que la limpieza misma todo
En dichos yo y en hechos reluciese;

Ante él pareceré con torpe lodo
Revuelto y sucio, así que mi vestido
Huya de mí con asco en nuevo modo.

¡ Ay ! que no es otro yo, no igual ceñido
De carne, con quien pueda osadamente
Ponerme á pleito, oír y ser oído.

Ni menos hay persona, no hay viviente,
Que medie entre los dos, que nos presida,
Que mida á cada uno justamente.

Ponga su vara aparte, su crecida
Saña no me estremezca : y yo me obligo
A entrar con él en cuenta de mi vida;
Mas así como estoy, no estoy conmigo.

FRAY LUIS DE LEON.

De la nada de la vida y lo deleznable de los placeres.

Y dijo prosiguiendo : El hombre es nada,
 Muy hijo de muger, muy corto en vida,
 Muy lleno de miseria amontonada.

Es flor que apenas nace y ya es cogida,
 Es sombra que camina, y se apresura
 En manera ninguna detenida.

¿Y pones en él mientes de tu altura,
 Y tienes por no indigno de tu alteza
 Trabrar pendencia con tan baja hechura?

¿Quien del cieno sacó jamas limpieza?
 ¿Quien puro y reluciente de enconado?
 Ninguno á quien firmó naturaleza.

Pues si el vivir del hombre es limitado,
 Si término sus dias tienen cierto
 Con fuero por ninguno traspasado ;

No apesgues mas sobre él, que cedo es muerto :
 Afloja que él se acaba, y descoso
 Anhela al fin, cual nave anhela al puerto.

El árbol si es cortado, es poderoso
 A renovarse en ramas y en verdura,
 Mas firme que primero, y mas hermoso.

Y si plantado acaso en tierra dura
 Se seca su raiz, y se envejece,
 Si el tronco muere falto de frescura ;

En regandole al punto reverdece,
 Al olor de la vena derivada,
 Cual fértil planta en tallo y hojas crece.

Mas del varon la vida, si es cortada,
 Cortada quedará, si muere, muere,
 Ni vuelve, ni de sí deja pisada.

En cuanto por secretas minas diere
 La mar á las corrientes cebo, y cuanto
 La lluvia de las nubes descendiere,

El hombre durará en su sueño, y tanto
 Que olvidarán los cielos su carrera,
 Primero que despierte al gozo, al llanto.

¿En fuesa sepultado quien me diera
 Estar, cuanto tu enojo se pasara,
 Y que de mí en pasando acuerdo hubiera?

Por mucho que este plazo se alargara,
Por muchos que nacieran y murieran,
Mi plazo alegremente así esperara.

Cumplido, me llamaras, y te oyeran
Alegres mis oídos y obedientes,
Y que tus obras amas todos vieran.

Mas ora en mis pisadas pones mientes,
En todos mis pecados, y en olvido
Pondrás por aventura lo que sientes.

Cuanto en la edad primera he ofendido,
Debajo de tu sello está guardado,
Y cuanto sobre aquesto he añadido.

El monte firme perderá su estado,
Y el peñasco mas duro de su asiento
Movido caerá desmenuzado.

A la piedra deshace el humor lento,
Y en el vergel de ayer se nada agora;
Mas el morir va fuera deste cuento.

Irrevocable ley que vencedora
A todos los sujetas, y vendados
Envias á la cruda y postrer hora.

Adonde eternamente sepultados,
Ni de sus nietos la dichosa suerte,
Ni los casos sabrán desventurados.

Y corriendo así el hombre á cierta muerte,
En eso poco que en la vida espira;
En la carne padece dolor fuerte,
En el alma amargor, tristeza, é ira.

FRAY LUIS DE LEON.

Que los malos son siempre desdichados en este mundo.

¿Que azote por mayor y mas que sea,
Pondrá sobre tí Dios, que corresponda
A lo que tu voz mala aquí vocea?

¿Quien es el hombre, ó cual su masa hedionda,
Para llamarle limpio? ¿quien nacido
De hembra, que á su origen no responda?

En el coro séráfico escogido
Halló flaqueza, y mal, y amancillados
En sus ojos los cielos son y han sido.

POESIA SAGRADA ÉPICA.

¿Cuanto pues serán mas los desastrados,
 Los corruptibles hombres, los que beben
 Como la agua los males y pecados?

Atiendeme, que quiero que se ceben
 De aquesto que te anuncio tus sentidos,
 Y no temo los sabios lo reprueben.

Que dellos lo aprendiéron mis oídos,
 Y aun ellos de sus padres y mayores,
 Que fuéron del saber antiguos nidos.

Porque eran de sus pueblos los señores,
 En que el saber perfecto conserváron
 Sin mezcla peregrina y sin errores.

Pues dicen lo que viéron y probáron,
 Que el malo siempre tiembla, y los tiranos
 De luz segura y cierta no gozáron.

Resuenan de contino con insanos
 Horrores sus oídos, y al sosiego
 Mas suyo el robador mete las manos.

No espera del oscuro tiempo y ciego,
 De la espantosa noche salir vivo,
 Y junto con la luz vé el fierro luego.

La mesa á que se allega le es motivo
 De espanto miserable, que imagina
 Envuelto en el manjar bocado esquivo.

De ansias por do quiera que camina
 Como Rey de sus huestes rodeado,
 El miedo se le muestra y avicina.

Porque con ciego pecho el brazo osado
 Tendió contra el Señor Omnipotente,
 Y opuso contra él su rico estado.

Descarga Dios sobre él con furia ardiente,
 Y corta la cerviz rolliza y llena,
 Y el peto le traspasa reluciente.

Dióse al regalo muelle y vida amena,
 Creció en viciosa carne y en grosura,
 Con que fortaleció mas su cadena.

Edificó palacios de hermosura
 En lugares desiertos retraídos,
 Criados para montes y espesura.

Mas ni sus muchos bienes mal cogidos,
 Ni á colmo llegará su gran riqueza,
 En breve dia en humo convertidos.

O quemado su ramo , ó de aspereza
De cielo enflaquecido en lo sombrío ,
No brotará rompiendo la corteza.

Y va tan adelante en desvarío ,
Que no teme ni el fin de su camino ,
Ni vuelta de fortuna , ni desvío.

Y así los corta el mal que sobrevino
En su mas claro dia no pensado ,
Y sin que llegue á flor su desatino ;

Cual tronco de sus tallos despojado ,
Y como de sus hojas verde oliva ,
En quien con fuerza hiere viento airado.

Que en casa de fingidos no deriva
El cielo, como en yermo, bien ninguno ,
Y la casa del logro es llama viva.

Conciben en el ánimo importuno
Maldades y quebrantos, y á las manos
Les sale traicion sin fruto alguno ,
Y sus designios son engaños vanos.

FRAY LUIS DE LEON.

*Que los males de este mundo no son prueba de la
malicia del que los padece.*

APÉNAS ya respira en mí el aliento ,
Mis dias acortó mi desventura ,
La huesa sola es ya mi bien y asiento.

Y fuera menos grave esto que dura ,
Si destos palabreros la torpeza
No me bañara la alma en amargura.

Contigo, si templaras tu braveza ,
Contigo razonara; y diera luego
Fianza, si la hallara en tal bajeza.

Que como del saber les falta el fuego ,
No alcanzan lo que encubre el mal vestido ,
Y juzgan por la pinta sola el juego.

Adulan al amigo favorito ;
Mas si por caso se revuelve el viento ,
Ni el hijo, aunque perezca, es conocido.

Hacen de mí hablilla, hacen cuento ,
Y porque soy herido me condenan ,
Y tienenme por vil por mi tormento.

Y dicen que mis iras desordenan
Mi lengua, y que fué engaño y sombra vana
Lo que de mi virtud mil bocas suenan.

Y que admirado el bueno soberana
Mente da gloria á Dios del caso mio,
Y dice: Al fin el malo aquesto gana.

Y que se abraza el bien, y con mas brio
Alarga el paso el justo en su carrera,
Y se mejora con mi desvarío.

Buscad otra razon mas verdadera,
Armad otra maraña, que yo espero,
Seréis los que habeis sido en la primera.

¿Mas que contiendas nuevas pido y quiero?
Ni tengo fuerzas ya, ni ser, ni vida,
Aun del pensar me priva el dolor fiero.

Y del contino llanto enflaquecida
La fuerza, en las tinieblas hondas velo,
Y es para mí la noche luz nacida.

Y de la huesa triste el frio suelo,
Por mucho que me esfuerce, ya me espera,
Allí será mi estrado y mi consuelo.

Al gusano tendré por verdadera
Madre, y por mi linage y parentela
La hediondez y corrupcion postrera.

¿Que puedo ya esperar, pues ya la tela
De mi vivir y bien está cortada,
Y en mi daño lo malo y duro vela?

La sepultura espero arrinconada,
Su lóbrego secreto y tenebroso,
Y aun dudo si mi suerte allí cerrada,
Y vuelta en polvo, alcanzará reposo.

FRAY LUIS DE LEON.

*Pruebas de que los males los da Dios siempre en castigo
del pecado.*

BILDAD el de Suhi mal satisfecho
De lo que de ámbas partes se decia,
Tornó segunda vez á abrir el pecho.
¿Que fin ha de tener tu parlería?

Entiende bien primero nuestro intento,
Y, dice, caerás de tu porfía.

¿En qué ley cabe de comedimiento,
Nos trates como á tontos, sin primero
Abrir á nuestra voz tu entendimiento?

Destruyete el corage: saber quiero
¿Si el mundo trocará su estilo usado,
O si por tí tendrédmos nuevo fuero?

Es ley que no se muda, que al malvado
Su luz de todo punto se oscurezca,
Segun que la esperiencia lo ha mostrado:

Y en su misma morada el bien perezca,
Su dicha se le acabe, y dentro el pecho
Ansia y mortal congoja siempre crezca.

Sus pasos hallan el camino estrecho,
Y su poder antiguo se enflaquece,
Y él mismo por sí mismo cae deshecho.

Y cuanto en forcejar se desvanece,
Con su porfía loca mas se enreda,
Que Dios á su mal paso red le ofrece.

Y como el pié enlazado en la red queda,
El cazador acude diligente,
Sin que escaparse de sus lazos pueda.

Aqueste bien que sigue es quien le miente,
Debajo de él el lazo está escondido,
Y andando por la cuerda no la siente.

Y al paso que en la red se vé caido,
Se llena el pecho de terrible espanto,
Que allí sus mismos pasos le han metido.

Ocupará sus hijos el quebranto,
La fuerza de su diestra, á su querida
Muger la aguarda la tristeza y llanto.

Enfermedad á muerte parecida
Sus miembros gastará, será arrancado,
El mas estable apoyo de su vida.

Al miedo y á la muerte ya entregado,
Vendrá á ser su enemigo el heredero,
Con que todo su haber quede asolado.

Y ya sin esperanza todo entero,
Los ramos con el tronco juntamente,
Se acabará por modo lastimero.

Y mas de la memoria de la gente

Su fama se caerá, ni será puesto
Su nombre en plaza pública eminente.

Vendrá su nombre á sepultarse presto
En noche del olvido, y su memoria
Desterrarán del mundo con denuesto.

No habrá con hijos ni con nietos gloria,
Ni quedará de su linage alguno,
Ni de su descendencia larga historia.

Y cuando muera, á todos de consuno
Los mozos y los viejos que lo viéron,
El pasmo y el temblor será importuno.

Este es el fin de los que no sirviéron
A Dios de corazon; y la morada
De los que como brutos vida hiciéron,
Con este triste fin es derrocada.

FRAY LUIS DE LEON.

*Descripcion de lo que padecia Job, y esperanza suya
de verse libre de sus desdichas.*

DE tan luengo escuchar atormentado
Responde Job, y dice: ¿Hasta cuando
Seré de vuestros dichos fatigado?

Ya sobre nueve veces baldonando
Perseverais mi mal, y cada hora
Os vais mas contra mí desvergonzando.

Pues digo lo que he dicho hasta agora:
Erré, pues quiero errar, y de continuo
Aqueste error conmigo vive, y mora.

Por mas que me digais que desatino,
Por mas que porfíeis soberbiamente,
Que soy de cuanto mal padezco dino;

Digo, porque entendaís mas claramente,
Que á ser juicio aqueste, el soberano
Juez procedería no igualmente.

Estoy por la siniestra y diestra mano
Sitiado en derredor, y si voceo
Llamando á quien me ayude, llamo en vano.

Bramo por ser oído, mas no veo
Manera de juicio, ni acusado
Ni defendido soy, cual suele el reo.

Veo que Dios los pasos me ha tomado,
Cortadome la senda, y con oscura
Tiniebla mis caminos ha cerrado.

Quitó de mi cabeza la hermosura
Del rico resplandor con que iba al cielo,
Desnudo me dejó con mano dura.

Cortóme al derredor y vine al suelo,
Cual árbol derrocado, mi esperanza
El viento la llevó con presto vuelo.

Mostró de su furor la gran pujanza
Airado, y triste yo como si fuera
Contrario, así de sí me aparta y lanza.

Corrió como en tropel su escuadra fiera,
Y vino y puso cerco á mi morada,
Y abrió por medio della gran carrera.

Hizo de mi dolor muy alejada
La ayuda de mis deudos, mis amigos
Huyéron, la amistad y fé olvidada.

Y los vecinos de mi mal testigos
Huyéron: ¡ay! y cuantos me trataban,
Me son como si fuesen enemigos.

De mis puertas adentro los que estaban
Mis siervos, como ageno me estrañáron,
Como si huésped fuera me miraban.

Estos labios que veis, ya voceáron
Al siervo que me huye mas que el viento,
Y con palabras blandas le rogáron.

Y mi propia muger huyó mi aliento
Con asco y mis abrazos, y rogada
No quiso en su regazo darme asiento.

¿Que mas? hasta la gente despreciada
Me befan, y si dellos me desvíó,
Hacen risa de mí cruel, malvada.

Los que ántes eran del secreto mio,
Abominan de mí, estos preciados
Amigos me maltratan con desvíó.

Mis huesos al pellejo estan pegados,
Y ya de consumidos brotan fuera
Los dientes sobre el cuero señalados.

Merced habed de mí, merced, siquiera
Vosotros mis amigos, que la mano
Del Alto me tocó pesada y fiera.

Contenteos que no tengo hueso sano,
Sin que me acrecentéis mayor tormento,
No hartos de mi mal crudo inhumano.

¡O! quien me concediese, que este cuento
Quedase por escrito figurado
En libro que durase siglos ciento;

O con buril de acero señalado
En plancha, ó para ser mas duradero,
En pedernal durísimo formado!

Si bramo, no por eso desespero,
Bien sé que hay Redentor para mi vida,
Que el suelo hollará el día postrero.

Por quien despues de rota y consumida
Mi carne, reformada y mas dichosa
Verá del Juez alto la venida.

Yo mismo le veré, su luz hermosa
Verán mis ojos sin estorbo alguno:
Esta esperanza firme en mí reposa.

Digolo, porque todos de consuno
Decis, demos en él, que de acosado
Dará de su maldad indicio no uno.

Temed por Dios, temed el acerado
Cuchillo, aquel cuchillo que apacienta
Sus filos en las carnes del malvado,
Sabiendo que de todo ha de haber cuenta.

FRAY LUIS DE LEON.

Descripcion del castigo de los malos.

CALLABASE ya Job; mas el Nemanio
Sofar de enojo lleno y de despecho,
Volviendo contra sí la diestra mano,
¿Para eso, dice, tengo yo en mi pecho
Saber, para este fin dentro en mí mora
Razon que me reduce á lo derecho?

Que si disimulando paso agora,
Afrenta me será cuanto he velado,
Y viento cuanto el pecho en sí atesora.

Dime, ¿por aventura has olvidado,
Que desde que la tierra tiene asiento,
Desde que en ella el hombre es sustentado,

El canto del malvado es un momento,
Al gozo del hipócrita fingido
En un abrir del ojo lleva el viento?

Si levantara al cielo el cuello erguido,
Si tocara á las nubes en alteza,
En rico trono altísimo subido;

Como basura vil con gran presteza
Del todo acabará : los que le viéron
Dirán, ¿que es dél? ¿que se hizo su grandeza?

Cual sueño volador, que no pudiéron
Prenderle, desaparece, y mas ligero
Que las nocturnas sombras nunca fuéron.

Los ojos que le vian de primero,
No le verán jamas, ni su morada,
Ni el mármol peregrino, ni el madero.

Sus hijos en pobreza avergonzada
Mendigos andarán, y de sus manos
Sustentarán la vida lacerada.

Pues ocupó sus fuerzas en livianos
Hechos de mocedad, tenga por cierto
Que irán con él al polvo, á los gusanos.

Supole bien el mal, el desconcierto
Al gusto lo aplicó, y sin dejar nada,
Le dió por la garganta paso abierto.

Dañósele al estómago llegada
La mal dulce comida, en ponzoñoso
Tósigo por las venas transformada.

Cuanto tragó sin orden codicioso,
Lanzó con mortal basca, y de su seno
Lo saca Dios con brazo poderoso.

Huyendo del vivir, tendrá por bueno
Que el áspide le beba sangre y vida,
O lance en él la víbora el veneno.

No quiso la vivienda enriquecida
De bienes inocentes del aldea,
De miel y de manteca bastecida.

Quiso que ageno mal su censo sea;
Mas no gozará dél, ni de alegría,
Si rica con mil cambios la arca vea.

Pues contra el pobre el brazo convertia,
Aunque pueda usurpar la agena casa,
Jamás podrá fundar su tiranía.

Pues que no conoció su hambre tasa,
Verá puesto en deseo y en bajeza,
Que toda agena mano le es escasa.

Cruel no consintió que á la pobreza
Sobrase de su mesa algun reparo,
Por donde será humo su riqueza.

Cuando tuviere lleno el vientre avaro,
Reventará de harto, y cien dolores
Harán que el mal bocado le sea caro.

Y Dios descargará mil pasadores,
Vaciano en él la aljaba, y encendido
Con ira lloverá sobre él temores.

Del hierro huirá triste afligido,
Dará sobre el acero, de un liviano
Peligro dará en otro mas crecido.

Con la espada desnuda en alta mano,
Con el amargo fierro relumbrante
Le seguirá terrible el Soberano.

Tendrá por gran riqueza el mal andante
La mas cerrada cueva y mas oscura,
Por declinar los filos del tajante

Cuchillo: y para mas dolor y desventura
En triste soledad será abrasado
En fuego que sin soplo vive y dura.

El suelo con el cielo concertado,
Aqueste de sus vicios hará cuento,
Aquel se le opondrá rebelde airado.

Y Dios destruirá desde el cimiento
Su casa, esparcirá toda su gloria
Con ira, cual al polvo esparce el viento.

Aquesta de los malos es la historia,
Su grangería es esta, sus provechos
Ansí los paga Dios, esta memoria
Envian por los siglos de sus hechos.

FRAY LUIS DE LEON.

Que los juicios de Dios siempre son justos.

Mostrandose por horas mas turbado,
Y calentando el pecho la porfia,
El hijo de Barzel así ha hablado.

¿Parecete, dí, Job, que permitia
Juicio, que tu seso á Dios dijese :
Tu justicia es menor, mayor la mia?

Que si este mal en tí no se escondiese,
No dijeras : ¿Que gano de ser bueno,
Que, si como la nieve me volviese?

Oye pues de mi voz agora el trueno,
Que á tí probaré yo y á quien te ayuda,
Que tú eres el que ganas en lo bueno.

Levanta, y mira el cielo que se muda,
Y sube mas arriba al estrellado,
Del suelo alejadísimo sin duda.

Mas lejos está Dios de ser dañado
De los pecados tuyos. Si hicieres
Un monte de maldad, ¿que le has quitado?

Y por contrario modo, si lucieres
Purísimo, ¿que das al Rey del cielo?
¿Será él mas rico, tú si justo fueres?

A tí y al que cual tú mantiene el suelo,
El camino torcido, ó el derecho
Conduce á triste fin, ó á gran consuelo.

Dirás : Pues si Dios juzga por derecho,
¿Por que tan grande copia de oprimidos
Gritando rompen cada día el pecho?

¿Por que? porque no llevan sus gemidos
A Dios que los formó, y que en la oscura
Noche despierta al canto sus sentidos,

Y que los alumbró con luz mas pura
Que á los brutos terrestres animales,
Que á las aves que vuelan por la altura.

Ansí que no oye Dios á aquestos tales
Librandolos, por mas que ansí voccen,
Del soberbio poder de otros mortales.

Mas es falso decir, que no proveen
Las manos del Señor, ó que su oido
Es sordo, ó que sus ojos no nos veen.

Antes cuando estuviere mas dormido,
A lo que te parece, ten por cierto
Que juzga, y sustentate en gemido.

Y aun ora si en tí hubiera algun concierto,
Debrias confesar, que no usa de ira,
Que el castigo es menor que el desconcierto.

Mas todo es vanidad, todo es mentira,
 Cuanto ha sabido hablar este cuitado :
 Y ha como hombre tonto, ó que delira,
 Palabras mil sin seso amontonado.

FRAY LUIS DE LEON.

*Que Dios no puede menos de premiar á los buenos y
 castigar á los malos.*

Y nuevos argumentos añadiendo,
 Por dar mayor firmeza á lo pasado,
 Abrió Eliud la boca así diciendo :
 Esperame y atiende, que no he dado
 A mis palabras fin, que todavía
 Por Dios razones nuevas han quedado.

De lueñe mi discurso toma, y guia
 Agora la razon, agora quiero
 Defienda á su hacedor la lengua mia.

Firmísimo discurso y verdadero :
 Que quien agora habla, Job, contigo
 En perfeccion de ciencia es el primero.

Todo ama su igual, todo es amigo
 De lo que le semeja : Dios es bueno,
 Es sabio, es poderoso, tú él testigo.

Luego no da favor, no admite al senio
 Al malo : luego al bueno y afligido
 Siempre da su derecho entero y lleno.

No aparta dél los ojos ni el oido,
 Y por sus grados ciertos le levanta
 Al trono por los Reyes poseido.

Mas si dices que á veces los quebranta,
 Los sujeta á durísima cadena,
 Los ciñe y cerca con miseria tanta ;

Es para que conozcan por la pena
 Algunas faltas tuyas que crecían,
 De que aun la vida justa es siempre llena.

Para que oigan lo que oir debían,
 Los oidos les tuerce, y los advierte
 Del camino perdido que seguían.

Si oye, y obedece, y se convierte,
 En paz fenecerá su luenga vida,
 Y la dulzura en él sus bienes vierte.

Mas si sordo durare en la torcida
Manera de vivir, espere espada,
Espere olvido y suerte dolorida.

Que es propio de la gente muy malvada,
Cuando encienden á Dios el pecho en ira,
Callar aunque se vea aprisionada.

Por donde á estos Dios su aliento tira,
En los floridos años consumidos,
En deleites bañados en mentira.

No así con sus humildes y rendidos,
Que les será salud, y entre sus males
Les hablará consuelo á los oídos.

Y á tí, si tus sentidos fueren tales,
Te saca de este estrecho á grande anchura,
Mas dulce que son dulces los pañales.

Tu pleito que hasta agora á pena dura,
Así como á malvado, te condena,
Convertirá en sentencia de soltura.

Ni cuando sobre tí fulmina y truena,
Te dejes descaer, ni con regalo
El paso tuerzas, ni con luz serena.

Que si perseverares en lo malo,
Ni oro, ni clamor, ni fuerza ó arte
Te librárá del afrentoso palo.

No duermas, confiando será parte
El pueblo bullicioso conjurado,
Ni muchos pueblos juntos á librarle.

¡Ay! guarda, no prosigas el errado
Camino de maldad que comenzaste
Al punto que te viste castigado.

¡Mas, ó Señor, cuan alto te encumbraste
En saber, en poder, en fortaleza,
En cuanto hiciste, y cuanto sentenciaste!

¿Que ingenio tan subido, que agudeza
O pudo penetrar tu seso, ó pudo
Argüir tu justicia de flaqueza?

No seas pues tú, Job, tan torpe y rudo
Que olvides este bien que el mundo admira,
Que calles lo que á voces dice el mudo.

Que todo lo que vive aquí y respira,
Contempla esta labor maravillosa
El que de lueñe, el que de cerca mira.

Mayor es Dios, mayor que cuanto osa
 Tu seso presumir, su luenga vida
 Ni número la encierra, ni otra cosa.

Seca la nube, y ponela en huida,
 O si quiere, la envia sobre el suelo
 En largos hilos de agua convertida.

Tiende su pabellon por todo el cielo,
 De donde menudísimo gotea,
 Y cubre monte y llano escuro velo.

De allí temerosísimo vocea,
 Y envia resplandor que corre y vuela,
 Por cuanto la mar húmida rodea.

Tiene la disciplina allí y la escuela
 Del mísero mortal, y juntamente
 De allí con mano llena le consuela.

El rayo de la luz resplandeciente
 Absconde en tristes nubes, y si quiere,
 En ellas reverbera reluciente:

Y ántes que el nublado al sol cubriere,
 La vaca por el mismo amaestrada
 Lo avisa al labrador, que lo advirtiere
 En alto la nariz abierta alzada.

FRAY LUIS DE LEON.

Sabiduría de Dios en las obras de la naturaleza.

Y sobre todo en esto se estremece
 Mi corazon turbado, y mi sentido
 Sacado de sus quicios desfallece:

Que de improviso el uno y otro oído
 Os hinche con su voz de espanto llena,
 Con trueno de su boca producido.

Primero resplandece, y despues truena:
 Primero sobre cuanto cubre el cielo,
 Descubre de su luz tendida vena;

Y brama luego al punto, y tiembla el suelo,
 Y suena delante de su grandeza,
 Que pasa con ligero y presto vuelo.

Rasga tronando el aire con braveza
 Con nueva maravilla, poderoso
 De lo que sobrepuja toda alteza.

Manda que esten las nubes de reposo
Por montes y por llanos, que descienda
El humor de las lluvias copioso.

Las manos sella el frío, y pone rienda
El riguroso hielo derramado,
Para que en su labor el hombre entienda.

Huyen las alimañas al cerrado
Abrigo de sus cuevas, y allí puestas,
Pasan morando todo el tiempo helado.

De las partes del ábrego repuestas
Vienen las tempestades, viene el frío,
Del que limpia de nubes llano y cuevas.

El sopla, y con su soplo enfrena el río,
Y pierde el agua puesta en duro estrecho,
De su vago correr el desvarío.

Y á veces con sereno cierzo ha hecho
Venir la nube llena de agua fría,
Que embriaga los campos con provecho.

Por todo á la redonda el paso guía,
Por consejo de quien es gobernada,
Y hace su querer de noche y día.

Con ella anega la nacion malvada,
Con ella fructifica valle y sierra,
Y de la pobre gente se apiada.

Aparta agora, Job, de tí y destierra
La saña, y mira bien y atentamente
Las maravillas que en sí Dios encierra.

¿Sabrás por dicha tú puntualmente
La causa por que Dios manda al nublado,
Que cubra, ó que descubra el sol luciente?

¿Sabrás quien le estendió, y quien colgado
Le tiene en cierto peso, maravilla
Del que en todo es perfecto y acabado?

¿Por que la vestidura mas sencilla,
Si sabes, dí, caliente, cuando espira
El que refresca la Africana orilla?

Al cielo, Job, los ojos alza, y mira,
Y dí, ¿si tú por caso le forjaste,
Vaciado como espejo en que se mira?

Enseñame que diga, tú que hallaste
La lumbre: que yo puesto en noche oscura
Ni tengo lengua, ni saber que haste.

¿Mas que razon podrá de criatura
Decirlo? ¿ó quien tan sabio é ingenioso,
Que puesto no se pierda en tanta hondura?

Ya pone escuro el aire nebuloso,
Ya con un blando soplo desterrada
La nube, resplandee el sol hermoso.

El norte nos envía luz dorada,
Y Dios por todas partes nos convida
A reverencia con loor mezclada.

Que es grande su poder, no conocida
La suma de sus ricos bienes, santo,
Justo, gran amador de justá vida.

No subirá en valor ninguno tanto,
Que no le tema y tiemble, ni habrá alguno,
Que hinque en él los ojos sin espanto,
Aunque mas sabio sea que ninguno.

FRAY LUIS DE LEON.

*Providencia de Dios manifestada en el mantenimiento
de los animales.*

Y dijo: ¿Proveerás tú por ventura
De caza á la leona que ha parido,
O á la hambre de sus hijos dura?

¿Cuando encorvados dentro su escondido,
Acechan por la presa deseada,
Por el manjar y pasto prometido?

¿Al pollo de la cuerva descordada,
Que grita por comer y me vocea,
Me digas, su racion por quien le es dada?

De la montesa cabra en la risca
Montaña, ó de la cierva temerosa
El parto y la preñez, me dí, ¿cual sea?

Encorvase gimiendo dolorosa,
Por dar á luz el parto quebrantado,
El dolor, el gemido no reposa.

En breve el cervatillo reparado,
Al pasto por los montes se desvía,
Del pecho de la madre ya olvidado.

¿Al asno, dí, salvage quien le guia?

¿Quien le soltó las riendas? ¿quien le lleva
Libre por las montañas noche y día?

Al cual las soledades dí por cueva,
Por morada los yermos salitrales,
Que azada no tocó, ni rompió esteva.

Desprecia de los míseros mortales
El trato, y del duro alcabalero
Las voces no conoce desiguales.

Contempla de las cumbres del otero
Los campos de su pasto, y do florece
En verde yerba el suelo, va ligero.

De la abada me dí, ¿si te parece,
Que te querrá servir, y hacer manida
Contigo, cuando al aire se escurece?

¿Por dicha para el sulco al yugo asida,
Della te servirás osado, haciendo
Que tus tierras cultive así traída?

¿O por caso su grande fuerza viendo,
La fías tu cosecha y sementera,
A ella todo el cargo cometiendo?

Dime, ¿si fiarás que trille la era,
Que todo lo sembrado y producido
Lo recoja y encierre en tu panera?

El avestruz que en ala y cuello erguido
En pluma galanísima, ó es ave,
O puede bien por ave ser tenido,

Cuando en la arena, al sol sin puerta y llave
Deja sus huevos, dí, ¿quien los abriga?
¿Tú eres, ó yo soy el que lo sabe?

La madre no los cubre, ni se obliga,
Que el pié no los esparza ni patee,
Ni acuerdo tiene dellos ni fatiga.

Endurecese cruda, y nunca vec
Sus hijos, mas no suyos, pues los deja,
Sin que el temor la aparte, ni la ojea.

Della el acuerdo y el saber se aleja,
No le cupo mayor entendimiento,
Por su parte no cura, ni se aqueja.

Mas cuando ensalza la ala en movimiento,
Al caballo traspasa y caballero,
Ligera en la carrera como el viento.

¿Eres tú por ventura el que al guerrero

Caballo proveyó de valentía,
Quien de relincho le ciñó el gargüero?
¿O que con fuerza salte y gallardía,
O que hufe, le das, y ponga miedo
De su nariz el brio y lozanía?

Cava la uña el suelo, y con denüedo
Va para el enemigo, y acomete,
Ni freno le contiene ni voz quedo.

No conoce temor, ni espada mete
Espanto en sus entrañas, ni ruido
De golpes poderosos sobre almete,

Ni encima dél la aljaba y su sonido,
Ni la temida lanza blandiendo,
Ni el acerado escudo combatido.

Herviente y furibundo deseando
El son de la trompeta, sorbe el suelo,
No cree que llegará jamas el cuando.

Al punto que la oye alza el vuelo,
Y dice, *ha la ha*, porque adivina
Encuentros, golpes, voces, su consuelo.

Y dime, ¿si á la muda se avecina
El gavilan por tí? ¿si bate y tiende
Las alas renovadas, y se empina?

¿O eres tú por quien en alto estiende
El águila su vuelo, y hace nido,
Adonde con la altura se defiende

En apartadas breñas, en subido
Peñasco, en pico altísimo tajado,
En riscó que no puede ser vencido?

De allí la cara presa ha contemplado,
Que de muy lejos vé lo que conviene
Para el sustento de su nido amado.

Con sangre de la caza le mantiene,
Que huele sangre el pollo, y donde quiera
Que siente cuerpo muerto, presta viene.

Ansí le hablará Dios la vez primera,
Y viendole que nada respondia,
Tornóle á preguntar desta manera :

¿Pues tienes ya por seso y valentía,
Connigo pleitear? ¿ansí ha cesado,
Ansí calla quien tanto prometia?

Soy polvo, dijo entónces, desechado,

Pongo en la boca el dedo, y solo digo
Una vez y dos veces, que no es dado
A mí ni á nadie barajar contigo.

FRAY LUIS DE LEON.

Fuerza de algunas fieras criadas por Dios.

¿Mas quien es tan osado, que á tal mostro
Despierte á pelear? ¿Pues y conmigo
Quien osará ponerse rostro á rostro?

¿Ganóme por la mano alguno, digo,
Cuando perfeccioné las criaturas?
Todas son mías, y ellas son testigo.

Mas no quiero callar, ni las figuras,
Ni los valientes miembros desta fiera,
Ni sus facciones, ni sus composturas.

¿La tela que la cubre por defuera
Quien la alza? ¿quien con duro y doble freno
Le osa encabestrar la boca fiera?

¿Las puertas, por do se entra al hondo seno
De su espantable boca, quien las vido,
Y el cerco de sus dientes de horror lleno?

Las conchas de su cuero endurecido
Fortísimos escudos acerados,
Que el uno con el otro está cosido.

Los unos con los otros tan sellados,
Que no descubren chica ó grande entrada,
Ni para ser del aire penetrados.

Ansí son sus escamas, tan llegada
Cada una á su vecina y tan asida,
Que no podrá jamas ser apartada.

Llama sus estornudos encendida,
Los ojos rasgadísimos parecen
Arreboles del sol en su salida.

Por la boca despide, y resplandecen
Centellas poderosas hechas fuego,
Que en alto suben y se desaparecen.

De la nariz le sale espeso y ciego
Humo, como de olla rodeada
De llama hervorosa y sin sosiego.

Al ardor de su aliento la mojada
Leña se abrasará, que es rayo ardiente
Cuanto le sale por la boca airada.

Es el reposo su cerviz valiente
De todo lo robusto y fuerte, y lleva
El destrozo ante sí continuamente.

Es maciza su carne y hecha á prueba,
Sus partes muy unidas y trabadas,
No hay brazo fuerte que apartarlas pueda.

No hay piedras ni tan duras ni apretadas,
Cual es su corazon, decir te puedo,
Ser mas duro que yunques golpeadas.

Si alza la cabeza, no hay desnudo
Que baste, que á los hombres esforzados
Desata el vientre y corazon su miedo.

De brazos poderosos arrojados
Ni dardos le traspasan ni armadura,
Ni en sabia fragua estoques bien templados.

Del hierro no se guarda, ni se cura,
Mas que de flacas pajas, y el acero
Es palo frágil á su carne dura.

No huye ni de flechas ni flechero,
Ni de la fuerte piedra rodeada
Con estallido de honda y brazo entero.

La hacha de armas della es reputada.
Como si fuese astilla, y se escarnece
De lanza con cuchilla aguda armada.

Del sol los rayos cubre y escurece,
Y se recuesta como en blando lecho
Sobre puntas agudas, si se ofrece.

Hace que hierva, cuando opone el pecho,
Cual olla el hondo mar, y cual caldera
Adonde los aceites junta han hecho.

Deja por donde pasa gran carrera,
Y hace parecer de canas llenos
Los espumosos mares por defuera.

No vive, ni en la tierra, ni en los senos
Hondísimos del mar tal terribleza,
De quien todos los miedos son agenos.

La mas sublime y la mayor alteza
Con desprecio soberbio burla y mira,
Que el cetro de su reino y su grandeza
Es sobre cuanto altivo aquí respira.

FRAY LUIS DE LEON.

Magnificencia de Dios en sus obras.

Aquí calláron todos ; mas queriendo

Dar fin con la verdad á las porfías ,

De entre las nubes Dios sonó diciendo :

¿ Quien es este , que hablando demasías

Su buena causa encubre , y escurece

El consejo de mis sabidurías ?

Ya lo que deseabas se te ofrece ,

Sus , ciñete , varon , y dime agora ,

A lo que digo , lo que te parece .

¿ Adonde estabas , dime , al punto y hora

Que á plomo cimentaba yo la tierra ?

Declara aquí la ciencia que en tí mora .

¿ Quien hizo por medida llano y sierra ?

¿ Quien levantó nivel , colgó plomada

En todo lo que el ancho suelo encierra ?

¿ Que apoyos , dime , tiene ? ¿ en que fundada

Está su redondez ? ¿ por cuya mano

La piedra de la clave fué asentada ?

Las lumbres celestiales á una mano

Loores me cantaban , y el senado

Angélico con gozo soberano .

¿ Quien , dí , con puerta y llave , quien cerrado

Detuvo el mar , al punto que nacia

De golpe y con tropel soberbio hinchado ,

Cuando como con manto le cubria

De nubes , y con niebla espesa oscura

Como con faja á niño le envolvía ?

Y ley le establecí que siempre dura ,

Y pusele firmísimos candados ,

Y puertas con eterna cerradura .

Y ven , dije , hasta aquí , los situados

Límites no traspases , aquí sean

Los brios de tus olas quebrantados .

Y dí por aventura , ¿ si se emplean

Tus dias en los carros de la aurora ,

Guiandolos al puesto que pasean ?

Para que su luz bella alumbre , agora

Aquesta zona vuestra , agora aquella ,

Y la gente destierre malhechora :

Y mude como cera en que se sella,
El traje de la tierra y su figura,
Seca, verde, florida, yerma, bella :

Conforme es de los malos la ventura
Instable, que si lucen prosperados,
Paran en noche eterna y desventura.

Y dime, ¿si por dicha penetrados
Han sido ya de tí los hondos mares,
Los abismos secretos apartados?

¿Abrióse á tí la puerta en los lugares,
A do vive la muerte dolorosa,
La casa de tinieblas y pesares?

¿Sabes por aventura la espaciosa
Y grande redondez; y sus anchuras,
Y la propia razon de cada cosa?

Pues dime, si lo alcanzas, ¿en que alturas
La luz manida tiene? ¿ó en que cuevas
Móran las horas de la noche oscuras?

¿Podrás por aventura darme nuevas,
De como á su morada luz conduces,
Y guias por las sendas della y llevas?

O dime, si supiste, ¿á cuantas luces
Habias de venir aquesa vida,
Tus años muchos, y tus graves cruces?

Y dime, ¿donde tengo recogida
La nieve y sus tesoros? ¿donde tengo
Multitud de pedrisco apercebida?

Para el amargo dia, cuando vengo
Con el contrario ejército á las manos,
Y á mi furor la rienda no detengo.

Y dime los caminos soberanos,
Por do la luz se esparce, por do vienen
Los soplos calurosos y mal sanos.

¿Quien abre las acequias, que contienen
Las lluvias con relámpagos mezcladas,
Con truenos que los hombres enagenen?

¿Por donde sus corrientes son guiadas
A partes que los hombres nunca viéron,
A selvas y á regiones no holladas?

Con que su sed los yermos despidiéron,
Y hartos de agua fértil y floridos,
De flores y de yerba se vistiéron.

Dí el padre de las lluvias y ruidos
De las sabrosas gotas rociadas,
Al apuntar del día en los egidos.
¿De que vientre, dí, nacen las heladas?
¿Quien engendró la escarcha? ¿quien el hielo,
Quien las nieves blanquísimas sentadas?
Convierte en piedra dura el puro cielo
Las aguas, y las traba y las detiene
Y cubre con ageno trage y velo.
¿Tu nudo por ventura en órden tiene
Las luces de Chimah, al Chesileo
Desatas, si te place ó te conviene?
Por tu mano é industria, á lo que veó,
Formáron sus figuras los luceros,
Agora en modo hermoso, agora en feo.
¿Sabes del cielo los eternos fueros?
¿O por ventura imprimes tú en la tierra
El ser de aquellos cuerpos verdaderos?
¿O cubres tú con niebla campo y sierra?
¿O porque oyó tu voz y tu mandado,
Con nieve espesa el agua el aire cierra?
¿Por tí por dicha el rayo es enviado,
Y dicete dispuesto y obediente,
Tú manda, que á mí toca el ser mandado?
¿Quien puso en las entrañas de un viviente,
De un hombre terrenal sabiduría,
Y en el gallo un instinto tan prudente?
¿Quien cantará como él de noche y día
Las horas celestiales, sus momentos?
¿Quien contra el sueño alerta así porfía?
Desde que de la tierra los cimientos
Sobre el profundo centro se fundáron,
Desde que los primeros polvos lentos
En terrones sin cuento se apiñáron.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Entrada de Cristo en el Infierno.

TEMBLARON los umbrales y las puertas,
Donde la Magestad negra y oscura
Las frias desangradas sombras muertas
Oprime en ley desesperada y dura :

Las tres gargantas, al ladrido abiertas,
Viendo la nueva luz divina y pura,
Enmudeció Cerbero, y de repente
Hondos suspiros dió la negra gente.

En el primer umbral con ceño airada
La Guerra estaba en armas escondida,
La flaca Enfermedad desamparada
Con la Pobreza vil desconocida:
La Hambre perezosa desmayada,
La Vejez corva, cana é impedida:
El Temor amarillo, y los esquivos
Cuidados veladores, vengativos.

Asiste con el rostro ensangrentado
La Discordia furiosa, y el Olvido
Ingrato y necio: el Sueño descuidado
Yace á la Muerte helada parecido:
El Llanto con el luto desgñado:
El Engaño traidor apetecido:
La Envidia carcomida de su intento,
Que del bien por su mal hace alimento.

Mal persuadida y torpe consejera
La Inobediencia trágica y culpada
Conduce á la señal de su bandera
Gente en su presuncion desesperada:
La Soberbia rebelde y comunera,
De sí propia se teme despeñada,
Pues cuanto crece mas su orgullo fiero,
Se previene mayor despeñadero.

El pálido esqueleto, que bañado
De amarillez, como de horror teñido,
En rostro de sentidos despoblado
En cóncavas tinieblas dividido:
La guadaña sin filos del pecado,
Lo inexorable del blason vencido:
Fiera y horrenda en la primera puerta
La formidable Muerte estaba muerta.

Las almas en el Limbo sepultadas,
Que por confusos senos discurrían,
Despues que de los cuerpos desatadas,
En las prestadas sombras se escondían:

Las dulces esperanzas promulgadas
Esforzaban de nuevo, y repetían;
Cuando el Angel, que habita fuego y penas,
Ardiendo en los volcanes de sus venas,

Vió de su sangre en púrpura vestido,
De honrosos vituperios coronado,
Venir al Redentor esclarecido,
Que fué en la Cruz para vencer clavado:
Viólo venir; y ciego y afligido,
Al arma, dijo, al arma, y demudado
De sí, viendose, vió gran desventura!
Quien cuando quiso Dios tuvo hermosura.

Dadme, ¡mas que aprovecha! dadme fuego:
Cerrad la eterna puerta; ¿quien me escucha?
¿No me entendéis? estoy perdido y ciego;
El mismo viene que os venció en la lucha:
Al arma, guerra, guerra, luego, luego.
Su fuerza es grande, y su grandeza mueha:
El mismo viene que os venció en la tierra,
Y en los infiernos hace nueva guerra.

Solo viene quien es tres veces Santo:
Si no hay mas que perder, ¿de que es el miedo?
Solo viene; mas solo puede tanto,
Que en tantos acobarda lo que puedo:
La desesperacion no admite espanto.

¿Adonde estan, adonde aquellos brios
Que diéron t... á nuestro intento?
¿En donde ... brazos, y los mios,
Que el ant ... ni veo ni siento?
Cuando lo: ... re alegres señoríos
Perder pudi..., hubo atrevimiento;
Y agora embota el miedo nuestra espada,
Cuando no se aventura el perder nada.

¿Para que nos preciamos de la gloria
De hijos del Olimpo generosos?
¿Para que conservamos la memoria
De los principios nuestros valerosos,
Si al pretender defensa, en la vitoria
Estamos tan cobardes y medrosos?
Nadie es hijo del tiempo en este polo:

Hijos de nuestras obras somos solo.

La espada de Miguel, su grave ceño,
Nos venció en la batalla mas violenta :
Bien las heridas en mi rostro enseño ,
Que sin consuelo son, como sin cuenta.
Echónos de su alcázar, como dueño :
Grande el castigo fué; pero la afrenta
Mayor será, si á nuestra noche pasa,
Y saquear intentare nuestra casa.

Vivirémos cobardes peregrinos,
Náufragos fugitivos, desterrados.
Baste que de los cielos cristalinos
Fuémos, á mi pesar, precipitados;
Sin que intente el horror de estos caminos,
Y el veneno que inunda nuestros vados,
Un..... ibalo á decir; pero ya junto
Muchas memorias tristes en un punto.

Acabó de tronar, y con la mano
Remesando la barba yerta y cana,
Y exhalando la boca del Tirano
Negro volúmen de la niebla insana;
Dejando el trono horrendo é inhumano,
Que ocupa fiero, y pertinaz profana,
Dió licencia á la viva cabellera
Que silbe ronca, y que se erice fiera.

Dejó caer el cetro miserable
En ahumados círculos de fuego;
De lágrimas el curso lamentable
Cocito suspendió : paróse luego
Del alto cetro al golpe formidable :
El triste Flegetonte mudo y ciego :
Ladró Cerbero ronco, y diligentes
De entre su saña desnudó los dientes.

Pocas les parecieron las culebras,
Y los ardientes pinos á las Furias :
Estas vibraron las vivientes hebras,
Y en vano lamentaron sus injurias :
Cuando por ciegos senos y hondas quiebras
Los ciudadanos de las negras curias
Con triste son tras pálidas banderas
Vinieron en escuadras y en hileras.

La desesperacion los agujaba,

Y alto miedo su paso divertia :
Cual de su compañero se espantaba ,
Cual de sí propio temeroso huia :
La Magestad horrenda los miraba :
¡ O escuadron valeroso ! les decia ,
Porque á Dios no temimos , padecemos ,
¿ Y padeciendo agora , le tememos ?
¿ No os acordais del alto , del dorado
Zafir , de quien son ojos las estrellas
En la noche despierto y desvelado ,
Y de las armas del Arcángel bellas ?
¡ O que escudo ! ¡ ó que arnés tan bien grabado
De minas repartidas en centellas !
Pues todo , si vengais nuestros enojos ,
Vuestra vitoria lo verá en despojos .

Guardad los puestos , defended los muros :
La desesperacion vibrará el asta :
Luego cerrojos de diamante duros
A la muralla de inviolable pasta
Pusiéron los espíritus oscuros .
Así se pertrechó la infame casta ,
Guarneciendo los puestos repartidos ,
Y amenazando al cielo con bramidos .

Uno , de ardientes hidras coronado ,
Formaba en sus gargantas ruido horrendo :
Cual de sierpes y víboras armado ,
Las estaba á la guerra previniendo :
Otro , en monte de fuego transformado ,
En las humosas teas viene ardiendo ;
Y cual quita , corriendo á la batalla ,
A Sisifo la peña , por tiralla .

Llegó Cristo , y al punto que le viéron ,
¡ O que grita del pecho desatáron !
Los mas del muro altísimo cayéron ,
Que los rayos de luz los fulmináron .
¡ Que de antiguas memorias revolviéron
Cuando un tiempo la alegre luz miráron !
Y á pesar de blasfema valentía
La eterna noche se llenó de dia .

El miedo les quitaba de las manos
Los pálidos funestos estandartes :
Los pueblos tristes y los Reinos vanos

Resonáron en llanto por mil partes :
Apareciéron claros los tiranos
Muros, y los tremendos baluartes :
Para esconderse pareció al infierno
Poca tiniebla la del caos eterno.

QUEVEDO.

CAPITULO II.

POESÍA LÍRICA.

Magestad y terribleza de Dios.

CON todas las entrañas de mi pecho
Te abrazaré, mi Dios, mi esfuerzo, y vida,
Mi cierta libertad, y mi pertrecho:

 Mi roca, donde tengo mi guarida,
Mi escudo fiel, mi estoque victorioso,
Mi torre bien murada y bastecida.

 De mil loores digno, Dios glorioso,
Siempre que te llamé te tuve al lado,
Opuesto al enemigo, á mí amoroso.

 De lazos de dolor me ví cercado,
Y de espantosas olas combatido,
De mil mortales males rodeado.

 Al cielo voceé triste, afligido:
Oyerame el Señor desde su asiento,
Entrada á mi querella dió en su oído.

 Y luego de la tierra el elemento
Airado estremeció, turbó el sosiego
Eterno de los montes su cimiento.

 Lanzó por las narices humo, y fuego
Por la boca lanzó, turbóse el día,
La llama entre las nubes corrió luego.

 Los cielos doblegando descendia,
Calzado de tinieblas, y en ligero
Caballo por los aires discurría.

 En Querubin sentado ardiente, y fiero,
En las alas del viento que bramaba,
Volando por la tierra y mar velero „

Y de tinieblas todo se cercaba,
Metido como en tienda en agua oscura
De nubes celestiales, que espesaba.

Y como dió señal con su luz pura,
Las nubes arrancando acometiéron
Con rayo abrasador, con piedra dura.

Tronó rasgando el cielo, estremeciéron
Los montes, y llamados del tronido,
Mas rayos y mas piedras descendieron.

Huyó el contrario roto, y desapareido
Con tiros, y con rayos redoblados,
Allí queda uno muerto, allí otro herido.

En esto de las nubes despeñados
Con su soplo mil rios, hasta el centro
Dejaron hecha rambla en monte, en prados.

Lanzó desde su altura el brazo adentro
Del agua, y me sacó de un mar profundo,
Libróme del hostil, y crudo encuentro.

Libróme del mayor poder del mundo,
Libróme de otros mil perseguidores,
A cuyo brazo el mio es muy segundo.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Maravillas de la Creacion.

ALABA, ó alma, á Dios : Señor, ¿tu alteza
Que lengua hay que la cuente?

Vestido estás de glória y de belleza,
Y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento ;

Las nubes son tu carro, tus alados
Caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensageros,
Y trueno y torbellino :

Las tierras sobre asientos duraderos
Mantienes de continuo.

Los mares las cubrian de primero
Por cima los collados :

Mas visto de tu voz el trueno fiero,
Huyéron espantados.

Y luego los subidos montes crecen,
Humillanse los valles.
Si ya entre sí hinchados se embravecen,
No pasarán las calles,
Las calles que les diste, y los linderos,
Ni anegarán las tierras.
Descubres minas de agua en los oteros,
Y corre entre las sierras
El gamo, y las salvages alimañas
Allí la sed quebrantan.
Las aves nadadoras allí bañas,
Y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
Y das hartura al llano:
Ansí das heno al buey, y mil legumbres
Para el servicio humano.
Ansí se espiga el trigo, y la vid crece
Para nuestra alegría:
La verde oliva ansí nos resplandece,
Y el pan da valentía.
De allí se viste el bosque, y la arboleda,
Y el cedro soberano,
Adonde anida la ave, adonde enreda
Su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña;
Por tí nos mira el sol, y su lucida
Hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
En que salen las fieras:
El tigre, que racion con hambre dura
Te pide, y voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas.
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
Las horas situadas.
¡Cuan nobles son tus hechos, y cuan llenos
De tu sabiduría!
¿Pues quien dirá el gran mar, sus anchos senos,
Y cuantos peces cria?
¿Las naves que en él corren, la espantable
Ballena que le azota?

Sustento esperan todos saludable
 De tí, que el bien no agota.
 Tomamos, si tú das, tu larga mano
 Nos deja satisfechos.
 Si huyes, desfallece el ser liviano,
 Quedamos polvo hechos.
 Mas tornará tu soplo, y renovado
 Repararás el mundo,
 Será sin fin tu gloria, y tú alabado
 De todos sin segundo.
 Tú que los montes ardes, si los tocas,
 Y al suelo das temblores,
 Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
 Dedico á tus loores.
 Mi voz te agradará, y á mí este oficio
 Será mi gran contento:
 No se verá en la tierra maleficio,
 Ni tirano sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria:
 Tú, alma, á Dios da gloria.

FRAY LUIS DE LEON.

Bodas místicas del Esposo y la Esposa.

UN rico y soberano pensamiento
 Me hulle dentro el pecho:
 A tí, divino Rey, mi entendimiento
 Dedico, y cuanto he hecho.
 A tí yo lo enderezo, y celebrando
 Mi lengua tu grandeza,
 Irá como escribano volteando
 La pluma con presteza.
 Traspasas en beldad á los nacidos,
 En gracia estás bañado:
 Que Dios en tí á sus bienes escogidos
 Eterno asiento ha dado.
 Sus, ciñe ya tu espada, poderoso,
 Tu prez y hermosura,
 Tu prez, y sobre carro glorioso
 Con próspera ventura,
 Ceñido de verdad y de clemencia,
 Y de bien soberano,

Con hechos hazañosos su potencia
Dirá tu diestra mano.
Los pechos enemigos tus saetas
Traspasen herboladas :
Y besen tus pisadas las sujetas
Naciones derrocadas.
Y durará , Señor, tu trono erguido
Por mas de mil edades,
Y de tu reino el cetro esclarecido
Cercado de igualdades.
Prosigues con amor lo justo y bueno ,
Lo malo es tu enemigo :
Y así te colmó , Dios, tu Dios el seno
Mas que á ningun tu amigo.
Las ropas de tu fiesta producidas
De los ricos marfiles
Despiden en tí puestas, descogidas
Olores mil gentiles.
Son ámbar, y son mirra, y son preciosa
Algalia sus olores ;
Rodeate de infantas copia hermosa
Ardiendo en tus amores.
Y la querida Reina está á tu lado
Vestida de oro fino ;
Pues, ó tú, ilustre hija, pon cuidado ,
Atiende de continuo,
Atiende y mira, y oye lo que digo :
Si amas tu grandeza,
Olvidarás de hoy mas tu pueblo amigo,
Y tu naturaleza.
Que el Rey por tí se abrasa, y tú le adora,
Que él solo es señor tuyo ,
Y tú tambien por él serás señora
De todo el gran bien suyo.
El Tiro, y los mas ricos mercaderes
Delante tí humillados
Te ofrecen, desplegando sus haberes,
Los dones mas preciados.
Anidará en tí toda hermosura,
Y vestirás teŝoro :
Y al Rey serás llevada en vestidura,
Y en recamados de oro.

Y juntamente al Rey serán llevadas
 Contigo otras doncellas.
 Irán siguiendo todas tus pisadas,
 Y tú delante dellas.
 Y con divina fiesta y regocijos
 Te llevarán al lecho,
 Do en vez de tus abuelos tendrás hijos
 De claro y alto hecho :
 A quien del mundo todo repartido
 Darás el cetro y mando.
 Mi canto por los siglos estendido
 Tu nombre irá ensalzando.
 Celebrarán tu gloria eternamente
 Toda nacion y gente.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

A Santiago.

LAS selvas conmoviera,
 Las fieras alimañas como Orfeo,
 Si ya mi canto fuera
 Igual á mi deseo
 Cantando el nombre santo Zebedeo.
 Y fueran sus hazañas
 Por mí con voz eterna celebradas,
 Por quien son las Españas
 Del yugo desatadas
 Del bárbaro furor, y libertadas.
 Y aquella nao dichosa,
 De el cielo esclarecer merecedora,
 Que joya tan preciosa
 Nos trajo, fuera agora
 Contada del que en Scitia, y Cairo mora.
 Osa el cruel tirano
 Ensangrentar en tí su injusta espada :
 No fué consejo humano;
 Estabate ordenada
 La primera corona y consagrada.
 Asaz de bien cumpliste
 Lo que por tí fué á Cristo prometido,
 Del su caliz bebiste,

Apénas que subido

Le viste al cielo, ya de tí partido.

No sufre larga ausencia,

No sufre no el amor que es verdadero ;

La muerte y su inclemencia

Tiene por muy ligero

Medio, por ver al dulce compañero.

¡O viva fé constante!

¡O verdadero pecho, amor crecido!

Un punto de su amante

No vive dividido,

Siguele por los pasos que habia ido.

Cual suele el fiel sirviente

Si en el camino su amo le ha dejado,

Que haciendo prestamente

Lo que le fué mandado,

Vuelve corriendo al amo ya alejado.

Así entregado al viento

Del mar Egeo al mar Atlante vuela,

Do puesto el fundamento

De la cristiana escuela,

Torna buscando á Cristo á remo y vela.

Allí por la maldita

Mano el sagrado cuello fué cortado....

¡Camina en paz, bendita

Alma, que ya has llegado

Al término por tí tan deseado!

A España, á quien amaste,

(Que siempre al buen principio el fin responde

Tu cuerpo le enviaste

Para dar luz á donde

El sol su resplandor cubre y esconde.

Por las tendidas mares

La rica navecilla va cortando ;

Nereidas á millares

Del agua el pecho alzando,

Turbadas entre sí la van mirando.

Y de ellas hubo alguna

Que con las manos de la nave asida

La aguija con la una,

Y con la otra tendida

A las demas que alleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atras ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar á nuestro mar se aqueja.

Esfuerza, viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, hiere en popa,
El curso haz que no tuerza,
Do Abila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.

Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fé y voluntad pura
Acude á la ribera
A recibir tu guarda verdadera.
Que tiempo será, cuando
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro Real y mando
Te verás derrocada
En sangre, en llanto, y en dolor bañada.

De ácia el medio día
Oye que ya la voz amarga suena,
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
Hierte en gente la playa, y el arena.

Con voluntad conforme.
Las proas contra tí se dan al viento;
Y con clamor deformen
De pavoroso acento
Avivan del remar el movimiento.

Y la infernal Megera,
La frente de culebras rodeada,
Guia la delantera
De la morisca armada
De llamas, de furor, de muerte airada.

¡ Cielos! so cuyo amparo
España está, merced en tanta afrenta:
Si ya esté suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que un mal tan crudo sienta.

Mas ¡ ay! que la sentencia
En tablas de diamante está esculpida.

Del Godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.
¿Cual rio caudaloso
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso
Por los campos tendido
Tan presto y tan feroz, jamas se vido?*

Mas cese el triste llanto,
Recobre el Español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol Santo
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.

Vesle de limpio acero
Cercado, y con espada relumbrante,
Como un rayo ligero
Cuanto le va delante
Destroza, y desbarata en un instante.

Del grave espanto herido
Los rayos de su vista no sostiene
El pueblo descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.

Como leon hambriento,
Sigue teñida en sangre espada y mano
De mas sangre sediento,
Al Moro que huye en vano;
De muertos deja lleno el monte, el llano.

Huye, si puedes tanto,
Huye.... por demas es que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que de tí ya España fué medida.

¡O gloria, ó gran prez nuestra,
Escudo fiel, ó celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El Africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.

Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y duro cautiverio
Libres en clara lumbre,

Y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada

O fuese de tu mano poderosa,

O fuese meneada

De aquella generosa

Que sigue tu milicia victoriosa.

Las enemigas haces

No sufren de tu nombre el apellido;

Con solo aqueste haces

Que el Español oído

Sea, y de un polo á otro tan temido.

De tu virtud divina

La fama que resuena en toda parte,

Siquiera sea vecina,

Siquiera mas se aparte,

A las gentes conduce á visitarte.

El áspero camino

Vence con devocion, y al fin te adora

El franco, el peregrino

Que Libia descolora,

El que en poniente, el que en levante mora.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ODA.

La Mocedad perdida.

ELISA, ya elpreciado

Cabello que del oro escarnio hacia

La nieve ha desmudado:

¡Ay! ¿yo no te decia,

Recoge, Elisa, el pié que vuela el día?

Ya los que prometían

Durar en tu servicio eternamente,

Ingratos se desvían,

Por no mirar la frente

Con rugas afeada, el negro diente.

¿Que tienes del pasado

Tiempo sino dolor? ¿cual es el fruto,

Que tu labor te ha dado,

Sino es tristeza y luto,

Y el alma hecha sierva al vicio bruto?

¡Que fé te guarda el vano,
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano;
Por quien mal proveida
Perdiste de tu seno la querida
Prenda; por quien velaste,
Por quien ardiste en zelos, por quien uno
El cielo fatigaste
Con gemido importuno,
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno

De tí misma? Y agora
Rico de tus despojos, más ligero,
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero,
Tú quedas entregada al dolor fiero.
¡O cuanto mejor fuera
El don de la hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Habello dado en velo
De santidad, ageno al polvo, al suelo!
Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso
En cuanto dura el día;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
Amor con otro amor mas encendido:
Y consiguió el estado,
Que no fué concedido
Al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada, y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida
Ofrecese á la agena
Presencia, y sabia olvida
El ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
A los divinos piés que la traian,

Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habian,
Sus manos, boca y ojos lo hacian.

Lavaba larga en lloro
Al que su torpe mal lavando estaba;
Limpiaba con el oro,
Que la cabeza ornaba
A la limpieza, y paz á su paz daba.

Decia : solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, inclina
A aqueste cieno tu piedad divina.

¡Ay! ¿que podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió? aquestas manos
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.

Lo que sudó en tu ofensa,
Trabaje en tu servicio, y de mis males
Proceda mi defensa;
Mis ojos dos mortales
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.

Bañen tus piés mis ojos,
Limpienlos mis cabellos, de tormento
Mi boca, y red de enojos,
Les dé besos sin cuento;
Y lo que me condena te presento.

Presentote un sugeto
Tan malamente herido, cual conviene,
Do un médico perfeto
De cuanto saber tiene
Dé muestra, que por siglos mil resuene.

FRAY LUIS DE LEÓN.

CANCION.

A la victoria de Lepanto.

CANTEMOS al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero :
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas, y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas escelsos de la cima,
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Tembláron los pequeños, confundidos
Del impío furor suyo, alzó la frente
Contra tí, Señor Dios; y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos estendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fé y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen más iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quien las pudo librar? ¿Quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte,

POESIA SAGRADA LIRICA.

Quien honra de la Luna las banderas.
 Y aquellas en la guerra gentes fieras
 Ocupadas estan en su defensa;
 Y aunque no, ¿quien hacerme puede ofensa?
 Los poderosos pueblos me obedecen,
 Y el cuello con su daño al yugo inclinan:
 Y me dan por salvarse ya la mano,
 Y su valor es vano,
 Que sus luces cayendo se oscurecen.
 Sus fuertes á la muerte ya caminan:
 Sus vírgenes estan en cautiverio:
 Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
 Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio,
 Cuanto el sol alto mira todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
 Usurpe quien su fuerza osado estima,
 Prevaleciendo en vanidad y en ira;
 Este soberbio mira,
 Que tus aras afea en su vitoria;
 No dejes que los tuyos así oprima,
 Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe.
 Que hechos ya su oprobrio, dice: ¿donde
 El Dios de estos está? ¿de quien se asconde?

Por la debida gloria de tu nombre;
 Por la justa venganza de tu gente;
 Por aquel de los míseros gemido,
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este que aborrece ya ser hombre,
 Y las honras que zelas tú consiente;
 Y tres y cuatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
 Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
 Juntó el consejo; y contra nos pensáron
 Los que en él se halláron.
 Venid, dijéron; y en el mar ondoso
 Hagamos de su sangre un grande lago:
 Deshagamos á estos de la gente,
 Y el nombre de su Cristo juntamente;

Y dividiendo de ellos los despojos,
Hartense en muerte suya nuestros ojos.

Viniéron de Asia y portentosa Egipto
Los Arabes y leves Africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osáron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocupáron del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesáron los nuestros valerosos,
Y calláron dudosos;
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Joven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso:
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercibido,
Sin rezelo los impíos esperaban
A los que, tú, Señor, eras escudo;
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste,
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayáron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmáron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama;
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

POESIA SAGRADA LIRICA.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
 Las alas de su cuerpo temerosas,
 Y sus brazos terribles no vencidos :
 Que con hondos gemidos
 Se retira á su cueva, do silbando
 Tiembla con sus culebras venenosas,
 Lleno de miedo torpe sus entrañas,
 De tu Leon temiendo las hazañas;
 Que, saliendo de España, dió un rugido
 Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se víeron los ojos humillados
 Del sublime varon y su grandeza,
 Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
 Que tu dia es llegado,
 Señor de los ejércitos armados,
 Sobre la alta cerviz y su dureza,
 Sobre derechos cedros y estendidos,
 Sobre empinados montes y crecidos,
 Sobre torres y muros, y las naves
 De Tiro, que á los tuyos fuéron graves.

Babilonia y Egito amedrentada
 Temerá el fuego, y la asta violenta,
 Y el humo subirá á la luz del cielo;
 Y saltos de consuelo,
 Con rostro oscuro y soledad turbada
 Tus enemigos llorarán su afrenta.
 Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
 Egicia, y gloria de su confianza,
 Triste, que á ella pareces, no temiendo
 A Dios, y á tu remedio no atendiendo.

Porque, ingrata, tus hijas adornaste
 En adulterio infame á una impía gente,
 Que deseaba profanar tus frutos;
 Y con ojos enjutos
 Sus odiosos pasos imitaste,
 Su aborrecida vida y mal presente;
 Dios vengará sus iras en tu muerte :
 Que llega á tu cerviz con diestra suerte
 La aguda espada suya; ¿quien, cuitada,
 Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú escelsa Tiro,
 Que en tus naves estabas gloriosa,

Y el término espantabas de la tierra;
Y si hacías guerra,
De temor la cubrias con suspiro,
¿ Como acabaste, fiera y orgullosa?
¿ Quien pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿ Quien ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú que sigues la Luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿ Quien mostrará un liviano sentimiento?
¿ Quien rogará por tí? que á Dios enciende
Tu ira, y la arrogancia que te ofende.
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que viéron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbáron y llanura;
Viendo tu muerte oscura
Dirán, de tus estragos espantados,
¿ Quien contra la espantosa tanto pudo?
El Señor que mostró su fuerte mano:
Por la fé de su Príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta vitoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adorente, Señor, tus escogidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo;
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasada.

HERREERA.

CANCION.

A la muerte del Rey Don Sebastian

Voz de dolor y canto de gemido,
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
 Hagan principio acerbo á la memoria
 De aquel dia fatal aborrecido,
 Que Lusitania misérra suspira,
 Desnuda de valor, falta de gloria.
 Y la llorosa historia
 Asombre con horror funesto y triste,
 Dende el Africo Atlante y seno ardiente,
 Hasta do el mar de otro color se viste;
 Y do el límite rojo de Oriente,
 Y todas sus vencidas gentes fieras
 Ven tremolar de Cristo las banderas.
 — ¡Ay, de los que pasáron, confiados
 En sus caballos, y en la muchedumbre
 De sus carros, en tí, Libia desierta!
 Y en su vigor y fuerzas engañados,
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre
 De eterna luz; mas con soberbia cierta
 Se ofrecieron la incierta
 Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
 Con yerto cuello y corazon ufano
 Solo atendieron siempre á los despojos;
 Y el Santo de Israel abrió su mano,
 Y los dejó, y cayó en despeñadero
 El carro, y el caballo y caballero.
 Vino el dia cruel, el dia lleno
 De indinacion, de ira y furor, que puso
 En soledad, y en un profundo llanto
 De gente, y de placer el Reino ageno.
 El cielo no alumbró, quedó confuso
 El nuevo sol, presago de mal tanto;
 Y con terrible espanto
 El Señor visitó sobre sus males,
 Para humillar los fuertes arrogantes;
 Y levantó los bárbaros no iguales,
 Que con osados pechos y constantes

No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los impíos y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudáron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afeáron,
Mezquina Lusitania sin ventura.

Y con frente segura
Rompiéron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza :
Cayó en unos vigor, cayó desnudo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones,
Que conturbáron con furor la tierra,
Que sacudiéron reinos poderosos,
Que domáron las hórridas naciones
Que pusieron desierto en cruda guerra,
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyéron?
¿Do el corazon seguro y la osadía?
¿Como así se acabáron y perdiéron
Tanto heroico valor en solo un dia;
Y lejos de su patria derribados,
No fuéron justamente sepultados?

Tales ya fuéron estos, cual hermoso
Cedro del alto Libano, vestido
De ramos, y hojas, con escelsa alteza;
Las aguas lo criáron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicáron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo su sombra, se anidáron
Las aves, que sustenta el grande Cielo;
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo :
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,

Y sublimó la presuncion su pecho,
 Desvanecido todo y confiado,
 Haciendo de su alteza solo estima.
 Por eso Dios lo derribó deshecho,
 A los impíos y ajenos entregado,
 Por la raiz cortado :
 Que opreso, de los montes arrojado,
 Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
 Huyéron de él los hombres espantados,
 Que su sombra tuviéron por escudo :
 En su ruina y ramos cuantas fuéron
 Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
 Murió el vencido Reino Lusitano,
 Y se acabó su generosa gloria,
 No estés alegre y de ufanía llena;
 Porque tu temerosa y flaca mano
 Hubo sin esperanza tal vitoria,
 Indina de memoria :

Que si el justo dolor mueve á venganza
 Alguna vez el español corage;
 Despedazada con aguda lanza
 Compensarás muriendo el hecho ultraje;
 Y Luco amedrentado al mar inmenso
 Pagará de Africana sangre el censo.

HERRERA.

ODA.

A Cristo crucificado.

CANTO el Verbo divino,
 No cuando inmenso en piélago de gloria
 Mas allá de mil mundos resplandece,
 Y los celestes coros de contino
 Dios le aclaman, y el Padre se embebece
 En la perfecta forma no criada;
 Ni cuando de victoria
 La sien ceñida el rayo fulminaba,
 Y de Luzbel la altiva frente hollaba
 Lanzando al hondo infierno,
 Entre humo pestilente y fuego eterno,
 La hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo
En nube envuelto horrísono-tonante
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundiéron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudó viento,
No fuéron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremeciéron.

Ni en el postrero día
Acrisolando el orbe con su fuego
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fría,
Que arrancarse su presa vé bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luego
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué, y será, todo consume:
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,
Los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la cruz clavado,
El almo cielo uniendo al bajo mundo,
Libre ya el hombre, y el tirano fiero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
Do el pendon del pecado
Tremolaba, brillando la cruz santa,
Tu cruz que al Rey del hondo abismo espanta,
Cuando al oscuro imperio
Descendiste, del duro cautiverio
Tus escogidos á librar triunfante.

¿Que es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linage?
¿Do los blasones que te envanecian,
Do está de Adan la culpa y su memoria,
Do los que Rey del siglo te decian?
¡Como el hijo del hombre tu cabeza

Quebrantó con ultraje!
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,
Tú que la erguida frente levantabas
Mas que de Horeb la cumbre,
¡ O coloso de inmensa pesadumbre !
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del oriente al ocaso
En alas de mil ángeles pasea
Tu vencedora cruz, Verbo divino;
Ni es de hoy mas Israel único vaso
De eleccion, que al altísimo destino
De hijos de Dios nos elevó tu muerte :
Con tu sangre la fea
Mançilla de la culpa en nos lavaste,
Y cual los querubines nos tornaste.
¡ O gloria sin segundo
Al Redentor, al Salvador del mundo,
Por quien nos cabe tan felice suerte !

Ya miro el venturoso
Dia que tu cruz santa el orbe hermana
Con vínculo de amor indisoluble :
Plácida caridad, almo reposo,
Y paz perpetua reinan; la voluble
Fraude tragó el infierno en su honda sima;
La libertad cristiana
Para siempre ahuyentó la tiranía,
Y los tiranos bajo quien gemia
Triste el linage humano
Derrueca el Cristo con potente mano,
Que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa
Es ley de libertad, y los tiranos
En balde se coligan contra el Verbo;
El los quebrantarà con fuerza tanta,
Cual leon que destroza el flaco ciervo,
Cual rompe el barro frágil metal duro :
Iguales los cristianos
Y libres vivirán siempre sin sustos,
El Cristo reinará sobre sus justos;
El orbe renovado
De la Sion celeste fiel traslado
Será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cual mi inflamado pecho
Ansia por ver tu gloria, y las venturas
Del linage humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
Traspaso, y veo volar la serie triste
De los males del tiempo venidero,
Y las culpas futuras:
Mas tu gracia, Señor, omnipotente
Desciende en fin, y torna-se inocente
El mundo iluminado
Con tu ley, y en tu amor santificado,
Y despojado del Adan primero.

MARCHENA.

CAPITULO III.

POESÍA DIDÁCTICA.

Máximas de moral.

EL sabio Salomon aquí pusiera
Lo que para su aviso, de rezelo
Su madre, y de amor llena, le dijera.

¡Ay, hijo mio! ¡Ay, dulce manojuelo
De mis entrañas! ¡Ay, mi deseado,
Por quien mi voz contino sube al cielo!

Ni yo al amor de hembra te vea dado,
Ni en manos de muger tu fortaleza,
Ni en daño de los Reyes conjurado.

Ni con beodez afees tu grandeza,
Que no es para los Reyes, no es el vino,
Ni para los jueces la cerveza.

Porque en bebiendo olvidan el camino
De fuero, y ciegos tuercen el derecho
Del oprimido pobre, y del mezquino.

Al que con pena, y ansia está deshecho,
A aquel dad vino, vos, la sidra sea
De aquel á quien dolor le sorbe el pecho.

Beba, y olvidese, y no siempre vea
Presente su dolor adormecido,
Hurtese aquel espacio á la pelea.

Abre tu boca dulce al que afligido
No habla, y tu tratar sea templado
Con todos los que corren al olvido.

Guarda justicia al pobre, y al cuitado,

Amparo halle en tí el menesteroso,
Que así florecerá tu grande estado.

Mas ¡ó, si fueses, hijo, tan dichoso
Que hubieses por muger hembra dotada
De corazon honesto y virtuoso!

Ni la perla oriental así es preciada,
Ni la esmeralda que el Ofir envia,
Ni la vena riquísima alejada.

En ella su marido se confía
Como en mercadería gananciosa:
No cura de otro trato ó grangería.

Ella busca su lino hacendosa,
Busca algodón, y lana, y diligente.
Despierta allí la mano artificiosa.

Con gozo, y con placer continuamente
Alegra, y con descanso á su marido;
Enojo no jamas, ni pena ardiente.

Es bien como navío bastecido
Por rico mercader, que en sí acarrea
Lo bueno que'en mil partes ha cogido.

Levantase, y apenas alborea,
Reparte la racion á sus criados,
Su parte á cada uno, y su tarea.

Del fruto de sus dedos y hilados
Compró un heredamiento, que le plugo,
Plantó fértil majuelo en los collados.

Nunca el trabajo honesto le desplugo,
Hizo sus ojos firmes á la vela,
Sus brazos rodeó con fuerza, y jugo.

Esle sabroso el torno, la aspa, y tela,
El adquirir, la industria, el ser casera:
De noche no se apaga su candela.

Trae con mano diestra la tortera,
El huso entre los dedos volteando
Le huye, y torna luego á la carrera.

Abre su pecho al pobre, que llorando
Socorro le rogó, y con mano llena
Al falto, y al mendigo va abrigando.

Al cierzo abrasador que sopla, y suena,
Y esparce hielo y nieve, bien doblada
De ropa su familia está sin pena.

De redes que labró, tiene colgada

Su cama, y rica seda es su vestido,
Y púrpura finísima preciada.

Por ella es acatado su marido,
En plaza, en consistorio, en eminente
Lugar por todos puesto, y bendecido.

Hace tambien labores de escelente
Obra para vender, vende al joyero
Franjas tejidas bella, y sutilmente.

¿Quien contará su bien? Su verdadero
Arreo es el valor, la virtud pura;
Alegre llegará al dia postrero.

Cuanto nace en sus labios es cordura,
De su lengua discreta cuanto mana
Es todo piedad, amor, dulzura.

Discorre por su casa, no está vana,
Ni ociosa, ni sin que ya se le deba,
Se desayunará por la mañana.

El coro de sus hijos crece, y lleva
Al cielo sus loores, y el querido
Padre con voz gozosa los aprueba.

Y dicen: Muchas otras han querido
Mostrarse valerosas, mas con ella
Compuestas, como si no hubieran sido.

Es aire la tez clara como estrella,
Las hermosas figuras burlería:
La hembra que á Dios teme, aquesa es bella.

Dadle que goce el fruto, el alegría
De sus ricos trabajos: los estraños,
Los suyos por las plazas á porfía
Celebren su loor eternos años.

FRAY LUIS DE LEON.

SECCION SEGUNDA.

POESÍA PROFANA.

CAPITULO PRIMERO.

POESÍA ÉPICA.

*Asamblea de los Espíritus inmundos para impedir el
triunfo de los Cristianos.*

RESUENA por las lóbregas cavernas
El ronco son de la Tartárea trompa,
Congrega el gran rumor sombras eternas,
Que es fuerza el negro Reino recio rompa:
Y desde el centro oscuro almas avernas,
Al fiero Emperador de hórrida pompa,
Corren cual rio raudo al cruel sonido,
Con bravo estruendo y rápido ruido.

No así rechina rueda, ó corta sierra,
No así resurte en roca gran torrente,
Ni terremoto horrendo abre la tierra,
Y la gente amedrenta de repente:
Ni la region del aire armada en guerra,
Relámpago, ni trueno, ó rayo ardiente,
Tan fuerte arroja, ni así asorda ó zumba,
Cuanto el áspero espíritu retumba.

Corren al punto á las Tartáreas salas,
Con estruendo mayor que en mar las olas,
Suenan el tropel por sótanos y escalas,
De bestias que entran juntas y otras solas:
Cuales con garras, uñas, cuernos, alas,
Serpentinas escamas, conchas, colas,

Ojos de basiliscos, y cabellos,
De culebras, feos rostros, brutos cuellos.

A diestra quien, quien á siniestra mano,
Toma lugar en la Tartárea Corte,
Preside en medio el hórrido tirano,
Para dar en su acuerdo asiento, y corte :
Llamas echa del fiero aspecto anciano,
Y cual cometa suele á par del Norte,
Que anuncia guerra, ó hambre, ó pestilencia,
Echa fuego su vista y su presencia.

Volviendo acá y allá la vista en torno,
Con ceño ardiente, y pálido semblante,
La boca abriendo, cual fogoso horno,
Como en Etna al resuello del gigante :
Retumbó del abismo el gran contorno,
Tembláron las aldabas de diamante,
Estremecióse el Reino de Aqueronte,
Y paráron Cocito y Flegetonte.

Turba el grande terror la infernal cuadra,
Todo para, y en éstasi se queda,
Suelta la puerta el Cerbero no ladra,
Y detiene á Ixion la eterna rueda :
Pasmase toda aquella horrible escuadra,
Cesa todo, y no hay quien algo pueda,
Y desta suerte aquel feroz bramido
Comenzó á retumbar en todo oido.

Príncipes del gran Caos del hondo centro,
Mas dignos de los tronos celestiales,
De que nos derribáron aquí dentro,
Que de habitar los Reinos infernales :
Ya os es notorio el áspero recuento,
Causa de tal destierro, y tantos males,
Y como en vez del cristalino cielo
Nos arrojáron al profundo suelo.

Y que si ya con resfulgentes plantas
Hollábamos el sol, y las estrellas,
Espíritus de amor, deidades santas,
De regiones seráficas y bellas :
Agora el caso acerbo en las gargantas
Del infierno nos cerca de centellas,
Y no bastando aquella antigua afrenta
De nuevo cada día nos atormenta.

Bastara ya, pues quiso así la suerte,
Que tanto ¡ay triste! aflige mi memoria,
Que el adversario en tal sazón mas fuerte
Hubiera el sumo honor de tal victoria:
Y nos lanzara al Reino de la muerte,
Trocando en pena eterna nuestra gloria,
Y que heredara nuestro asiento el hombre,
Y á tal premio aspirara y tal renombre.

Y que triunfando con sublime palma,
Bajando á la region de sombras muertas,
Con formidable poderosa palma,
Descerrajara aquestas fuertes puertas:
Y sacara de aquí tanta y tanta alma,
Dejando aquestas bóvedas desiertas,
Llevando los que son de nuestro bando,
Por quitarnos aun este pobre mando.

Sin estorbar por nuestro oprobio inmenso,
Por nuestra confusion, y vituperio,
Que nadie en nuestras aras queme incienso
Por todo el uno y otro ancho hemisferio;
Sino que solo á él se pague censo,
Como á quien tiene universal imperio,
Y todo altar y templo, y sacrificio
Solo esté dedicado á su servicio.

No será pues así, no será cierto,
Que el espíritu grande siempre invito,
Nuestro antiguo valor no está tan muerto,
Que otra vez no vengamos en conflicto:
No permitamos no que hagan tuerto
A nuestro pueblo mísero y aflito,
Pongamos nuestras fuerzas en su ayuda,
Contra la gente pertinaz y cruda.

Porque no será mucho que si agora
Socorro competente no les damos,
Vaya el negocio tal que venga la hora
En que ser de provecho no podamos:
Venza, venza la fé, la secta Mora,
A los que honor nos dan favorezcamos,
Y por diversos términos, y modos,
Los defendamos, y ayudemos todos.

¿Pero á que fin me canso y entretengo
En renovar nuestras antiguas llagas?

¿Para que sin propósito os detengo
Refiriendo sin fruto tales plagas?
Id, id, hañed lo que ordenado os tengo,
Enemistad esas naciones vagas,
Intentad toda astucia, ardid, y engaño,
Que cause mas estorbo, y dé mas daño.

Id, mis ministros, con presteza estraña,
Donde mi imperio y cólera os compele,
Sembrad odio y rencor, sembrad zizaña,
Y aquel que mas pudiese mas asuele:
Haga en tanto otro Rey guerra en España,
Use cualquiera el arte y mal que suele,
Porque el campo que altivo se sublima,
La alta arrogancia y presuncion reprima.

Apénas oyó el fin la turba inmunda,
Del precepto de horror, maldad, insulto,
Cuando salió de la prision profunda,
De las cuevas del Reino al mundo oculto:
Con mas rumor, estruendo, y barahunda,
Con mas tropel, estrépito, y tumulto,
Que el mar hace alterado de los vientos,
O el mas fuerte de esotros elementos.

Van descogiendo las sulfúreas alas,
Por todo el ancho globo de la tierra,
Haciendo obras pestíferas tan malas,
Que causan disension, envidia, guerra:
No desnudan el bosque así las talas,
Cuanto su vista ofende el soto y sierra,
Marchita y quema el campo, seca el suelo,
Mancha el sol, turba el aire, ciega el cielo.

CRISTOBAL DE MESA.

Combate de un Cristiano y un Moro.

AL son amenazante y voz terrible
Tuerce el fiero pagano el bruto ceño,
Y al varon viendo de semblante horrible
Suspende en alto el homicida leño:
Y el cuerpo, y el aspecto así inmovible,
Como ocupado de gorgóneo sueño,
Vuelve despues atónito y suspenso
El rostro al pueblo amado, al campo inmenso.

Viendolo tan atento y pensativo,
(A quien la muerte espera anuncio anexo)
Le pregunta el Alferez bravo, esquivo,
¿ Que piensas, dí, tan tímido y perplejo?
Pienso, dice él, que indignamente vivo,
Pues tal ruina sin venganza dejo,
Que es pequeña venganza la que empieza
Por los pocos que he muerto, y tu cabeza.

Calla en esto, y bajando la alta maza,
Tan recio á dar sobre el contrario corre,
Que abre el golpe al soslayo la coraza,
Que de lleno abatiera una gran torre :
Don Garcia con él presto se abraza,
Que de haber sido el último se corre,
Y con tanto furor con él se ciñe,
Que á que suelte la maza le constriñe.

La fiera maza el Moro al punto suelta,
Y con Romeu tan furioso cierra,
Que dan entrámbos una y otra vuelta,
Haciendo en torno estremecer la tierra :
El pagano con maña desenvuelta
Procura de eximirse de esta guerra,
Porque en tal brega en balde anda y trabaja,
Por sentir mayor fuerza y mas ventaja.

Es Romeu mas recio, y corpulento,
Pero Muza mas presto, suelto, y diestro;
Uno da firme y fuerte el paso lento,
Otro ejercita el arte en que es maestro :
Es uno un elefante, el otro un viento,
Que ya va al diestro lado, ya al siniestro,
Y miéntras mas lo agarra, y mas lo aprieta,
Se escabulle con una y otra treta.

El odio intenso, el fuego de ira atiza,
Y brazo á brazo en cual ó cual rodilla
Firme aqueste, y aquel, se encoleriza,
Y á cual el muslo cruje, ó la espinilla :
Romeu ase al Moro, él se desliza
De sus nervosas manos, como anguilla,
Y con traspiés y zancadillas prueba
Mover al que no hay maña que lo mueva.

Este, y aquel sobre ámbos piés estriba,
Y el uno con el otro así se enlaza,

POESIA PROFANA ÉPICA.

Con brazos, piernas, piés, abajo, arriba,
Que es cualquier de los dos una tenaza:
Romeu sobre el Moro se derriha,
Y le oprime, y le agrava, y amenaza,
Por aterrarle con el peso grave,
Mas él sale ligero mas que un ave.

El nuestro airado de los juegos crudos,
Y del ardid á que ha perdido el tino,
Viendole suelto de sus fuertes nudos,
Procura de intentar nuevo camino:
Y en los brazos de músculos membrudos,
En el aire levanta al Sarracino,
Porque así con hacerle perder tierra
Gane la palma dél, y de la guerra.

No apretó Alcides al jayan valiente
Con tanta fuerza entre los brazos fuertes,
Cuando lo alzó de aquella arena ardiente,
Que lo libraba sola de mil muertes,
Cuanto el Cristiano al bárbaro pendiente,
Que por soltarse intenta varias suertes,
Dando corcobos, brincos, y vaivenes
Al contrario en los ojos, y en las sienes.

Herido el Moro salta, y sobre él carga,
Y el fornido baston tan presto rueda,
Y un golpe, y otro, y otro así descarga,
Que no le da lugar que entrarle pueda:
Y cuanto mas se escuda, y mas se adarga,
Y se repara y cubre, al fin no veda,
Que mas de un golpe, y otro golpe acierte
Adonde le lastime, ó desconcierte.

Viendose así ofendido, tal corage
Y tal rabia recibe Don Garcia,
Que por darle el mortal último ultraje
Busca ya la mas cierta y corta via:
Y el estar entre tanto personage
Que con ojos de lince el caso espia,
Pone á su brio espíritu y espuelas,
Para tender á su valor las velas.

Con ámbas manos la tajante espada
Toma, como si fuera alto montante,
Que parece que de una cuchillada
De alto abajo partir podrá un gigante:

Y aunque el presto pagano la barreada
Maza pone al reparo por delante,
Pasa el agudo filo, y corta la ancha
Maza cubierta de una y otra plancha.

Y no contento deste hechó, luego
A la cabeza al bárbaro deciendo,
Y le vuelve con propia sangre ciego,
Que un golpe por barato precio vende:
El Sarracino ardiendo en vivo fuego,
Cuanto ella mas le moja, él mas se enciende;
Y se abandona á ejecutar su rabia
Contra el duro ofensor que así le agravia.

Cual Osa fiera en áspera montaña,
Que se siente herida de la lanza,
Y con ímpetu atroz tras quien le daña
Por peligros y picas se abalanza:
Tal, y con tanta furia y tanta saña
Salta el pagano airado á la venganza,
Y de cólera y sangre ciego se entra
Por hierro y muerte, y su adversario encuentra.

No el ver la tierra de su sangre roja
Le acobarda, le rinde, ó le desmaya,
Ni sentir la persona en fuerza floja,
Ni que la guerra en él acabado haya:
Pero solo le aflige y le congoja,
Que aquel con gloria y sin castigo vaya,
Y en acto tal con desdeñoso aspeto
Indómito parece, y no sujeto.

Viendole así, le dice Don Garcia,
Rindete, Granadino valeroso,
Que no es en guerra infamia, ó cobardía,
Mas ánimo, y valor de un generoso:
¡Que aun piensas ya de la persona mia
Triunfar tambien! grita el infiel furioso;
Y bramando y bufando mas que un toro
Forceja al fin, y en pié se pone el Moro.

Y dando llamaradas como lumbre,
Que sin el alimento útil se apaga,
Las venas que secó la muchedumbre
De sangre que salió por tanta llaga,
De cólera hinchendo á su costumbre,
Sobre el Cristiano á dar tal golpe amaga,

POESIA PROFANA ÉPICA.

Que hiriendo en lugar del cuerpo el viento,
Recio vuelve en el suelo á dar sin tiento.

 Date, (replica aquel) date hombre fuerte,
Que holgaré de verte sano, y vivo :
Quiero, responde, mas vitoria ó muerte,
Que la vida afrentosa de cautivo :
Usa la suerte tuya, usa tu suerte,
Que no temo el destino vengativo,
Ni el cielo adverso, el cielo me es testigo,
Tal cuanto á mí, y mi patria hoy enemigo.

 Viendole junto á sí el feroz pagano,
Fijando á hurto en él la vista vaga,
Le hirió recio el rostro con la mano,
A tan cortes oferta injusta paga :
De tal hecho colérico el Cristiano,
Sangre escupiendo y dientes, con la daga
Una vez, y otra, y otra le da, donde
Hasta la empuñadura se la esconde.

 Del bravo cuerpo al fin por tantas puertas
Salió aquel grande espíritu indignado,
A la oscura region de sombras muertas,
Al lugar á los fuertes destinado :
Gimió de tanto peso en las desiertas
Playas la barca estigia, en medio el vado
Quedó tan regañado el indomable,
Que aun muerto estaba en acto formidable.

CRISTOBAL DE MESA.

Apóstrofe á la Libertad.

O lauro inmarcesible, ó glorioso
Hado de nacion libre, quien te alcanza,
Llamarse con verdad puede dichoso.
Libertad, Libertad; tú la esperanza
Eres de cuanto espíritu brioso
El despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,
A vida nueva al punto resucitas.

 El pueblo de Minerva, el de Quirino,
Si la historia pregonas sus loores,
Y si con esplendor lucen divino,

Del tiempo y del olvido vencedores,
A la Libertad deben su destino.
La Libertad regó las bellas flores
Que la sien de Fabricio y Decio ornáron,
Y á Focion y á Arístides coronáron.

A Jefferson y á Washington inflamas
En tu sagrado amor, y otro hemisferio
Consume luego entre voraces llamas
Los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nacion derramas,
Y de las leyes fundas el imperio,
Siempre absoluto, porque siempre justo,
Que la igualdad social mantiene augusto.

MARCHENA.

De la Inquisicion.

La horrible Inquisicion, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
Aun agita sus teas horroroso,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo en Grecia mísera desierta
Su frente esconde entre las nubes yerta.

MARCHENA.

CAPITULO II.

POESÍA LÍRICA.

ODA.

Vida del Campo.

¡QUE descansada vida
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,★
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio Moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Que presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre, quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.

Despiertenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De odio, de esperanzas, de rezelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menean
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Tenganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían.
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día

Se torna, al cielo suena
 Confusa vocería,
 Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
 Mesa de amable paz bien abastada
 Me basta, y la bajilla
 De fino oro labrada
 Sea de quien la mar no teme airada.

Y miéntas miserable-
 Mente se estan los otros abrasando
 Con sed insaciable
 Del peligroso mando,
 Tendido yo á la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
 De hiedra y lauro eterno coronado,
 Puesto el atento oído
 Al son dulce acordado
 Del plectro sabiamente meneado.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Profecía del Tajo.

FOLGABA el Rey Rodrigo
 Con la hermosa Caba en la ribera
 De Tajo sin testigo;
 El pecho sacó fuera
 El río, y le habló de esta manera:
 En mal punto te goces,
 Injusto forzador, que ya el sonido
 Oyo ya, y las voces,
 Las armas y el bramido
 De Marte, de furor y ardor ceñido.
 ¡Ay! ¡esa tu alegría
 Que llantos acarrea! ¡y esa hermosa
 Que vió el sol el mal día
 A España ¡ay! cuan llorosa,
 Y al cetro de los Godos cuan costosa!
 Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamientos, fieros males

Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cadiz llama
El injuriado Conde á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El Moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blandea
El Arabe cruel, y hiere el viento,
Llamando á la pelea,
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le oscurece.

¡Ay! que ya presuroros
Suben las largas naves; ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.

El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado

POESIA PROFANA LIRICA.

No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuanto de fatiga,
Ay cuanto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte;
La sesta ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ODA.

Noche serena.

CUANDO contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro ácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado:
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente;
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿que desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Que mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño;
¿Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:

La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos della
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:

Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:

Rodease en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,

Tras él la muchedumbre
 Del reluciente coro
 Su luz va repartiendo y su tesoro :
 ¿ Quien es el que esto mira ,
 Y precia la bajeza de la tierra ,
 Y no gime y suspira ,
 Y rompe lo que encierra
 El alma , y de estos bienes la destierra ?
 Aquí vive el contento ,
 Aquí reina la paz ; aquí asentado
 En rico y alto asiento
 Está el amor sagrado ,
 De glorias y deleites rodeado.
 Inmensa hermosura
 Aquí se muestra toda ; y resplandece
 Clarísima luz pura ,
 Que jamas anochece ;
 Eterna primavera aquí florece.
 ¡ O campos verdaderos !
 ¡ O prados con verdad frescos y amenos !
 ¡ Riquísimos mineros !
 ¡ O deleitosos senos !
 ¡ Repuestos valles de mil bienes llenos !

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Contemplacion del orden del universo.

¡ CUANDO será que pueda
 Libre de esta prision volar al cielo ,
 Felipe ; y en la rueda ,
 Que huye mas del suelo ,
 Contemplar la verdad pura sin duelo ?
 Allí á mi vida junto ,
 En luz resplandeciente convertido
 Veré distinto y junto
 Lo que es , y lo que ha sido ,
 Y su principio propio y escondido.
 Entónces veré como
 La soberana mano echó el cimiento
 Tan á nivel y plomo ,

Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La providencia tiene aprisionada.

Por que tiembla la tierra,
Por que las hondas mares se embravecen,
Do sale á mover guerra
El cierzo, y por que crecen
Las aguas del Océano, y descrecen:

De do manan las fuentes;
Quien ceba, y quien bastece de los rios
Las perpetuas corrientes;
De los hibiernos frios
Veré las causas, y de los estíos:

Las soberanas aguas
Del aire en la region quien las sostiene;
De los rayos las fraguas;
Do los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno donde viene.

¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humillase la gente.

La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.

Quien rige las estrellas
 Veré, y quien las enciende con hermosas
 Y eficaces centellas;
 Por que estan las dos osas
 De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
 Fuente de vida y luz do se mantiene;
 Y por que en el hibierno
 Tan presuroso viene
 Quien en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
 En la mas alta esfera las moradas
 Del gozo y del contento,
 De oro y luz labradas,
 De espíritus dichosos habitadas.

FRAY LUIS DE LEON.

REDONDILLAS.

A una desdeñosa.

VUESTRA tirana esencion,
 Y ese vuestro cuello erguido,
 Estoy cierto que Cupido
 Pondrá en dura sujecion.
 Vivid esquivá y esenta,
 Que á mi cuenta
 Vos serviréis al amor,
 Cuando de vuestro dolor
 Ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
 Fuere de nieve esparcida,
 Y las dos luces de vida
 Recogieren ya su lumbré:
 Cuando la ruga enojosa
 En la hermosa
 Frente y cara se mostrare,
 Y el tiempo que vuela helare
 Esa fresca y linda rosa:

Cuando os viéredes perdida,
 Os perderéis por querer,
 Sentiréis que es padecer
 Querer y no ser querida:

Diréis con dolor, Señora,
Cada hora :
¡ Quien tuviera, ay sin ventura,
O agora aquella hermosura,
O entónces el amor de hora !

A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfía,
Dejaréis en aquel día
Alegres y bien vengadas.
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.

¡ Ay por Dios! Señora bella,
Mirad por vos, miéntras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella :
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay, que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
Con ley dulce eternamente ;
¿ Y quereis vos ser valiente
Contra él acá en el suelo?
Da movimiento y viveza
A belleza
El amor, y es dulce vida;
Y la suerte mas válida
Sin él es pobre tristeza.

¿ Que vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿ Y que vale, si á derecho
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormis, Señora,
En el solo y frio lecho?

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Al moderado y constante,

¿QUE vale cuanto vee
Do nace y do se pone el sol luciente,
Lo que el Indio posee,
Lo que nos da el oriente
Con todo lo que afana la vil gente?

El uno mientras cura
Dejar rico descanso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero,
Y contra sí se muestra cruel y fiero.

El otro que sediento
Anhela al señorío, sirve ciego,
Y por subir su asiento,
Abajase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos,
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
A sí solo lo pide;
Y mira como ageno
Aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
Si Eolo su reino turba en saña,
El rostro no varía;
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
Carrasca, en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille, y crece
Mayor que de primero; y si porfía

La lucha, mas florece,
Y firme al suelo envia
Al que por vencedor ya se tenía.

Esento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está, y libre de espanto
Ante el tirano airado
De hierro, de crueza, y fuego armado.

El fuego, dice, enciende,
Agua el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega
Su cebo deseado, y la sosiega.

¿Que estás? ¿no ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¿ó no te cabe
En puño tan estrecho
El corazon, que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave?

Ahonda mas adentro,
Desvuelva las entrañas el insano
Puñal, penetre al centro:
Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.

Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
Subido he por tu pena,
Ya suelto encumbro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Las Sirenas.

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado:
Dentro el pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero.

Asensio. Ten dudosa
La mano liberal, que esa azucena,
Esa purpúrea rosa

Que el sentido enagena,
Tocada pasa al alma y la envenena.

Retira el pié, que asconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido
Los ojos roba, á donde
Florece mas metido
El engañoso lazo está escondido.

Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera ;
¡ Ay! pon del cieno bruto .
Los pasos en lugar firme y enjuto.

Antes que la engañosa
Circe del corazon apoderada
Con copa ponzoñosa
El alma transformada
Te ayunte nueva fiera á su manada.

No es dado al que allí asienta,
Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta ;
O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.

No fies en braveza,
Atiende al sabio Rey Solimitano ,
No vale fortaleza ,
Que al vencedor Gazano
Condujo á triste fin, femenil mano.

Imita al alto Griego
Que sabio no aplicó la noble entena
Al enemigo ruego
De la falsa Sirena ,
Por do por siglos mil su fama suena.

Decia conmoviendo
El aire en dulce son : La vela inclina
Que del viento huyendo
Por los mares camina,
Ulises, de los Griegos luz divina.

Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entretanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto.

Todos de su camino
Tuercen á nuestra voz, y satisfecho
Con el cantar divino
El deseoso pecho,
A sus tierras se van con mas provecho.

Que todo lo sabemos
Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te cantarémos
De Troya, y su caída,
Por Grecia y por los Dioses destruida.

Ansí falsa cantaba
Ardiendo en crueldad; mas él prudente
El camino atajaba
A la voz en su gente
Con la aplicada cera sabiamente.

Si á tí se presentare,
Los ojos sabio cierra; firme atapa
La oreja, si llamare;
Si prendiere la capa,
Huye, que solo aquel que huye escapa.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

A un Juez avaro.

AUNQUE en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro;
Y aunque tus posesiones
Mejores con ageno daño y lloro;
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad; y tu avaricia
Cerrada en nombre vano
Convierta en compra y venta la justicia;
Y aunque engaños los ojos
Del mundo á quien adoras; no por tanto
No nacerán abrojos
Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho;
Ni huirás la cuita, la agonía
Del último despecho;
Ni la esperanza buena en compañía

Del gozo tus umbrales
 Penetrará jamas, ni la Megera
 Con llamas infernales
 Con serpentino azote la alta y fiera
 Y diestra mano armada,
 Saldrá de tu aposento sola un hora;
 ¡Ay! ni tendrás clavatla
 La rueda, aunque mas puedas, voladora
 Del tiempo hambriento y crudo,
 Que viene con la muerte conjurado,
 A dejarte desnudo
 Del oro y cuanto tienes mas amado;
 Y quedarás sumido
 En males no finibles, y en olvido.

FRAY LUIS DE LEON.

O D A.

Al apartamiento.

¡O ya seguro puerto
 De mi tan luengo error! ¡ó deseado
 Para reparo cierto
 Del grave mal pasado,
 Reposo alegre, dulce, descansado!
 Techo pajizo á donde
 Jamas hizo morada el enemigo
 Cuidado, ni se asconde
 Envidia en rostro amigo,
 Ni voz perjura, ni mortal testigo:
 Sierra que vas al cielo
 Altísima, y que gozas del sosiego
 Que no conoce el suelo,
 A donde el vulgo ciego
 Ama el morir ardiendo en vivo fuego:
 Recíbeme en tu cumbre,
 Recíbeme, que huyo perseguido
 La errada muchedumbre,
 El trabajar perdido,
 La falsa paz, el mal no merecido.
 Y do está mas sereno
 El aire me coloca, miéntras curo
 Los daños del veneno
 Que bebí mal seguro,

Mientras el mancillado pecho apuro.

Mientras que poco á poco

Borro de la memoria cuanto impreso

Dejó allí el vivir loco

Por todo su proceso

Vario entre gozo vano, y caso avieso.

En tí, casi desnudo

De este corporal velo, y de la asida

Costumbre roto el nudo,

Traspasaré la vida

En gozo, en paz, en luz no conocida.

De tí en el mar sujeto

Con lástima los ojos inclinando,

Contemplaré el aprieto

Del miserable bando,

Que las saladas olas va cortando.

El uno que surgia

Alegre ya en el puerto, salteado

De bravo soplo, guia

En alto mar lanzado

Apénas el navío desarmado.

El otro en la cubierta

Peña rompe la nave, que al momento

El hondo pide abierta;

Al otro calma el viento;

Otro en las bajas sirtes hace asiento.

A otros roba el claro

Día, y el corazon el aguacero;

Ofrecen al avaro

Neptuno su dinero;

Otro nadando huye el morir fiero,

Esfuerza, opone el pecho....

Mas ¿como será parte un afligido

Que va, el leño deshecho,

De flaca tabla asido

Contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay! ¡otra vez y ciento

Otras, seguro puerto deseado!

No me falte tu asiento,

Y falte cuanto amado,

Cuanto del ciego amor es codiciado.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Traduccion de la duodécima, lib. 2º de Horacio.

AL canto y lira mia
 No dicen las escuadras, las francesas
 Banderas en Pavía
 Cautivas, ni las armas cordovesas,
 Ni el nuevo mundo hallado,
 Ni el mar con turca sangre hora bañado.
 Al son de trompa clara,
 Y con heroico verso á tí conviene,
 Grial, cantar la rara
 Virtud del de Vivar que par no tiene,
 O con mas libre pluma
 Hacer de nuestros hechos rica suma.
 Mi musa no se emplee
 Mas de en la ilustre Nise, en su hermosura
 Que el sol igual no vee;
 En la luz del mirar, y en la dulzura
 De voz que cuando suena
 Alivia de dolor el alma y pena.
 ¿Por dicha habrá tesoro
 Que á su rico cabello se compare,
 Aunque se junte el oro
 Que el indiano suelo engendra y pare,
 Y cuanta pedrería
 Ormuz á Portugal y Persia envía?
 ¿Pues que sentido os deja?
 ¿Que libertad no roba cuando inclina
 Al beso, ó falsa aleja
 La boca hermosísima, y se indina
 Amando el ser forzada,
 Y á veces ella os besa no rogada?

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Descripcion de la Naturaleza.

CUANDO la noche oscura
 Romper quiere su velo tenebroso

Y triste vestidura,
Que afea el cielo hermoso
Y envuelve su belleza y ser gracioso:

La redondez criada
La aurora en su salida hermosa,
Su cabeza dorada,
Sus cabellos ondea,
Y todo el orbe con su luz rodea.

El aire en su pureza
Vestido de estos claros resplandores
Descubre su belleza,
Y los altos vapores
Ofrecen á la vista mil colores.

¿Quien los ojos estiende
Al horizonte así clarificado,
Que en fuego no se enciende,
Y queda enamorado
De quien ser tan hermoso fué criado?

En las ramas frondosas
Con arte natural cantan las aves,
En la pluma vistosas,
Con el cantar suaves,
Y el alma libran de cuidados graves.

¡O canto y armonía,
Que todo el bosque umbroso tiene atento,
Suave melodía
De dulce sentimiento,
Que al cielo tras sí roba el pensamiento!

La tecla mas aguda
En su mas alto punto levantada
Parece ronca y muda,
Si en canto es comparada
Con este son y música acertada.

Aquellas nueve hermanas,
Que en el Parnaso monte á coros cantan,
No se muestren ufanas,
Si á las fieras encantan,
Que á Dios estotras el amor levantan.

En su carro triunfal
De la naturaleza fabricado
Con mano artificial
De fino oro labrado

Y mas que de rubíes esmaltado,
Las riendas allojando
El sol á nuestro polo se apresura
Sus caballos guiando
A la suprema altura.
De donde da á las sombras estrechura.

Y luego que parece
Encima de la sierra, ó alta cumbre,
La luna se escurece
Vencida de esta lumbre
Con toda la estrellada muchedumbre.

Si alguna nube oscura
De sus dorados rayos es tocada,
Se vuelve clara y pura,
Hermosa, arrebolada,
De diversos colores matizada.

Rocío de Diana
Y de su cabellera sacudido,
En la fresca mañana
Siendo del sol herido,
Mas que cristal se muestra esclarecido.

De plantas olorosas
La verde pradería rodeada,
De flores y de rosas
Al natural pintada,
De este rocío queda aljofarada.

Mas pues no se defiende
De las febeas llamas la verdura,
Y el aire mas se enciende,
Y pierde su frescura,
Quierome retirar á la espesura.

¡O alta providencia
Del que crió los árboles hojosos
Para hacer resistencia
A los rayos penosos
Del sol al medio dia calurosos!

Al bosque está cercana
La cumbre de la sierra mas airosa,
Donde una fuente mana
En su correr graciosa,
Que al arboleda baja presurosa.
Con un dulce sonido

Su curso entre las yerbas va guiando,
Y con manso ruido
Las guijas va volcando,
A todas de la arena levantando.

Y por entre las hojas
Del sol los claros rayos aparecen,
Las arenitas rojas
Con ellos resplandecen,
Que á las del Tajo aurífero parecen.

Despues que aquesta fuente
Ha regado los árboles ramosos,
Juntando su corriente
Con pasos presurosos
Se estiende en dos estanques espaciosos,

Do las aguas cortando
Nadando van los peces con destreza,
Sus alas desplegando
Con tanta ligereza,
Que vencen á la vista y su firmeza.

Aquí y allí pascan
Con saltos, y ligero movimiento,
Adornan y hermoSean
El frígido elemento,
De quien sí ser reciben y sustento.

¡Ay Dios! cuando esto miro
Para mi bien y gusto fabricado,
Y por tu amor suspiro,
Y ser tan inflamado
Cuanto por esto quieres ser amado.

En una fria peña
Veréis una gran vena y abertura,
Por donde se despeña
El agua ya mas pura
Para mostrar del todo su hermosura.

Despues sale brotando
Con natural donaire y gentileza,
Sus saltos levantando
Con el vuelo y presteza,
Que á su peso negó naturaleza.

Al son de su ruido
Al rededor las aves se embebecen,
Deleitase el oído,

Los ojos se adormecen,
Que de velar cansados desfallecen.

Los árboles mirando
El agua cristalina en su pureza,
De sí se estan pagando,
Mirando la belleza,
Que á tal tiempo les dió naturaleza.

El frescor de esta fuente
El fuego de la siesta está templando,
Hasta que del oriente
El sol se va alejando,
Las sombras paso á paso acrecentando.

Y las aguas marinas
Con sus prestos caballos rompe á nado,
A las tierras vecinas
De su luz ha privado,
De noche el aire queda rodeado.

Esferas celestiales,
Que con primor divino estais labradas
De luces eternas,
En órden esmaltadas,
Y de dorados clavos tachonadas :

Mostrad vuestra alegría
En esta escuridad centelleando,
Y todas á porfia
Los aires alumbrando,
Suplid la luz de quien os la está dando.

Salid, claros planetas,
De rayos mas serenos encendidos,
Corred, altos cometas,
Que siendo consumidos
Jamás seréis por rastro conocidos.

La rienda retirada
Afloja á los que traen tu litera,
O luna plateada
De la menor esfera,
Que la gente etiópica te espera.

¡ Ay! orbes celestiales,
¡ Cuan bien me da á entender vuestra figura
Los rayos divinales,
La gloria y hermosura,
Que tiene el gran pintor de esta pintura!

Y pues toda la tierra
Tan fea me parece viendo el cielo,
Y todo lo que encierra
El estrellado velo,
No quiero desde hoy mas amor del suelo.
Por tí, corte divina,
Por tí, casa de Dios, ciudad sagrada,
Mi alma peregrina
De tí tan alejada
Suspira caminando su jornada.
¡O aires sosegados!
Ya libres de las voces y ruidos
Al cielo encaminados,
Del corazon salidos
Llevad con vuestras ondas mis gemidos.
Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido
Lamentando su ausencia :
En tierra del olvido
Queda mi corazon de amor herido.
Y mi alma afligida
En duro cautiverio, y mal tan fuerte,
Tendrá toda su vida
Por venturosa suerte
Vivir en esperanza de allá verte.

FRAY LUIS DE LEON.

ODA.

Vida rústica.

¡O cuan dichoso estado,
Y cuan dulces riquezas
Son las que el labrador rústico tiene!
Pues vive descuidado
Sin miedo de tristezas,
Y el alma en dulce soledad mantiene :
Sus trabajos sostiene
Con fértiles despojos,
Estendiendo los ojos
Viendo la variedad que el campo ofrece,
Y goza bien tan alto
Sin tener de perderlo sobresalto.

Libre de mil cuidados
Que levanta el tráfigo
Del vano vulgo de locuras lleno,
Cultiva sus sembrados,
Y acuerdase del pago
Que le dará el trabajo, y tiempo bueno;
No juzga el bien ageno,
Ni la ambicion dañosa
En él jamas reposa,
Para que pierda bienes tan seguros
No le fatiga nada,
Ni el oro, ni la plata mas cendrada.

Si del trabajo duro
Congojado se siente,
Busca entre verdes prados su reposo,
Y estando allí seguro
Menosprecia la gente
Que habita en el poblado mas famoso:
El brocado precioso,
Las perlas orientales,
Los tesoros reales,
Los topacios y seda tiene en poco,
Gozando de aquel prado
De varias flores rico y esmaltado.

Cuando en mas alta cumbre
Está el sol levantado,
Y saca los vapores de este suelo,
Si siente pesadumbre
Del calor demasiado,
Halla entre frescas plantas su consuelo:
Contempla el raso cielo
Tendido entre las flores
De diversas colores,
Susurrando la abeja por entre ellas,
Y á ratos recostado
Debajo un árbol verde y acopado.

Las aguas plateadas
Que salen murmurando
De entre las duras peñas cavernosas,
Haciendo mil entradas,
Mil vueltas rodeando,
Por manos de natura artificiosas;

Las rosas olorosas,
Y los cantos suaves,
Que despiden las aves,
Cantando sus pasiones amorosas,
Le dan tal alegría,
Que no siente trabajo noche y día.

FRAY LUIS DE LEON.

CANCION.

La Esperanza.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre.
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escondesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:

Sufre el cierzo inclemente,
 La nieve endurecida;
 Y tiene de su afán por premio justo
 Interrumpir el gusto
 Y la paz de las fieras,
 En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
 Cualquier trabajo humano,
 Y el uno llama al otro sin mudanza:
 El hibierno entretiene
 La opinion del verano,
 Y un tiempo sirve al otro de templanza.
 El bien de la esperanza
 Solo quedó en el suelo,
 Cuando todos huyéron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
 ¿Que le dejas al mundo?
 Su máquina disuelves y destruyes:
 Todo lo precipitas
 En olvido profundo,
 Y del fin natural, Florida, huyes:
 Si la cerviz rehuyes
 De los brazos amados,
 ¿Que premio piensas dar á los cuidados?.

Amor en diferentes
 Géneros dividido
 El publica su fin, y quien le admite,
 Todos los accidentes
 De un amante atrevido
 (Nieguelo, ó disimulelo) permite:
 Limite, pues, limite
 La avara resistencia,
 Que dada la ocasion, todo es licencia.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

CANCION.

El himeneo de Amarilis.

Ya el altivo semblante
 (Hermoso cuanto altivo)
 De tierno afecto y de piedad compones:

No ya del triste amante
Huyes el fuego vivo,
Antes á su esperiencia te dispones :
Buscas las ocasiones,
Y en esta dulce prueba,
Hermosura te dan los cielos nueva.

Hermosa dabas muerte,
Hermosa das ya vida :
¿ Cual es, bella Amarilis, mayor gloria?
Rendias al mas fuerte,
Rigurosa homicida,
Despreciando aun en esto la memoria
De la mayor vitoria :
Agora en lo que haces,
A tí, Amarilis, y al amor aplaces.

Con vista alegre tomas
Posesion de aquel pecho,
En quien has de reinar con paz segura :
No monstruos en él domas,
Que para tí fué hecho
Con proporcion debida á tu hermosura,
Cual sale el alma pura
De la celeste esfera
A dar la vida al cuerpo que la espera.

Los ojos abrió apénas,
Apénas Celio tuvo
Noticia de sí mismo y albedrío,
Cuando vió tus serenas
Luces, no le detuvo
Temor de tu desden ó tu desvío :
Ofrecióte vacío
De otro amoroso fuego
El pecho, que por tí se abrasó luego.

Tú, que á la cazadora
Diosa seguías ufana,
A dar muerte á las fieras solo atenta,
Sentiste en la misma hora
Cierta blandura humana,
Que en tí, sin saber como, se aposenta :
Ya te aplace, ya intenta
Mas encendidas llamas,
Y que confieses, Amarilis, que amas.

Resistes, pero en vano :
 Amor es (no lo niegues)
 Ese afecto cortés que te hermosea :
 Cuando la bella mano
 A la de Celio llegues,
 Verás mejor lo que el amor desea :
 Mira agora en idea
 Del tiempo venidero
 Lo que me inspira Fecho, y lo que espero.

De Lucina en el templo
 Suspenderás el cinto
 Asida á Celio tu querido esposo,
 Y, temiendo tu ejemplo,
 En hábito sucinto
 Tu bella hermana por el bosque umbroso
 Con paso presuroso,
 En vano fugitiva,
 Procurará la libertad altiva.

No huyas, Silvia, espera :
 ¿ Piensas tú que esos ojos
 Solo han de ser ministros de una flecha,
 Con que de alguna fiera
 Inútiles despojos
 Te dejen victoriosa y satisfecha?
 De tí el desden desecha,
 Que á mayores vitorias
 Amor te llama, y á mayores glorias.

Verás; verás sin duda,
 Sin novedad ni espanto,
 De Amarilis el parto en fausto día :
 Darásle en él ayuda,
 Solicitando el llanto
 Del tierno infante, prenda de alegría.
 Ya solícita tia,
 Presto madre, ya tienes
 Tambien quien ponga fin á tus desdenes.

Ase la bella mano,
 No temas, Celio, llega :
 Que con la paz te ruega desarmada :
 No llegarás en vano :
 Pues quien consiente ruega,
 O quiere por lo menos ser rogada.

Union bien fortunada,
Cuyo primer deseo
Cumplió, en naciendo, lícito Himeneo.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Traduccion de la Oda de Horacio : Beatus ille.

Dichoso el que apartado
De negocios imita
A la primera gente de la tierra :
Y en el campo heredado
De su padre ejercita
Sus bueyes, y la usura no le afierra :
No le despierta la espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo le amenaza.
Huye la curial plaza,
Y las soberbias puertas de los vanos,
Ricos y poderosos ciudadanos.

Mas las vides crecidas
Con olmos acomoda :
O en el remoto valle huelga, viendo
Sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
Mejor en su lugar otro injiriendo,
Y la miel en vasijas esprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y cuando empieza
A mostrar su cabeza
Coronada el otoño, coge ufano
La pera enjerta de su propia mano.

O el maduro racimo,
Que competir parece
Con la púrpura misma, juntamente,
Como despojo ópimo,
A tí, Priapo, ofrece,
O á Silvano en los campos presidente.
Y mientras su cuidado le consiente
Bajo la antigua encina hacer su cama
De tenaz verde grama,
Al sueño le convidan los suaves
Murmurios de las aguas y las aves.

O cuando nos fatiga
En el hibierno helado

Júpiter con las lluvias y con nieve,
Con sus perros obliga
Al jabalí acosado,
A que sus redes y asechanzas pruebe,
Y que su mismo engaño al tordo cebe,
Que la cobarde liebre en lazos muera,
O la grulla estrangera.
¿Quien con esto no olvida los cuidados,
Que son del fiero amor solicitados?

Pues si alivia el cuidado
De los hijos y casa
(Cual las Sabinas) la muger honesta ,
¡ O cual la del cansado
Pullés, que al sol se abrasa;
Y ántes que venga su marido, presta
(La seca leña al sacro fuego puesta,
Las mansas ovejuelas ordeñadas,
Y en setos encerradas)
Viandas no compradas apañeja ,
Sacando el vino de la pipa añeja !

No las ostras lucrinas,
El rombo ni otros peces,
De los que con los hielos nos envían
Las borrascas marinas
Del Carpacio á las veces :
O las aves, que en Africa se crían,
A mi vientre mejor descenderían,
Que de los ramos fértiles algunas
Maduras aceitunas,
Que la malva, ó de lápató la yerba ,
Que al cuerpo da salud y lo conserva.

O la muerta cordera
En las fiestas sagradas,
O el cabrito, que el lobo vió en sus dientes;
Y ver desta manera
A casa repastadas
Volver las ovejuelas diligentes,
O los cansados buyes con las frentes
Bajas traer la esteva del arado :
Y el hogar rodeado
De esclavos, que al enjambre se parecen,
En quien las casas ricas resplandecen.

Miéntras Alfio usurero
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata:
Mas luego á las kalendas
Lo vuelve á dar á usura sobre prendas.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

ROMANCE.

Pintura de dos hermosas.

No debe á Mayo las flores,
Ebro, esta vez tu ribera,
Sino á la luz que despiden
Los ojos de Silvia y Celia.

Saliéron de la ciudad,
Por vestir de honor las huertas,
Que tus márgenes adornan,
Y en tu corriente se espejan.

Las almas que el esplendor
De su hermosura contemplan,
Reciben de su virtud
Otra interior primavera.

Volviendo al campo los ojos,
Le convierten en floresta:
Súbitas nacen las rosas,
Los claveles, las violetas.

Mas cuando al árbol gentil
Lasciva abraza la hiedra,
Lo confunden con jazmines
Entretejidos apriesa.

La honestidad los produce,
Que en las dos ninfas severas,
No permite que un ejemplo
De posesion se parezca,
Porque á ningun trofeo
Aspiren la esperanza ni el deseo.

BARTOLOMÉ ARGENSOLA.

ELEGIA.

Rendimiento enamorado.

Esta amorosa Luz serena y bella,
Que en el usado curso al alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella :

Esta, que en sombra oscura, en claro día
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fría :

De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.

Amor me trajo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.

Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.

Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿que esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?

No procuro á mi daño seguridad
En la fortuna mia, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza.

Ni ya huyo, ni oso, ni desiendo
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.

Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues dí ocasion en ello,
Su flecha cuando amor al pecho puso.

Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,
La razon, y el gallardo pensamiento
Quedáron enredados de un cabello.

No siente en el yusano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazado,
Egeon con sus nudos mas tormento.

Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que, cual cometa ardiente, resplandecen,
Esparcidas con arte ó sin cuidado :

De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,
Y en color y belleza se engrandecen :

Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi impío Rey alegre se corona :

En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon lleváron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.

De allí quedé sujeto y sin sentido,
Sino para dolar; y de alegría,
En cuanto amando viva, despedido.

Conmigo esté mi afán y suerte mia
Temprano acabará con pena indina,
Que no dura en dolor lengua porfía.

Pues consiente mi escelsa Luz divina,
Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina.

Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.

Ensalce al verde lauro en voz canora
El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien, que humilde honora :

Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el odio incita,
El valor de mi Lumbre soberano.

Y si en mi pena y lástima infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.

En tanto, á do alza Betis deleitoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso :

Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra, donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa, y ciñe de occidente :

En la rica, dorada, y fértil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de Nayades responda.

Y al arbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por sí no espera honrarse en tal memoria.

¡ Cuantas veces reí del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña,
Me pareció, y aquel temor fingido,
Que ahora siento bien su fuerza estraña.
Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.
Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado,
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sojuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
A todas la beldad han despojado.
Y en la purpúrea red y rico velo
De la hermosa frente ví mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo.
Mas tal bien y tal honra ví ofrecida
A los trabajos míos, que contento
Justamente la dí por bien perdida.
De allí el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento :
Y aquel rayo de Júpiter sañado,
Y los fieros gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo :
Y el valor de Españoles, olvidados
Fincáron, que pudiéron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas y entre hierro mal resuena
Cansado el noble espíritu amoroso,
Del mal, que su sosiego desordena.
Dichoso quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales,
Y el vigor y el esfuerzo valeroso.
O quien en las regiones celestiales
Termina el vuelo, y de su cumbre mira
La vanidad y cosas de mortales.
Quien de una bella luz arde y suspira,
Quien se vé condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira;

No puede contemplar al sol luciente,
Ni admirar la virtud, y el nombre ageno,
Que amor tanto reposo no consiente.

Basta el dolor en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.

Mas yo temo, que yace en horror frio
(Que el ánimo es presago de su daño)
Del olvido, en que triste desconfío.

Fué siempre á mi deseo amor extraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.

Mas pues que desconorto el pensamiento,
O siga olvido, ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.

Por do me lleva injusta suerte fiera,
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera.

Y siempre volveré los mustios ojos,
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.

Si de ellos levantara algun trofeo
Mi Luz, espero ver que por ventura
Tierna se muestre, y mansa á mi deseo.

No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y causa mi pasion mi desventura.

En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonía,
Y noble trato y gracia deleitosa,

No reina crueldad; ni ser podria
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.

Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del Indo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase:

Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fijo el cuidado y esculpido.

Si puede ser que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Ganges no entre en el golfo resonante;

Esperar se podrá que al pecho ardiente ,
 Oprima el frio intenso de la nieve,
 O mitigue su fuego vehemente.

La lluvia que en mi faz contino llueve
 Regalar puede bien el duro hielo,
 Aunque apretar su fuerza Aquilon pruebe.

Gracias humilde hago al alto cielo,
 Que ya que me perdí en mi daño cierto,
 Mostró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.

Amor, cuando el pesado cuerpo muerto
 Mi espíritu dejare, á mi Luz bella
 Presenta mi peligro descubierta;

Que una lágrima puede sola de ella
 Renovarme la gloria de la vida :
 ¡Dichosa, si tal bien hallase en ella !

En tanto que mi suerte aborrecida
 Me aqueja , cantaré desamparado
 Mi presente fortuna y la perdida,
 De todas esperanzas apartado.

HERRERA.

CANCION.

*Al Rey Don Fernando el Santo , conquistador de
 Sevilla.*

INCLINEN á tu nombre, ó luz de España,
 Ardiente rayo del divino Marte,
 Camilo y el belígero Africano,
 Y el vencedor de Francia y de Alemaña
 La frente armada de valor y de arte;
 Pues tú con grave seso y fuerte mano
 Por el pueblo cristiano
 Contra el ímpetu bárbaro sañudo
 Pusiste osado el generoso pecho.
 Cayó el furor ante tus piés desnudo,
 Y el impío orgullo Vándalo deshecho,
 Con la fulmínea espada traspasado,
 Rindió la acerba vida al fiero hado.

De tí tembláron todas las riberas,
 Todas las ondas, cuantas juntamente

Las columnas del grande Briaréo
Miran; y al tremolar de tus banderas
Torció el Nilo medroso la corriente;
Y el monte Libio, á quien mostró Perseo
El rostro Meduseo,
Las cimas altas humilló rendido
Con mas pavor que cuando los Gigantes,
Y el áspero Tifeo fué vencido.
Postráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza
El vigor de tu escelsa fortaleza.

Pero en tantos triunfos y vitorias,
La que mas te sublima y esclarece,
¡De Cristo, ó escelso Capitan, Fernando!
Y remata la cumbre de tus glorias,
Con que á la eternidad tu nombre ofrece;
Es que peligros mil sobrepujando,
Volviste al sacro bando,
Y á la Cristiana religion trajiste
Esta insigne ciudad y generosa;
Que en cuanto Febo Apolo de luz viste,
Y ciñe la grande orla espaciosa
Del mar cerúleo, no se vé otra alguna
De mas nobleza y de mayor fortuna.

Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo; y removi6 en la arena
El movable cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano estendiendo;
Que al cerco de la tierra en vario lustre
De soberbia corona hace ilustre.

Tú, despues que tu espíritu divino,
De los mortales nudos desatado,
Subió ligero á la celeste alteza
Con justo culto, aunque en lugar, no dino
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;

Hasta que ahora la real grandeza
 Con heroica largueza
 En este sacro templo y alta cumbre
 Trasiere tus despojos venerados:
 Do toda esta devota muchedumbre,
 Y sublimes varones humillados
 Honran tu santo nombre glorioso,
 Tu religion, tu esfuerzo belicoso.

Salve, ó defensa nuestra, tú, que tanto
 Domaste las cervices Agarenas,
 Y la fé verdadera acrecentaste.
 Tú cubriste á Ismael de miedo y llanto,
 Y en sú sangre ahogaste las arenas,
 Que en las campañas Béticas hollaste.
 Tú solo nos mostraste
 Entre el rigor de Marte violento,
 Entre el peso y molestias del gobierno
 Juntas en bien trabado ligamento
 Justicia, piedad, valor eterno;
 Y como puede despreciando el suelo,
 Un Príncipe guerrero alzarse al cielo.

HERRERA.

CANCION.

Al Sueño.

SUAVE sueño, tú que en tardo vuelo
 Las alas perezosas blandamente
 Bates, de adormideras coronado,
 Por el puro, adormido y vago cielo;
 Ven á la última parte de ocidente,
 Y de licor sagrado
 Baña mis tristes ojos, que cansado
 Y rendido al furor de mi tormento,
 No admito algun sosiego,
 Y el dolor desconorta al sufrimiento.
 Ven á mi humilde ruego,
 Ven á mi ruego humilde, ó Amor de aquella
 Que Juno te ofreció, tu ninfa bella.
 Divino sueño, gloria de mortales,
 Regalo dulce al mísero afligido,

Sueño amoroso, ven á quien espera
Cesar del ejercicio de sus males,
Y al descanso volver todo el sentido.
¿Como sufres que muera
Lejos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien, que al mundo has hecho,
De tu vigor se agena?
Ven, sueño alegre, sueño, ven, dichoso,
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza;
Baja, y esparce líquido el rocío;
Huya la alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuanta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece,
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora;
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora;
Y lo que en mí faltó la noche fria,
Termine la cercana luz del dia.

Una corona, ó sueño, de tus flores
Ofrezco, tú produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos;
Que el aire entretejido con olores
Halaga, y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Ven pues, amado sueño, ven liviano,
Que del rico oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor, así te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

HERRERA.

ELEGIA.

Gustos de amor.

RUBIO Febo y crinado, que ascondido
En el ondoso seno de ocidente,
Dejas el cielo en torno oscurecido;
Si en las rosadas puertas de oriente
Rielaren tus puros rayos y oro
Con ardor de luz nueva y roja frente,
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;
Que hoy ví los ojos, do perdí herida
Mi alma en la beldad que amando adoro.
Ya pasó mi dolor; ya sé que es vida:
Ya puedo esperar bien en mi tormento,
Sin rezelar mi muerte aborrecida.

Verás de tu sublime y rico asiento
La trenza, que en mi afán se enreda y crece,
Suelta al tierno espirar del manso viento:

Las luces, do rendido amor se ofrece,
El semblante que en púrpura y en nieve
Dulcemente mezclado resplandece.

Pero sea, Titan, la vista breve,
Que si tu llama en ella se detiene,
Hará que en tí la suya el Niño pruebe.

Clarar la tierra y polo te conviene,
Y no ciego de aquella Luz hermosa,
Que en medrosa tiniebla te cóndene.

Solamente á mi alma venturosa
El amor concedió de su belleza,
Y la vida y la muerte gloriosa.

Sienta el Persa animoso mi riqueza;
Quien del Rin bebe osado la corriente,
Y del Vístula admira la grandeza;

Mi gloria á la primera incierta fuente
Del Fario Nilo, imitador del cielo,
Y corra á la apartada inculta gente.

Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,
Dende el curso de Ganges resonante,
Hasta el dichoso nuestro Esperio suelo;
Yo he sido el mas felice y cierto amante,

Y mi Luz entre todas la mas bella,
Aunque el Troyano incendio Homero cante.

No ilustra el giro escelso alguna estrella,
O corone á la esposa de Perseo,
O á quien de tí, Teseo, se querella,
Igual á esta mi Luz, que alegre veo,
Vibrar suaves rayos á mis ojos,
Y contiene en el mio su deseo.

Que de mi luengo afan, de mis enojos
Repuso la ocasion, y abrió camino
Fácil entre el horror de los abrojos.

Mi alma siente ya el ardor divino
Con dulzura amorosa, y renovado
El regalo, y sin fuerza el mal indino.

Ví su belleza inmensa, y ví alterado
Que el ánimo el placer me confundia,
Y la voz me dejó desamparado.

Llegó mi bien, y ví con alegría
De favor blando el pecho enriquecido,
Y escuché el tierno acento y armonía.

Si del cielo me fuera concedido
Levantar en grandeza el nombre mio
Con diadema y cetro esclarecido;

Y al Indo ardiente, y al Bisalta frio,
Sujeto á mi poder, y al fiero viera,
Que riega del Danubio el grande rio.

Sin esta Luz serena, por quien diera
La vida; si Amor sufre tanta gloria,
El imperio y tiara no quisiera.

Que mas deseo solo y sin memoria
Estar humilde en pobre apartamiento,
Cantando de mi bien la ufana historia :

Que con ella viviera mas contento;
Y sé bien que alcanzara con su lumbre
Gloria al dolor y grave mal que siento,
Y á mi nombre lugar en alta cumbre.

ELEGIA.

Al Desengaño.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuan poco me ofendo de mi daño.

Vuelvo los ojos, qué el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apenas está esculpido.

Procuro, ántes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último occidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.

Y cómo quien se vé del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.

Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.

Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.

¡O cierto desengaño vergonzoso!
¡O grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!

Tú me pusiste solo en un destierro,
De cuanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.

¡Cuantas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento!

Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fuéron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.

Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mio,
Cuando de merecer mas cerca estuve.

Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envió.

Tus mudanzas ¡ó tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo, y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.

La edad robusta huye apriesa, y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.

¡ Cuantas cosas mostró el sereno día
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría!

Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó; y en su ruina se postráron
Los muros de Micenas estimada.

Las vencedoras llamas abrasáron
Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabáron.

El Africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartágo.

Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de ocidente;

Y con valor, igual á su ventura,
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
• En cuanto cerca en uno y otro polo.

Tú domador de toda humana gente,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.

Osadas gentes, duras y sañosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas;

Tenid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid; ó crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volvais la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no veneida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.

Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; ántes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.

La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido Reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:

Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Lejos Atlante, y Abila cercano.

El impío Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro; y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inespugnable muro
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas; ó infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.

¡O cuanto en vano se ha expendido! ¡ó cuanto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto el, que vé todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin rezelo.

Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento;
¿Do está la fé que á la real alteza
Debes? ¿á do huyó de tu memoria?
¿A do la religion y su firmeza?

¿Piensas ó esperas alcanzar vitoria
Contra Dios, contra el Rey? ¿ó intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!

¡O, como crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!

Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcazar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí, España poderosa.

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos; y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfío;
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi obstinacion y desvarío.

Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene: y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.

¡Quien pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!

Varias revueltas de confusa vida
Dejadme respirar de mi deseco,
Dejadme ya curar esta herida:

Que todo cuanto pienso y cuanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.

¡Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, ambicion, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto, siempre y ama!

Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma á cualquier hora.

Y de cuanto fatiga y da cuidado
 A nuestros votos, libre va paciente,
 En todos los peligros no turbado;
 Y no sufre en su pecho ni consiente
 Que algun liviano afeto le dé asalto,
 Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes mayor, mas glorioso y alto,
 Que lo que alcanza fortaleza alguna
 Se vé, y de ricos bienes menos falto.

Firme y constante, sin temer fortuna,
 Con mesurado curso va contino,
 Y cualquier ocasion le es importuna.

No lo vé en el dudoso torbellino
 De las cosas el dia extremo; pero
 Dispuesto sí á seguille en su camino:

Nosotros, turba vil, con afan fiero
 Puestos en desear y amar estamos,
 Y en servir á este bien perecedero.

En mil casos presentes peligramos;
 Y pocas ó ninguna vez concede
 Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,
 Que caemos de la alta pesadumbre,
 Y alzarnos casi nunca nos sucede.

El mira de la sacra escelsa cumbre
 Los que erramos, y el gozo y vano intento
 Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate al yerto asiento
 Del elevado Olimpo, si no alcanza
 A su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastrera trae la esperanza,
 Desespere llegar á tal estado;
 Que aunque tenga de sí mas confianza,
 Al fin verá que en vano se ha cansado.

HERRERA.

CANCION.

*A Don Juan de Austria, vencedor de la batalla de
 Lepanto.*

CUANDO con resonante
 Trueno, y furor de rayo impetuoso

A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada.

En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.

La canora armonía
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el cielo, que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.

Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudó viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las Musas consonaban á su intento.

Cantaba la vitoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la Titania stirpe y su fiereza.

De Palas Atenea
El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda Egea
La indómita pujanza;
Y del Hercúleo brazo la venganza.

Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea hueste fué siniestra.

A tí, decia, escudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso,

Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte

Trajiste al hierro agudo de la muerte

Junto al doblado monte ;

Y abrió con diestra suerte

El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡ O hijo esclarecido

De Juno ! ¡ ó duro y no cansado pecho !

Por quien cayó vencido ,

Y en peligroso estrecho

Mimante pavoroso fué deshecho.

Tú cubierto de acero ,

Tú , estrago de los hombres indignado ,

Con sangre hórrido y fiero

Rompes acelerado

Del ancho muro el torreón alzado.

A tí libre ya debe

De rezelo Saturnio , que el profano

Linage , que se atreve

Alzar la osada mano ,

Sienta su bravo orgullo salir vano.

Mas aunque resplandezca

Esta vitoria tuya conocida

Con gloria , que merezca

Gozar eterna vida ,

Sin que yaga en tinieblas ofendida ;

Vendrá tiempo en que tenga

Tu memoria el olvido , y la termine ;

Y la tierra sostenga

Un valor tan insine ,

Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

Y el fértil ocidente ,

Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña ,

Descubrirá presente

Con prez y honor de España

La lumbre singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede

Aquel ramo de Cesar invencible ,

Que su valor herede , • •

Para que al Turco horrible

Derribe el corazón y ardor terrible.

Véase el pérfido bando

En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.

Y allí, de miedo ageno,
Corre, cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estancia,
Y sigue de sus odios la venganza.

Mas despues que aparece
El Jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la impía guerra.

Cual tempestad ondosa
Con horrisono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta.

O cual del cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho;
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.

La fama alzará luego,
Y con las alas de oro la vitoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria;

Y estenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto Indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance rezelara,

El vencedor Tonante,
 Ni sacudiera el brazo fulminante.
 Traed cielos huyendo
 Este cansado tiempo espacioso,
 Que oprime deteniendo
 El curso glorioso:
 Haced que se adelante presuroso.
 Así la lira suena,
 Y Jove el canto afirma, y se estremece
 El Olimpo, y resuena
 En torno y resplandece,
 Y Mayorte dudoso se oscurece.

HERRERA.

*Traducción de un trozo de la Elegía 3ª, lib. 2º de
 Tibulo.*

Al campo va mi amor, y va á la aldea,
 El hombre que morada un punto solo
 Hiciere en la ciudad, maldito sea.

La mesma Venus deja el alto polo,
 Y á los campos se va, y el dios Cupido
 Se torna labrador por esto solo.

¡Ay, yo con que placer, si permitido
 Me fuera ir, donde estás, con el arado
 Rompiera el fértil campo endurecido!

Y en hábito de aldea disfrazado,
 Siguiere el paso de los bueyes lento,
 De tus hermosos ojos sustentado.

Si me abrasara el sol, ningun tormento
 Sintiera, ni dolor, aunque la esteva
 Las manos me llagara en partes ciento.

Que Apolo bien así en forma nueva
 De las vacas de Admeto fué vaquero,
 Y hizo de su amor ilustre prueba.

La música y belleza contra el fiero
 Amor no le valió, ni saludable
 Yerba de cuantas él halló primero.

Toda su medicina al incógnito
 Golpe quedó rendida, y traspasada
 Su alma fué con flecha penetrable.

Llevó y tornó del pasto la vacada,
La leche por su mano fué exprimida,
Y con el blanco cuajo fué mezclada.

Y con delgadas mimbres fué tejida
La forma para el queso de su mano,
Dejando libre al suero la salida.

¡Ay! ¡cuantas veces, cuantas de su hermano,
Que en pos de algún novillo le encontraba,
Se avergonzó Diana, mas en vano!

El cabello que al oro despreciaba,
Revuelto le traía, y désgrñado,
Que el duro amor así se lo mandaba.

¡O venturosa edad! ¡siglo dorado,
Cuando sin deshonor, ni inconveniente
Aun á los mismos Dioses era dado
Servir al dulce amor abiertamente!

FRAY LUIS DE LEON.

*Traducción de un trozo de la Elegía 1ª, lib. 2º de
Tibulo, sobre el Amor.*

En los amenos campos, entre flores,
Entre el galán novillo y el ligero
Potro, nació también el Dios de amores.

Aquí se ejercitó también el fiero
En lanzar el arpon ¡ay! rudamente,
Tan penetrable ahora y tan certero.

No ya el ganado, la doncella siente
La cruda herida, y doma el inhumano
La condicion del jóven mas valiente.

El oro desperdicia el mozo insano
Por él; de su ingratisima aterido
Ronda las puertas el cascado anciano;

Y la doncella tierna sin ruido
Las plantas mueve, y frustra la cuidosa
Madre que vela con atento oído.

Palpando por la estancia tenebrosa
Camina á do la atiende el fiel amante,
Y descansa en sus brazos amorosa.

¡Infeliz el que flecha penetrante
Hirió de amor, y bienaventurado
El que le vió este Dios de buen talante!

Ven tambien á la fiesta, Dios vendado,
Mas lejos de nosotros ten tu ardiente
Saeta, ten lejos el arpon alado.

Cantad al Dios de amor: abiertamente
Le invoque cada uno á la majada,
Y á su pecho le llame ocultamente,

O á voces el que quiera: ¿ya enredada
No veis la turba en juegos amorosos,
Y la danza lasciva comenzada?

Jugad; que los caballos tenebrosos
Unce la noche; el escuadron lucido
De astros ya la siguen silenciosos.

En pos viene el Morfeo adormecido,
Que las alas batiendo tardamente
Espira sueño, y deja en él sumido
El hombre y la alimaña juntamente.

MARCHENA.

ELEGIA.

A Licoris.

DEL airado Mavorte la cruza
; O! no cantes mi Lira, ni la insana
Sed de sangre, el furor y la fiereza:

Mas dí de Venus, reina soberana
De Pafos, el poder, dí los amores,
Y de las gracias la belleza humana;

Canta del Dios vendado los loores,
De Cupido, certero las doradas
Flechas, su blanda risa, y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadas
Aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
Enciende mis entrañas frias y heladas.

; O mil veces fatal ruego, imprudente
Súplica, por mi mal bien acogida!
; O condicion de amor cruda, inclemente!

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida
Piedad muestra en su rostro; y apostura
Dulce el falso, y sonrisa fementida.

Del Betis á la orilla una hermosura
(Amarla es tu destino eternamente)
Te ofrezco; parte, corre á tu ventura.

Dijo, y voló: yo loco encontinente
El Manzanares dejo, y desalado
Al Betis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay mas libertad, ¡ay! ya aherrrojado
Licoris en durísimas prisiones
Me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones
Arrastro, mientras que tormenta horrible
Levantán en mi pecho las pasiones.

Amor en fuego ardiente, inestinguible
Me abrasa sin cesar, jamás la hoguera
Aparta, que esquivar me es imposible;

Que el cruel me persigue por doquiera,
Cual cierva á quien letal punta acerada
El costado rompió con llaga fiera,

Que el monte, el llano corre la cuitada
El doliente bramido al Cielo alzando,
Del rabioso dolor siempre aquejada:

Así mi cruda pena va aumentando
La aguda flecha con que amor me ha herido,
Siempre el enfermo pecho lastimando.

La imágen de Licoris, el bruñido
Cabello de azabache, la alta frente,
El sonrosado labio, el cuello erguido,

Y el hablar, y el reir suavemente
Amor grabó con punta de diamante
En el mezquino corazón doliente.

Mora Licoris en mi pecho amante,
Licoris mora en él: vos, amadores,
De Gnido desertad la ara humeante.

Ved cual la abandonáron los amores,
Y á Licoris festivos rodeando
De guirnaldas la ciñen de mil flores.

El sangriento Cupido está aguzando
La inevitable flecha, y falsa risa
Va por sus labios pérfidos vagando.

¿Quien de mi dulce bien vió la sonrisa,
Y cantar pudo la ambición, la guerra
Que los tronos trastorna, rompe y pisa?

Obra de un Dios maligno es nuestra tierra;
El duelo la pasea de continuo,
Que todo bien lejos de sí destierra;

Y cuando el placer muestra su divino
 Rostro, nosotros necios le esquivamos.
 ¡O del error efeto el mas indino!

Que la flor de la vida así pasamos:
 La vejez nos señala el tenebroso
 Ataud que en vano tristes evitamos.

Gusta, Licoris mia, el delicioso
 Néctar de amor, agora que te es dado
 Del tiempo, del placer nuestro envidioso,
 Y nunca sin desdicha despreciado.

MARCHENA.

SILVA.

A la Rosa.

PURA encendida rosa,
 Emula de la llama,
 Que sale con el día,
 ¿Como naces tan llena de alegría,
 Si sabes que la edad que te da el Cielo,
 Es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y ni valdrán las puntas de tu rama,
 Ni tu púrpura hermosa,
 A detener un punto
 La ejecucion del hado presurosa.
 El mismo cerco alado,
 Que estoy viendo riente,
 Ya temo amortiguado,
 Presto despojo de la llama ardiente.
 Para las hojas de tu cresco seno
 Te dió amor de sus alas blandas plumas,
 Y oro de su cabello dió á tu frente.
 ¡O fiel imagen suya peregrina!
 Bañóte en su color, sangre divina,
 De la deidad que diéron las espumas.
 ¡Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
 Hacer menos violento el rayo agudo!
 Robate en una hora,
 Robate licenciado su ardimiento
 El color y el aliento:
 Tiendes aun no las alas abrasadas,
 Y ya vuelan al suelo desmayadas:

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudó si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

RIOJA.

SILVA.

Al Jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del cano estío!
¡Cual habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presume
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio;
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío:
O, si no es rumor vano,
La misma blanca Diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pié estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba.
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pié ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en tu cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante,
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,

Y amenaza á su cuello y á su frente
 Cierta y veloz ruina,
 Nunca tan licenciosa se adelanta,
 Que al incansable suceder se opone
 De la nevada copia,
 Que siempre al mayor sol igual florece,
 É igual al mayor hielo resplandece.
 ¡ O jazmin glorioso !
 Tú solo eres cuidado deleitoso
 De la sin par hermosa Citérea,
 Y tú tambien su imágen peregrina.
 Tu cándida pureza
 Es mas de mí estimada,
 Por nueva emulacion de la belleza
 De la altiva luz mia,
 Que por obra sagrada
 De la rosada planta de Dione :
 A tu escelsa blancura
 Admiracion se debe,
 Por imitar de su color la nieve,
 Y á tus perfiles rojos,
 Por emular los cercos de sus ojos,
 Cuando renace el dia
 Fogoso en oriente,
 Y con color medroso en occidente,
 De la espantable sombra se desvía,
 Y el dulce olor te vuelve,
 Que apaga el frio, y que el calor resuelve,
 Al espíritu tuyo
 Ninguno habrá que iguale;
 Porque entónces imitas
 Al puro olor que de sus labios sale.
 ¡ Oh ! corona mis sienes,
 Flor, que al olvido de mi luz previenes.

RIOJA.

SILVA.

A la Pobreza.

DESDE el infausto dia,
 Que visité con lágrimas primeras,
 Me tienes ¡ ó pobreza ! compañia:

Aunque tan buena, como dicen, fueras,
Por ser tanto de mí comunicada,
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos, que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes;
Tal vez el que en su casa un monte asconde,
De Numidia y de Paro,
En aras y paredes,
Cuando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
Llegas á ser de alguno al fin loada,
Mas de ninguno apénas deseada:
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Como podrá ninguno codiciarte?
Después que nació el oro,
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino:
Y por eso, pobreza, en toda parte,
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales,
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Que ciudad populosa
Se sabe, que por tí se haya fundado?
¿Que fuerza inespugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?
El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Pintame la belleza
Mayor que imaginares,
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares,
Su lustre pierde y gracia soberana;
Pues cuando el agro invierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien, siempre desnudo,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja,

Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia ya la gente,
Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Cuando armarse pudieron vastas naves,
Donde se vió tu sombra?
¿Cuando ejércitos gruesos?
El número infinito de sucesos
Que por tí han avenido, ¿á quien no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
Que en las playas blanquean,
De tantos, que por falta de sustento
Al mar rindiéron el vital aliento.
¿Cuantos has escondido
En los anchos desiertos,
Para que al mal seguro caminante
Asalten encubiertos?
¿O en cuantas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades,
¿Que afrenta no padecen?
Lo que por sus ingenios merecieron,
¿O pobreza! por tí lo desmerecen.
¿Que pobre hubo discreto?
¿Cuando tuvo amistades,
Que aun con pequeño honor correspondieron?
¿Cuando con la pobreza algun respeto
Jamás se tuvo á las tendidas canas,
Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¿O de la humana gente mentes vanas!
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna,
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que cuantos hijos van saliendo
Del nunca en vano frecuentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo,
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿Que vale, ó pobres, levantaros tanto?

Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda :
Que yo apenas humilde y sin contienda,
Puedo contar en paz algunas horas,
De las que paso en el silencio oscuro,
Olvidado en pobreza, y no seguro.

RIOJA.

SILVA.

Al fuego.

El fuego que emprendió leves materias
Ligeras y atrevidas,
Cuanto fueron mas fáciles y aéreas,
Cuanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas apenas tonante,
De los cóncavos senos de la mina,
El aire se arrebató,
Y en círculos de humo se dilata;
Cuando no se vé mas que la ruina,
Rotas columnas, y deshechas basas,
Ceniza, y polvo oscuro
Del alta mole, y del trabado muro.
Impía hazaña, y fiera
Por conseguir el natural intento
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmutable montaña :
Impía y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano,
Y al vano afecto poderosa mano.
No así, vagante llama,
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa;
Y esforzada del viento,
Discurre por el bosque á paso lento.

Esplende y arde en el silencio oscuro,
 Emula de los astros :
 Arde y esplende al rutilante y puro
 Cándido aparecer de la mañana,
 Y sobra y vence al sol siempre segura.
 Abrasadora del verdor del pino
 Levanta entre sus ramas
 Globos de fuego y máquinas de llamas :
 Y en el sólido tronco y mas secreto
 Del laurel y el abeto
 Estalla y gime y luce,
 Nunca del Euro ó Noto escurecida,
 Ni de la inmensa lluvia destruida.
 Tal en mi pecho inapagable incendio
 Eterno se sustenta,
 Y tal como violenta
 Y vana y leve exhalacion huyéron .
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardiéron.

RIOJA.

CANCION.

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fuéron un tiempo, Itálica famosa.
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué : por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosa
 Reliquia es solamente.
 De su invencible gente
 Solo quedan memorias funerales,
 Donde erráron ya sombras de alto ejemplo :
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apénas quedan las señales :
 Del gimnasio, y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas;
 Las torres que desprecio al aire fuéron,
 A su gran pesadumbre se rindiéron.
 Este despedazado anfiteatro,
 Impío honor de los Dioses, cuya afrenta

Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡O fábula del tiempo! representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues, fieras hay, do está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?
Todo desapareció; cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos;
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que vé del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodáron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los víéron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el Cesar fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares muriéron,
Y aun las piedras que de ellos se escribiéron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta
Nemesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así Troya figuro,
Así su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apénas,

¡O patria de los Dioses y los Reyes!
 Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
 Emulacion ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
 Que no os respetó el hado, no la muerte,
 ¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
 ¿Mas para que la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente,
 Que aun se vé el humo aquí, se vé la llama,
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
 Tal genio ó religion fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada,
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva, que se le opone resonando,
Itálica; y el claro nombre oido
 De *Itálica*, renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina:
 ¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

RIOJA.

ODA.

A la flor de Gnido.

Si de mi baja lira
 Tanto pudiese el son, que en un momento
 Aplacase la ira
 Del animoso viento,
 Y la furia del mar, y el movimiento;
 Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciese
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviese,
 Y al son confusamente los trajese;
 No pienses que cantado
 Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
 El fiero Marte airado,

A muerte convertido,
De polvo, y sangre, y de sudor teñido.

Ni aquellos Capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,
Y los Franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada.

Y como por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.

Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano,
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por tí, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso :
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo;

Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hagate temerosa
El caso de Anaxarete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.

Estabase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido :

Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion agena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspezeza.
¡O tarde arrepentirse!
¡O última terneza!
¡Como te sucedió mayor dureza!

Los ojos se enclaváron
En el tendido cuerpo que allí viéron,
Los huesos se tornáron
Mas duros, y creciéron,
Y en sí toda la carne convirtiéron.

Las entrañas heladas
Tornáron poco á poco en piedra dura :
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura :

Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y transformada,

Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Nemesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Basta que tus perfetas
Obras, y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste y miserable.

GARCILASO.

CANCION.

A una Cierva herida.

DOLIENTE cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento, y con el seno
Bello, de la corriente sangre hinchado,
Débil, y descaida tu hermosura:
¡Ay! que la mano dura,
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado, y blando
Pecho pasado del veloz montero:
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vâno dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos; permitiendo

Crudos astros, que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado.
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente,
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas, y memorias fieras.

Cuando, por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes :
Cuando de verde mirto, y de floridas
Violetas, tierno acanto, y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes.
Cuando, las horas tristes,
Ausentes, y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica, y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida,
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa :
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa :
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,

Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes,
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron mas triunfantes.

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ODA.

A Filis, exhortandola á gozar de su edad florida.

MIRA Filis, furiosa
Onda, que sigue, y huye la ribera
Y torna presurosa
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.

Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos,
Solian adornadas
De cardenos y rojos
Ramos lucir ante tus bellos ojos.

Vino del Austro frio
Hibierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrío,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.

Agora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos, y tu frente dora:

Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmda y argentada
Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fijo coro.

Goza Filis del aura
 Que la concha de Venus hiere; dado
 Que apénas se restaura
 El contento pasado,
 Como el dia de ayer, y el no gozado.
 Vendra la temerosa
 Noche, de nieblas y de vientos llena,
 Marchitará la rosa
 Purpúrea, y la azucena
 Nevada, mustia tornará de amena.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ODA.

*A Tirsis, persuadiendole á no esponer su nave á la
 braveza del mar airado.*

¡Tirsis! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza
 Tu navecilla contrastada y frágil
 A la seguridad del puerto; mira
 Que se te cierra el Cielo.

El frio Boreas, y el ardiente Noto,
 Apoderados de la mar insana,
 Anegáron agora en este piélago
 Una dichosa nave.

Clamó la gente mísera, y el Cielo
 Escondió los clamores y gemidos
 Entre los rayos, y espantosos truenos
 De su turbada cara.

¡Ay; que me dice tu animoso pecho
 Que tus atrevimientos mal regidos
 Te ordenan algun caso desastrado
 Al romper de tu Oriente!

¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
 Trae en sus remolinos polvorosos
 Las imitadas mal seguras alas
 De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa
 Viene del abrasado monte donde
 Yace muriendo vivo el temerario
 Encélado, y Tifco?

Conoce desdichado tu fortuna,
Y preven á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonora
De los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el airado Cielo
Menos se encruelece de continuo
Con quien se anima menos.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ODA.

A Filis. — Elogio de la mediania.

¿VISTE, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo
La roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?
¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roja, y acelerada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste Cielo,
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?
¿Lucidas flores viste,

A quien ; ó Aurora ! fuiste su Lucina,
Y viene el Euro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?
 Así fué mi ventura ,
Y así, Filis, podria ser tu suerte :
No vivas tan segura
Del mal, que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.
 Cuando Júpiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle ; que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.
 El aire se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas, y crece, .
Sopla, y está silbando,
Y en el suelo las flores regalando.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ODA.

A Filis. — La Primavera.

SALE de la sagrada
Cipro la soberana Ninfa Flora,
Vestida, y adornada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el Cielo dora.
 De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo hibierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
 Deslizase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
 Corre bramando, y salta,
Y codiciosamente procurando

Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando,
Con la espuma que cuaja golpeando.

Viste, y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.

El regalado aliento
Del bullicioso Céfito encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece, y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido, cuanto
Baña el mar, tiene el suelo, el Cielo cria,
A mas bien con el llanto,
Que al asomar del día
Viene haciendo la Aurora húmida y fria :

Todo brota, y estiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa ;
La vid enlaza, y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.

Yo triste, el Cielo quiere,
Que yerto hibierno ocupe el alma mia,
Y que si rayo viere
De aquella luz del día,
Furioso sea, y no como solia.

Renueva Filis esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada :
Ven, Primavera, ven, mi flor amada.

Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza, que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ENDECHAS.

Duelos de un amante desdeñado.

El pastor mas triste,
Que ha seguido el cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola,
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo, y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hallale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele dellos,
Y por ser mas dulces

Que su arrullo tierno,
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Que ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,
Que tras lo perdido
No caerá contento.

EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE.

ANACREONTICA.

A un pajarillo.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado :
Vile tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía,
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama,
Parece que decía :
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía :
Y que le respondía
El rústico : no quiero.

DON ESTEBAN DE VILLEGAS.

A Lidia que ha robado las flechas del amor.

Sobre el márgen de un río,
De árboles tanto umbrío,
Cuanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estío,

Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éstasis tenia,
Todo cuanto solia
Arder en vivo fuego.

Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba
Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.

El yace al fin dormido,
Y Lidia que le vido
Despierta, y levantada,
Cual tigre estimulada
Al cazador rendido,

A la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entónces decia,
Viendola que tenia
La ocasion del copete:

Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos,
No has menester mis flechas.

DON ESTEBAN DE VILLEGAS.

TRADUCCION DE ANACREONTE.

A un Platero.

UNA taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, no me pintes

Armadas ni peleas.
¿Porque yo que con Marte?
Solo harás que ella sea,
Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,
Ni el Orion que hiela.
¿Que á mí las Pleyadas
O el Bootes me prestan?
Pero grabame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente
Que los oprima en ella,
Con Amor y Batilo
Mas bello que las bellas.

DON ESTEBAN DE VILLEGAS.

ROMANCE MORISCO.

Los primeros amores de una Mora.

FAMOSOS son en las armas
Los Moros del Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Oran del Castellano,
En Ceuta del Portugues.

Tan dichoso fuera el Moro,
Cuan dichoso podrá ser,
Si le bastara el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor,
Con un arpon de desden
Le despidió Belerifa,
La hija de Ali Muley.

Atento á sus demasías
En amar y aborrecer,

POESIA PROFANA LIRICA.

Quiso el niño Dios vendido
Ser testigo, y ser Juez.

Miraba el fiero Africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza tráidora,
Y á un desengaño fiel.

Ya rindiendo á su enemiga
Y entregandole á merced
Las llaves del albedrío
Los pendones de la fé.

Mirabalo en los ramblares,
Ora á caballo, ora á pié,
Rendir el fiero animal
De las otras fieras rey.

Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata Mora
La respetada pared.

Mirabalo el mas galan
De cuantos Africa vé
En servicio de las Damas
Vestir morisco alquicel.

Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés.

Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez,
(Obra al fin con todo digna
De artífice Cordobes)

Solicita los balcones
Donde se anida su bien ,
Comenzando en armonía ,
Y feneciendo en tropel.

No le dió al hijo de Venus
El Moro poco placer;
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,

Miraba á la bella Mora
Salteada en su vergel,
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quien es.

POESIA PROFANA LIRICA.

371

Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Y á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.

De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos esten
Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.

Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien :

Así quiera Dios, Señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Xerez ;

Como esa curiosidad
Es una (á mi parecer)
De un amor recien nacido,
Que volará ántes de un mes.

Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez,
Que ya fué de blancos lilijs,
Sin sabella responder.

Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender .
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red.

Y comenzó Belerifa
A hacer contra amor despues,
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

GONGORA.

ROMANCE.

El bien y el mal.

¡ Oh cuan bien que acusa Alcino
Orfeo de Guadiana,
Unos bienes sin firmeza,
Unos males sin mudanza.

POESIA PROFANA LIRICA.

Pulsa las templadas cuerdas
 De la cítara dorada,
 Y al son desata los montes
 Y al son enfrena las aguas.
 ¡Oh cuan bien canta su vida,
 Cuan bien llora su esperanza!
 Y el monte y el agua escuchan
 Lo que llora y lo que canta.
 La vida es corta y la esperanza larga,
 El bien huye de mí, y el mal se alarga.
 El bien es aquella flor,
 Que la vé nacer el alba,
 Al rayo del sol caduca,
 Y la sombra no la halla.
 El mal la robusta encina,
 Que vive con la montaña,
 Y de siglo en siglo el tiempo
 Le peca sus verdes canas.
 La vida es ciervo herido
 Que las flechas le dan alas;
 La esperanza el animal,
 Que en sus piés mueve su casa.
 La vida es corta y la esperanza larga,
 El bien huye de mí, y el mal se alarga.

GONGORA.

ROMANCE.

La Inconstancia.

GUARDA corderos, Zagala,
 Zagala, no guardes fé,
 Que quien te hizo pastora
 No te escusó de muger.
 La pureza del armiño,
 Que tan celebrada es,
 Vistela con el pellico
 Y desnúdala con él.
 Deja á las piedras lo firme,
 Advirtiéndole que tal vez,
 A pesar de su dureza,
 Obedecen al síncel,

Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pié,
Que con las hojas cortesés,
A cualquier Céfitro cree.

Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.

Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.

No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.

El cristal de aquel arroyo
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imágen,
Hasta que la vuelve á ver.

La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Venus que
Poblando dellas, sus alas
Viste sus flechas tambien.

No pues tu libre albedrió
Lo tiranice interes,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de infiel.

Sacude preciosos yugos
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.

Mal hayas tú, si constante
Mirases al sol, y quien
Tan águila fuere en esto
Dos veces mal haya, y tres.

Mal hayas tú, si mirares
En lasciva candidez,
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué.

Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,

POESIA PROFANA LIRICA.

Ninfa de las selvas ya,
 Vocal sombra vino á ser.
 Si quieres pues, Zagaleja,
 De tu hermosura cruel
 Dar entera voz al valle,
 Desprecia mi parecer.

GONGORA.

ROMANCE MORISCO.

Juegos de cañas en Granada.

Ocho á ocho, diez á diez,
 Sarracinos y Aliatares,
 Juegan cañas en Toledo
 Contra Adalifes y Azarques.
 Publicó fiestas el Rey
 Por las ya juradas paces,
 De Zaide Rey de Belchite
 Y del Granadino Atarfe.

Otros dicen que estas fiestas
 Sirviéron al Rey de achaque,
 Y que Zelindaja ordena
 Sus fiestas y sus pesares.
 Entráron los Sarracinos
 En caballos alazanes,
 De naranjado y de verde
 Marlotas y capellares.
 En las adargas traian
 Por empresas sus alfanges,
 Hechos arcos de Cupido,
 Y por letra fuego y sangre.
 Iguales en las parejas
 Los siguen los Aliatares,
 Con encarnadas libreas
 Llenas de blancos follages.
 Llevan por divisa un cielo
 Sobre los hombros de Atlante,
 Y un mote que así decia :
Tendrélo hasta que me canse.

Los Adalifes siguiéron
 Muy costosos y galanes,
 De encarnado y amarillo

Y por mangas almaizales.
Era su divisa un ñudo
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre el bastan
En que dicen, *fuerzas valen*.

Los ocho Azarques siguiéron
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado, y pajizo,
Y unas hojas por plumages.
Sacáron adargas verdes
Y un cielo azul en que se asen
Dos manos, y el mote dice,
En lo verde todo cabe.

No pudo sufrir el Rey
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias
Y su pensamiento en balde.
Y mirando á la cuadrilla
Le dijo á Selin su Alcaide,
Aquel sol yo lo pondré,
Pues contra mis ojos sale.

Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben, ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.

Si se adarga, ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar, « Alá te guie, »
Y del Rey un « muera, dadle. »
Zelindaja sin respeto
Al pasar por rocialle,
Un pomo de agua vertia,
Y el Rey gritó, *paren, paren*.
Creyéron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey zeloso
Prendan al traidor de Azarque.
Las dos primeras cuadrillas

Dejando cañas aparte
Piden lanzas, y ligeros
A prender el Moro salen.
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Las otras dos resistian
Si no les dijera Azarque,
Aunque amor no guarde leyes,
Hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y vitoria
Lloren unos, y otros callen.
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Prendieron al fin al Moro,
Y el vulgo para libralle
En acuerdos diferentes
Se divide y se reparte.
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Solo Zelindaja grita,
Libralde, Moros, libralde,
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza della
Diciendo: ¿loca, que haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Llegó un recado del Rey
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Zelindaja, digan
Al Rey que por no trocarme
Escojo para prision

La memoria de mi Azarque.
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

PEREZ DE HITA.

ROMANCE MORISCO.

Fiesta de toros en Granada.

ESTANDO toda la corte
De Abdili Rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta
Habiendo hecho la zambra.
Por r  speto de unas fiestas
De gran nombrad  a y fama,
Por la cual se corren toros
En la plaza Bibarrambla.

Estando corriendo un toro
Que su braveza espantaba,
Se presenta un caballero
Sobre un caballo en la plaza.
Con una marlota verde
De damasco bandeada,
El capellar de lo mismo
Muestra color de esperanza.
Plumas verdes y el bonete
Parecen de una esmeralda,
Seis criados van con   l,
Que le sirven y acompa  an.
Vestidos tambien de verde
Porque su se  or lo manda,
Como aquel que en sus amores
Esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo
Cualquier criado llevaba,
Negros eran de color
Y bandeados de plata.

Conocen al caballero
Por su presencia bizarra,
Que era Gazul el muy fuerte,
Caballero de gran fama.
El cual con gentil donaire
Se puso en medio la plaza

Con un rejon en la mano
Que al gran Marte semejaba,
Y con ánimo invencible
Al fuerte toro aguardaba.

El toro cuando le vido,
Al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los piés,
Cosa que gran temor daba.
Y despues con gran braveza
Acia el caballo arrancaba,
Por herirle con sus cuernos
Que como aleznas llevaba;
Mas el valiepte Gazul
Su caballo bién guardaba.
Porque con el rejon duro
Con destreza no pensada,
Al bravo toro heria
Por entre espalda y espalda.
El toro muy mal herido
Con sangre la tierra baña,
Quedando en ella tendido,
Su braveza aniquilada.

La Corte toda se admira
En ver aquella hazaña,
Y dicen que el caballero
Es de fuerza aventajada.
El cual, corridos los toros
El coso desembaraza
Haciendole al Rey mesura
Y á Lindaraja su dama,
Lo mismo hizo á la Reina
Y á las damas que allí estaban.

PÉREZ DE HITA.

ROMANCE MORISCO.

Muerte dada por Gazul al novio de Zaida.

SALE la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge.
Y con ella un fuerte Moro

Semejante á Rodomonte,
Sale de Sidonia airado
De Xerez la vega corre.
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
Santa María del puerto
Recibe famoso nombre ;
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Lo deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre.
Y aquella noche se casa
Con un Moro feo y torpe,
Porque fué alcaide en Sevilla
Del alcazar y la torre.
Quejabase gravemente
De un agravio tan inorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zaida, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte,
¿ Como permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas que son mias
Agená mano se adorne ?
¿ Es posible que te abrazes
A las cortezas de un robre,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruta y flores ?
Dejaste un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones.
Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Que aun apénas le conoces.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por celos le suspires

Y por ausencia le llores,
Y en la cama le fastidies,
Y que á la mesa le enojés,
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Ni en las zambras, ni en las fiestas
No se vista tus colores;
Ni el almaizal que le labres,
Ni la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre.
Y para verle en las cañas
No consienta que te asomes
A la puerta ni ventana,
Para que mas te alborotes.

Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces;
Y si mucho le quisieres,
De verle muerto te asombres:
Que es la mayor maldicion
Que te pueden dar los hombres,
Y plega Alá que suceda
Cuando la mano le tomes.

Con esto llegó á Xerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces.
Y los Moros fronterizos
Que por todas partes corren,
Con mil hachas encendidas
Con las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche,
Arrojado le ha upa lanza
De parte á parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
Desnudó el Moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

Otro al mismo asunto.

No de tal braveza lleno
Rodamonte el Africano,
Que llamáron Rey de Argel,
Y de Larza intitulado,
Salió por su Doralice
Contra el fuerte Mandricardo;
Como salió el buen Gazul
De Sidonia aderezado,
Para emprender un gran hecho,
Tal que nunca se ha intentado.

Y para esto se adorna
De jacerina, y un jaco,
Y al lado puestó un estoque,
Que de Fez le fué enviado:
Muy fino de duros temples,
Que lo forjara un Cristiano
Que allá estaba en Fez cautivo
Y del Rey de Fez esclavo;
Mas lo estimaba Gazul
Que á Granada y su Reinado.

Sobre las armas se pone
Un alquicel leonado;
Lanza no quiere llevar
Por ir mas disimulado.
Partese para Xerez,
Do lleva puesto el cuidado:
Tropella toda la vega
Corriendo con su caballo,
Vadeando pasa el rio
Que Guadalete es llamado,
El que da famoso nombre
Al puerto antiguo, y nombrado,
Cual dicen Santa María
Deste nuestro mar Hispano.

Así como pasó el rio
Mas aprieta su caballo,
Para llegar á Xerez
No muy tarde, ni temprano.
Porque se casa su Zaida

Con un Moro Sevillano,
Por ser rico y poderoso,
Y en Sevilla emparentado,
Y biznieto de un Alcaide,
Que fué en Sevilla nombrado,
Del alcazar y su torre,
Moro valiente, esforzado.

Pues con este la su Zaida
El casamiento ha tratado,
Mas aqueste casamiento
Caro al Moro le ha costado,
Porque el valiente Gazul,
Como á Xerez ha llegado,
A dos horas de la noche,
(Que así lo tiene acordado)
Junto á la casa de Zaida
Se puso disimulado,
Pensando está que haria
En un caso tan pesado.
Determina de entrar dentro
Y matar al desposado.

Ya que en esto está resuelto,
Vido salir muy despacio
Mucha caterva de gente,
Con mil hachas alumbrando.
La Zaida venia en medio
Con su esposo de la mano,
Que los llevan los padrinos
A desposar á otro cabo.

El buen Gazul que los vido
Con ánimo alborotado,
Como si fuera un Leon
Se habia encolerizado.
Mas refrenando la ira
Se acercó con su caballo,
Por acertar con su intento
Y en nada salir errado,
Y aguarda llegar la gente
Adonde él está parado.

Y como llegaron junto,
A su estoque puso mano,
Y en alta voz que le oyéron

Desta manera ha hablado :
No pienses gozar de Zaida,
Moro bajo, y vil villano,
No me tengo por traidor,
Pues que te aviso y te hablo :
Pon mano á tu cimitarra,
Si presumes de esforzado.

Estas palabras diciendo
Un golpe le habia tirado,
De una estocada cruel,
Que lo pasó al otro cabo.
Muerto cayó el triste Moro
De aquel golpe desastrado,
Todos dicen, « muera, muera
Hombre que ha hecho tal daño. »
El buen Gazul se defiende ;
Nadie se llega á enojarlo ;
Desta manera Gazul
Se escapa con su caballo.

PÉREZ DE HITA.

ANACREONTICA.

Los cantares del Poeta.

TRAS una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle
La senda á perder vine.
Recostéme cansado ;
Y un sueño tan felice
Gocé, que aun hoy gustoso
Mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
De belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre.
Amor un dulce tiro
Riendo me despide ;
Y entrámbas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca

Despues; y así apacibles
 Con voz muy mas suave
 Que el céfiro, me dicen :
 Tú de las roncás armas
 Ni oirás el son terrible,
 Ni en mal seguro leño
 Brámar las crudas sirtes.
 La paz y los amores
 Te harán, Batilo, insigne;
 Y de Cupido y Baco
 Serás el blando cisne.

MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICA.

Los labios de Dorila.

LA rosa de Citeres,
 Primicia del Verano,
 Delicia de los Dioses,
 Y adorno de los campos :
 Objeto del deseo
 De las bellas, del llanto
 Del Alba feliz hija,
 Del dulce Amor cuidado :
 ¡ O ! ¡ cuan atras se queda,
 Si necio la comparo
 En púrpura y fragancia,
 Dorila, con tus labios !
 Ora el virginal seno
 Al soplo regalado
 De aura vital desplegue
 Del Sol al primer rayo :
 Ora en subido aroma
 Mas feliz tu nevado
 Seno inunde; y tú inclines
 La nariz por gozarlo.

MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICA.

A las abejas.

SOLÍCITAS abejas,
No en los tendidos valles
Mas revoleis inquietas
Por vuestra miel suave :
No apureis de la rosa,
Cuando el rubio Sol nace,
Las perlas de que el Alba
Llenó su tierno cáliz.
Ni su albor puro sienta
La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscais azahares.
Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa ; y con la nieve
De sus pechos contraste.
Mas los labios floridos
Asaltad susurrantes
De mi amada ; y el néctar
Que destilan robadle.
Allí nardo, y aromas,
Y dulzor inefable,
Y liquido rocío
Hallaréis abundante.
Pero dad á los míos
Del feliz robo parte ;
Sin que á herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante.
Que es su boca divina
Venero inagotable
De miel suave y pura,
De gracias celestiales.

MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICA.

Albergue del Amor.

De mi donosa al lado,
Seguia de amor ciego
De sus amables ojos
El dulce movimiento.
Que ora en llamas vivaces
Centelleaban inquietos;
Y cual rayos agudos
Traspassaban mi pecho.
Ora al paso á los mios
Salian halagüenos,
Mi espíritu inundando
De celestial contento.
Ora en giro voluble
Se perdieran traviesos,
Huyendo de mis fieles
Pupilas el encuentro.
Ora hallarlas querian;
Y ora en lánguido fuego
Sobre mí se fijaban
Desmayados y tiernos.
Entónces, ¡ay! entónces
Mi crédulo deseo
Ver pensó deslumbrado
Al niño Amor en ellos.
Y alentado dél mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.
Empero mis amores
Donosa sonriendo,
¡Ay! dijo: no en mis ojos
Está el Amor, ¡ó necio!
Sino en mi boca: y blanda,
Los labios entreabiertos
De rosa, de armonía
Llenó su voz el viento.
Yo al oirla encantado

Corrí loco á su encuentro :
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso ;
Y en sus purpúreos labios
Y en su fragante aliento.
Así feliz de entónces,
Cuando á Amor hallar quiero,
Corro á su amable boca,
Y allí, allí le sorprendo.

MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICA.

El Amor fugitivo.

POR morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran ;
Y tres besos divinos
Dar promete Dione
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan ;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fugitivo.
¿ Daréle yo á Citeres ?
¿ Le dejaré en su asilo ?
¿ O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos ?
¡ Ay ! tú , á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame, dame uno solo ;
Y tomale , bien mio.

MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICA.

Los hoyos de las mejillas de Dorila.

¿SABES, dí, quien te hiciera,
Idolatrada mía,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?
¿Esos hoyos que loco
Me vuelven: que convidan
Al deseo y al labio
Cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
Cuando al verte mas linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un día.
Mas tú que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquiva,
La cabeza tornabas
Y sus besos huías;
Y él doblando con esto
Mas y mas la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, suave;
Y así quedara hundida.
De entónces como á centro
De la amable sonrisa
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Transformado!..... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ríes;
Y con la risa misma
Mas donosos los haces,
Y mi sed mas irritas.

MELENDEZ VALDES.

ROMANCE.

Rosana en los fuegos.

DEL Sol llevaba la lumbre
Y la alegría del Alba
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana;
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua,
Para abrasar todo el valle .
En mil amorosas ansias.
La Primavera florece
Do la huella breve estampa:
Donde amable mira, rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga:
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Y sus flotantes pimpollos
Hasta las nubes levanta:
O cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Sus largos vástagos tiende
Al arbitrio de las ramas:
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Hermosa en medio brillando
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla:
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
; Que de suspiros se escuchan!
; Que de vivas y de salvas!

No hay zagal que no la admire,
Y no se esmere en loarla.
Cual absorto la contempla;
Y á la Aurora la compara,
Que radiante al Sol precede
Y el cielo de su albor baña.
Cual al fresco y verde aliso,
Plantado al márgen del agua,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata.
Cual á la Luna, si muestra
Llena su esfera de plata
Y asoma por los collados,
De luceros coronada.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban;
Y miéntras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces,
Y los ojos embaraza.
¡Oh! ¡que de envidias se encienden!
¡Oh! ¡que de zelos que causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana!
Las mas hermosas la temen;
Mas sin osar murmurarla,
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya;
Y abraze la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta:
Toda eres donaire y gracia;
El Amor ríe en tus ojos,
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado;
Yo la doy por bien robada:
Mas recibe el don benigna,
Que mi humildad te consagra.

Esto un zagal le decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa.
De entónces perdido y triste
El dia á sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra,
Echandole la alborada.

Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
Muerome de amores
Desde que te ví.

Tu talle, tu aseó,
Tu gala y donaire
No tienen, serrana,
Igual en el valle;
Del cielo son ellos,
Y tú un Serafin.

Muerome de amores
Desde que te ví.

De amores me muero;
Sin que nada baste
A darme la vida,
Que allá me llevaste:
Si ya no te dueles
Sensible de mí,
Que muero de amores
Desde que te ví.

MELENDEZ VALDES.

ROMANCE.

La noche de los fuegos.

NUNCA yo hallado te hubiera;
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura
Salieras, Rosana, á verlos.
Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento.

Que amor, si esperanza falta,
Solo es un loco despecho,
La solícitud martirio,
Y agonía los desvelos.
Víte venturoso entónces :
Un acaso fué el encuentro,
Mas el verte y adorarte
Todo fué un instante mesmo.
Bien como son en la nube
En un punto rayo y trueno;
Y el fogoso Sol inunda
De un mar de luz tierra y cielo.
Tan bella en el llano estabas,
Como en un vergel ameno
Crece el alto cinamomo
De flores y hoja cubierto.
Tal cual fresca clavellina,
Cuando abre el virginal seno
Coronada de rocío
Y en ámbar baña el suelo.
Tal cual la rubia mañana
Entre purpúreos reflejos
Abre las puertas al día;
Y en pos sale del lucero.
Yo te rendí el albedrío :
¿Pude yo, mi bien, no hacerlo,
Siendo tan bella, y mis ojos
Estandote ; ay de mí ! viendo?
¿Por que á los fuegos saliste?
¿Por que yo no estuve ciego?
¿Acaso adorarte es culpa?
¿Acaso en llorar te ofendo?
¿Quien puso tal ley ? mal haya,
Mal haya el alma de hielo
Que pensó así profanando
De amor los dulces misterios.
No, no ; amar no es un delito,
Sino indispensable feudo
Que naturaleza amiga
Pone á los sensibles pechos.
Yo lo pago, y yo te adoro :
Blanda oye mi ardiente ruego,

Y no á yugo tan suave
Niegues indócil el cuello.

MELENDEZ VALDES.

ELEGIA.

Los combates del hombre dentro de sí mismo.

¡ QUE sedicion, ó cielos, en mí siento,
Que en contrapuestos bandos dividido
Lucha en contra de sí mi pensamiento!

Ora flaco el espíritu y rendido
La espalda vuelve y parecer no osa:
Ora carga triunfante y atrevido.

La razon huye tímida y medrosa:
Siguela el sentimiento denodado;
Y cual hambriento lobo así la acosa.

El confuso tropel, el lastimado
Alarido, la queja y vocería
Tiene al cobarde corazon helado.

Gruesa niebla á mis ojos roba el dia;
Y en tinieblas me deja y sin consuelo
Llorando de la muerte en la agonía.

Una parte de mí se encumbra al cielo,
Otra entre crudos hierros gime atada
Al triste, oscuro, malhadado suelo.

Busco en vano la paz en la sagrada
Lumbre del albo dia; y el sombrío,
Fúnebre imperio de la noche helada

No es poderoso á dar al pecho mio
La tregua mas liviana, ó de mis ojos
¡ Ay! modera de lágrimas el rio.

¿ Que causa he sido yo de estos enojos?
¿ No rezelé y temí, y al escarmiento
Dí ya en mi error los últimos despojos?

¿ No resolví con generoso aliento
Jamás, jamás rendirme? ¿ pues que guerra,
Que cruda guerra ¡ cielos! en mí siento?

¿ A que ignorado clima de la tierra
Para librarme huiré, si el enemigo
Dentro en el corazon la carga cierra?

¿ Por que paz ¡ ay! no he de tener conmigo?

¿No será en sus locuras ya templado
De la virtud el sentimiento amigo?

¿Que es el hombre infeliz, si contrastado
Siempre de la ocasion ó del deseo,
Una vez entre mil es coronado?

¿Será de la razon el noble empleo
Vencida ser del polvo?.... Ensalce ahora,
Ensalce aquel divino, escelso arreo

Con que las ciencias todas atesora,
Y con alas de fuego se levanta
Sobre el inmenso espacio que el Sol dora.

Fuerale mas seguir la virtud santa,
Que ante el vicio llorando estar rendida,
Y besar sierva vil su inmunda planta.

El eterno saber nos dió vida
Para el cielo medir ó el mar salado,
Sino para á él labrarnos la subida.

Y el hombre en el error enagenado
Clama llorando lejos del camino,
Cual barco de las olas azotado,

Que sin timon ni velas al contino
Batir de hórridos vientos va ligero
A fenecer un mísero destino.

Un mentido placer, un lisonjero
Halago de la suerte, el vil encanto
Del ocio, un nombre vano y pasajero

Le tendrán siempre con desden ó llanto:
¿Y la augusta virtud, ni una mirada
Podrá deberle entre desvelo tanto!

¿Ay! ¿la frente serena y elevada,
La gallarda estatura, el alto pecho
De tan escelso espíritu morada,

Dicen acaso al hombre que fué hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apenas se halla el bruto satisfecho?

¿Hombre! ¿ser inmortal! ¿tan despreciable
Quieres hacerte? el corazon levanta;
Y sé una vez en tu ambicion laudable.

Lo que mas ciego anhelas, lo que encanta
Tus fascinados ojos, ¿cuan mezquino
Es mirado á tu luz, ó virtud santa!

¿Esa bóveda inmensa do el divino

Poder sembró los astros, el lumbroso
Sol en su trono, el rápido camino
Que hace en torno la tierra, el pavoroso
Abismo, y cuanto puede de la nada
Sacar de Dios el brazo poderoso,
No lo abarcas con solo una mirada
De la presta y ardiente fantasía;
Y te creas mil mundos si te agrada?
¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
Fijas, partiendo con el vil gusano
La suerte de gozarla un solo día!
Puedes al Querubin llamar hermano;
Y á las arpas angélicas unido
Seguir feliz el coro soberano,
Con que ante el trono del Señor rendido
El pueblo celestial alegre suena
En himno de loor no interrumpido:
¡Y el oro te deslumbra y enagena,
Y por el mando y el favor suspiras,
Y del placer arrastras la cadena!
Corre con mente alada cuanto miras,
Esos globos de luz que en la callada
Noche en sus orbes rápidos admiras:
El ancho mar do en vano fatigada
La vista busca un término: la tierra
De tanto bruto y árboles poblada:
Las pavorosas nubes do se encierra
La grata, fértil lluvia entre el ligero
Rayo que al mundo en su fragor aterra:
Del supremo poder el lisonjero
Encanto: y luego finge en tu albedrío
Otros mundos, y en todos sé el primero;
Y amóntona con ciego desvarío
Los bienes á los bienes, que lloroso
Has de hallar siempre el corazón vacío.
¿No es inferior el oro al luminoso
Sol, que lo forja con su vista ardiente
De la tierra en el seno tenebroso?
¿No es menos el placer que el indecente
Idolo que te arrastra? ¿y la fortuna
Que el gran pueblo á quien sirves reverente?
¿Y acaso de estas cosas puede alguna

Con tu divino espíritu igualarse,
Que brilla ya inmortal desde la cuna?

¿Un inmundo carbon podrá preciarse
Cual el claro crisólito? ¿y al ciclo
El vil lodo que huellas compararse?

Pues menos, menos es el ancho velo
Contigo de su bóveda sagrada,
Que cuanto cubre en el humilde suelo.

Tiempo vendra que al seno de la nada,
La cadena del ser por Dios rompida,
Caiga naturaleza despeñada.

Fenecerán los astros desunida
Su masa de cristal : en el medroso
Caos la tierra vagará perdida;

Y el luminar del día del reposo
Saldrá de tantos siglos, impelido
Del brazo de un Arcángel glorioso.

Mas tu ser inmortal a el alarido
Y universal ruina preservado,
Brillará á par del Querubin lucido.

La eternidad le abrazará; y pasmado
Verá siglos á siglos sucederse,
Mas y mas que olas lleva el mar airado.

¿En que entónces podrá reconocerse
Este barro caduco, ahora espuesto
Cual humo á un débil soplo á deshacerse?

¡O eternidad! ¡eternidad! ¡cuan presto
Mi espíritu en tu morada tenebrosa
Entrará, sin que aun nada haya dispuesto!

¡Acaso en plazo breve la medrosa
Campana sonará! ¿Que es ¡ay! la vida
Sino nave en las aguas presurosa?

¿Do estan los años de la edad florida?
¿Donde el reir? ¿el embeleso insano
De los placeres? ¡ilusion mentida!

Todo pasó : la asoladora mano
Del tiempo en el abismo de la nada
Lo despeñó con ímpetu inhumano.

Cuanto fué feneció; la delicada
Beldad que ayer idolatré perdido,
Hoy sin luz yace del solano ajada.

Al que de un pueblo ante sus piés rendido

Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.

Al que oí con envidia de tan fuerte
Jactarse, un soplo de ligero viento
Súbito en polvo su vigor convierte.

El sabio que con alto entendimiento
Señalaba al cometa su ardua via,
Cual él se esconde, si brilló un momento.

Y el que en sus cofres encerrar queria
Todo el oro fatal del rubio oriente,
Desnudo baja á la region sombría.

Perecen los imperios: grave siente
El peso del arado el ancho suelo,
Do la gran Troya se asentó potente.

Desierto triste la ciudad de Belo
De fieras es guarida: en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.

¿Do blason tanto y célebre victoria,
Do se han hundido? ¿ó suerte miserable
Del ser humano! ¿ó frágil, fugaz gloria!

¿Alma inmortal, que es esto? ¿en que durable
Ventura anhelas? ¿la esperanza vana
Limitas ciega al barro deleznable?

¿Hija del cielo, tras el vicio insana
Así te prostituyes?..... el camino
Emprende de tu patria soberana.

Emprende; no tardes; tu destino
Es la virtud aquí: y en las mansiones
De gloria el premio á tus victorias digno.

No jactes, no, tu ser si las pasiones
Te han degradado: ¿el mundo te recrea?
Bestia te torna; olvida tus blasones.

Un alma que se afana, que se emplea
En nadas de la tierra, es un lucero
Caido del cielo al lodo que le afea.

La virtud, la virtud: este el primero
De tus conatos sea, de tu mente
Estudio, de tu pecho afan sincero,
De tu felicidad perenne fuente.

MELLENDEZ VALDES.

IDILIO.

Brevedad de la hermosura.

¿AGUARDAS por ventura,
Discreta y generosa Casilina,
A que la edad madura,
Y el tiempo codicioso, que camina,
Roben, groseros siempre en sus agravios,
Oro á tus trenzas, perlas á tus labios?

¿Aguardas que los días
Le pierdan el respeto á tu belleza?
¿En que deidad confías,
Viendo la ociosidad y la pereza
Que los años han puesto en tu cabello,
Que ántes volaba libre por el cuello?

En tu rostro divino
Ya se ven las pisadas y señales,
Que del largo camino
Dejan los piés del Tiempo desiguales;
Y ya tu flor hermosa y tu verano
Padece injurias del invierno cano.

Un roble se hace viejo,
Y una montaña. Goza tu hermosura,
Antes que en el espejo
Con unos mismos ojos tu figura,
Casilina, la mires y la llores,
Debiendoles el fruto á tantas flores.

Goza la luz del día,
Que no hay rienda que pare al tiempo leve;
Y es tal su tiranía,
Que ningún ruego, ni oración le mueve:
Atropella tesoros y belleza;
Ni vuelve atrás, ni aguarda, ni tropieza.

Y vendrá la triste hora,
En que, mustio el semblante idolatrado,
Que envidiaba la Aurora,
Dirás: ¿por que en mi tiempo celebrado
No tuve este deseo agradecido,
O ya no tengo el rostro que he tenido?

Entónces, pues, tu mano,
 Faccion no hallando digna de respeto
 En tu semblante cano,
 Ni de la rosa aquel color perfeto,
 Se atreverá á tu frente ya arrugada,
 Y contra tus despojos será osada.

¡ Por cuanto no querrias
 Llegar ociosa á iguales desengaños,
 A tan amargos dias,
 A fin tan triste de tan dulces años,
 Donde aun la flor del ánimo se pierde,
 A tal invierno de una edad tan verde?

Pero cuando obstinada
 Llegues á los umbrales de la muerte,
 Si con la voz turbada
 Me llames, iré gozoso á verte;
 Y Fabio gozará en tu paraíso,
 Ya que no lo que quiere, lo que quiso.

La beldad huye muda:
 Goza de tu florida edad lozana:
 Que ni Venus desnuda,
 Ni ceñida dos veces tu Diana,
 Valdrán para agradarme y agradarte,
 Sin que una martirice, y otra harte.
 Coronemos con flores
 El cuello, ántes que llegue el negro día:
 Mezclemos los amores
 Con la ámbrosía mortal que la vid cria;
 Y de los labios el aliento flacó
 Nos acuerde de Venus y de Baco.

QUEVEDO.

CANCION.

Llamamiento á su amada.

Pues quitas, Primavera, al año el ceño,
 Y el Verano risueño
 Restituye á la tierra sus colores,
 Y en donde vimos nieve, vemos flores;
 Y las plantas vestidas
 Gozan las verdes vidas,

Dando á la voz del pájaro pintado
Las ramas sombras, y silencio el prado :
Ven, Aminta, que quiero
Que viendote primero,
Agradezca sus flores este llano
Mas á tu blanco pié que no al Verano.

Ven, veráste al espejo de esta fuente,
Pues suelta la corriente
Del cautiverio líquido del frio,
Perdiendo el nombre, aumenta el suyo al rio.
Las aguas, que han pasado,
Oirás por este prado
Llorar no haberte visto, con tristeza :
Mas en las que mirare tu belleza,
Verás alegre risa,
Y como las dan prisa,
Murmurando su suerte á las primeras,
Por poderte gozar las venideras.

Si te detiene el Sol ardiente y puro,
Ven, que yo te aseguro
Que si te ofende, le has de vencer luego,
Pues se vale él de luz y tú de fuego.
Mas si gustas de sombra,
En esta verde alfombra
Una vid tiene un olmo muy espeso,
No sé si diga que abrazado ó preso ;
Y á sombra de sus ramas
Le darán nuestras llamas,
Ya los digan abrazos ó prisiones,
Envidia al olmo, y á la vid pasiones.

Ven, que te aguardan ya los ruseñores ;
Y los tonos mejores,
Porque los oigas tú, dulce tirana,
Los dejan de cantar á la mañana :
Tendremos envidiosas
Las tórtolas mimosas ;
Pues viendonos de gloria y gusto ricos,
Imitarán los labios con los picos :
Aprenderemos de ellas
Soledad y querellas ;
Y en pago aprenderán de nuestros lazos
Su voz requiebros, y su pluma abrazos.

¡ Ay, si llegases ya ! ¡ que tiernamente
Al ruido de esta fuente

Gastáramos las horas y los vientos

En suspiros y músicos acentos !

Tu aliento beberia

En ardiente porfia,

Que igualase las flores de este suelo,

Y las estrellas con que alumbra el cielo :

Y sellaria en tus ojos,

Soberbios con despojos,

Y en tus mejillas, sin igual tan bellas,

Sin prado flores, y sin cielo estrellas.

Hallaranos aquí la blanca Aurora

Riendo cuando llora :

La noche alegres, cuando en cielo y tierra

Tantos ojos nos abre como cierra :

Fuéramos cada instante

Nueva amada y amante :

Y así tendria en firmeza tan crecida

La muerte estorbo, y suspension la vida :

Y vieran nuestras bocas

En ramos de estas rocas,

Ya las aves consortes, ya las viudas,

Mas elocuentes ser cuando mas mudas.

QUEVEDO.

SILVA.

Exhortacion á una Nave á que no se aventure al mar.

¿ DONDE vas, ignorante navecilla,

Que olvidando que fuiste un tiempo haya,

Aborreces la arena de esta orilla,

Donde te vió con ramos esta playa?

¿ Y el mar tambien, que amenazar la osa,

Sino mas rica, menos peligrosa ?

Si fiada en el aire, con él vuelas,

Y á las iras del Piélago te arrojas,

Temo que desconozca por las velas,

Que fuiste tú la que movió con hojas;

Que es diferente ser estorbo al viento,

De servirle en la selva de instrumento.

TOM. II.

Cc

¿Que codicia te da Reino inconstante,
Siendo mejor ser árbol que madero,
Y dar sombra en el monte al caminante,
Que escarmiento en el agua al marinero?
Mira que á cuantas olas hoy te entregas,
Les das sobre tí imperio, si navegas.
¿No ves lo que te dicen esos leños,
Vistiendo de escarmientos las arenas,
Y aun en ellas, los huesos de sus dueños,
Que muertos alcanzaron tierra apénas?
¿Por que truecas las aves en pilotos,
Y el canto de ellas en sus roncós votos?
¿O que de miedos te apareja airado
Con su espada Orion! y en sus centellas
Mas veces te dará el ciclo nublado
Temores, que no luz con las estrellas.
Aprenderás á arrepentirte en vano,
Hecha juego del mar furioso y cano.
¿Que pesos te previene tan estraños
La codicia del bárbaro avariento!
¿Cuanto sudor te queda en largos años!
¿Cuanto que obedecer al agua y viento!
Y al fin te verá tal la tierra luego,
Que te desprecie por sustento el fuego.
Tú, cuando mucho, á robos de un milano,
En tiernos pollos hecha, peregrina
Y esclava de un pirata ó de un tirano,
Te harás del rayo de Sicilia dina;
Y mas presto que piensas, si te alejas,
El puerto buscarás, que agora dejas.
¿O que de veces rota en las honduras
Del alto mar, agena de firmeza,
Has de echar menos tus raíces duras,
Y del monte la rústica aspereza,
Y con la lluvia te verás de suerte,
Que en lo que te dió vida temas muerte!
No invidies á los peces sus moradas:
Mira el seno del mar enriquecido
De tesoros y joyas heredadas
Del codicioso mercader perdido.
Mas vale ser sagaz de temerosa,
Que verte arrepentida de animosa.

Agradecele á Dios con retirarte ,
Que aprisionó los golfos y el tridente ,
Para que no saliesen á buscarte.
No seas quien le obligue inobediente
A que nos encarcele en sus extremos ,
Porque , pues , no nos buscan , los dejemos.
No aguardes que naufragios acrediten ,
A costa de tus jarcias , mis razones.
Deja que en paz sus campos los habiten
Los nadadores mudos , los Tritones ;
Mas si de navegar estás resuelta ,
Ya le prevengo llantos á tu vuelta.

QUEVEDO.

ELEGIA.

Vanidad del poder y la grandeza.

¿ QUIEN dijera á Cartago ,
Que en tan poca ceniza el caminante
Con piés soberbios pisaria sus muros ?
¿ Que presagio pudiera ser bastante
A persuadir á Troya el fiero estrago ,
Que fué venganza de los Griegos duros ?
¿ De que divina y cierta profecía
La gran Jerusalem no se burlaba ?
¿ A que verdad no amenazó desprecio ,
Roma , cuando triunfaba ,
Segura de llorar el postrer día
Con tanto Cesar , Marco Bruto y Decio ?
Y ya de tantas vanas confianzas
Apénas se defiende la memoria
De las oscuras manos del olvido.
¿ Que burladas estan las esperanzas ,
Que á sí se prometiéron tanta gloria !
¿ Como se ha reducido
Toda su fama á un eco !
Adonde fué Sagunto , es campo seco :
Contenta está con yerba aquella tierra ,
Que al cielo amenazó con ira y guerra.
Descansan Creso y Craso ,
Vueltos menudo polvo , en frágil vaso.
De Alejandro y Darío

Duermen los blancos huesos;
Que todo al fin es juego de fortuna
Cuanto ven en la tierra Sol y Luna.
Y así abrazando noble desengaño,
Vengo á juzgar que tengo tantas vidas
Como tiene momentos cada un año;
Y con voces del ánimo nacidas,
Viendo acabado tanto Reino fuerte,
Agradezco á la muerte
Con temor escesivo
Todas las horas que en el mundo vivo,
Si vive alguna de ellas
Quien las pasa en temores de perdellas.

QUEVEDO.

CAPITULO III.

POESIA TRÁGICA.

Descripcion de la batalla del Guadalete en boca de Pelayo.

¿POR QUE me mandas que renueve el triste
Lamentable dolor de aquella historia,
Que sirve de martirio á la memoria;
Pues tú lo sabes, y lo sabe el Mundo?
¿Ni quien podrá sin lágrimas amargas
Referirte, Princesa, la agonía,
Y el lamentable estrago de aquel día?
La piedad y el horror confusamente
Retiran de mi lengua las palabras:
Ni es posible tampoco que yo cuente
Tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras allí mezclarse con espanto
Los unos, y los otros, confundiendo
Armas y insignias con atroz desórden,
Y en infernales cóleras ardiendo,
Allí en sangriento estrago se miraban
Mil lástimas, mil géneros de muertes:
Allí los mas robustos y mas fuertes
En tierra con furor se revolcaban.
Siete veces el Sol, siete la Luna,
Sin cesar admiráron el combate
De que pendió el aumento ó el remate
De la Africana y Gótica fortuna,
Hasta que (¡ay cielos!) al octavo día:
¡O día triste! ¡ó lúgubre, funesto,
Indigno de la luz del Sol divina!
¿Quien bastará con lágrimas y voces

A ponderar el horroroso estrago
 De aquel día infeliz y desastrado,
 Que ojalá nunca entre los otros cuenten,
 Y perezca en olvido sepultado,
 Pues en él solo se amancilló toda
 La altivez, presuncion, y pompa Goda?
 Al día octavo : ¡ ó cielo ! ¡ ó suerte impía !
 Me horrorizo diciendolo : ¡ ó amada
 Patria infeliz ! ¡ ó España desgraciada !
 ¡ O gloria Goda ! ¡ ó generacion fuerte
 De temidos varones ! ¡ ó Rodrigo !
 ¡ O amor impuro, origen del castigo !
 ¡ O antigua Religion ! ¡ ó culto santo !
 No puedo referirlo sin que el llanto
 Confunda mis acentos : el infame
 Traidor Julian Apóstata, y los hijos
 Del lascivo Witiza, y el Prelado,
 Que entregó al voraz lobo el fiel ganado,
 Pasáronse al contrario. Desde entónces
 Fué la ruina total de los Cristianos :
 En montes transformandose los llanos,
 De hacinados cadáveres son pira.
 Murió allí Atanagildo por la ira
 Del furioso Alhoal : murió Ildefonso
 Al rigor de Muley : mi primo Andeca
 El ánima exhaló por el impulso
 De la diestra fatal del vil Audalla.
 ¡ O almas nobles ! que en esta cruel batalla,
 No al valor, sino al número cedísteis,
 Mi desesperacion y arrojo vísteis ;
 No vivo de cobarde : sed testigos
 De que no evité el riesgo mas urgente.
 No sé si fué cruel ó fué clemente
 Conmigo el Cielo : entónces no le plugo
 Llevar mi vida : quiso que yo solo
 Quedase por testigo del sangriento
 Destrozo lamentable de mi Patria.
 Me abalancé mil veces con intento
 De morir, ni temblaba aunque mil veces
 Contra mi pecho viese ya enristrada
 La lanza del Tarif ensangrentada.
 Mas tú preguntarás, cual haya sido

El suceso del Rey : en tanto tiempo
Como duró el combate, ni podido
Verle yo habia : al fin se me presenta
Casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ¡ ah cielos ! ¡ que horrible y demudado !
¡ Ay de mí , cual estaba ! ¡ y cuan trocado
De aquel Rodrigo , á quien Toledo Augusta
Vió en las fiestas de galas adornado !
La faz terrible , pálida , y adusta ,
Todo sangriento , y del sudor , y el polvo ,
Y heridas con horror desfigurado.
La barba yerta : sucio y erizado
Tenia el cabello , que empapado en sangre ,
Agena , y propia en hilos destilaba.
Lloroso , triste , acongojado estaba ,
Con el manto Real todo rasgado ;
Y la Corona , ya no la tenia.
Del Carro de marfil saltado habia ,
Porque grandes montones de difuntos
El curso de las ruedas impedian ,
Y con largos gemidos , y profundos
Tristísimos suspiros , sollozando
Dice : ¡ O Pelayo ! todo lo perdimos :
Fuimos un tiempo Godos , y vencimos :
Fué Toledo , fué España , fué Rodrigo ;
Mas Dios de mi lascivia por castigo
Contra mí levantó cuantas Naciones
La media Luna , en Africa y en Asia
Tremolan en sus bárbaros pendones :
A Damasco de Siria , y á la Arabia
El Gótico poder ha trasladado.
Huye , hijo , de Favila , que encargado
Te dejo el Reino ; tú eres la esperanza
De nuestra Religion , que yo he perdido :
Mas voy por mi castigo merecido ,
Pues injusto violé las Sacras leyes ,
Y en mi infortunio escarmentad ¡ ó Reyes !
Dijo , y viendo á Tarif cuan orgulloso ,
Con homicidios mil , iba insolente
Gritando furibundo , á grandes voces
Dando aliento á sus bárbaros soldados ,
Para mas no volver ante mis ojos

A matarle, ó morir determinado :
 Por el tropel de las confusas armas
 Batió el ijar á Orelia su caballo ,
 Y se arroja al contrario, poderoso,
 Audaz, desesperado, y espantoso ;
 Y á todas partes que me vuelvo, veo
 Mezclarse con mil llantos la ruina
 Del bando fiel, y el bárbaro trofeo.
 Por el campo tendidos se veian
 Cuerpos de Capitanes, de Magnates
 Despedazados, y sangrientos bustos,
 Cadáveres de jóvenes robustos.
 Guadalete en sus ondas revolvía
 Turbio ya con la sangre, los penachos,
 Los caballos, y escudos de varones.
 Ya el furor de las Arabes legiones,
 Roto el campo, el Monarca fugitivo,
 Cebada el ansia en su riqueza inmensa,
 Tenia por el suelo destrozadas
 Las tiendas de Rodrigo saqueadas.
 ¿ Pero por que en contarte me detengo
 El suceso fatal? La gente Goda,
 Que la Roca Tarpeya humilló un tiempo :
 La que invencible sojuzgó, poniendo
 Coyunda á la cerviz del Capitolio,
 Cayó abatida : fué el honor perdido :
 La patria á esclavitud se ha reducido,
 Con mortandad horrible de sus fuertes
 Hijos amados : la Religion Santa,
 Que nuestros Padres con fervor y tanta
 Veneracion siguiéron tantos años;
 Todo violado fué por los estraños;
 Y así lloran sus hijos profanados
 Los Templos Sacrosantos : los Altares,
 Y los Vasos Divinos ultrajados :
 Violadas las purezas virginales;
 Y la Nacion cautiva, y aherrojada
 En poder mas sacrílego y tirano
 (Sin que Dios ofendido se lo estorbe)
 De la Nacion mas bárbara del Orbe.
 Todo, al fin, se perdió.....

DON NICOLAS MORATIN.

Pintura de la muerte de Aquiles en boca de Polixena.

¡MISERA! coronada de guirnaldas,
 En amor embriagada, y en plácères,
 Fidelidad juraba ante las aras.
 El templo se estremece de repente,
 El polo cruje, el piélagos levanta
 Sus ondas á los astros, del cuchillo
 Moribunda la víctima se escapa,
 Y bramando amedrenta al sacerdote.
 El estruendo espantoso de las armas
 Resuena en todas partes; á mi esposo
 Mil aceradas picas amenazan.
 París desnuda el reluciente acero;
 Mis llores son en balde; desmayada
 Caigo en el suelo; á mi socorro vuela
 Aquiles, y, ¡ó dolor! de mil espadas
 Traspasado, abrazado de mi cuello,
 Sobre mi amante pecho el alma exhala.
 Al abrirse otra vez mis tristes ojos
 A la importuna luz, me hallo bañada
 En la sangre de Aquiles: de Himeneo
 Con su sangre humeo la nupcial ara.
 ¡O cruda suerte, que predijo en vano
 La no creída y siempre fiel Casandra!
 En sacro ardor fatídico encendida:
 « Huye de este himeneo, dijo, hermana,
 » Aleto enciende las nupciales teas;
 » Aquiles arde en ellas; ya las llamas
 » Estienden su furor por todas partes.
 » ¡Ay; que voraz hoguera á Troya abrasa,
 » Y á tí entre sus cenizas te sepulta!»

MARCHENA.

*Pintura del sacrificio de Polixena en boca de Elpenor,
 confidente de Pirro.*

Los Griegos en el templo convocados
 Compasivos la viéron á las aras,
 Coronada de flores, ir temblando.
 Su beldad peregrina, su inocencia,

La pasada fortuna, de sus años
 La juventud florida, cual la rosa
 Que en capullo deshoja el soplo airado
 Del vendaval, el corazón mas duro
 Ablandan. Calcas ya prepara el sacro
 Cuchillo, ya la venda fatal ciñe
 Su frente, y descubierta ya el nevado
 Virginal seno al mortal golpe ofrece.
 « Griegos, entonces dijo, vuestros llantos
 » Enjugad; feliz yo si con mi muerte
 » De Aquiles la irritada sombra aplaco.
 » Aquiles fué mi esposo y mi amor solo.
 » Con él unida en los Elíseos campos
 » Eternamente viviré contenta.
 » Perdoneme mi madre, si olvidando
 » Cuanto debo á mi patria, muero amante
 » Del héroe tan fatal á los Troyanos.
 » Sin mi muerte, por siempre este secreto
 » En mi pecho estaria sepultado;
 » El instante fatal ¡ay! me le arranca. »
 Dijo: trémulo Calcas gimió, cuando
 Escondió en sus entrañas el sangriento
 Puñal; del alto templo resonaron
 Las bóvedas con llanto doloroso.
 Confundido de Griegos y Troyanos
 Se escucha entonces, por la vez primera,
 Alzarse al cielo el grito lastimado.
 Entonces yo llegué, mas ya su sangre
 Bañaba los altares, y mi tardo
 Auxilio valió solo á ver del pueblo
 Sin provecho crecer el dolor vano.

MARCHENA.

Escena segunda del acto primero de POLIXENA.

Pirro, prendado de Polixena, insta á esta para que le dé la mano de esposa, mientras el campo Griego pide su muerte.

PIRRO.

SEÑORA: vuestra suerte desdichada
 Respeta Pirro, ni interrumpa necio

El legítimo llanto que derraman
 Vuestros ojos, á fin que oigais piadosa
 Mis ardientes suspiros y mis ansias.
 Un interes mas tierno y mas sagrado,
 Polixena, me trae á vuestras plantas.
 Amotinado el vulgo sedicioso
 En amenazas contra vos se exhala,
 Y la muerte alevosa de mi padre
 Quiere que en vuestra sangre sea vengada.
 Mas no os asusten sus clamores vanos:
 Neoptolemo os protege; de esa insana
 Muchedumbre el furor tiembla á mi vista.
 Porque la Grecia vea cuan poco espantan
 A mi valor sus gritos sediciosos,
 Hoy, Señora, postrado á vuestras plantas,
 Si aceptais mi homenaje, amor eterno
 Os juraré rendido ante las aras.
 Los mismos que ora piden vuestra muerte
 Adorarán en vos su soberana.
 Así el vulgar furor asusta á Pirro.

POLIXENA.

Señor: los riesgos de una triste esclava
 Poco deben moveros: vuestro acero
 Ensangrentó de Príamo las canas.
 A vos acusan las Troyanas madres,
 Cuyos hijos al mar llevan las raudas
 Ondas del Simoente: mi familia
 A los filos murió de vuestra espada.....
 ¡O! si de Aquiles la irritada sombra
 Con mi sangre en su túmulo se aplaca,
 Contenta ofrezco el cuello á la cuchilla.

PIRRO.

¡Bárbara Polixena; así no basta
 A tu crueza ver llorar á Pirro
 Sus hazañas, sus triunfos, y su fama,
 Sin que de una victoria aborrecida
 Le acuerdes siempre la memoria amarga!.....
 Señora; vos podeis de la alta Troya
 Levantar las murallas arruinadas.
 Mi mano, que rompió las fuertes puertas
 De durísimo bronce que guardaban

POESIA PROFANA TRAGICA.

El Palacio de Príamo, sabrá un día
 Alzar del Ilion el sacro alcazar.
 ¿Que á mí de Menelao los agravios,
 O el robo de su Helena? ¿las escuadras
 De Pergamo taláron enemigas
 De Epiro acaso las fecundas playas?
 Cual ya otra vez mi padre generoso
 Del infelice Príamo enjugaba
 El llanto, y de Hector el helado tronco
 Dió compasivo á su vejez postrada,
 Yo elevaré á Astianacte al patrio solio,
 Del soberbio Ilion las torres altas
 Admirará otra vez el Simoente,
 Y la señora altiva de la Asia
 Troya, renacerá de sus cenizas.

POLIXENA.

No, Señor: de tan locas esperanzas
 Vano es lisonjearse; la opulenta
 Troya fué, sus almenas encumbradas,
 Los muros elevados por Neptuno,
 El simulacro celestial de Palas;
 Todo la voraz llama ha consumido.
 El brazo mismo de Hector no bastara
 A tornar á Ilion su antigua gloria.
 Las deidades, propicias á las armas
 De los Griegos, á Troya abandonáron.
 Del venerable Príamo la clara
 Prosapia ha perecido á hierro y fuego.
 Hecuba y Polixena son esclavas.
 El hijo del grande Hector en la cuna
 Ignora todavía sus desgracias.

PIRRO.

Cuanto mayores son vuestras desdichas,
 Mas gloria será mia remediarlas.
 La Grecia sabe ya por experiencia
 Cuanto la ira de Aquiles costó cara.
 Del Rey de Reyes la cerviz altiva
 Ante mi padre se inclinó humillada,
 Implorando su auxilio contra Troya
 Mientras Hector las naos incendiaba,
 Y las tiendas y el campo de los Griegos.

Sin mí, vos lo sabeis, Troya burlara
 De Grecia los esfuerzos impotentes.
 Las astucias de Ulises fueran vanas,
 Las artes de Sinon, y la osadía
 Del hijo de Tideo sin mi espada.
 En defensa de vos y de Astianacte,
 Polixena, emplearé de hoy mas las armas,
 Que tan funestas ¡ay! fuéron á Troya.
 ¿Que deidad, contra vos y Príamo airada,
 Os ocultó á mi vista ántes del día
 Fatal de la infeliz ciudad dardania?
 Mejor que el Paladion protegeria
 Vuestra hermosura la nacion Troyana,
 Y vuestro padre reinaria dichoso
 Sobre los ricos pueblos de la Asia.

POLIXENA.

Los cielos son testigos que perenne
 Raudal de lloro mis mejillas baña,
 Desde el aciago dia que en mis brazos
 El magnánimo Aquiles rindió el alma.
 Entónces ¡ay! me dijo ~~la~~ experiencia
 Cuan fatal es el fuego de las aras
 Nupciales de la triste Polixena.
 Viuda sin ser esposa, abandonada
 A mi amargo dolor, juré á los Dioses
 Que jamas de Himeneo la guirnalda
 Mis sienes ceñiria. Ora que yace
 En cenizas mi patria sepultada,
 Mis hermanos, mi padre á hierro muertos,
 ¿Quereis, Señor, que á los altares vaya
 A juraros mi fé? ¿Las teas nupciales
 Quereis que encienda en las ardientes llamas
 Que aun devoran á Troya? ¿que en el templo,
 Testigo del ultraje de Casandra,
 A Pirro dé su mano Polixena?....
 Señor, si por la suerte de las armas
 Esclava vuestra soy, en mis cadenas
 No olvido que de Júpiter la clara
 Sangre corre en mis venas.

PIRRO.

¿Y de Pirro

Los ardientes suspiros, que á tus plantas
 Rendido exhala, tu altivez h millan?
   Tu belleza, fatal siempre   mi casa,
 A Aquiles di  la muerte, ora   su hijo
 Quiere arrancar el alma en mortal ansia!
   Que! Yo te ofrezco levantar de Troya
 Las torres por m  mismo derrocadas,
 De tu madre enjugar el triste llanto,
 Coronar   Astianacte, y de su infancia
 Amparar la flaqueza con mi brazo
 Contra toda la Grecia conjurada;
   T , soberbia, desprecias mis ofertas
 Y desde as mi tierno amor!....   Ingrata!....
 Se ora, no os ofenda mi despecho.
   Veis cual las olas   los astros alza
 Del Helesponto el Aquilon airado?
 Tal mi ciega pasion agita el alma.
 No as  desvanec ais en un instante,
 Cruel, mis halag e as esperanzas.

POLIXENA.

Pirro; el dia que el fuego de la Grecia
 Abras  de Ilion el sacro alcazar,
 Odio inmortal jur ron   los Griegos
 Las reliquias de Frigia malhadadas.
 Esclava vuestra soy; mas en cadenas
 No olvido la ruina de mi patria.
 Jamas de Polixena ser  esposo
 El destructor de la ciudad Troyana.

PIRRO.

  As  del odio vuestro la violencia,
 Ingrata Polixena, nada aplaca?
   Vos burlais de mi amor; el triste Pirro,
 Juguete vil de sus amantes ansias,
 Gime en balde   los pi s de su cautiva,
 Arrostra en su defensa la indignada
 Grecia!   ay!   Por que de P ris la certera
 Flecha en mi sangre no ti   las aguas
 Del Simoente, cuando con su muerte
 A mi padre mi acero di  venganza?

POLIXENA.

De romper un coloquio tan penoso ,
Señor, dadme licencia. Ven, Terpandra.

MARCHENA.

Sueño presago de Polixena.

APÉNAS Neoptolemo despechado
Me abandonó, de sus rabiosos zelos
Agitado, terrible, amenazando
Mi muerte, por mi sangre un hieló frío
Discurrió, mis sentidos un desmayo
Embargó. Yo ví entónces de Himeneo
(¿Fué sueño ó realidad?) el fuego sacro
Arder en los altares; yo ví á Pirro
Arrastrarme por fuerza, y de su mano
Triste presente hacerme en mi despecho.
Mas cuando ya pensé verme en sus brazos,
Me encuentro en los de Aquiles, en suspiros
Encendidos mi tierno amor exhalo.
Mi esposo ¡ay! no responde á mis caricias;
Mas silencioso, asiendome la mano,
Por ásperos senderos tortuosos
Me conduce á un oscuro bosque vasto,
Y desaparece luego de mi vista.
En vano yo anegada en triste llanto
« Aquiles » á los vientos repetia.
Nada, Terpandra, de este inmenso campo
Interrumpe el silencio pavoroso :
Los vientos son sin voz, malignos rayos
De Diana entre nubes le iluminan.
« Aquí, dijo una voz llena de espanto,
» Será, infeliz, por siempre tu morada. »

MARCHENA.

CAPITULO IV.

POESÍA CÓMICA.

Escena sexta del acto segundo DEL VIEJO Y LA NIÑA.

Sobre los Viejos que se casan con Niñas.

DON ROQUE.

BEATRIZ, á otra puerta;
Pero no perdamos tiempo,
Esta es la ocasion, Muñoz,
Lo primero es lo primero :
Muñoz.

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion, mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡que pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

DON ROQUE.

Despacha : por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

¡Hombre!

MUÑOZ.

¡Dale! si es inútil
 Todo; ¿que pensais que harémos
 Con el escondite? nada,
 Nada, si lo estoy ya viendo:
 ¿A que es cansarse?.... y supongo
 Que hoy se van, lo doy por hecho,
 Que los tres quedamos solos;
 Las desazones, los zelos
 No se acabarán jamas.

DON ROQUE.

¿Por que?

MUÑOZ.

¿Que, no dais en ello?
 Porque no puede hacer migas
 Una niña con un viejo:
 No Señor. Si ella es alegre,
 Antojadiza en extremo,
 Amiga de cortejillos,
 De comedias, de paseos,
 Y aquí de todo carece:
 Siempre metida en encierro,
 Condenada de por vida
 A vestiros y coseros,
 A ver ese gesto, á oír
 El continuo cencerreo
 De la tos, á calentar
 Trapajos en el invierno
 Para el vientre, á cocer aguas,
 Preparar polvos, ungüentos,
 Parches, cataplasmas, ¡digo!
 ¿Como la ha de gustar esto?
 Vaya, sino puede ser,
 Todo será fingimiento....

DON ROQUE.

Hombre, vamos.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
 Que no soy ningun podenco:
 Sí Señor, á cada paso

Tom. II.

Dd

POESIA PROFANA COMICA.

Habrá silbidos, acechos,
Billetticos, tercerías.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon, su genio es ese.

MUÑOZ.

¡ Dale hola ! no es el genio,
La edad, la edad, ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña:
Los chicos gustan de juegos,
De alborotar y correr,
Y poner mazas á perros;
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas,
Olvidan tales enredos,
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo,
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
Donde dice no sé que
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la chiquilla un portento
De virtud, y ella entre tanto
Piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada el Cuyo,
Que anda que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,

Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde Doña Mencía
Le diga : Ce Caballero.
Ella y él á voces piden
Matrimonio, presto, presto,
Y en eso no piden mal:
¿Y por que no lo pidiéron
Cuando el uno en el corral
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla;
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de en frente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Por que? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, Señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle,
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
A su cada cual, ¿no es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, Señor, en mí lo veo,
Fuí muchacho y mozalvete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó,
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¡que esperar!
Ni por acaso lo pienso,
Que ninguna muchachuela,
Que la rebosa en el cuerpo

POESÍA PROFANA COMICA.

La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto....
Vamos, eso es disparate,
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor Don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla,
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera explicarme
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

¿Pues que mas has de decir?
Mal haya amen....

MUÑOZ.

El camueso

Que....

DON ROQUE.

, Calla.

MUÑOZ.

Callo, y me escurro.

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro, y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto acabas de decir;
Pero, Muñoz, ¿*quid faciendum*?
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres?....

MUÑOZ.

Yo, Señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto,
Me degüellas....

DON LEANDRO MORATIN.

Escena décima del acto primero DEL BARON.

*Una Vieja, fatua y casquivana, embromada por un
Buscon.*

TIA MONICA.

VAYA, me alegro. ¿Que nuevas
Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay, Señor!

BARON.

¡Como se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sugeto, de quien
Os dije veces diversas,
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Vé á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia;
Ya llegó.

TIA MONICA.

¿Sí? ¿y ha traído
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana :
Si quereis, podeis leerla.

TIA MONICA.

« Mi querido hermano : he recibido la última tuya, y la sortija
» de diamantes que me envías de parte de esa Señora, á quien
» darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurandola de
» los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciendola tambien :
» que no la envíe por ahora cosa ninguna, para que no juzgue
» que aspiro á pagar sus espresiones, y la merced que te hace,

» con dádivas que por muy esquisitas que fueran, siempre serian
 » inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el
 » Arzobispo de Andrinópolis ha escrito desde Cacabelos, y parece
 » que dentro de pocos dias llegará á su Diócesi. Mil espresiones
 » del Condestable, y del Marques de Famagosta, su cuñado. Ya
 » puedes considerar cual habrá sido nuestra alegría, al ver aclara-
 » rada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El Rey desea
 » verte, lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos, tu
 » querida hermana. » — LA VIZCONDESA DE MOSTAGAN.

¡Valgame Dios, que fortuna!
 Os doy mil enhorabuenas.
 Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay, Señora!

TIA MONICA.

¿Que pesadumbre os aqueja,
 En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta
 Para mí... Ved esa carta,
 Y hallaréis mi muerte en ella.

TIA MONICA.

« En efecto, amado sobrino : tus cosas se han compuesto,
 » como descábamos. Ayer se publicó la resolucion del Rey :
 » declara injustos cuantos cargos se te han hecho, y el Conde
 » de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision per-
 » petua en el Castillo de las siete torres. Quedo disponiendo á
 » toda prisa los coches y criados que deben conducirte : y entre-
 » tanto, no puedo menos de recordarte que tu boda con Doña
 » Violante de Quincoces, hija del Marques de Utrique, Capitan
 » General de las Islas Filipinas y costa Patagónica; concluido
 » este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna difi-
 » cultad. El caballero Wolfango de Remestein, Gefe de escuadra
 » del Emperador (que se halla en Madrid de vuelta de los baños
 » de Trillo), será el padrino, y esperamos con ansia ver efectuado
 » este consorcio, en que tanto interesan las dos familias. Recibe
 » por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima. »
 — EL PRÍNCIPE DE SIRACUSA.

¿Con que segun esto?....

BARON.

¿Veis

Como se tratan y acuerdan
Entre los grandes Señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce Aldeas,
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir á mis castillos
De plata, y mis bandas negras,
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras;
Por eso yo he de perder
Mi libertad.... Si pudiera
Resolver.... ¿Y por que no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El Senescal lo que quiera;
Mi eleccion es libre.... Pero,
¿Que he de hacer en tan estrecha
Situacion? en un Lugar
Miserable.... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni.... ¡Vaya! es cosa perdida....
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil risdalers, y entónces....

TIA MONICA.

¿Y entónces?

BARON.

Yo resolviera.

Yo evitara que me hallasen
Aquí: dejara dispuestas
Las cosas, me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un Domingo

POESIA PROFANA COMICA.

En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MONICA.

¿Quien?

BARON.

Pues, ¿no adivináis quien sea
El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MONICA.

¡Señor!....

BARON.

Por ella

Todo lo despreciaré.

TIA MONICA.

Permitid.

BARON.

¿Que haceis?

TIA MONICA.

Quisiera

Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo.... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia
De mi pasion. Tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero, ¿ha llegado á entender
Isabel, cuanto la aprecia
Su huésped? ¿ha conocido
Cuanto su favor desea?
Sabe acaso....

TIA MONICA.

Ella, Señor,

No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho,
Sino, así, por indirectas....
Ya se vé, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON.

Y vuestro hermano ¿que piensa
De mí? ¿que dice? ¿Ha sabido
Algo?

TIA MONICA.

A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso....
¡Vaya!.... Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada :
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre extravagante, y....

BARON.

Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello, sin darle cuenta.
Ademas que yo conservo
Una especie.... y no debiérais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijísteis : qué quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote.... ¿Cuanto?

TIA MONICA.

Puede
Darla mucho, si él quisiera.
¡Oh! si....

BARON.

¿Pues que? ¿no querrá?

TIA MONICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
¡Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
Cuando quiero yo!

POESIA PROFANA COMICA.

TIA MONICA.

Señor,
No os altereis, son rarezas :
Cosas suyas.

BARON.

Pues, no importa :
Es menester que lo sepa.

TIA MONICA.

Inútil será.

BARON.

¿Por que?
Conviene que yo le vea :
Yo le hablaré.

TIA MONICA.

Bien está ;
Pero no espereis que ceda.
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando

Ese temor nos detenga,
¿Que os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren : que se llena el pueblo
De látigos y libreas :
Que mi primo el Archiduque,
No habrá remedio, me lleva
A la Corte.... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?.... Cuando se encuentra
Un gran Señor sin dinero,
¿Que chiquito que se queda!
Maldito dinero, amen.

TIA MONICA.

Si para la fuga vuestra
Bastaran.... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofreceroslo. Aquí tengo
Cien doblones, si os sirvieran.

BARON.

A verlos.... ¿y en oro? Bien....
Muy bien.... Iré como pueda.

En una mula.... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi Mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la Ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa: estaréis
Prevenidas, de manera
Que salis de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros,
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy ligera
Mi Capellan, nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MONICA.

Pero, Señor....

BARON.

¿Que os inquieta?

TIA MONICA.

Nada.... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene

Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia....
Y, á Dios.

TIA MONICA.

Bien está.... No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
Dé mí.... loca.... loca.... y tiemblo
Toda, de piés á cabeza.

DON LEANDRO MORATIN.

Escena cuarta del acto tercero de LA MOGIGATA.

Una hipócrita que quiere engañar á un hombre sensato.

DOÑA CLARA.

Don Claudio.... digo.... Yo entrara,
Pero.... Cerró.... No, no puede
Ser.... Si me espero á que salga...:
Todo es peligros.... ¡Que vida
Esta, tan desesperada!
Presa, oprimida: estudiando
Templum templi y laudo laudas,
Y quis vel qui.... Pero, no,
No perdamos la esperanza;
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues ¿no lo dije?

DON LUIS.

¿Que buscas?

DOÑA CLARA.

¡Valgame Dios!

DON LUIS.

¿Que?

DOÑA CLARA.

Buscaba

Una estampa muy devota,
Que me dió el Padre Berlanga,
Y ni sé donde la.... ni....
¡Cuanto siento no encontrarla!

DON LUIS.

¿Te vas? ven aquí.

DOÑA CLARA.

Señor.

DON LUIS.

Ven acá: ¿por que te estrañas
Así? Cuando nos juntamos
En la mesa, no me hablas,
Y despues, ó estás metida

En tu cuarto, ó si me hallas;
Huyes de verme.... ¿Que es esto?
¿Conmigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

¿Enfadada? no Señor.

DON LUIS.

¿Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, así me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tio,
Perdon.

DON LUIS.

¡Ay! niña, levanta;
Que no gusto de eso. Díme....
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Explicarle con palabras.

DON LUIS.

Yo presumí que el temor
A tu padre, fuera causa
De callar y darle gusto;
Aunque hubiese repugnancia
En tí.

DOÑA CLARA.

¿Como? No Señor.

DON LUIS.

Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mí falta

Ese mérito.

POESIA PROFANA COMICA.

DON LUIS.

¿Por que?

DOÑA CLARA.

Porque no me vênzo en nada.
 Doy gusto á mi padre, y sigo
 Mi vocacion.

DON LUIS.

¡Cosa estraña!

DOÑA CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?
 No lo entiendo.

DON LUIS.

¿Una muchacha

Bonita, de genio alegre,
 Que por instantes aguarda
 Heredar un patrimonio
 En que mire asegurada
 Su fortuna, se desprende
 De todo, renuncia tantas
 Felicidades, se encierra
 En una celda, se aparta
 Del mundo?.... No hay medio: ó es
 Muy embustera, ó muy santa.
 Pero, díme, ¿si no es esa
 Tu inclinacion, por que engañas
 A quien te puede servir?
 ¿A quien te quiere en el alma
 A pesar de tus defectos?
 ¿Aun no te dan estas canas
 Bastante seguridad?

DOÑA CLARA.

¿Pero, quien os dice?....

DON LUIS.

¡Ingrata!

DOÑA CLARA.

¿Por cuantos medios procura
 El enemigo, que caiga
 En el pecado!.... Pues, no,
 No ha de rendir mi constancia:
 Que Dios....

DON LUIS.

Oyes, niña, mira
Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... ¡Eh! no me hagas
Enfadar, ni así perdamos
El tiempo en locuras vanas.
Es menester, hija mia,
Que tengas mas confianza
De mí. Si te salto yo,
¿Quien con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la estraña
Tenacidad de tu padre,
Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas, emplearlas
En tu favor?... Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo como salgas.
Pero, al fin, es tiempo ya
De que se acabe esta farsa :
Es tiempo de que conozca
Tu padre, que no te agrada
La vida contemplativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado, en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Y servir á Dios, sin tocas,
Sin hábitos, ni alpargatas,
Como buena madre, y buena
Esposa, y buena cristiana.

DOÑA CLARA.

¡Yo!.... ¿Que decis?....

DON LUIS.

Si no quiere
Entenderlo, si desbarra,

POESIA PROFANA COMICA.

Como suele, en mí tendrás
 Todo el apoyo que basta,
 Y.... Vamos, es menester
 No hacerse la mogigata,
 No mentir, no aparentar
 Perfecciones que te faltan.
 Tenerlas, **o** no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero, Señor....

DON LUIS.

Si llegaras
 A ocultar (que no es posible)
 Toda la flaqueza humana,
 Con diabólico artificio,
 Que el vulgo ignorante aplauda;
 Aunque seduzcas al mundo,
 ¡Infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

¿Pero, no sabré de donde
 Nace este error? ¿Que malvada
 Lengua os informa de **mí**?
 ¿Quien me calumnia y me infama?
 Pero, no.... Yo la perdono:
 Es mi prima y eso basta,
 Y ántes perderé la vida
 Que ofenderla.

DON LUIS.

¿Que artimaña
 Es esa? ¿A que viene ahora
 Mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo
 De pensar: es muy contraria
 A su conducta la mia.
 Cada accion, cada palabra
 Que advierta en mí, pensará
 Que es una censura amarga
 De sus deslices.... ¿Que mal
 Me conoce! ¿que mal paga

Mi cariño !.... Pues si somos
 Frágil barro, ¿quien estraña
 Que ceda á la tentacion
 El mas prevenido, y caiga?
 Y cuando para sufrirla,
 Los vínculos no bastaran
 De la sangre, ¿olvidaria
 Yo la caridad cristiana?....
 ¿No sabré (si Dios me asiste)
 Padecer y perdonarla?

DON LUIS.

Acabemos, lengüecita
 De víbora, que me falta
 Ya el sufrimiento.... Si quieres
 Hacer el papel de santa
 Bendita, con ese amor
 Y esa caridad que gastas;
 Vete, que en vez de engañarme,
 Cólera y tedio me causa....
 Mi amistad, mi proteccion
 Te ofrezco, y todo se acaba;
 Si quieres ser con tu tio
 Humilde, sencilla y franca.
 Yo disiparé el peligro
 Urgente que te amenaza:
 Yo haré, que ni la opinion
 Pública te culpe en nada,
 Ni tu padre se disguste
 A vista de tal mudanza.
 Jóvenes hay en Toledo
 De buena sangre, de honradas
 Prendas, y alguno hallarémos
 Para tí.

DOÑA CLARA.

¡Que temeraria
 Proposicion!

DON LUIS.

¿Como?

DOÑA CLARA.

¿Yo,

Señor?....

TOM. II.

Ee

POESIA PROFANA COMICA.

DON LUIS.

¿Pues que?

DOÑA CLARA.

¿Yo casada?

DON LUIS.

¿Con que no?

DOÑA CLARA.

Conózco y huyo

Las vanidades mundanas....

Tengo ya mejor esposo.

DON LUIS.

Bien está.

DOÑA CLARA.

Que no se cansa

De amar.

DON LUIS.

Muy bien.

DOÑA CLARA.

Y con premios

Eternos, corona y paga

Los afanes de esta vida

Transitoria.

DON LUIS.

Sí, pues, anda,

Vete de aquí.... Y nunca, nunca

Me vuelvas á hablar palabra....

DOÑA CLARA.

Bien, Señor.

DON LUIS.

Nunca : porque

No sé si tendré templanza

Para sufrirte.... ¡Embustera!

¡ Oh virtud, como te ultrajan!

DON LEANDRO MORATIN.

Escena de la primera jornada de DE FUERA VENDRÁ
QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

Pintura de caracteres ridículos.

EL ALFEREZ.

¡O maldita sea el alma que os consiente,
Ruina de la paciencia, y del dinero!
En átomos al aire echaros quiero.

EL CAPITAN.

Aguirre, Alferez, ¿vos tan impaciente?

EL ALFEREZ.

¿Lisardo Capitan, esto os espanta?
Tras de verme perder con furia tanta
Hoy doscientos escudos con un page,
Que no los tuvo todo su linage,
Y me ganó en dos suertes el sarnoso
Lo que yo gané en Flandes á balazos:
Por vida del demonio.....

EL CAPITAN.

Estais furioso:
Con eso habréis salido de embarazos,
Que vos hasta perderlo no hay teneros,
Porque sois insufrible con dineros;
Con eso estais en paz.

EL ALFEREZ.

¿Y la piñata
Con que se ha de poner!

EL CAPITAN.

Nos os dé eso pena,
Que aun tengo una cadena.

EL ALFEREZ.

¿Una cadena?
Aunque fuera mayor que una reata;
¿Pues tiene en ella vuestro amor Macías,
Para que vos enamoreis dos dias?

EL CAPITAN.

¿Tanto es, Aguirre, lo que yo enamoro?

POESIA PROFANA COMICA.

EL ALFEREZ.

Vos, aunque sus cadenas fueran de oro,
Y las Damas pagárades á cuarto,
Con las del Escorial no teneis harto.

EL CAPITAN.

¿Y vos no enamorais?

EL ALFEREZ.

Yo, hermano mio,
No enamoro Princesas, mi terrero
Hago en tiendas, plazuelas, ó en el rio,
Donde hallo proporcion á mi dinero,
Porque la mas hermosa y entonada
No pide mas que aloja, y limonada.
Vos hablais Damas de tan alta esfera,
Que la tercer palabra es la pollera:
Si por hombre de manos sois tenido,
En dar polleras sois poco entendido,
Y que arriesgais el crédito no dudo,
Porque pareceis pollo, siendo crudo.

EL CAPITAN.

Eso, Aguirre, es culpar la bizarría.

EL ALFEREZ.

¿Bizarría llamais la bohería
De desnudaros vos por darlas trage?

EL CAPITAN.

¿Y es mas cordura, que os lo gane el page?

EL ALFEREZ.

Dejadme, que os confieso,
Que si me acuerdo de eso,
Me lleva el diablo en calzas y zapatos,
De ver que me ganase un lame-platos.

EL CAPITAN.

Para ganar no es menester sugeto.

EL ALFEREZ.

¿Que no teman las pintas un colete!
Mas vienen juntas quince, ó diez y siete,
Que perderán el miedo á un coselete.

EL CAPITAN.

Ea, no os asijais, que cuando estemos
Sin dinero á la carta apelarémos,
Que nos dió el Capitan Luis Maldonado
En Flandes, donde vengò encomendado
A su hermana, riquísima viuda,
Que aquí en Madrid está, y siempre que acuda,
Me dará cuanto fuere yo á pedirla.

EL ALFEREZ.

Pesia mi vida, vamos á embestirla.

EL CAPITAN.

Eso ha de ser al vernos apretados.

EL ALFEREZ.

¿Pues que mas, si á Madrid recién llegados
El page nos lamió la faldriquera,
Mas que si plato de conserva fuera?
Mas al despique apelo,
Que yo con estas gradas me consuelo
De San Felipe, donde mi contento
Es ver luego creído lo que miento.

EL CAPITAN.

¡Que no sepais salir de aquestas gradas!

EL ALFEREZ.

Amigo, aquí se ven los camaradas,
Estas losas me tienen hechizado,
Que en todo el mundo tierra no he encontrado
Tan fértil de mentiras.

EL CAPITAN.

¿De que suerte?

EL ALFEREZ.

Crecen tan bien aquí, que la mas fuerte,
Sembrarla por la noche me sucede,
Y á la mañana ya segar se puede.

EL CAPITAN.

De vuestro humor, por Dios, me estoy riendo.

EL ALFEREZ.

Por la mañana yo al irme vistiendo
Pienso una mentirilla de mi mano,

Vengo luego, y aquí la siembro en grano,
 Y crece tanto, que de allí á dos horas
 Hallo quien con tal fuerza la prosiga,
 Que á contarmela vuelve con espiga.
 Aquí del Rey mas saben, que en Palacio;
 Del Turco, esto se finge mas despacio,
 Porque le hacen la armada por Diciembre,
 Y viene á España á fines de Setiembre.
 Aquí está el Archiduque mas que en Flandes,
 Aquí hacen todos Títulos y Grandes:
 Ver, y oir esto, amigo, es mi deseo,
 Mi comedia, mi prado, y mi paseo;
 Y aquí solo estoy triste, cuando hallo
 Quien mienta mas que yo sin estudiallo.

EL CAPITAN.

Siempre graciosas son vuestras locuras.

EL ALFEREZ.

Mira, hay aquí de tabla unas figuras,
 Que para entretener basta cualquiera;
 Es cotidiano un Don Martin de Herrera
 Todo suspiros, ansias, y querellas,
 Solo su tema es galantear doncellas,
 Y el segundo papel que las envía,
 Es palabra de esposo, y su porfía
 Es tal, que á una Monja en un Convento
 Palabra la dará de casamiento.
 Tambien aquí es continuo el Licenciado
 Celedon, gran sugeto, y gran Letrado,
 Que fué Alcalde Mayor en San Clemente,
 Y á todo saca un testo de repente,
 Viene aquí á San Felipe su deseo:
 Y el Don Martin le ha olido un galanteo,
 Que tiene aquí con una doncellita,
 Que la guarda una tia tan maldita,
 Que la sierpe de Adan fué Angel con ella,
 Y á cuantos dicen algo á la doncella,
 Se los quiere tragar, y es que se enfada
 De ver que ella no es la enamorada,
 Que aunque es viuda, piensa en su persona,
 Que Venus fué con ella una fregoná.
 Y en fin, el Don Martin, y el Licenciado,

Muy pulidito aquel, y este espetado,
 Uno pretende á testos competido,
 Y otro apurar palabras de marido:
 Viene luego un vejete, que es archivo
 De todos los sucesos mas estraños,
 Y tiene ya de gradas setenta años.
 El trae la novedad, y la pregona,
 Y ahora todo es contar lo de Girona,
 Como suceso fresco....

DON AGUSTIN MORETO.

Escena de la primera jornada de DE FUERA VENDRÁ
 QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

Encuentro de dos Militares con una Vieja y su Sobrina.

VIUDA.

FRAZQUITA, baja los ojos,
 Que vas desembarazada,
 Y no es modo de doncella.

FRANCISCA.

¿Yo, Señora, miro nada?
 Los ojos llevo en las losas.

VEJETE.

¡Oh! si han venido las Damas,
 Voló la conversacion;
 Yo me voy, que en esta farsa
 No hacen papel los ancianos.

FRANCISCA.

Los soldados son la gala
 De estas gradas, Margarita.

VIUDA.

¿Que vas diciendo, chacha?
 ¿No he dicho, que á nadie mires?

FRANCISCA.

¿Yo, Señora, miro nada?

MARGARITA.

¡Que prolija es mi señora!

FRANCISCA.

Margarita, harto me cansa,
Solo casarme deseo,
Aunque no esté enamorada,
Por verme libre de tia.

MARGARITA.

La lleva el diablo su alma,
Porque á ella no la enamoran,
Que cuantos á tí te hablan
Los quisiera para sí,
Y todo el dia está en casa
Alabando su hermosura.

VIUDA.

Chichon, mudese la capa,
Porque le sudan las manos,
Y con el sudor me mancha.

CHICHON.

Señora, como es hibierno;
Tengo yo ahora esas faltas;
Hasta que entren los calores
Tenga usted paciencia.

VIUDA.

Vaya.

LICENCIADO.

Miren, que llego, Señores.

ALFONZO.

Llegue sin miedo, ¿que aguarda?
Que aquí vamos de convoy.

LICENCIADO.

Para hablaros dos palabras
He estudiado el Parladorio.
Tres horas esta mañana,
Y hallé para vuestros ojos
Un lugar, que de ellos habla
In terminis.

MARGARITA.

¡Lindo estilo!

FRANCISCA.

¿Y es el lugar Salamanca?

VIUDA.

No respondas nada, niña.

FRANCISCA.

¿Yo, Señora, digo nada?

MARGARITA.

Oye, señor Licenciado,
Ya le he dicho, que me cansa,
Que enamore.

ALFEREZ.

Caballero.

DON MARTIN.

¿Que mandais?

ALFEREZ.

Una palabra.

Aquí á un lado.

DON MARTIN.

¿Que quereis?

ALFEREZ.

Deje usted batir la estrada,
Que va el señor Auditor
A averiguar una causa.

DON MARTIN.

¡Linda flema!

ALFEREZ.

Tenga usted.

DON MARTIN.

¿Que quereis?

ALFEREZ.

Otra palabra.

CAPITAN.

Por Cristo, que la Francisca
Es como una misma plata.

VIUDA.

Señores, en cortesía
Les suplico, que se vayan.

LICENCIADO.

Señora, esto es matrimonio.

VIUDA.

Estas cosas no se tratan
Ni aquí, ni con mi sobrina.

CHICHON.

¿No va aquí un hombre de barbas,
Si tienen algo que hablar?

CAPITAN.

Soplarle quiero la Dama:
Llegad á hablar á la tia,
Que es lo de mas importancia.

LICENCIADO.

Señora, si dais licencia,
Os informaré en mi causa;
Y porque esteis en el hecho,
Diré solo la sustancia.

CHICHON.

Mi ama no la ha menester,
Que está muy bien regalada.

VIUDA.

Calle, Chichon, ¿ya no sabe
Que es simple? ¿por que no calla?

CHICHON.

¿Pues que quiere usted que diga,
Si dice que trae instancia?

VIUDA.

¿Que quereis, Señor?

LICENCIADO.

Deciros

Solamente dos palabras.

CHICHON.

Pues si usted no tiene Bula,
No puede hablar con mi ama.

LICENCIADO.

¿Por que?

VIUDA.

¿Que dice? ¿no vé
Que es simple? ¿por que no calla?

CHICHON.

¡Valgame Dios! si es hoy viernes,
Y nos tiene dicho en casa,
Que usté es como una manteca,
¿Sin Bula podrá probarla?

VIUDA.

¿Que es lo que dices?

LICENCIADO.

Ya informo.

DON MARTIN.

Dejadme, que se me pasa
La ocasion del galanteo.

ALFEREZ.

Oigame, que poco falta.

DON MARTIN.

¿Que he de oir, si no os entiendo?

ALFEREZ.

Ahora importa mas la larga,
Que con la doncella pienso
Que pegó mi camarada.
Yo me esplicaré.

DON MARTIN.

Sea presto.

CAPITAN.

No tiene el Mayo mañana
Mas florida, que esos ojos.

FRANCISCA.

¡Ay Señor! soy desdichada,
Que esa tia es mi martirio.

CAPITAN.

Si eso solo os acobarda,
Yo vencer sabré ese estorbo.

MARGARITA.

¡Ay! que nos tiene encerradas,
 Como dinero de dueña,
 Y está rabiando nuestra alma
 Por hablar cuando salimos.

CAPITAN.

Si me decis vuestra casa,
 Yo os daré medio de hablar.

VIUDA.

¿Que haces, niña? ¿con quien hablas?
 Señor soldado, ¿que es eso?

FRANCISCA.

¿Yo, Señora, digo nada?

VIUDA.

Entraos en la iglesia luego.

CAPITAN.

Esto, Señora, no pasa
 De casual cortesanía.

VIUDA.

Pues para eso ya basta :
 Entraos en la iglesia, niñas.

MARGARITA.

¡Fuego de Dios, que tarasca!
 Está ella hablando dos horas,
 Y nosotras desdichadas,
 Quiere que estemos á diente.

FRANCISCA.

Vamos, y no demos causa
 A que haya en casa sermon. *Vase.*

MARGARITA.

¿Señor soldado?

CAPITAN.

¿Que mandas?

MARGARITA.

Que nos sigais en saliendo,
 Si queréis saber la casa.

CAPITAN.

Si haré.

MARGARITA.

Por Dios, que tengais
Lástima de esta muchacha. *Vase.*

DON MARTÍN.

Vive Dios, que se han entrado,
Dejadme ir tras ellas.

ALFEREZ.

Vaya,
Que ya es tarde: mas oid.

DON MARTIN.

No os puedo oir mas palabra,
Que tengo que ir luego al Cármen,
Y al Caballero de Gracia. *Vase.*

LICENCIADO.

¿No respondeis á mi intento?

VIUDA.

No es cosa la que se trata
Para responderos luego.
Vuestra presencia me agrada;
Mas si habeis de ser mi esposo,
Hay muchas cosas que faltan,
Y han de verse muy de espacio.

LICENCIADO.

Yo no os he dado palabra
Para ser esposo vuestro.

VIUDA.

¿Pues que?

LICENCIADO.

Yo, Señora, hablaba
Solo de vuestra sobrina.

VIUDA.

Mi sobrina no se casa
Hasta que me case yo,
Que su edad es muy temprana;
Y aunque estoy con tocas hoy,

POESIA PROFANA COMICA.

Ya de quince años lo estaba,
Y aun no tengo diez y nueve
Cumplidos.

CHICHON.

Y la mamada.

LICENCIADO.

Así será, mas yo á vos
No os pretendo.

VIUDA.

Pues se cansa,
Si pretende á mi sobrina.
Venga, Chichon.

Vase.

CHICHON.

La muchacha
No se la darán, por Dios,
A él, ni aun para descalzarla.

LICENCIADO.

¿Por que?

CHICHON.

Porque ni aun á mí,
Con ser tanto de la casa,
No me la dará su tia.

LICENCIADO.

Y andará muy acertada.

CHICHON.

No andará, ni su zapato,
Que soy yo de la montaña
El gran Chichon de Barrientos,
Mas antiguo que la sarna:
¡O que lindo letradillo!

LICENCIADO.

Hombre, ¿que dices? ¿que hablas?
¿Sabes que estoy consultado
Por Auditor de Guajaca?

CHICHON.

Tendrá muy buen chocolate,
Casese allá con las cajas.

Vase.

CAPITAN.

La muchacha es como un oro.

LICENCIADO.

Mas la tia es grande maza :
Vos me habeis hecho un gran gusto,
Que este Don Martin me enfada.

ALFEREZ.

En la iglesia entró tras ellas.

LICENCIADO.

¿Entró? fuerza es que allá vaya,
Allá dentro no le temo.

CAPITAN.

Si la tia os desengaña,
¿Para que os cansais en vano?

LICENCIADO.

¿Como cansarme? ¿que llama?
A testos he de vencerla,
Que si en el Derecho se halla
Ley prima, ha de haber ley tia,
O me he de pelar las barbas. *Vase.*

ALFEREZ.

¿Que decis de estos humores?

CAPITAN.

¿Vos no sabeis lo que pasa?

ALFEREZ.

¿Que?

CAPITAN.

Entre vos, y yo á los dos
Hemos soplado la Dama.

ALFEREZ.

¿Como?

CAPITAN.

Yo eché al Licenciado .
A la tia para hablarla,
Y me han dicho que las siga.

POESIA PROFANA COMICA.

ALFEREZ.

Bravo par Dios; la criada
Acoto.

CAPITAN.

Yo á la tia.

ALFEREZ.

¿Tia?

Si fuera tia del Papa,
No la enamorara yo,
Donde hay gorronas.

CAPITAN.

Aguarda,
Que aquí sale el Escudero.

ALFEREZ.

De gran simple es la calaña.

CHICHON, con un rosario en la mano.

Ya oí misa á buena cuenta :
¡Que sea yo tan perdulario
Que nunca acabe un Rosario!
Porque en llegando á esta cuenta,
Que es la del alma, es notorio,
De aquí no puedo pasar,
Todo se me va en sacar
Animas del Purgatorio :
Admitan mi buen deseo,
Y den su santa intencion
Por el pecador Chichon,
De esta viuda Cirineó.

(Santiguase con el rosario.)

¡Como almorzaríades vos,
Chichon! ¡que bien sabe, pues,
Un torreznito, despues
De encomendarse uno á Dios!

CAPITAN.

¿Ah hidalgo?

A

CHICHON.

Y no es lo peor

Que tengo.

CAPITAN.

Creolo, á fé :

¿Quereisme oir?

CHICHON.

Mire usté,

Que no soy yo Confesor.

CAPITAN.

Que me deis pretendo, amigo,
De estas señoras razon.

CHICHON.

No sea murmuracion.

CAPITAN.

Ni sombra.

CHICHON.

Por eso digo;

Que soy yo muy virtuoso.

ALFEREZ.

¿Las servis?

CHICHON.

Las he criado:

Mas besos las tengo dado,
Que á las colmenas un Oso.

ALFEREZ.

Bien podréis dar testimonios.

CAPITAN.

De quien son es nuestra duda.

CHICHON.

Mire usted, lo que es la Viuda,

Es hija de los demonios:

Los mismos ojos la saca

A la pobre Francisquita:

¿Vela usté? es una Santita,

Mas grandísima bellaca;

Por casarse anda perdida:

La tia es libidinosa,

Y á la niña, de envidiosa,

No deja galan á vida.

CAPITAN.

¿Y entra alguno á ser dichoso?

CHICHON.

¡Jesus! ni imaginacion,
 Que eso era murmuracion,
 Y yo soy muy virtuoso:
 ¿Mas vé usted la tia? se endilga,
 Y por marido revienta,
 Se alaba (tenga usted cuenta),
 Y se alaba, y se remilga,
 Se hace niña de faicion.
 ¿Pues vé usted? aunque mas los borre,
 Treinta tiene, y lo que corre
 Desde el señor San Simon.

ALFEREZ.

¡Graciosa simpleza! al vella,
 La risa me precipita;
 ¿Y es doncella Margarita?

CHICHON.

Mire, y me casan con ella,
 Pero yo no quiero tal.

ALFEREZ.

¿Por que? ¿no os hará provecho?

CHICHON.

¿No vé usted que tengo hecho
 Voto de vírgen bestial?

CAPITAN.

¿Como tiene el apellido
 La tia?

CHICHON.

Es Doña Cecilia
 Maldonado, gran familia.

CAPITAN.

¿Alferez, no habeis oido?

ALFEREZ.

Ya escucho, que es bravo cuento.

CHICHON.

Pero, Señores, á Dios,

Que ya me esperan las dos,
Y callar lo que les cuento.

CAPITAN.

De eso estamos cuidadosos.

CHICHON.

Por eso digo, chiton,
Que me quitan la racion,
Y no es bueno ser chismosos.

Vase.

CAPITAN.

Alferez, suerte dichosa,
La hermana es la Viuda
De aquel Capitan.

ALFEREZ.

Sin duda.

CAPITAN.

La sobrina es milagrosa;
Y segun contaba él de ella,
Muy gran dote ha de tener:
¿Que pudiéramos hacer
Para casarme con ella?

ALFEREZ.

Mirad: doncellas guardadas,
Que aun la calle verlas niegan,
Al primero que hablan pegan,
Aunque sean mas honradas:
Ello con grande recato
Se ha de dar alguna traza
Para hablarlas, que esta plaza
Ha de rendirse por trato.

CAPITAN.

¿Como, si guarda con ella
La tia, casa, y sobrina?

ALFEREZ.

¿Hay mas de hacerla una mina
Y volar á la doncella?

CAPITAN.

Alferez, de esa conquista
Por el modo desconño.

POESIA PROFANA COMICA.

ALFEREZ.

Pues eso no, amigo mio,
Asaltarla á escala vista.

CAPITAN.

Peor medio es ese, amigo,
Con tantos competidores.

ALFEREZ.

¿Han de faltar batidores
Si viniere el enemigo?

CAPITAN.

La carta.

ALFEREZ.

Pesia mi alma,
Que esta es brava introduccion;
Ya he formado el escuadron.

CAPITAN.

¿Como?

ALFEREZ.

Veislo aquí en la palma,
Con un alfiler se pasa
La firma.

CAPITAN.

¿Y pues?

ALFEREZ.

Contrahacella,
Y escribir carta sobre ella,
Que nos hospede en su casa.

CAPITAN.

¿Sabréis vos?

ALFEREZ.

¿Linda chacona!
Os la pondré dibujada,
Y en ganandole la entrada,
Rebato, y arda Bayona.

CAPITAN.

Lograré las ansias mias.

ALFEREZ.

Rendircísla.

CAPITAN.

Al punto vamos.

ALFEREZ.

Pues toca al arma.

CAPITAN.

Embistamos.

ALFEREZ.

Al arma contra las tias.

DON AGUSTIN MORETO.

Escena de la segunda jornada DEL DESDEN CON EL
DESDEN.*Coloquio entre una Dama que quiere enamorar á un
Galan, y el Galan que se finge desamorado.*

DIANA.

Yo he de rendir este hombre,
 O he de condenarme á necia. *aparte.*
 ; Que tibio galan haceis!
 Bien se vé en vuestra tibieza,
 Que es violencia enamorar,
 Y siendo el fingirlo fuerza,
 No saberlo hacer, no es falta
 De amor, sino de agudeza.

CARLOS.

Si yo hubiera de fingirlo,
 No tan remiso estuviera,
 Que donde no hay sentimiento
 Está mas pronta la lengua.

DIANA.

; Luego estais enamorado
 De mí?

CARLOS.

Si no lo estuviera,
 No me atara este temor.

DIANA.

; Que decis? ; hablais de veras?

CARLOS.

¿Pues si el alma lo publica,
Puede fingirlo la lengua?

DIANA.

¿Pues no dijísteis que vos
No podeis querer?

CARLOS.

Eso era,
Porque no me habia tocado
El veneno desta flecha.

DIANA.

¿Que flecha?

CARLOS.

La desta mano,
Que el corazon me atraviesa.

DIANA.

Albricias, ingenio mio, *aparte.*
Que ya rendí su soberbia,
Ahora probará el castigo
Del desden de mi belleza.
¿Que, en fin, vos no imaginábais
Querer, y quereis de veras?

CARLOS.

Toda el alma se me abrasa,
Todo mi pecho es centellas;
Temple en mí vuestra piedad
Este amor que me atormenta.

DIANA.

Soltad. ¿Que decis? Soltad.

Quitase la mascarilla Diana, y sueltale la mano.

¿Yo favor? la pasion ciega
Para el castigo os disculpa,
Mas no para la advertencia:
¿A mí me pedis favor,
Diciendo que amais de veras?

CARLOS.

¡Cielos! yo me despeñé, *aparte.*
Pero valgame la enmienda.

DIANA.

¿No os acordais, de que os dije,
Que en queriendome, era fuerza
Que sufriéseis mis desprecios,
Sin que os valiese la queja?

CARLOS.

¿Luego de veras hablais?

DIANA.

¿Pues vos no quereis de veras?

CARLOS.

¿Yo, Señora? ¿Pues se pudo
Trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿Yo?
¡Jesus, que error! ¿Eso piensa
Vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
De vergüenza lo callara;
Esto es cumplir con la deuda
De la obligacion del dia.

DIANA.

¿Que me decis? Yo estoy muerta.
¿Que no es de veras? ¿Que escucho? *aparte.*
¿Pues como aquí?... (á hablar no acierta
Mi vanidad de corrida).

CARLOS.

¿Pues vos, siendo tan discreta,
No conoceis que es fingido?

DIANA.

¿Pues decir que el desden era
Porque no os habia tocado
Del veneno la violencia?...

CARLOS.

Pues eso es fingirlo bien:
¿Tan necio quereis que sea,
Que cuando á fingir me pongo,
Lo finja sin apariencia?

DIANA.

¿Que es esto que me sucede? *aparte.*

¿Yo he podido ser tan necia
Que me haya hecho este desaire?
Del incendio desta afrenta
El alma tengo abrasada:
Mucho temo que lo entienda.
Yo he de enamorar á este hombre
Si toda el alma me cuesta.

CARLOS.

Mirad, que esperan, Señora.

DIANA.

¿Que á mí este error me suceda! *aparte.*
¿Pues como vos?....

CARLOS.

¿Que decis?

DIANA.

¿Que iba yo á hacer? Yo estoy ciega.
Poneos la máscara, y vamos.

CARLOS.

No ha sido mala la enmienda:
¿Así trata al rendimiento?
¿Ah cruel! ¿ah ingrata! ¿ah fiera!
Yo echaré sobre mi fuego
Toda la nieve del Etna.

DIANA.

Cierto, que sois muy discreto;
Y lo fingis de manera,
Que lo tuve por verdad.

CARLOS.

Cortesanía fué vuestra
En fingiros engañada,
Por favorecer con ella,
Que con esto habeis cumplido
Con vuestra naturaleza,
Y la obligacion del dia;
Pues fingiendo la cautela
De engañaros, porque á mí
Me dais crédito con ella,
Favoreceis el ingenio,
Y despreciais la fineza.

DIANA.

Bien agudo ha sido el modo *aparte.*
De motejarme de necia;
Mas así le he de engañar :
Venid, pues , y aunque yo sepa
Que es fingido, proseguid,
Que eso á estimaros me empaña
Con mas veras.

CARLOS.

¿De que suerte?

DIANA.

Hace á mi desden mas fuerza
La discrecion que el amor,
Y me obligais mas con ella.

CARLOS.

¿Quien no entendiese tu intento!
Yo le volveré la flecha. *aparte.*

DIANA.

¿No proseguis?

CARLOS.

No, Señora.

DIANA.

¿Por que?

CARLOS.

Me ha dado tal pena
El decirme que os obligo,
Que me ha hecho perder la senda
Del fingirme enamorado.

DIANA.

¿Pues vos, que perder pudiérais
En tenerme á mí obligada
Con vuestra atencion discreta?

CARLOS.

Arriesgarme á ser querido.

DIANA.

¿Pues tan mal os estuviera?

POESIA PROFANA COMICA.

CARLOS.

Señora, no está en mi mano,
Y si yo en eso me viera,
Fuera cosa de morirme.

DIANA.

¿Que esto escuche mi soberbia! *aparte.*
¿Pues vos presumis que yo
Puedo querereros?

CARLOS.

Vos mesma
Decis, que la que agradece,
Está de querer muy cerca :
¿Mas quien confiesa que estima,
Que falta para que quiera?

DIANA.

Menos falta para injuria
A vuestra loca soberbia,
Y eso poco que le falta,
Pasando ya de grosera,
Quiero excusar con dejaros :
Idos.

CARLOS.

¿Pues como á la fiesta
Quereis faltar? ¿Puede ser,
Sin dar causa á otra sospecha?

DIANA.

Ese riesgo á mí me toca :
Decid, que estoy indispuesta,
Que me ha dado un accidente.

CARLOS.

¿Luego con eso, licencia
Me dais para no asistir?

DIANA.

¿Si os mando que os vais, no es fuerza?

CARLOS.

Me habeis hecho un gran favor,
Guarde Dios á vuestra Alteza.

DON AGUSTIN MORETO.

Escena de la segunda jornada de LOS EMPEÑOS DE
UN ACASO.

Coloquio de dos Amantes zelosos.

DON FELIX.

ESPERAD.

LEONOR.

No la sigais.

DON FELIX.

Importa que...

LEONOR.

Aqueso fuera
Hacerme, señor Don Felix,
El desaire á mí, no á ella.

DON FELIX.

Si lo intento, no es porque
Verla ir enojada sienta,
Sino porque, como he dicho,
No he de barajar las quejas
Que de vos tengo; y así
Quiero que diga ella mesma,
Como yo no la conozco.

LEONOR.

¿Tan lindo sois, que se entran
Tapadas en vuestro cuarto
Las Damas, sin conocerlas?

DON FELIX.

Sin ser confianza en mí,
Puede ser piedad en ellas,
Cuando vienen á decirme,
Que son dos los que hoy intentan,
Zelosos de vos, matarme,
Que haga de Madrid ausencia.

LEONOR.

¡Lindos Frailes Capuchinos
Para un caso de conciencia!

DON FELIX.

Yo....

POESIA PROFANA COMICA.

LEONOR.

Señor Don Felix, cuando
 Una muger de mis prendas
 Tanto decoro aventura,
 Tanto respeto atropella,
 Como salir de su casa
 Disfrazada, y encubierta,
 Y á daros satisfacciones
 Se atreve á entrar en la vuestra,
 Bastantemente acredita,
 Sobradamente sana
 El examen de su fé,
 Y de su amor la experiencia,
 La poca culpa que tiene
 En las pasadas sospechas,
 Que un embozo, y un pàpel
 Engañosamente engendran:
 A desenojaros vine,
 No será la vez primera
 Que tropiece en un agravio
 Quien va á hacer una fineza.
 Yo vuelvo muy consolada,
 Muy ufana, y muy contenta
 De haber visto cuanto estais
 Divertido, de manera,
 Que si me daba cuidado
 Vuestro disgusto, aquí cesa,
 Pues si vos no le teneis,
 No es justo que yo lo sienta.

DON FELIX.

Deteneos, que no es bien
 Que volvais tan satisfecha
 De que volveis disculpada.

LEONOR.

Ya cuando yo no lo vuelva,
 Importa poco.

DON FELIX.

No importa
 Sino mucho.

LEONOR.

¿De manera,

Que ha de ser delito en mí
Una falsa ilusion ciega,
Y en vos no ha de ser delito
Una tan clara evidencia?

DON FELIX.

¿Ilusion fué en vuestra casa,
En la oscura noche negra
Hallar un hombre embozado?

LEONOR.

¿Y hallar yo en la casa vuestra
En el claro hermoso día
Una muger encubierta,
Será ilusion?

DON FELIX.

Yo no sé
Aquella muger quien sea.

LEONOR.

Ni yo quien fuese aquel hombre.

DON FELIX.

Allá un papel lo confiesa,
Y un criado lo publica.

LEONOR.

Aquí tambien ella mesma,
Pues dice que la pagais
Mal sus rendidas finezas.

DON FELIX.

Yo no sé quien es.

LEONOR.

¡Que mal

Os disculpais! ¿que aun no acierta
Vuestro ingenio con los modos
De satisfacer? ¿No fuera
Mejor decirme: Leonor,
Esta hermosa dama bella
Aborrecida de mí
Despues que ví tu belleza,
Me persigue, yo la olvido?
Pudiera ser que creyera

POESIA PROFANA COMICA.

A la luz de la verdad
La disculpa; mas quien niega
Los principios, tarde, ó nunca
Con el argumento acierta.

DON FELIX.

Eso sí, valeos ahora
Vos de mis razones mesmas,
Pues con eso quedaréis
Mas airosamente esenta
De algunas obligaciones,
Y podréis amar sin ellas
A aqueste Don Juan de Silva,
Que os sirve, y os galantea.

LEONOR.

Ya he dicho, que no sé quien
Ese Caballero sea.

DON FELIX.

Yo tambien, que no sé quien
Es esa Dama encubierta.

LEONOR.

Eso es herir por los filos,
Y si con eso se vengan
Vuestros zelos, yo me doy
Por vencida.

DON FELIX.

Considera,
Leonor, que soy yo el quejoso,
Y mal los quejosos ruegan.

LEONOR.

¿Digo yo que me rogueis?
No lo hagais, vamos apriesa,
Inés : no me dejes ir.

aparte.

DON FELIX.

Id con Dios : Inés, detenla.

aparte.

INÉS.

Fácil es servir dos amos
Mandando una cosa mesma :
Señora, mirad que puede
Ser verdad.

LEONOR.

¿Que?

INÉS.

Que no sepa
Quien es aquesta muger.

LEONOR.

¿Tú tambien contra mí alegas?

INÉS.

Yo digo lo que ser puede.

LEONOR.

¿Como puede ser que sea
Verdad, que no la conozca?

DON FELIX.

¿Como pudo ser que fuera
Verdad no conocer vos
Aquel hombre?

LEONOR.

¿De manera,
Que ya á confesar venis
Que puede ser que no sepa
Yo quien sea aquel Caballero
Del papel, y la pendencia?

DON FELIX.

No confieso tal, que hay
En los dos gran diferencia.

LEONOR.

Es verdad, ser vos mas Dama,
Y no haber quien se os atreva
A decir su pensamiento
Cara á cara: y así es fuerza,
Que de embozo, y disfrazadas
A veros y á hablaros vengan;
¿No es esto? vamos, Inés.

DON FELIX.

Idos, que es mucha soberbia,
Querer que ruegue un quejoso.

LEONOR.

Vamos, Inés.

INÉS.

Considera....

LEONOR.

No tienes que detenerme,
Que ahora lo digo de veras.

DON FELIX.

Yo tambien, no hay que mirarme,
Inés, que se vaya deja.

LEONOR.

Eso quiero yo.

DON FELIX.

Yo, y todo.

INÉS.

El demonio que os entienda.

DON FELIX.

Pues para estar disculpado....

LEONOR.

Pues para que razon tenga....

DON FELIX.

Yo ví un hombre en vuestra casa.

LEONOR.

Yo una muger en la vuestra :
¿Viene tras nosotras?

INÉS.

No :

Firme que firme se queda.

LEONOR.

Pues no ha de quebrar por mí,
Aunque voy de zelos muerta.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de DAR TIEMPO AL
TIEMPO.

Lance con un Niño trecemesino.

DON JUAN.

VUELVETE volando á casa.

CHACON.

¿Así, y solo, y á estas horas?

DON JUAN.

Si, que no quiero que vayas
 Conmigo así.

CHACON.

Lo que haré,
 Será, ya que aquí me halla
 Este fracaso, llamar
 Donde me den una capa
 Que á guardar dejé, con otras
 Alhajillas de importancia.

DON JUAN.

¿Mas que es en casa de aquella
 Señora, cuya criada,
 Si bien me acuerdo, querias
 Antes ir?....

CHACON.

No sino el Alva.

DON JUAN.

Pues bueno es tener de una
 Pícara tú confianza,
 Y querer que no la tenga
 Yo de una principal Dama.

CHACON.

Dejame llegar, verás
 Que á mí Juanilla me aguarda
 Mas fina, que á tí Leonor,
 Haciendo que á un silbo salga.

Silba, y sale á la puerta una criada.

CRIADA.

¿Eres tú?

CHACON.

Mira que presto:
 Yo soy.

CRIADA.

Allbricias, que nada
 Nuestra ama entendió, porque
 Ha andado muy muger Juana:

POESIA PROFANA COMICA.

Toma, y gozale mil años,
Y hazle cristiano mañana,
Que ha sido el parto terrible.

Dale un niño envuelto, y cierra aprisa.

CHACON.

Oye.

CRÍADA.

A Dios, á Dios.

CHACON.

Aguarda.

DON JUAN.

Que te ha dado?

CHACON.

Una criatura;

Que en vez de darme otra capa,
Viendo que esta tiene ya
Perdido el miedo á las manchas,
La aplicó para mantillas;
Y es lo peor que al entregarla,
Me pide albricias, y dice
Que ha andado muy muger Juana.

DON JUAN.

¡Y como que ha andado! bien
La esperiencia lo declara.

CHACON.

¿Que tanto, Señor, habrá
Que ya de la Corte faltas?

DON JUAN.

Trece meses.

CHACON.

¿Trece meses?

Pues voyle á echar en la zanja
Que caí, no quiero hijo
Trecemesino en mi casa.

DON JUAN.

Tente, que no es cristiandad
Echar á perder un alma.

CHACON.

¿Y echar á perder un cuerpo
Una pícara bellaca
Es cristiandad?

DON JUAN.

Yo no tengo
De consentirte que hagas
Tan grande inhumanidad.

CHACON.

¿No es peor hacer una ingrata,
Una humanidad, que yo
Una inhumanidad?

DON JUAN.

Basta,
Que no lo he de permitir.

CHACON.

Pues ya que destó te cansas,
Espera, que aquí en la esquina
Ha de vivir una santa
Comadre mia, y de todos,
Que siempre sabe de amas
Que acomodar, y ella puede
Cuidar della hasta mañana,
Y aun hasta el día del Juicio.

DON JUAN.

Pues vé volando á buscarla,
Y mira que voy tras tí
Para ver á quien la encargas.

CHACON.

Venid el trecemesino,
Venid, que yo os doy palabra
De que mi venganza sea
Mas campanuda venganza,
Que la de aquel Veinticuatro
De Córdoba, ú de Granada.

Vase.

DON JUAN.

Estrañas cosas suceden
En Madrid, y por estrañas

No molestan tanto, como
 Por lo que aquí me dilatan
 Llegar á adorar, Leonor,
 Los umbrales de tu casa.
 ¡O si fuera tan dichoso
 Que por la reja escuchara
 Tu voz siquiera!

Vuelve Chacon.

CHACON.

Ya queda
 Mi trecemesino en guarda
 Por esta noche.

DON JUAN.

Pues vamos
 Antes que otro estorbo haya,
 Al centro donde ya fuéron
 Delante mis esperanzas.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de DAR TIEMPO AL TIEMPO.

Zelos satisfechos.

LEONOR.

Don Juan, seas bien venido.

DON JUAN.

Y tú, Leonor, mal hallada.

LEONOR.

Mal merecen tan esquivo,
 Tan necio estilo grosero,
 El amor con que te espero,
 La fé con que te recibo.
 ¿Tú, al fin de tan largos plazos
 Como lloran mis enojos,
 Vuelves sin gusto á mis ojos,
 Y sin cariño á mis brazos?
 Tú....

DON JUAN.

Deten la voz al labio,
 La accion al brazo deten.

LEONOR.

Don Juan, mi señor, mi bien....

DON JUAN.

Mi mal, mi muerte, mi agravio....

LEONOR.

¿Que es esto?

DON JUAN.

¿Que me preguntas,

Vil cocodrilo, engañosa

Sirena, que cautelosa

Halago y peligro juntas;

Si preguntandote á tí

Tu falso estilo traidor,

Puedes saberlo mejor?

Mas ya que, traidora, aquí

Das á entender que lo ignoras,

Y con falsedades tantas

Parabienes que me cantas,

Son exequias que me lloras :

Yo lo diré, no porque

Presuma que no lo sabes,

Mas porque en penas tan graves

Sepas tú que yo lo sé :

¿Pudo negarme el agrado

De esa fingida apariencia ,

Que te has mudado en mi ausencia?

LEONOR.

Verdad es que me he mudado :

¿Pero que agravio te he hecho

En mudarme?

DON JUAN.

¿Habrás tenido,

No digo yo que haya sido

Noble, pero el mas vil pecho,

Descaro de confesar

A un hombre, que ya engañó,

Que es verdad que se mudó?

LEONOR.

¿Pues por que lo he de negar,

Si es verdad?....

POESIA PROFANA COMICA.

CHACON.

¡Que bofetada! *aparte.*

LEONOR.

Que me mudé....

CHACON.

¡Que cachete! *aparte.*

LEONOR.

Por mejorar.

CHACON.

¡Que puñete! *aparte.*

LEONOR.

Comodidad.

CHACON.

¡Que patada! *aparte.*

DON JUAN.

¿Segun eso, (yo estoy loco)

Tampoco negarás, no,

Que alguien anoche llamó

Tarde á tu puerta?

LEONOR.

Tampoco.

DON JUAN.

¿Y tambien, (ay Dios) que á quien

Llamó, al instante que oyéron

Como llamaba, le abrieron,

Me confesarás?

LEONOR.

Tambien.

DON JUAN.

Pues no quiera el sufrimiento

De mi zelosa pasion

Que hagas tú la confesion,

Y que yo sufra el tormento.

Y pues ni el alivio das

De negar, porque siquiera

Ese plazo mas viviera,

Oyendo ese engaño mas,

Quedate, ingrata, tirana,

Falsa, aleve, cautelosa,
 Varia, mudable, engañosa,
 Fiera, injusta, altiva, y vana,
 Que ya no quiere mi amor
 Decirte lo mas que hubo,
 Por no decirte que estubo
 A mi cargo tu temor,
 Cuando de tu casa huyendo
 Veniste donde hoy te hallé.

LEONOR.

Eso solo negaré,
 Porque eso solo no entiendo :
 ¿Yo de mi casa salí?
 ¿Riesgos, ni peligros yo?

DON JUAN.

¿Pues no veniste á esta?

LEONOR.

No.

DON JUAN.

¿Pues tu casa es esta?

LEONOR.

Sí.

¿No te escribí que me habia
 De esotra casa mudado,
 Y que se la habia dejado
 A una grande amiga mia?
 Ella es.... mas esto que voy
 A decir, no es bien prosiga,
 Sin que de que no se diga,
 Palabra me dés.

DON JUAN.

Sí doy.

LEONOR.

Pues esa es á quien pasó
 Anoche no sé que empeño
 Con su hermano, y con el dueño
 Que para esposo eligió.
 Reconoce estas paredes;
 Y si todo no lo olvidas,

POESIA PROFANA COMICA.

Señas verás conocidas,
De quien informarte puedes
De que tu duda es error :
Yo vivo aquí.

DON JUAN.

No prosigas,
Leonor mia, ni me digas
Mas palabra en tu favor;
Porque cuando yo no viera
Señas de verdad tan clara,
Si á tí misma lo escuchara,
Por mí mismo lo creyera,
Con tal novedad premiado,
Que yo solamente he sido
Dichoso en haber sabido,
Que su Dama se ha mudado :
Pare el sentimiento á raya,
Pues ya el gusto le prefiere.

CHACON.

¡ Ah mugeres! quien no os quiere,
Una y mil veces mal haya.

DON JUAN.

Chacon, oye el desengaño,
Si es que mi vida apetece.

CHACON.

¿ No lo dije yo mil veces
Que todo seria engaño,
Cuando tu furia tirana
Culpaba su proceder?
Porque Leonor no es muger,
Sino Deidad soberana.

DON JUAN.

Claro está : y puesto que ha sido
Dicha la pena pasada ,
Seas, Leonor, bien hallada.

LEONOR.

Y tú, Don Juan, mal venido.

DON JUAN.

¿ Que es esto? ¿ tan presto el labio

Trueca el agrado en desden,
Leonor, mi cielo, mi bien?

LEONOR.

Don Juan, mi muerte, mi agravio.

DON JUAN.

¿Pues que es esto?

LEONOR.

Ser quien soy,

Y ofenderme de que así
Se haya tenido de mí
Vil concepto, cuando estoy,
A costa de mil tristezas,
Ansias y penalidades,
Examinando verdades,
Y acrisolando finezas.
¡Yo á otro amante habia de abrir
La puerta! ¡yo cautelosa,
Falsa, aleve, y engañosa!
¡Yo de mi casa salir!

DON JUAN.

Agravio que no ofendió
No fué agravio, pues peor fuera
Que tu mudanza creyera
Y no la sintiera yo.
La carta que me escribiste,
Leonor, no la recibí:
Y así, á la casa me fuí
Donde primero viviste;
Y donde fué el que llamó,
Lo primero que encontré....

CHACON.

No fué, que primero fué
Caer en una zanja yo.

DON JUAN.

Luego que le abriéron, ví
La puerta.

CHACON.

Tambien lo niego,
Porque lo que vimos luego,
Fué un agua-va sobre mí.

POESIA PROFANA COMICA.

DON JUAN.

Despues, con el desatino,
Llegué á la reja.

CHACON.

No hay tal,
Que despues en un portal
Me nació un trecemesino.

DON JUAN.

Dando la vuelta á la calle,
Ví salir una muger.

CHACON.

Que hubimos de defender
De la justicia.

DON JUAN.

Su talle,
Su asficción, y su congoja,
Que eras tú me persuadió.

CHACON.

Y defendiendola yo
A la sombra de la hoja,
Con ella llegué hasta aquí.

DON JUAN.

Pues si viniendo tras ella,
En la casa, Leonor bella,
Donde ella entró, te hallé á tí,
¿Que mucho que desatento
Te haya visto, y te haya hablado?
Lo que se dice enojado,
Lisonja es, no sentimiento;
Desaires que el pundonor
Llora, el cariño agradece;

Yendose, y él tras ella.

Quien mas siente, mas merece:
Y pues no hay duelo en amor,
Despues de tan largos plazos
Como lloran mis enojos,
Leonor, pues vuelvo á tus ojos,
Vuelva el cariño á tus brazos.

CHACON.

Ea, Señora: lo esquivo *detienela.*

Deja, haya aquello primero
De, el amor con que te espero,
La fé con que te recibo.

LEONOR.

No haré tal, porque ofendida
Me tiene su sinrazon ;
¿ Antes de oirme, era razon
Culparme? en toda mi vida
Me verá alegre la cara.

DON JUAN.

Mi Leonor, mi bien, mi cielo,
Mas te injuriara un rezelo,
Cuando menos te injuriara.

LEONOR.

Don Juan, mi padre está fuera,
Y es fuerza que ha de venir
Muy presto ; para argüir
Si mejor fuera ó no fuera,
No es esta buena ocasion : *con desden.*
Vuelvete, que yo te oiré
Despues, y yo me veré
En si fué, ó no fué razon.

DON JUAN.

No iré, sin que mi atrevido *ponesela delante.*
Error perdonado hayas.

LEONOR.

Ahora bien, porque te vayas,
Seas, Don Juan, bien venido.
Abrazale con desden.

DON JUAN.

¿ Porque me vaya no mas?

LEONOR.

Y porque estoy con cuidado.
Yendose cada uno por su puerta.

DON JUAN.

Yo me iré, desconfiado
De no obligarte jamas :
Mas consueleme una cosa.

LEONOR.

¿Que es, si decirla te agrada?

DON JUAN.

No te pierda de culpada,
Y pierdate de quejosa.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de DAR TIEMPO AL
TIEMPO.

*El padre de una Dama, en cuya casa se ha refugiado
otra amiga suya huyendo de un hermano á quien ha
agraviado, la disculpa con este.*

DON LUIS.

TENDRÉIS á gran novedad,
Señor Don Diego, que venga
Yo á visitaros.

DON DIEGO.

Las dichas,
Y mas tan grandes como esta,
Siempre á quien no las aguarda,
Se hacen. Unas sillas llega,
Ginés, aquí: perdonadme
Que os reciba en esta pieza,
Que por ser este su cuarto,
Y estar mi hermana indispueta,
No os suplico entreis adentro.

DON LUIS.

Bien prudente es la advertencia;
Huelgome de haberla oido.

aparte.

DON DIEGO.

Salte, Ginés, allá fuera.

Vase Ginés.

DON LUIS.

Anoche os busqué.

DON DIEGO.

No pude
Prevenir dicha como esta;
Y así no me estuve en casa.

DON LUIS.

Pues recado os dejé en ella.

DON DIEGO.

A saberlo yo os buscara :

¿ Quien vió confusion tan nueva ? *aparte.*

DON LUIS.

Materias, señor Don Diego,
Del honor, en quien profesa
Sustentarlas como noble,
Son tan sagradas materias,
Que no se tratan, sin que
Hayan de costar por fuerza,
O vergüenza en quien las oye,
O en quien las dice vergüenza :
Pero cuando este respeto,
Que se les pierde al moverlas,
Es por hombre de mis canas,
De mi sangre y de mis prendas,
Parece que encomendada
Llevan no sé que licencia
Que hace tratable el horror,
Sino apacible la ofensa :
Esto viene á parar todo....

DON DIEGO.

Pluguiera á Dios no supiera *aparte.*

Yo en lo que viene á parar.

DON LUIS.

En facilitar mi lengua
Términos con que deciros
Que permitais que no os crea
Decirme, que mi señora
Doña Beatriz adolezca,
Cuando vengo de su parte,
Dejandola yo muy buena
En mi casa con Leonor.

DON DIEGO.

Ya es esto de otra materia :

¿ En vuestra casa Beatriz ? *aparte.*

DON LUIS.

En mi casa , porque ella

Es tan cuerda, tan prudente,
Tan advertida, y atenta,
Que hizo eleccion de la mia,
Así como faltó desta.
No digo yo que disculpo
Haber, con causa ó sin ella,
Vuestra cólera irritado,
Ni que vos con la ira ciega
Os destempláseis tampoco;
Pero al fin, cosas como estas,
Que de una parte y de otra
No fáciles se sujetan,
Ni en ella al uso del juicio,
Ni en vos al de la prudencia;
Ya sucedidas, no hay cosa
Como acudir con presteza
Al reparo que las calla,
Y no al golpe que las cuenta.
El que no llega á saber,
Que el honor de un aire enferma,
Es mas dichoso que honrado;
Pero el que sin culpa llega
A saber que hay accidentes
En su honor, y los remedia,
Mas honrado es que dichoso:
Y en estas dos diferencias,
Ninguno lo es mas, porque
Igualmente airosos quedan,
El uno, porque lo ignora,
Y el otro, porque lo enmienda.
En fin, lleguemos al caso:
Doña Beatriz es tan cuerda,
(Ya lo dije) que ya que hubo
De dejar tímida y ciega
Su casa, se fué á la mia;
Porque yo á deciros venga,
Que sin que nada suplais
En estimacion, porque esta,
Ni es plática que ella usara,
Ni medio que yo eligiera,
Perdoneis no sé que yerro
De amor, tan dorado en ella,

Que restaure en calidad
Lo que pierde en conveniencias :
(Este es el caso , entre ahora
El juicio de quien le media)
Si hoy en términos , Don Diego ,
Vuestra eleccion estuviera ,
Lo mejor fuera mejor ;
Pero cuando no hay defensas ,
Para que lo que ya está
Sucedido , no suceda ,
No hay cosa como engañarse
Uno á sí mismo , y que sea
La que obre la voluntad ,
Porque no lo haga la fuerza :
Del mal el menos ; y mas
Cuando prosigue ella mesma ,
Que si de vuestro rencor
Su rendimiento no llega
A dispensar en lo fácil ,
Postrada , humilde , y sujeta ,
Por mí , á vuestros piés os pide ,
Que solo la deis licencia
Para elegir de un Convento
Por sepultura una celda.

DON DIEGO.

Señor Don Luis , yo os he oído ,
Con deseo de que sean
Hermanas de un mismo parto
La pregunta y la respuesta :
Pero habiendo de ser mia
La una , y siendo la otra vuestra ,
Claro está , que al conformarlas ,
Han de disonar por fuerza ;
Porque no pueden unirse ,
En metáfora de cuerdas ,
La que temple la cordura ,
Con la que el dolor destempla :
Pero ya que mitigado ,
Y no en poca parte , deja
Arbitrios para que elija
Lo mejor , muy mal hiciera

En no hacerlo, pues no hallara
Disculpa, si en tanta pena
Se desbocara el enojo
Teniendole vos la rienda.
A mi hermana, lo primero
Es justo que la agradezca,
Ya que su casa dejó,
Que la dejó por la vuestra.
Y así, en albricias, Don Luis,
De una eleccion tan discreta,
Quiero pagarla con otra;
Mas digo mal, que es la mesma:
Pues si ella de vos se vale,
Yo tambien, y en competencia
Suya, á vuestras plantas pongo
Honor, fama, vida, hacienda:
Todo es vuestro, nada mio;
Id, y de cualquier manera
Que vos, Señor, dispongais
La plática, vengo en ella,
Como ántes que la voz corra,
Beatriz á su casa vuelva;
Tratase con el decoro
Igual, y digno á sus prendas,
El estado que ella elija,
Que á precio que no se entienda
Que falta Beatriz de casa,
Ni que á mi disgusto intenta
Tomar estado, yo quiero
Anticipar la licencia:
Mas debajo del pretesto,
Que en calidad, en nobleza,
En punto, en estimacion,
Un átomo, una apariencia
He de dispensar, porque
En tocando esta materia,
Importará mucho menos
Que lo perdido se pierda,
Que lo por perder, que un daño,
O se olvida, ó se consuela,
O se acaba con la vida;
Mas no cuando el daño queda

POESIA PROFANA COMICA.

481

Vinculado en una casa,
A ser de su sangre herencia.

DON LUIS.

Una y mil veces los brazos
Me dad, que de otra manera
Estilo no hallo con que
Tal valor os agradezca:
Quedad con Dios, que no veo
La hora de llegar con nueva
De tanto gusto.

DON DIEGO.

Esperad,
Que por la quietud siquiera
Del pensamiento de un triste,
Será justa piedad sepa,
Ya que la fineza hace,
Por quien hace la fineza.

DON LUIS.

Teneis razon, mas no puedo
Decirlo yo, que discreta
Beatriz lo calla, por no
Empeñaros en la ofensa
Hasta la resolucion;
Y supuesto que es tan cuerda,
Yo sabré quien es, y al punto
Volveré con la respuesta.

DON DIEGO.

¿No será mejor que vaya
Yo con vos, para saberla?

DON LUIS.

No, que hasta estar informado
Yo de todo, no quisiera,
Que quien á Beatriz parece
Digno, á vos no os lo parezca,
Y estando en mi casa....

DON DIEGO.

Oid,

No prosigais, fuera de ella
Me quedaré.

TOM. II.

Hh

DON LUIS.

En eso haced
Vuestro gusto. *Vasc.*

DON DIEGO.

¿Quien creyera,
Que el que juzgué que venia
Cargado de honrosas quejas,
A darme por su honor muerte,
A dar vida á mi honor venga?

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de LAS TRES JUSTICIAS

EN UNA.

*Exhortacion que hace un padre á su hijo para que se
enmiende en sus vicios.*

LOPE.

LOPE, ya ves el estado
En que estamos, nuestra hacienda,
Que es lo de menos, está
Toda empeñada, y deshecha.
Estefanía, la Dama
Que tantos sustos nos cuesta,
Está en un Convento, yo
La he dado el dote, y la renta:
Sabe Dios, si por poder
Hacerlo, y cumplir con ella,
Poco menos he quedado,
Que á pedir de puerta en puerta.
En fin, hijo, tú estás hoy,
Por la piadosa nobleza
De Don Mendo, perdonado;
Con que parece que cesa
Ya todo lo padecido.
Lo que rogarte quisiera,
Con lágrimas en los ojos,
Con suspiros en la lengua,
Y aun de rodillas, si á esto
Dieren mis canas licencia,

Es, Lope, que desde hoy haya
 En tu vida alguna enmienda.
 Restauremos lo perdido
 De la opinion, y parezca
 Que á quien tiene entendimiento,
 Los trabajos le escarmientan.
 Hijo, seamos amigos,
 Y no haya mas competencias
 De amor, ni de odio en los dos:
 Vivamos en blanda y quieta
 Paz, haciendo de su parte
 Cada uno lo que pueda;
 Yo de la mia pondré
 Mi amor, regalo, y terneza:
 Pon tú de la tuya, Lope,
 Solamente una obediencia:
 Tu padre es quien te lo pide;
 Y al fin, Lope, considera
 Que no hay siempre un valedor;
 Y aun podria ser que venga
 Tiempo en que este amor, y aquellos
 Favores, si los desprecias,
 Convertidos en venganzas,
 Contra tu vida se vuelvan.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de AMAR DESPUES DE
 LA MUERTE.

Pintura de la guerra de los Moriscos de las Alpujarras.

MENDOZA.

ESTA, Austral Aguila heroica,
 Es el Alpujarra, esta
 Es la rústica muralla,
 Es la bárbara defensa
 De los Moriscos, que hoy,
 Mal amparados en ella
 Africanos Montañeses,
 Restaurar á España intentan.
 Es por su altura difícil,

Fragosa por su aspereza,
Por su sitio inespugnable,
É invencible por sus fuerzas :
Catorce leguas en torno
Tiene, y en catorce leguas
Mas de cincuenta que añade
La distancia de las quiebras ;
Porque entre puntas y puntas .
Hay valles que la hermocean ,
Campos que la fertilizan ,
Jardines que la deleitan.
Toda ella está poblada
De villages y de aldeas ;
Tal, que cuando el sol se pone ,
A los vislumbres que deja ,
Parecen riscos nacidos
Cóncavos entre las peñas ,
Que rodáron de la cumbre ,
Aunque á la salda no llegan.
De todas las tres mejores
Son Berja , Gavia y Galera ,
Plazas de armas de los tres
Que hoy á los demas gobiernan :
Es capaz de treinta mil
Moriscos que estan en ella ,
Sin las mugeres y niños ,
Y tienen donde apacientan
Gran cantidad de ganados ;
Si bien, los mas se sustentan
Mas que de carnes, de frutas ,
Ya silvestres, ó ya secas ,
U de plantas que cultivan ,
Porque no solo á la tierra
Pero á los peñascos hacen
Tributarios de la yerba ,
Que en la agricultura tienen
Tal estudio, tal destreza ,
Que á preñeces de su azada
Hacen fecundas las piedras ,
La causa del rebelion ,
Por si tuve parte en ella ,
Te suplico que en silencio

La permitas á mi lengua.
Aunque mejor es decir,
Que fui la causa primera,
Que no decir que lo fuéron
Las pragmáticas severas
Que tanto los apretáron;
Que á decir esto me es fuerza,
Que uno ha de tener la culpa,
Mas vale que yo la tenga.
En fin, sea aquel desaire
La ocasion, Señor, ó sea,
Que á Valor, al otro día
Que sucedió mi pendencia,
Llegó el Alguacil mayor
Dél, y le quitó á la puerta
Del Ayuntamiento una
Daga que traia encubierta :
O sea que ya oprimidos
De ver cuanto les aprietan
Ordenes que cada día
Aquí de la Corte llegan,
Los desesperó de suerte,
Que amotinarse conciertan :
Para cuyo efecto fuéron,
Sin que ninguno lo entienda,
Retirando á la Alpujarra
Bastimento, armas y hacienda.
Tres años tuvo en silencio
Esta traicion encubierta
Tanto número de gentes,
Cosa, que admira, y eleva,
Que en mas de treinta mil hombres
Convocados para hacerla,
No hubiera uno que jamas
Revelara ni dijera
Secreto de tantos días :
Cuanto ignora, cuanto yerra
El que dice que un secreto
Peligra en tres que le sepan,
Que en treinta mil no peligra,
Como á todos les convenga.
El primer trueno que dió

Este rayo, que en la esfera
De esos peñascos forjaban
La traicion y la soberbia,
Fuéron hurtos, fuéron muertes,
Robos de muchas iglesias,
Insultos, y sacrilegios,
Y traiciones, de manera
Que Granada, dando al cielo,
Bañada en sangre, las quejas,
Fué miserable teatro
De desdichas y tragedias.
Preciso acudió al remedio
La Justicia, pero apénas
Se vió atropellada, cuando
Toda se puso en defensa,
Trocó la vara en acero,
Trocó el respeto en la fuerza,
Y acabó en civil batalla
Lo que empezó en resistencia.
Al Corregidor matáron,
La ciudad al daño atenta,
Tocó al arma, convocando
La Milicia de la tierra:
No bastó, que siempre estuvo
(Tanto novedades precia)
De su parte la fortuna;
De suerte, que todo era
Desdichas para nosotros:
¡Que pesadas, y que necias
Son, pues en cuanto porfian,
Nunca ha quedado por ellas!
Creció el cuidado en nosotros,
Creció en ellos la soberbia,
Y creció en todos el daño,
Porque se sabe que esperan
Socorro de Africa, y ya
Se vé, si el socorro llega,
Que el defenderle la entrada,
Es divertirnos la fuerza:
Ademas, que si una vez
Pujantes se consideran,
Harán los demas Moriscos

Del acaso consecuencia;
Pues los de la Estremadura,
Los de Castilla y Valencia,
Para declararse, aguardan
Cualquier victoria que tengan.
Y para que veais que son
Gente, aunque osada y resuelta,
De políticos estudios,
Oid como se gobiernan:
(Que esto lo habemos sabido
De algunas espías presas).
Lo primero que trataron,
Fué elegir una cabeza;
Y aunque sobre esta eleccion
Hubo algunas competencias
Entre Don Fernando Valor,
Y otro hombre de igual nobleza,
Don Alvaro Tuzani:
Don Juan Malec los conierta
Con que Don Fernando reine,
Casandose con la bella
Doña Isabel Tuzani,
Su hermana: ¡ó quanto me pesa
De traer á la memoria
El Tuzani á quien respetan,
Ya que á él no le hiciéron Rey,
Haciendo á su hermana Reina!
Coronado, pues, el Valor,
La primer cosa que ordena
Fué, por oponerse en todo
A las pragmáticas nuestras,
O por tener por las suyas
A su gente mas contenta:
Que ninguno se llamara
Nombre cristiano, ni hiciera
Ceremonia de Cristiano:
Y porque su ejemplo fuera
El primero, se firmó
El nombre de Aben Humeya,
Apellido de los Reyes
De Córdoba, á quien hereda;
Que ninguno hablar pudiese,

aparte.

Sino en arábica lengua;
 Vestir sino trage Moro,
 Ni guardar sino la secta
 De Mahoma; despues desto,
 Fué repartiendo las fuerzas:
 Galera, que es esa villa,
 Que estás mirando primera,
 Cuyas murallas y fosos
 Labró la naturaleza,
 Tan singularmente docta,
 Que no es posible que pueda
 Ganarse sin mucha sangre,
 La dió á Malec en tenencia.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de EL POSTRER DUELO
 DE ESPAÑA.

Bizarria de un Caballero en un desafio.

DON GERÓNIMO.

¡Ah, lo que tarda

Don Pedro! mas quizá será el cuidado,
 Quien me hace á mí creer que él ha tardado,
 Que corre muy ligera
 La cólera impaciente del que espera,
 U digalo él, que allí volando veo
 Ya su caballo mas, que mi deseo;
 Claro está que ser suya no podia
 Tardanza que constó de prisa mia:
 Para que me descubra, este pañuelo
 La seña le ha de hacer.

DON PEDRO, dentro.

¡Valgame el cielo!

DON GERÓNIMO.

El caballo, en un tronco tropezando,
 Le arroja, á socorrerle iré volando.

Al entrar, sale Don Pedro como cayendo.

DON PEDRO.

Mucho siento, aunque fuese á costa mia,
 Malostrar tan hidalga bizarria.

DON GERÓNIMO.

¿Como?

DON PEDRO.

No me he hecho mal, y el lustre quito
Al socorro, pues de él no necesito.

DON GERÓNIMO.

Con todo, si os sentis no bien tratado,
El que esperó á que esteis desocupado
En esta soledad, de penas lleno,
Esperará tambien á que esteis bueno.

DON PEDRO.

Ya lo estoy, que aunque el golpe en este brazo
Me lastimó, no tanto, que del plazo
Me obligue á usar: demas, que quien oyendo
Ser yo el competidor, creyó (diciendo
Estar lo dicho dicho) que podia
Ser flaqueza, lo que era cortesía,
No quiero que ahora crea,
Que tambien afectado el dolor sea;
Y mientras que sacar puedo la espada,
Ni azares temo, ni me duele nada. *riñen.*

DON GERÓNIMO.

Cuanto es valor, de vos tengo creído.

.....

..... ¡Que honor!

DON PEDRO.

¡Que fama! *riñendo.*

A pesar del dolor, me aliento en vano:

¡Ay infeliz!

DON GERÓNIMO.

La espada de la mano
Se os ha caído.

*Caesele la espada á Don Pedro, pasa la daga á la
mano derecha, y Don Gerónimo se retira.*

DON PEDRO.

El brazo entumecido,
Y atormentado al golpe se ha rendido,
Mas nó el valor, que siempre en mí se halla.

POESIA PROFANA COMICA.

DON GERÓNIMO.

No os asusteis, tiempo hay para cobralla,
 Alzadla, pues, del suelo,
 Y volved á reñir.

DON PEDRO.

¡Valgame el cielo!
 ¿Por quien sino por mí pasar podia
 Esta infelicidad?.....

DON GERÓNIMO.

¿Don Pedro, que os suspendeis?
 Volved á cobrar la espada,
 Y si no es para reñir,
 Porque ahora la fuerza os falta,
 Para ir á convalecer,
 Hasta que, bien restaurada,
 Prosigamos nuestro duelo.

DON PEDRO.

¿Quien se vió en confusion tanta?
 De vuestra gran bizarría,
 Y de mi fortuna escasa,
 Don Gerónimo, dos veces
 Vencido estoy, y en la estraña
 Confusion de tan no visto
 Acaso no sé que haga.
 Si alzo la espada del suelo,
 Ha de ser para la vaina,
 ¿Porque ya contra vos, como
 Puedo otra vez empuñarla,
 Si vos me la dais? Y siendo
 Así, que no puedo, haya
 De mi parte otra hidalguía.

DON GERÓNIMO.

¿Que es?

DON PEDRO.

Echarme á vuestras plantas,
 Rogandoos me deis la muerte;
 Que mas quiero que en campaña
 Se diga que quedé muerto,
 Que no que perdí las armas.

DON GERÓNIMO.

Bueno es, porque no sea vuestro
El desaire, querer le haya
Yo mio; ¿como he de dar
Muerte con tan vil ventaja
A quien me la pide?

DON PEDRO.

Viendo

Cuanto es mas noble la fama,
Que la vida; y si ya es fuerza
Vivir con nota, mas alta
Accion será darme muerte,
Que es darme lo mas, pues pasa
Lo que viviendo es desdoro,
A ser muriendo desgracia.

DON GERÓNIMO.

Quien atento á su valor,
Siempre hacer lo mejor trata,
Para quitaros lo mas,
No os da lo menos; la espada
Tomad, y tomad con ella,
(Porque con desconfianza
Hombre como vos no viva)
La fé, la mano, y palabra
De que lo que aquí ha pasado
Jamás de mi labio salga.

DON PEDRO.

Eso es dar vida y honor,
Y quedaros con el alma,
Pues que queda esclava vuestra.

DON GERÓNIMO.

Es muy noble para esclava,
Menos agradecimiento
Que tenga de vos me basta.

DON PEDRO.

¿Pues que puedo hacer por vos?

DON GERÓNIMO.

Yo no he de pedir os nada,
Que no vendo, sino doy,

Lo que á vos os persuada
 Vuestra misma obligacion;
 Teniendo por asentada
 Cosa, que adoro á Violante,
 Y que no puedo olvidarla.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de EL POSTRER DUELO
 DE ESPAÑA.

*Exhortacion de una Dama á su Galan á que venga
 su honor.*

VIOLENTE.

..... DON Pedro, pensaréis,
 Si deja pensar el vago
 Discurso de quien á un tiempo
 Tiene que acudir á tanto,
 Que ha de prorumpir en quejas
 Mi dolor, haciendooos cargo
 De que ofendido el secreto,
 Y el honor abandonado,
 Hayais rompido por todo;
 Pues no, que hoy amor postrado,
 Vence el rencor de la ira
 A la terneza del llanto:
 Ni de mi injuria me acuerdo,
 De vuestro arrojo me agravio,
 Vuestro despecho me ofendo,
 Ni vuestro furor me espanto.
 La disculpa de zeloso
 Admito; y si quereis, paso
 A hacer méritos de fino,
 Errores de temerario,
 A precio de que viviendo
 En un sentimiento entrámbos,
 Dejemos lo que á mí toca,
 Y á lo que á vos toca vamos.
 Un acaso, claro está
 Segun de lo que ha contado
 Esa tirana, se infiere

Que mal pudiera en tan alto
Ilustre valor caer
La mancha sin el acaso;
Mal puesto os tiene, Don Pedro,
Pues que basta para estarlo,
Que vuestro aleve enemigo,
Jactanciosamente vano
De que os dió vida y honor,
Se haya con ella alabado,
Y ella lo haya dicho á voces,
Que en causas de honor, es llano
Que solo un testigo sobra;
Y aunque á este pueda el descargo
Recusarle aborrecido,
No es fácil que el vulgo vario
Recoja una voz, que ya
Corrió, que habiendo llegado
A su noticia, ¿quien duda
Que pase á otras, infestando
El honor? que mala fama
Tiene achaques de contagio.
Vuestra obligacion sabeis,
Y pues no en ella he de hablaros,
Solo os hablaré en la mia:
Cuanto soy, y cuanto valgo,
Todo es vuestro, para que
A todo trance restado,
Sin que os condolais de mí,
(Que en los rêtiros del claustro
Sabré llorar vuestra ausencia,
Sin otro caudal que amaros)
Puesto en salvo vuestro honor,
Pongais la persona en salvo,
Que aunque os amo, aunque os estimo,
Quiero, adoro, é idolatro,
Idolatro, adoro, quiero,
Estimo, Don Pedro, y amo,
Mas que á vos, á vuestro honor;
Y así, á Dios, hasta miraros,
Don Pedro, vengado, ó muerto.

Escena de la segunda jornada de Eco y NARCISO.

Estravagancia de las Modas.

BATO.

UN tiempo que se diéron
 En usar ojos dormidos,
 No habia hermosura despierta,
 Y todo era mirar bizco.
 Usáronse ojos rasgados
 Luego, y diéron en abrirlos
 Tanto, que de temerosos,
 Se hiciéron espantadizos.
 Las bocas chicas entónces
 Eran de lo mas valido,
 Y andaban por esas calles.
 Todas, los labios fruncidos.
 Diéron en usarse grandes,
 Y en aquel instante mismo.
 Se desplegaron las bocas,
 Y dejando lo jarifo
 De lo pequeño, pusieron
 Su perfeccion en lo limpio
 De lo grande, hasta enseñar
 Dientes, muelas, y colmillos.

CALDERON.

 Escena de la tercera jornada de A SECRETO AGRAVIO
 SECRETA VENGANZA.

*Soliloquio de un Noble agraviado en su honor por su
 muger.*

DON LOPE.

¡Ay honor, mucho me debes!
 Juntate á cuentas conmigo:
 ¿Que quejas tienes de mí?
 ¿En que, dime, te he ofendido?
 ¿Al heredado valor
 No he juntado el adquirido:
 Haciendo la vida en mí

Desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte á riesgo,
Toda mi vida no he sido
Con el humilde cortés,
Con el caballero amigo,
Con el pobre liberal,
Con el soldado bien quisto?
¿Casado ¡ay de mí! casado,
En que he faltado? ¿en que he sido
Culpado? ¿no hice eleccion
De noble sangre, de antiguo
Valor? ¿y ahora á mi esposa
No la quiero? ¿no la estimo?
¿Pues si yo en nada he faltado,
Si en mis costumbres no lra habido
Acciones que te ocasionen;
Con ignorancia, ó con vicio,
Por que me afrentas? ¿por que?
¿En que tribunal se ha visto
Condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
¿Y sin culpas hay castigo?
¡O locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
Cuanto pudo para honrado,
No sepa si está ofendido!
¡Que de agena causa ahora
Venga el defecto á ser mio
Para el mal, no para el bien,
Pues nunca el mundo ha tenido
Por las virtudes de aquel
A este en mas! ¿Pues por que, digo
Otra vez, han de tener
A este en menos, por los vicios
De aquella que fácilmente
Rindió alcazar tan altivo
A las fáciles lisonjas
De su liviano apetito?
¿Quien puso el honor en vaso
Que es tan frágil? ¿y quien hizo
Esperiencias en redoma,

No habiendo experiencia en vidrio?
 Pero acortemos discursos,
 Porque será un ofendido
 Culpar las costumbres necias,
 Proceder en infinito.
 Yo no basto á reducirlas,
 (Con tal condicion nacimos)
 Yo vivo para vengarlas,
 No para enmendarlas vivo.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de MAÑANAS DE ABRIL
 Y MAYO.

*Diálogo de un Forastero en Madrid con un amigo
 suyo, agudo y maldiciente.*

DON LUIS.

Solo haceros compañía,
 Don Hipolito, pudiera
 Vencer de mi pena fiera
 La grave melancolía.

DON HIPOLITO.

Por divertiros yo á vos
 De vuestro primo en la muerte,
 Os traigo de aquesta suerte
 Al Parque, donde los dos
 Divirtamos la mañana.

DON LUIS.

Mas hermoso el sol parece,
 Porque embozado amanece
 Entre nubes de oro y grana.

DON HIPOLITO.

Desde aquí podemos ver
 La gente que va bajando :
 ¡Que tierno va enamorando
 Don Sancho allí á la muger
 De aquel letrado su amigo!

DON LUIS.

Que es de amistad no se ignore,
 Porque otro no la enamore.

DON HIPOLITO.

A un pleito está aquí, y yo digo
Que parecer tomará
De los dos, pues le conviene
Verla á ella por el que tiene,
Como á él por el que da.

DON LUIS.

Maldiciente estais, ¡que no
Os reduzca yo!

DON HIPOLITO.

Advertid,
Que no hay hombre hoy en Madrid
De mejor lengua que yo.
¿Aquella no es Flora?

DON LUIS.

Sí.

DON HIPOLITO.

Harto es que á fiesta de á pié
Haya venido.

DON LUIS.

¿Por que?

DON HIPOLITO.

Porque en mi vida la ví,
Sino en coche, por aquesta
Fué por quien se ha presumido
Que le dijo á su marido :
Con lo que la casa cuesta
De alquiler, echemos coche;
Y volviendola á decir :
¿Pues donde hemos de vivir,
Y estar el dia y la noche?
Dijo : Si el coche tuviera,
Sin casa vivir podia,
En el coche todo el dia,
Y de noche en la cochera.

DON LUIS.

Eso es como lo que pasa
A Doña Clara de Ovalle,

Pues viviendo ácia la calle,
La sobra toda la casa.

DON HIPOLITO.

Es verdad, y cierto dia,
Cumpliendo el plazo, el casero
Vino á pedirle el dinero
De la casa en que vivia.
Y ella dijo: ¿hay tal traicion;
Esta desvergüenza pasa?
Aunque yo alquilo la casa,
No vivo sino el balcon.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de PARA VENCER A
AMOR QUERER VENCERLE.

Definición de la Milicia.

CESAR.

Ese ejército que vés,
Vago al hielo y al calor,
La República mejor,
Y mas política es
Del mundo, á que nadie espere,
Que ser preferido pueda,
Por la nobleza que hereda,
Sino por la que él adquiere:
Porque aquí á la sangre escede
El lugar que uno se hace,
Y sin mirar como nace,
Se mira como procede;
Aquí la necesidad
No es infamia: y si es honrado,
Pobre, y desnudo un soldado,
Tiene mayor calidad,
Que el mas galan y lucido:
Porque aquí, á lo que sospecho,
No adorna el vestido al pecho,
Que el pecho adorna al vestido:
Y así, de modestia llenos,
A los mas viejos verás,

Tratando de serlo mas,
Y de parecerlo menos :
Aquí la mas principal
Hazaña, es obedecer,
Y el modo como ha de ser,
Es, ni pedir, ni rehusar :
Aquí en fin, la cortesía,
El buen trato, la verdad,
La fineza, la lealtad,
El honor, la bizarría,
El crédito, la opinion,
La constancia, la paciencia,
La humildad, y la obediencia,
Fama, honor, y vida, son.
Caudal de pobres soldados,
Que en buena ó mala fortuna,
La Milicia no es mas que una
Religion de hombres honrados.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de CUAL ES MAYOR
PERFECCION.

*Visita en casa de una amiga de una hermosa necia, y
una discreta sin hermosura.*

LEONOR.

UNA

Y mil veces agradezco
A mis achaques, Señoras,
La dicha de mereceros
Esta honra, con que ya
Tan bien hallada con ellos
Pienso vivir, que los trueque
De pesares á contentos.

BEATRIZ.

Del hallaros levantada,
Hermosa Leonor, me debo
Una y muchas norabuenas.

ANGELA.

Yo no, que todas las vengo

A pagar, por no deber
Nada á nadie.

LEONOR.

¿Con tan nuevo
Favor, siendo, como es,
El gusto el mayor remedio,
Que mucho que á mejor aire
Respiren mis sentimientos?
Pasad á vuestros lugares.

BEATRIZ.

Aquí me quedaré.

LEONOR.

¿Eso
Como puede ser?

BEATRIZ.

Vé tú,
Angela, toma tu asiento.

ANGELA.

Ninguno hasta ahora es mio.

LEONOR.

Ajustad los cumplimientos
Las dos, que á mí no me toca
Mas, que tomar el postrero.

ANGELA.

Si ha de ser, yo pasaré,
Quede la virtud en medio.

LEONOR.

¿Como estás?

BEATRIZ.

Para serviros,
Salud, á Dios gracias, tengo.

LEONOR.

¿Vos, como estais?

ANGELA.

Así, así.

LEONOR.

Que os haya ofendido, temo,
En preguntar como estais,
Viendoos tan linda.

ANGELA.

Eso tengo,
 ¿Pero si Dios me lo dió
Gratis-dato, que he de hacerlo?
 ¿Helo de echar en la calle?

LEONOR.

¡Que bien compartido pelo!
 ¡Que bien asentados lazos!
 Por aquí anduvo el espejo
 Del buen gusto de Beatriz.

BEATRIZ.

Agravio le haceis en eso,
 Que Angela serlo de todas
 Cuantas hay puede.

ANGELA.

Si puedo,
 Por si hablas en su ironía;
 Pero ahora que me acuerdo,
 ¿Para que teneis hermano?

LEONOR.

Para tener el consuelo
 De tener galan, y esposo,
 En tanto que no le tengo.

ANGELA.

¿Galan, hermano, y esposo?

LEONOR.

Sí, todo lo es Felix.

ANGELA.

¿Y eso
 Mas, hermano, esposo, y
 Galan, y todo á un tiempo?
 Mucho es para un hombre solo.

LEONOR.

Dadme licencia (volviendo
 A la pregunta) que estrañe
 El decir con tanto ceño,
 Que para que tengo hermano.

ANGELA.

Nada que digo es á tiento;
 Pues no sé para que sea
 Tener un hermano bueno,
 Que se ande quebrando coches.

LEONOR.

Eso es lo que yo no entiendo.

ANGELA.

Yo sí, y el Angel lo diga,
 Testigo, que por lo menos
 No me dejará mentir;
 Pues sin querer, hizo el nuestro
 Adredemente pedazos.

LEONOR.

¿Sin querer, y adrede?

ANGELA.

Es cierto:

Ved que mayor grosería.

BEATRIZ.

No digas, Angela, eso,
 Que en toda mi vida ví
 Mas cortesano, y atento
 Caballero, que él anduvo;
 Y ántes saber agradezco,
 Que sobre vuestro cariño
 Caiga el agradecimiento
 De su grande cortesía;
 Pues ya sucedido el riesgo
 De haberse quebrado el coche,
 Dejando el suyo, el primero
 Fué, para que no acabase
 De caer, que á socorrernos
 Llegó, y quedandose á pié
 Nos le dió.

ANGELA.

¿Pues que hizo en eso?....

LEONOR.

Dice bien.

ANGELA.

¿Si iba yo allí?

BEATRIZ.

Claro está, por tí, por cierto,
Son todas las atenciones,

ANGELA.

Mas no sino no.

LEONOR.

Tu ingenio,
Tu prudencia, y tu cordura,
Beatriz, y tu entendimiento
Solo tolerar pudiera
Esta vanidad.

BEATRIZ.

¿Que puedo
Hacer, si al quedar sin padre,
Que en Indias en un Gobierno
Murió, hasta venir su hacienda,
Que por instantes espero,
Pues ya ha llegado á Sevilla,
Otro retiro no tengo,
Que la casa de mi tío,
En cuya prision padezco
Aquella antigua sentencia
De ligar el vivo al muerto?

ANGELA.

Si es murmurar, que por mí
No fué, digalo el efecto,
Pues de los tres apeados,
Desde aquel instante mesmo
A otro, y tu hermano en mi calle
A todas horas los veo,
Camaleones de esquina,
Beberse por mí los vientos.

LEONOR.

No extraño yo que los dos,
Llegando una vez á veros,
Os adoren; lo que extraño
Es, que el otro sea tan necio,
Que no os adore también.

ANGELA.

No para todos se hiciéron,
 Leonor, iguales las dichas
 De morir á mis desprecios:
 Alguno para contar
 Las ruindades de mi incendio,
 Habia de quedar vivo.

BEATRIZ.

Ruinas querrás decir.

ANGELA.

Eso,
 O esotro; equivoqué el nombre:
 Y porque veais que no miento,
 Una criada, que de otra
 Casa, en que sirvió primero,
 Le conocia, me dijo
 Que es, si del nombre me acuerdo,
 Un Don Fulano de tal.

BEATRIZ.

Es un noble Caballero,
 No te olvides de su nombre,
 Por si le vieres, que aprecio
 De su buena eleccion hagas.

CALDERON.

Escena de la primera jornada de, NO HAY BURLAS
 CON EL AMOR.

Descripcion de una presumida de hermosa y discreta.

DON JUAN.

BEATRIZ, de Leonor hermana,
 Es el mas raro sugeto
 Que vió Madrid, porque en él,
 Siendo bellísima, y siendo
 Entendida, estan echados
 A perder por los extremos
 De una estraña condicion,
 Belleza, y entendimiento.
 Es Doña Beatriz tan vana

De su persona , que creo ,
Que jamas á ningun hombre
Miró á la cara , teniendo
Por cierto , que allí no hay mas
De verle ella , y caerse muerto.
De su ingenio es tan amante ,
Que por galantear su ingenio ,
Estudió latinidad ,
Y hizo castellanos versos :
Tan afectada en vestirse ,
Que en todos los usos nuevos
Entra , y de ninguno sale ;
Cada dia , por lo menos ,
Se riza dos ó tres veces ,
Y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa ,
Que fingió con tanto acierto
Lope de Vega , con ella
Son melindres muy pequeños ;
Y con ser tan enfadosa
En estas cosas , no es esto
Lo peor , sino el hablar
Con tan estudiado afecto ,
Que critica impertinente ,
Varios Poetas leyendo ,
No habla palabra jamas
Sin frases y sin rodeos ,
Tanto , que ninguno puede
Entenderla sin comento :
La lisonja y el aplauso
Que la dan algunos necios ,
Tan soberbia , tan ufana
La tienen , que en un desprecio
• De la Deidad del Amor
Comunera es de su Imperio.
Esta tema á todas horas ,
Este enfado á todos tiempos
Aborrecible la hacen ,
Tanto , que no hay dos opuestos
Tan contrarios , como son
Las dos hermanas , haciendo
Por instantes el estrado

La campaña de su duelo.
 Ha dado pues (yo no sé
 Si es necia envidia, ó si zelo)
 En asistir á Leonor
 De suerte, que no hay momento
 Que no ande en alcance suyo,
 Sus acciones inquiriendo
 Tanto, que al sol de sus ojos
 Es la sombra de su cuerpo.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de **NO HAY BURLAS**
CON EL AMOR.

*Desenfado de un hombre que no gusta de embobarse
 con Damas melindrosas.*

DON ALONSO.

DETENEOS,

Que ni hablarla, ni servirla,
 Ni pasearla, ni mirarla
 Sabré yo hacer en mi vida.
 ¿Yo mirar á una ventana
 Embobado todo el dia,
 Haciendo el amor ardiente
 A un cántaro de agua fria?
 ¿Yo sobornar á una moza,
 Porque mis penas la diga?
 ¿Yo abrazar un escudero
 Con la barba hasta la cinta?
 ¿Yo seguir á una muger,
 Ni saber donde va á Misa?
 ¿Ni si la oye? que al fin yo,
 Don Juan, en toda mi vida
 He averiguado á mi Dama,
 Si tiene, ó no tiene crisma:
 Y ellas se alegran, pues todas
 Niegan donde se bautizan.
 ¿Yo escribir papel tan cuerdo,
 Que mil locuras no diga,
 Donde ande el razonamiento
 Entre el afecto y la dicha?

¿Yo parlar á una ventana,
Despues de una noche fria,
Para pedir una mano?
¿Yo sufrir, que cada dia
Me responda, es de mi esposo :
Y con aquésta porfía
Me ande con su doncellez
Dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que ántes me deje
Morir, que á una muger siga,
Ni solicite, ni ronde,
Ni mire, ni hable, ni escriba,
Porque en no teniendo yo
Libre entrada á mis visitas,
Donde tome mi despejo
A la primera vez silla,
La segunda taburete,
Y la tercera tarima;
Siendo mi lecho el estrado,
Y mi almohada una rodilla,
Y haciendola que me rasque
La cabeza, si me pica,
No daré por cuanto amor
Hay en el mundo dos higas;
Y mirad, pues, que muger
Tan chistosa y entendida
Traeis, sino una muger,
Que habla siempre Algarabía,
Y sin Calepino, no
Puede un hombre entrar á oirla :
Y así, mirad si teneis
Algun disgusto en que os sirva,
Que vive Dios, que primero
Con diez hombres legos riña,
Que con una muger culta,
Que ha de ser la Dama mia,
Como fianza, abonada,
Sobre lega, llana, y lisa.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de DARLO TODO, Y NO
DAR NADA.

Visita hecha por Alejandro á Diogenes.

CHICHON.

LLEGA,
Señor, que en casa está el viejo.

ALEJANDRO.

¿Dijistele, que á sus puertas
Estaba Alejandro?

CHICHON.

Sí.

ALEJANDRO.

¿Pues como no sale á ellas,
Habiendo mi nombre oído,
A recibirme siquiera?

CHICHON.

Como dice que es temprano,
Porque el sol aun no calienta,
Que en saliendo el sol, saldrá.

ALEJANDRO.

¿Y que hacia?

CHICHON.

En una media
Tinaja, llena de lana,
Metido hasta la cabeza
Estaba, que parecia
Degollado de comedia:
Sin que haya en todo el espacio
Mas cama, silla, ni mesa,
Que un candil y cuatro libros.

ALEJANDRO.

¡Hombre que en tanta miseria
Vive, de saber que yo
Vengo á verle, ni se altera,
Ni se sobresalta mas!

CHICHON.

Y porque mejor lo veas,
Oye, que vuelvo á llamarle:
Señor Diogenes, advierta
Que viene á verle Alejandro.

DIOGENES, *dentro.*

¿Hele dicho yo que venga?
Pues si yo no se lo he dicho,
Que se espere ó que se vuelva.

ALEJANDRO.

No hay mas que decir.

EFESTION.

O mucha
Constancia, ó locura es esta.

ALEJANDRO.

Sea lo que fuere, ya
Hice capricho de verla;
Si es constancia, por aprecio,
Y si es locura, por fiesta:
Bien podeis salir, que ya
El sol sus rayos despliega.

DIOGENES, *sale.*

Pues á ver el sol saldré,
Que al fin, es el que me alienta,
Me anima, y me vivifica.

ALEJANDRO.

¿De suerte, que si no fuera
Por el sol, lo que es por mí
No salierais?

DIOGENES.

Lo que hiciera
No sé; mas sé, que él me trae
En la regular tarea
De las noches y los días
Esta luz hermosa y bella,
Y que vos no me traéis nada.

ALEJANDRO.

Sí traigo.

POESÍA PROFANA COMICA.

DIOGENES.

¿Que?

ALEJANDRO.

La respuesta
De un recado, que me dió
Vuestro, ese soldado.

DIOGENES.

¿Que era?

Que como cosa de poca
Sustancia, no se me acuerda.

ALEJANDRO.

¿De poca sustancia es
Decir, que en mi competencia
Sois vos mas dueño del mundo
Que yo?

DIOGENES.

¡Ah! sí; ya se me acuerda;
Es verdad, yo se lo dije:
Y si de escucharlo os pesa,
Perdonad, lo dicho dicho.

ALEJANDRO.

Antes me huelgo, y por esa
Razon vengo á visitaros;
Pues es justo que á ver venga
Alejandro á un igual suyo.

DIOGENES.

Pues como entre iguales sea
La visita; ahí hay un tronco,
Sentaos, que yo en esta peña
Procuraré acomodarme.

sientanse.

ALEJANDRO.

Pues pasando, como amigos,
Del cumplimiento á la queja,
Dicenme, que por no verme,
Echásteis por otra senda.

DIOGENES.

Tambien me dicen, que vos
Por verme, echásteis por esta.

ALEJANDRO.

¿Y es la misma razon huir
Vos, que yo buscar?

DIOGENES.

La mesma:

Pues ni otro huyera de vos,
Sino yo, ni otro viniera,
Sino vos, á verme á mí;
Y así, es clara consecuencia,
Que haciendolo por hacer
Los dos lo que otro no hiciera,
Ni en vos hay queja, ni en mí
Culpa.

ALEJANDRO.

¿Y eso en que se prueba?

DIOGENES.

En que esto de los caprichos
Mas quiere maña, que fuerza.

ALEJANDRO.

No decis mal; pero vamos
A saber de que manera
Sois vos mas dueño del mundo
Que yo.

DIOGENES.

¿Pues no es evidencia,
Que es mas rico el que le sobra,
Que el que le falta la hacienda?

ALEJANDRO.

Claro está.

DIOGENES.

Luego si á vos
Sola una parte pequeña
Que os falta, os trae desvelado,
Y no véis la hora de verla
Debajo de vuestro imperio;
Y á mí nada me desvela,
Porque no se me da nada,
Que sea mia, ó no lo sea;
Mas rico soy yo que vos,

Pues á vos os falta esa
 Parte que deseais, y á mí
 Me sobran todas aquellas
 Que no deseo; y sino,
 Pasemos á la esperiencia:
 ¿A cual está mas contento,
 Vos con toda esa grandeza,
 Magestad y pompa, ó yo
 Con toda aquesta miseria,
 Hambre y desnudez?

ALEJANDRO.

No quiero
 Aventurar el apuesta;
 ¿Pero la posteridad
 De una heroica fama eterna,
 Será vuestra, ó será mia?

DIOGENES.

Será mia, y será vuestra.

ALEJANDRO.

¿Como?

DIOGENES.

Como quien dijere
 Que vino Alejandro á Grecia,
 Dirá como visitó
 A Diogenes en ella;
 Con que en la historia vendrémos
 A correr los dos parejas,
 Vos por hacer la visita,
 Y yo por no agradecerla:
 Fuera de que, ¿que me importa,
 Que fama, ó no fama tenga,
 Si un aliento de la vida
 Hoy calladamente suena,
 Mas que despues todo el ruido
 De sus trompas y sus lenguas?

ALEJANDRO.

Pues siendo así, que la vida
 Es lo que se goza della,
 Vos no la gozais, yo sí;
 Y para que lo veais, sea

Este tambien mi argumento,
Para que á escuchar no vuelva
Que no vengo á traeros nada;
¿Que quereis que mi grandeza
Os dé?

DIOGENES.

Con que no me quite,
Mi vanidad se contenta.

ALEJANDRO.

¿Con que no os quite?

DIOGENES.

Sí.

ALEJANDRO.

Pues

Decidme, porque lo sepa,
¿Que es lo que yo os quito?

DIOGENES.

El sol,

Que va tomando la vuelta;
Y así pasaos aquí, no
Me quiteis por vida vuestra
Lo que no me podeis dar.

ALEJANDRO.

Yo os estimo la advertencia;
Y pues que ya os doy el sol,
Daros lo demas quisiera;
¿Que quereis que por vos haga?

DIOGENES.

A tan general promesa,
Liberal, y generosa,
Darme por vencido es fuerza:
Ahora bien, haced por mí....

ALEJANDRO.

Decid; nada os enmudezca:
¿Que quereis que haga por vos?

Levanta Diogenes una flor del suelo.

DIOGENES.

Sola otra flor como esta.

ALEJANDRO.

Eso fuera ser Criador :
 No cabe en la humana esfera
 Tan soberano atributo.

DIOGENES.

¿Pues que hay que os desvanezca?
 Si vuestro poder no basta
 A hacer una inútil yerba,
 Que da el prado tan de balde,
 Que la paze cualquier fiera,
 Que cualquier ave la pica,
 Y la aja cualquiera huella;
 Id con Dios, y á los que estudian
 Las desengañadas ciencias,
 Investigando ingeniosos
 Aquella causa primera
 De todas las otras causas
 No vengais á hacerles pruebas
 De que quieren, ó que estiman,
 Que no hay que estimen, ni quieran,
 Sino solos desengaños;
 Y porque mejor se vea
 Cual es mas rico tesoro,
 La Magestad, ó la ciencia,
 Ya que la primera huísteis,
 Vaya la segunda apuesta
 ¿A cual necesita ántes,
 O yo de vuestras riquezas,
 O vos de mis ciencias?

ALEJANDRO.

Yo

levantase.

Quiero, porque no parezca,
 Que ámbas apuestas rehusó,
 Entrar satisfecho en esta,
 De que nunca necesite
 De vos.

UNO, *dentro.*

Al valle.

OTRO.

A la selva.

ALEJANDRO.

Mirad que ruido es aquese.

vase un soldado.

DIOGENES.

¿Y que perderá el que pierda?

ALEJANDRO.

Darse por vencido al otro.

DIOGENES.

Norabuena.

ALEJANDRO.

Norabuena.

DIOGENES.

Pues á Dios.

vase.

ALEJANDRO.

A Dios.

EFESTION.

¿Posible

Es, que has tenido paciencia
Para sufrir este loco?

ALEJANDRO.

Mal, Efestion, le afrentas,
Que si hubiera de dejar
De ser quien soy, y estuviera
En mí elegir lo que habia
De ser, ten por cosa cierta....

EFESTION.

¿Que?

ALEJANDRO.

Que no siendo Alejandro,
Ser Diogenes quisiera.

EFESTION.

En los bronces de la fama
Vivirá en el mundo eterna
Esa sentencia.

CHICHON.

Y quizá

Habrá en el mundo Poeta,
Que della se ría, diciendo,
Que es delirio, y no sentencia
Que celebra el lisonjero.

CALDERON.

Escena de la segunda jornada de EL AMOR AL USO.

Coloquio definiendo el amor entre una Dama y su criada.

JUANA.

PASANDO se va la hora,
Las diez y media son ya.

DOÑA CLARA.

¿Sabes si mi padre está
Recogido?

JUANA.

Sí, Señora.

DOÑA CLARA.

¿Mirastelo, Juana, bien?

JUANA.

Rato ha que rezando estaba,
Por señas que colocaba
Un bostezo en cada amen.

DOÑA CLARA.

¿Y la seña has entendido?

JUANA.

¿Esta reja no ha de ser
Donde lleguen, y han de hacer
En la celosía ruido?
Pues no se ha hecho tal seña,
Que á cualquier rumor incierto
Me he acercado, y aun abierto
La ventanilla pequeña.

DOÑA CLARA.

Mucho mi amor ha fiado
De tu pecho, Juana mia,
Para ser el primer día
Hoy que en mi casa has entrado;
Mas esto no es liviandad,
Aunque es verdad que me agradas
Sino tener hoy criadas

De menos capacidad;
Porque he despedido una,
Que mi confidente ha sido,
Y así, Juana, has sucedido
En su primera fortuna.

JUANA.

Aunque aquesto de fiar
Algo á las criadas, sé,
Que es una fianza en que
Se suele siempre lastar,
Hacer puedes confianza
De mí, aunque no lo merezco,
Que tengo caudal, y ofrezco
Sacarte de la fianza.

DOÑA CLARA.

Gran resolucion ha sido
La de atreverme á llamar
A mi casa á Don Gaspar.

JUANA.

¿Sabes que me ha parecido?
Que para tan despejada
Como te me representas,
En lo que esta noche intentas
Estás muy embarazada.

DOÑA CLARA.

Aunque ves mi condicion
Tan galante y esparcida,
Te prometo, que en mi vida
He dado esta permission,
Sino es solo á Don Gaspar,
Que por hablar de buen gusto
Alguna noche, este susto
He querido atropellar;
Y esto no es quererlo yo,
Que eso de que amor engaña,
Abrasa y rinde, es patraña,
Que algun ocioso intentó.
Amor es duende importuno,
Que al mundo asombrado trae,
Y todos dicen que le hay,

Y no le ha visto ninguno :
 ¿A quien no causa fastidio
 Esta pasion amorosa ,
 No siendo amor otra cosa
 Que una fábula de Ovidio ?
 ¿Y que importa que se nombre
 Amor este devaneo ,
 Si es confirmar el deseo ,
 Y luego mudarle el nombre ?
 ¡ Valgate Dios por dolencia ,
 No acabada de entender !
 ¿ Es esto mas de creer
 Que está allí mi conveniencia ?
 ¿ No tira la voluntad ,
 Geómetra superior ,
 Todas las líneas de amor
 Al punto comodidad ?
 Yo no sé si á mí me tiene
 Ciega en lo que me aconseja ;
 Pero bien sé que me deja
 Mirar lo que me conviene.
 Y si está en mi pecho fiel
 Algo mas privilegiado
 Don Gaspar , es que he hallado
 Mas conveniencias en él :
 Porque el querer con fervor
 A otro , es amor impropio ,
 Y así , solo el amor propio
 Viene á ser el propio amor.

JUANA.

Eso, Señora , ¿ quien puede
 Negarlo , siendo tan justo ,
 Y cosa de tan buen gusto
 Esto del amor adrede ?

DOÑA CLARA.

Ya no hay quien no quiera así ,
 Y en lo mas cierto se da ,
 Y todos lo afectan ya ,
 Nadie llora para sí.
 No hay como para este aliento ,
 No afligir el corazon ,

Gastar la respiracion
 En suspiros para el viento.
 Perezca el gemir confuso,
 Falte el suspirar perplejo,
 Muera el amor á lo viejo,
 Y viva el Amor al Uso.

SOLIS.

Escena de la primera jornada de UN BOBO HACE
 CIENTO.

*Pintura hecha por un Galan de los lances de un galanteo
 á una Dama que le habia prendado.*

DON LUIS.

Salí, pues, como te digo,
 Al Parque, bien descuidado,
 Un día que me dejó
 La pereza de su mano:
 Cuando me robó la vista
 Turba de Ninfas, que al campo
 Florecian con sus huellas;
 Pero en lo vulgar he dado,
 Y si esto del florecer
 Se hace en virtud del contacto,
 Mas que alabanza del pié,
 Fué lisonja del zapato.
 Entre esta, pues, copia bella
 De hermosura, ví un milagro
 De la perfeccion.....

 Llegué á hablarla, y en mi vida
 Me acuerdo de haber hallado
 Tal donaire de muger,
 Ni gusto tan cortesano;
 Porque las burlas y veras
 Mezclaba con primor tanto,
 Que mesuraran sus veras
 A un bobo alegre de cascos,
 É hicieran reir sus burlas
 A uno que empieza á ser santo.

Seguila, pues, y se opuso
A mi intento, y á mis pasos,
Prometiendome, que allí
La veria mas de espacio.
Fuése, y quedé, no rendido,
Pero al menos escuchando
Lisonjas de la memoria,
Mas dócil que nunca ha estado;
Que ni esto me quitó el sueño,
Ni me trajo cabizbajo,
Ni con las demas facciones
De amante de los de antaño.
Allí la hallé otros dos dias
Su hermosura ponderando,
Sin saber nunca quien era,
Ni ser posible apurarlo;
Porque siempre me decia,
Que la perdía en llegando
A saberlo, y que mi dicha
Estaba en solo ignorarlo.
Pero ayer, Martin, que fué
De mi amor el dia cuarto,
(Que tanto en un pecho noble
Dura un amor obstinado)
Faltó del puesto: yo anduve
Entre confuso y turbado
Todo el dia, hasta que ya
Al anochecer, buscando
A Don Diego, con intento
De decirle mi cuidado,
De la casa mas vecina
A la suya, me llamáron
Por una reja; llegué
Gustoso á ella, juzgando
Que era esta Dama, y hallé,
Que la que me habia llamado
Fué Doña Isabel, aquella
Que ha dado en quererme tanto,
Sin merecerselo yo,
Mas que con no desearlo:
Que desde el barrio de Atocha
Se ha mudado á un cuarto bajo

De aquella casa : quejóse
De mi proceder ingrato ,
Con los comunes despechos ,
De ¿quien creyera este pago ?.....
Si yo fuera.... esto merece....
Hombre en efecto.... no en vano....
Y los demas sonsonetes
Con que dicen su trabajo
Las que andan en la paciencia,
Y sobran en el cuidado:
Pidióme, en fin, muchos zelos
De que yo acudiese tanto
A la casa de Don Diego,
Dandome á entender (¡que raro
Disparate!) que yo entraba
Allí con tanto cuidado
Por su hermana, siendo así,
Que ni la he visto, ni hablado
En mi vida : procuré
Satisfacerla, y estando
En la empresa de apurar,
Y de convencer su engaño,
Una Dama, que tapada
Pasaba, no sé si acaso,
Tirandome de la capa,
Con gentil desembarazo
Me desvió de la reja,
Y me dijo con recato,
Que era la Dama del Parque,
Que yo deseaba tanto.
Habia ya anochecido,
Y ella se paró, en doblando
La primera esquina, en donde
Me pidió de mejor garbo,
Que la pasada, unos zelos,
Que á otra cosa me sonáron,
O es que yo les hice el tono
Con la gana de escucharlos.
Satisface, en fin, su enojo,
Como supe, y barajando
Con la traza mi discurso,
Me ofreció, que hoy á las cuatro

Me veria en este sitio ;
Cuando ácia mí se llegóron
Dos embozados, haciendo
En la Dama tal reparo ,
Que me obligó á preguntarles,
Que querian; y ellos dando
Con su acero la respuesta,
Pronto y prevenido halláron
El mio; cerré con ellos,
Y á los primeros reparos
Llegó gente á la pendencia ,
Con que los dos se apartáron,
Por no darse á conocer,
Y yo me hallé en breve rato
Solo en la calle. Este fué,
Martin, el suceso raro
Que te prometí: de suerte,
Que en un instante me hallo
Con una Dama encubierta,
Que triunfa de mi cuidado;
Con otra que me embaraza,
Y da en seguirme los pasos;
Con dos valientes, que intentan
Conocerme acuchillando;
Y conmigo, en fin, que tengo
Tan cabal mi desenfado,
Que si la Dama querida
Al sitio donde la aguardo
Saliera, estaré contento,
Y sino, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
En perseguirme los pasos,
Me reiré de ella; y si airada
Me dejare, haré otro tanto :
Si los valientes volvieren,
Dejaré apurar el caso;
Y sino, del mismo modo
Pasaré sin apurarlo,
Que en esta vida, Martin,
No hay cosa de mas enfado
Que morirse, y yo no pienso
Hacer mas pocos mis años,

Añadiendole á la muerte
El afan de mi cuidado.

SOLIS.

Escena de la segunda jornada de UN BOBO HACE
CIENTO.

Zelos que pide un Galan y su Dama.

DON LUIS.

IRME sin verla quisiera.

DOÑA ANA.

Don Luis, ¿donde vais? yo salgo
Corrida.

aparte.

DON LUIS.

Doña Ana, á Dios.

DOÑA ANA.

Oid.

DON LUIS.

Mucho desenfado,
O mucho valor teneis;
Pues, vuestro respeto ajando,
Quereis oir el language
De un hombre desengañado.

DOÑA ANA.

¡Ah, pese á mi sufrimiento!
Pues soy tan necia, que á hablaros
De veras me mortifico
En la accion de un mentecato.

DON LUIS.

Yo me holgara de ser fácil
De creer, para aventuraros,
Con lo dócil del oido,
Los adornos del engaño:
Mas no estoy....

DOÑA ANA.

Ea, callad,
Que temo mucho acordaros
Cuan necio estais, y correrme

POESIA PROFANA COMICA.

En habiendoodlo acordado:
La osadía de este loco
Remediará....

DON LUIS.

¿Quien?

DOÑA ANA.

 Mi hermano,
Que la ha sabido, ó yo sola,
Que para el remedio basto.

DON LUIS.

¿Remedio? y decid, ¿con eso
Queda cabal vuestro garbo,
Si es propiedad del remedio
El llegar despues del daño?

DOÑA ANA.

¿De suerte, que yo sabría
Lo que este necio ha intentado?

DON LUIS.

Dejadme, no me obligueis
A responder.

DOÑA ANA.

 ¿Y esperando
A este necio, os llamaria?
¿Para que? ¿para ocultaros
Mi delito?

DON LUIS.

 ¿Y ese necio
Tendria esos desacatos,
Si ántes no le ocasionara
La infamia de vuestro agrado?

DOÑA ANA.

Advertid, que hablais conmigo.

DON LUIS.

¿Advertido y desairado
Me quereis? quedad con Dios.

DOÑA ANA.

Mirad, que estoy violentando
Mi decoro en deteneros.

DON LUIS.

¿Y que haré yo en escucharos?

DOÑA ANA.

Por mí ha de volver el tiempo;
 Vos veréis que todo es falso.

DON LUIS.

¿El tiempo? bueno : ¿y mis zelos
 Quereis que esten tan de espacio?

DOÑA ANA.

Aun bien, que está vuestra Dama
 Esta noche en vuestro cuarto.

DON LUIS.

¿Despropósitos ahora,
 Que las disculpas faltáron?
 Ea, dejadme.

DOÑA ANA.

¿Que os deje?
 Bien está; ya os dejo, y tanto
 Que no habeis de verme mas.

DON LUIS.

¿Yo veros? partame un rayo
 Si lo intente.

DOÑA ANA.

Y á mí,
 Si en eso os fuere á la mano.

DON LUIS.

¿Jurais?

DOÑA ANA.

¿No jurásteis vos
 Primero?

DON LUIS.

Mucho intentamos,
 Corazon.

aparte.

DOÑA ANA.

Amor, muy presto
 Os habeis determinado.

aparte.

DON LUIS.

¿Yo verla?

aparte.

DOÑA ANA.

¿Yo detenerle?

aparte.

¿Oís? mirad.

DON LUIS.

¿Teneis algo

Que mandarme?

DOÑA ANA.

Nada; solo

Que advirtais, que habeis jurado.

DON LUIS.

Bien está; á Dios: ¿pero oís?

DOÑA ANA.

¿Que quereis?

DON LUIS.

Si os he llamado,

Solo queria deciros,

Que no sé jurar en vano.

DOÑA ANA.

¿Esto es amor? ¡yo voy muerta!

aparte.

DON LUIS.

¿Esto es querer? ¡voy rabiando!

aparte.

DOÑA ANA.

¿Donde estais, mis altiveces,

Que así os dejais mis agravios?

DON LUIS.

¿Donde estais, mis desahogos,

Que en veras habeis parado?

SOLIS.

CAPITULO V.

POESÍA SATÍRICA.

Engaños de las mugeres.

PENSASTE, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme).

Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes
Con que á tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio, hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.

Creame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché, digo,
Viendote tan afable, sin ser fea :

Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.

Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.

Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar como de rienda,
A todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es menos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano :

Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo vajilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese,
Todas delante mí fuéron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,

Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandabaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas,
De menos oro llenas que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion de mí notada
Por una de las siete maravillas.

¡O Flora, como estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvía,
(Comedia de Terencio celebrada);

El cual en sus ejemplos me decia,
Que desean las damas de tu trato
Las esclavas tener que Tais tenia.

Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedra las presenta
En competencia de un Trason bravato.

¡Mira cuan al revés salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.

Y cuando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirandose la sombra,
Connigo de tu crédito perdias.

No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:

Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una hebilla,
Que no sepa de donde y como vino.

Veote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.

Sabrá quien no las sabe tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.

Quiero vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:

Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.

En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.

A estos muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion docientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados.

Y á otros que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi Señora!

Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugues con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda.

Dirás como los médicos no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.

Ayudete tu madre ó tu maestra,
Dandote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,
Mientras hablais vosotras, muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido :

Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala :

Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.

El, ámbas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe que decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados por su mal en tu cabello.

Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imaginasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta;

Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre,

Enmarañaste dél cual verde hiedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo : buena prueba, Señor, hice
De vuestra fé, sino fingida, tibia,
Con que para mi mal me satisface.

Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;

Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga :

¿Pudiérades estar mas pensativo?

¿Pudiérades dudar de tal manera,

Y mostraros conmigo mas esquivo?

Pues yo sé bien alguno que quisiera,

Y como que quisiera que pagara,

Porque lo que á vos pido, le pidiera :

Que ni tan pobre soy ni tan avara,

Que por necesidad ó por codicia

En cosa tan pequeña reparara.

Mal de mi condicion teneis noticia :

Que aunque no lo trujérades tan presto,

No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos mas en esto :

Solo vivid seguro de que os amo,

Y que no me seréis jamas molesto.

El triste ya cual pece asido al hamo,

O como ciego pájaro que viene

Llamado con el son de su reclamo,

Ni en dudas ni en peligros se detiene;

Quiere tomar prestado ó con usura,

Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa ni cordura,

Y niega que jamas dudase en algo,

Y aun para ganar crédito lo jura.

Así lo creo yo de un noble hidalgo,

Respondes tú, soltando la cadena,

Que quisiera yo mas la de mi galgo.

Atraviesase luego Magdalena,

Pide para chapines ó una toca,

Y tu page de lanza pide estrena.

A aquella tú le dices : calla, loca;

Y á este otro : ¿tú, rapaz, tambien te atreves ?

Y por detras les señas con la boca.

Ni á la carne se dá tal priesa el jueves,
 Como le dais vosotras, entre dientes
 Diciendo: pagarás lo que no debes.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Pintura de la disolucion de Mesalina.

DIRASME tú, que hay muchas principales,
 Y que hay rosa tambien donde hay espina;
 Que no á todas las vencen cuatro reales.

En Claudio te responde Mesalina,
 Muger de un grande Emperador de Roma,
 Que al adulterio la mejor se inclina.

¿Cuando insolencia tal hubo en Sodoma,
 Que en viendo al claro Emperador dormido,
 Cuyo poder el mundo rige y doma,

La Emperatriz, tomando otro vestido,
 Se fuese á la caliente mancebía,
 Con el nombre y el hábito fingido?

Y en entrando, los pechos descubria,
 Y al deleite lascivo se guisaba,
 Así que á las demas empobrecia.

El precio infame y vil regateaba,
 Hasta que el taita de las hienas brutas
 A recoger el címbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grutas
 Cerraban ántes que ella su aposento,
 Siempre con apariencias disolutas.

Hecho habia arrepentir á mas de ciento
 Cuando cansada se iba, mas no harta,
 Del adúltero y sucio movimiento.

QUEVEDO.

CAPITULO VI.

POESÍA DIDÁCTICA.

Descripcion de la edad de hierro que sucedió á la de oro.

El mismo eterno Padre quiso en parte
No fuese la labranza del barbecho
Fácil, y fué el primero que con arte
Los campos meneó, porque de hecho
El cuidado forzoso fuese parte
Para aguzar el torpe humano pecho,
No consintiendo que su monarquía
Se entorpeciese con pereza fria.

Porque ántes de su reino por ninguno
El campo ni fué arado, ni mollido,
Ni el señalar con lindes cada uno
Su parte, ó el dividir fué permitido;
Servian al comun sin miedo alguno,
La tierra daba fruto no pedido,
El ansímismo puso mal veneno
A las serpientes negras en el seno.

El les mandó á los lobos que salteen,
Al mar que se levante, y sacudida
Quiso que miel las hojas no goteen,
Y dél la luz del fuego fué ascondida,
Los vinos que corrian no se veen,
Que fué por él su vena reprimida;
Para que imaginando el uso hiciese
Las artes poco á poco, y las puliese.

Y para que buscasse el trigo arando,
Y para que del seno el ascondido
Fuego á los pedernales golpeando
Sacase; allí primero fué sentido

El barco de los rios, y allí cuando
Redujo á cierta suma, y su apellido
Compuso á cada estrella el marinero,
Osas, Virgalias, Hiadas, Lucero.

Y entónces se inventó cazar las fieras
Con lazos, y con ligas engañosas
El enredar las aves, y las fieras
Selvas cercar con canes; las undosas
Mares con redes largas barrederas
El uno escudriñaba; y con ñudosas
Mangas el otro hiriendo á su albedrío
El hondo penetró del ancho río.

Y entónces el rigor del hierro vino,
Y fué la cortadora sierra hallada
(Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,
Fácil para el hender la edad dorada);
Nacióron muchas artes, que el continuo
Trabajo pertinaz, y la apretada
Falta, que en lo preciso no reposa,
Todo lo sobrepuja poderosa.

Ceres nos enseñó á romper la tierra
Con hierro, cuando ya casi faltaba
Bellota en el sagrado monte y sierra,
Y la comida Epiro nos negaba;
Mas luego al pan le vino nueva guerra,
La niebla dañadora, que gastaba
La espiga, y el baldío, y desechado
Cardo, que se erizaba en el sembrado.

Ahoganse las mieses, sube, y crece
Selva desagradable, abrojo, espina,
Y en lo que cultivado resplandece
Reina la grama inútil, la malina
Avena; y si tu mano desfallece
En perseguir con rastro á la continua
El campo, y si no espantas con ruido
Las aves, ó con honda y estallido;

Si no estrecharas tú con podadera
Las sombras del umbroso y negro suelo;
Si en el otoño y en la primavera
Con votos no pidieres agua al cielo;
En vano ¡ay! los montones de la era
Aguena mirarás, y tu consuelo

Con que consolarás tu merecida
Hambre, sera la encina sacudida.

FRAY LUIS DE LEON.

Descripcion de una tormenta.

Ya he visto yo en la siega misma, y cuando
Llamaba el labrador los segadores,
De mil contrarios vientos batallando
Venir las guerras todas y furores,
Que de raiz las mieses arrancando
Enteras por los aires voladores
Subiéron, y llevó la caña el grano
Envuelta en torbellino el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo
De agua innumerable un golpe fiero,
Y las nubes derraman sobre el suelo,
Que el cierzo amontonara, un mar entero,
Hundese el alto cielo, y lo que al hielo
Y al sol labrara el buey, el aguacero
Lo anega, y quedan llenos los fosados,
Los rios resonando van hinchados.

Crecen los hondos ríos, todo el llano
Con olas hervorosas bulle, y luego
Del nublo tenebroso la alta mano
Lanza tronando rayos hechos fuego,
Con que la tierra tiembla, con que en vano;
Las alimañas huyen, con que el ciego,
Y abatido pavor generalmente
Los ánimos humilla de la gente.

Mas él con tiro ardiente poderoso
O las ceraunias puntas encumbradas,
O el Rodope, ó el Atho mentiroso
Derrueca; y luego al punto desplegadas
Sus alas, se redobla furioso
El ábrego, y la lluvia desatadas
Las nubes espesísima, al crecido
Viento la playa y bosques dan bramido.

FRAY LUIS DE LEON.

Descripcion de las guerras civiles de Roma.

TAMBIEN el sol avisa á la contina
Los ciegos movimientos que se ordenan,

Las guerras que se emprenden, y adivina
Los fraudes que en secreto se encadenan,
Del Cesar en la muerte el mismo indina,
Por quien así los hados nos condenan,
Cubrió su luz, temiéron los malvados
Siglos en noche eterna ser dejados.

Aunque tambien entónces y las tierras,
Y los tendidos mares señas diéron,
Las aves importunas, y las perras,
Al Etna muchas veces todos viéron
Hervir, y rebosar por campo y sierras,
Rompidas las hornazas que tuviéron
Los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego
Lanzar, y piedras hechas polvo luego.

Sonó por todo el aire en Alemaña
De armas temeroso y gran sonido,
Tembló mas de lo usado la montaña
De los fragosos Alpes, y fué oído
En los callados bosques son de estraña
Figura, y ya de noche escurecido
Fantasmas fuéron vistas matizadas
Con formas y colores nunca usadas.

Habláron los salvages animales
Lo que no es de decir, el curso el río
Detuvo, abrióse el suelo en los umbrales
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frio
Marfil, y el Po venciendo sus canales
Con avenida enorme y desvarío
Las selvas trastornaba, y del ejido
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se halláron
Señales de amenaza en la asadura
Que abría el sacrificio, y no cesáron
Los pozos de manar en sangre pura,
Ni las ciudades grandes se escusáron
De oír aullar los lobos por la oscura
Noche, ni en luz serena el cielo y clara
Tantos rayos jamas de sí lanzara.

Ni tantas veces nunca se encendiéron
Los aires con cometas; y así avino
Que viéron otra vez, los campos viéron
Filipos los Romanos, que sin tino

Escuadras contra escuadras concurriéron,
Ni tuvo el crudo cielo por indino
Que Ematia por dos veces ¡ay! bañada
Con nuestra sangre fuese así engrosada.

Será que en algun tiempo trastornando
La tierra el labrador con corvo arado,
Los hierros de los dardos irá hallando,
El hierro del orin casi gastado,
Y en los vacíos yelmos arrastrando
Encontrará con el legon pesado,
Y rotos los sepulcros allí espesos,
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,
Dioses que os traspasastes della al cielo,
Y tú, Remo, y tú, Vesta, á quien es caro
El Tibre turbio, y el Romano suelo,
Que al menos este mozo alto y raro
Socorra aqueste siglo envuelto en duelo,
No os pese, que ya asaz con muertes duras
Penamos las Troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano
De tí nos tiene envidia, y se lamenta
Que mas te ocupes, Cesar, en lo humano,
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,
Do hierva en guerras todo, do el insano
Furor en tantas formas se presenta,
La esteva no se precia, los sembrados
Se yerman de cultores despojados.

Llevados los obreros se ensilvecen,
Las hoces se transforman en espadas,
Los Partos de una parte se embravecen,
De otra las Germanias alteradas,
Los pueblos que vecinos mas parecen,
Guerrean ya sus ligas quebrantadas,
Esparce por do quiera el Marte crudo
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.

Como cuando del puesto libre estiende
El paso por el campo la cuadrega,
Y cuanto se adelanta mas se enciende,
Y del correr las alas mas desplega,
Y en balde el cuadreguero tira, y tiende
Las riendas, ó le plega ó no le plega,

Llevado de los potros de las ruedas,
Que sordas á los frenos no estan quedas.

FRAY LUIS DE LEON.

Elogio de Italia.

Mas ni las selvas Medas, rica tierra,
Ni el Ganges de hermosura rodeado,
Ni el Hermo turbio en oro, que en sí encierra,
Puede ser con Italia comparado:
No el llano Batriano, ni la sierra,
No el Indio de mil bienes abastado:
Ni toda la Pancaya, y sus arenas
De árboles y de incienso todas llenas.

No trastornan en ella los terrones
Toros, que por la boca espiran fuego;
Ni con sembrados dientes de dragones,
En astas y en almetes vueltos luego,
Se eriza la campaña de escuadrones:
Mas por do quiera que el mirar desplego,
De mieses está llena, de viñedos,
De olivas verdes, de ganados ledos.

De aquí el guerrero potro cuelli-erguido
Se muestra por el campo y verde prado,
De aquí las blancas greyes; ó el crecido
Toro, mayor ofrenda en tu sagrado
Rio, Clitumno, todo zabullido,
Mil veces á los templos han guiado
De Roma los triunfos; y el verano,
O siempre dura, ó viene mas temprano.

Al año aquí dos veces los ganados
Esquilan, y dos veces los frutales
Son útiles con fruta; aquí fallados
Ni tigres son, ni fieros animales;
Ni son entre las huertas engañados
Con yerbas ponzoñosas y mortales
Los tristes, que las cogen; ni consiente,
Que se enrosque, ó estienda la serpiente.

Ajuntemos á esto el muy crecido
Número de ciudades señaladas;
Sus obras de trabajo no creído,
Tantas villetas fuertes torreadas

En los tajados riscos, donde han sido
A fuerza de los brazos levantadas;
Y junto á los antiguos altos muros
Los rios, que ya turbios van, ya puros.

¿Que contaré de dos mares, el que baña
Lo alto de la Italia, y el Tirreno?

¿Los lagos que embellecen la campaña?

¿Tú, Lari, de espacioso y ancho seno;

Tú, Benaco, que en olas, furia, y saña

Te ensalzas como un mar? ¿O será bueno

Decir los puertos todos del Lucrino,

Sus muelles contra el ímpetu marino?

¿Sus muelles, y el enojo, y los rumores

De onda rebatida aunque resuena

De lejos, y con voces no menores

Del agua Julia la admitida vena;

Lanzandose por medio los licores

Del lago Averno la canal Tirrena;

Y sobre todo aquesto tanta mina

De oro, de metal, y plata fina?

De plata los arroyos, los metales

De cobre que en sus venas ha mostrado,

Larga en mineros de oro, en minerales.

La misma ha producido, y levantado

Gentes de fama, y de obras inmortales;

Gentes de firme pecho, denodado,

Los Marsos, y la juventud Sabela,

Y el Ligur hecho al polvo, y á la vela.

El Ligur, y los Volscos, siempre armados

De dardo y azagaya; y juntamente

Los Decios, y los Marios, los preciados

Camilos; y en las armas el ardiente

Valor de los Scipiones señalados;

Y á tí, Cesar, que ahora en el oriente

Ultimo de los límites Romanos

Alejas vencedor los Indios vanos.

¡O! salve de Saturno tierra amada,

Grande madre de mieses, de varones

Tierra productora, aventajada,

Por tu respeto emprendo en mis renglones

Lo que enseñó, y preció la edad pasada;

Y del Ascreo cisne las canciones

(La sacra fuente osado descerrando)
 Por los Romanos pueblos voy cantando.

FRAY LUIS DE LEON.

Sobre la educacion de los hijos.

DEL padre, que á sus hijos disciplina
 Con mal ejemplo, ¿quien dirá que es prueba
 De la águila que al sol los examina?

Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
 ¿No es culpa de indiscreto amor paterno,
 Que á manifesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al árbol tierno,
 De recientes raices, no lo espone
 Luego á las inclemencias del hibierno :

Que hasta que su virtud se perficione,
 De hojosas ramas entreteje setos,
 Cuya defensa en torno le corone.

Así con preceptores y precetos
 Lucirán esos niños, pues los crias
 Para que escedan á los mas perfetos.

Y ordenales que busquen muchos dias
 La mas-útil verdad en las historias,
 Y aprendan de las dos filosofías

Con que medio se alcanzan las vitorias,
 Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
 El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen
 Con tales hombres, que seguramente
 A imitar sus costumbres se dediquen.

Y porque hay enemigos en Oriente,
 Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
 Acá produce ocasionada gente :

Tomen espadas negras, y algun diestro
 A enseñarles con modo á herir comience,
 (Solo en aquella facultad maestro).

Mas al trabajo (el cual si abunda, vence)
 Suceda el ocio ; pero no tan largo,
 Que contra la virtud se desvergüence.

Y así en el ayo que los tiene á cargo,
 Cubra mas que las canas el bonete :
 Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.

Goce los mismos gages que él decrete :
Que , en bien de tus caballos , si pagaste
Precio tan escesivo por Amete ,

No has de juzgar que el ordinario baste ,
Para el que de tus hijos traiga cuenta ,
A quien como á segundo padre honraste .

Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto : ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frecuenta ;

Cancion , que de Indias con el oro viene
Como él á efeminarnos y perdernos ,
Y con lasciva cláusula entretiene .

Al curioso inventor de usos modernos ,
Copete y goma que lo carguen de heno ,
Como al bucy coceador sobre los cuernos .

El cuadro que no fuere casto y bueno ,
En ningun caso por sus puertas entre ,
Porque parece almíbar , y es veneno .

Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages , que un descuido , un desaliño
En bufete ó en silla no se encuentre .

Gran reverencia se le debe á un niño :
En los principios su salud consiste :
Por esto á su observancia le constriño .

Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto ,
Que ninguna un momento le resiste :

Antes agarran del primer conceto ,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto .

El vaso nuevo así el olor conserva ,
Que la primera vez le cupo en suerte ,
Ya ministrando á Baco , ya á Minerva .

Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño , ¿ puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte ?

Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada ,
Formando con preceptos otro Ciro) ,

Que cuando les conozcas arraigada
Con la eleccion que al ciego error condena ,
La fuerza á proseguir determinada :

Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Que piensas que hallarán sino ocasiones
Adonde pierdan el candor que tienen?

¿Que Fabios toparán ó que Cipiones?
¿A que Lacedemonia los envias,
Rígida formadora de varones?

Nuño, si á los leones los confías,
La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pías.

Y así el punto en que lleguen por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.

Tienen aquí jurisdiccion espresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa;

Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores;
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.

De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:

Y admitido al honor quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera:

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos:

De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares.

Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un jóven frecuentado
De los tales podra salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?
Ninguno fué torpísimo de presto,
Que el agua poco á poco le combate:
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.

Andad acá, Señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos que andan perdidos á remate,
Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno y redes.
Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.

Salen juntos al prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reina de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.

Queda el bisoño ya persuadido
A frecuentar los árboles, saeta
De que (sin que lo sienta) quedó herido.

Los Narcisos lo admiten á la seta,
Que mas por randas y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.

Luego que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira.

Rindese á un fiel Acates que lo rige,
A cuya risa y voz que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.

Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.

Otro en cuevas sacílegas de juego,
Donde suenan blasfemias esquisitas,
Dignas de celestial vengador fuego:

Parecen mesas bárbaras de Scitas,
Y su estruendo el del címbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Arquitas.

Callase aquí quien forma la ventaja,
 La industria del artífice que juega,
 O la suerte que yace en la baraja.
 Al fin cualquier novel que se le allega,
 O le reduce la virtud á menos,
 O alguna grave enfermedad le apegá.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Que los deleites de la opinion son engañosos.

Si la naturaleza siempre es una,
 ¿Por que ha de haber, con méritos iguales,
 En los sujetos diferencia alguna?

¿Envejecido error de los mortales,
 Que estima la opinion mas que la esencia,
 A pesar de las leyes naturales!

Por esto en mí no forme competencia
 Con el manjar plebeyo el esquisito,
 Si el precio y no el sabor los diferencia:

Que si á ladrar comienza mi apetito,
 Así los raros como los vulgares,
 Por la ayuna garganta precipito.

¿O tú de alguno de los doce Pares,
 Descendiente milésimo, que asientas
 Nobleza en lo que cuestan los manjares!

Si con lo firme dellos te alimentas,
 Y no con la opinion, dí, ¿por que cosas
 Mas graves se hacen tiro nuestras cuentas?

¿Es mejor tu pavon por sus vistosas
 Plumas que mi perdiz? ¿ó por ser grato
 A la altiva Princesa de las Diosas?

¿Y tendrá el mismo honor puesto en el plato?
 ¿Será tan tierna entónces mi gallina,
 Aunque sin plumas de pomposo ornato?

¿El soberbio espectáculo, que empina
 Los varios ojos de Argos, no se queda
 Inútil y mojado en la cocina?

Pues si no entra en mi estómago la rueda
 Verde, rubia y azul, ¿que ley se opone
 A que una ave de casa le preceda?

Demás que yo, aunque el uso me la abone,

No aspiro á que ella induzca á maravilla,
Sino que á mi calor se proporcione.

¿Dime, pues, si en espléndida vajilla
La sustancia, á que anhelo, se le trueca
En otra mas robusta ó mas sencilla?

¿Sana el cristal mas presto la jaqueca
Que el vidrio? ¿ó respetandolo el catarro
Sus desabridos manantiales seca?

¿Y si es de plata y nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
Aplacarte ha la sed mas que el de barro?

Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?

En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno.

¿Piensas que porque estan los niños de Ilia
Con su loba en tu vaso relevados,
Y pasa vinculado en tu familia;

Lo antepongo yo á cántaros tostados,
Si he de beber en él con los rezelos,
Apénas por la salva asegurados?

Ni quiero ver bebiendo esos gemelos,
Porque fué el uno fraticida, astuto
Imitador de tios y de abuelos;

Y en tales vasos la madrastra el luto
Apercibe del lánguido pupilo,
Para que dé lugar al sustituto.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Apólogo de los dos Ratones.

AQUELLO de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leído,
Oye, aunque el repetirlo me perdonen.

Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fué cortesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.

Y siendo escaso ó pródigo el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos y de avena
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entónces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivir afortunado :

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.

Al cual, riendo, el cortesano dijo :
¿ No me dirás, amigo, por que pasas
La vida en este mísero escondrijo ?

¿ Antepones las selvas á las casas ,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas ?

Ruegote que este yermo desampares :
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.

Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.

Este pues breve espacio que se vive,
¿ Quien tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento sustancial se prive ?

Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el bosquecillo oscuro,
Y ácia la corte siguen el camino.

Llegados, entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro :

En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bégica tejidos,
Mostraban sus figuras de matices.

Sobre los lechos de márfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.

Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite,
La cuadra y sus adornos contramina.

Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una infiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.

Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entónces, mas horrendo.

Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran, con ladridos altos
De su fidelidad diéron señales.

Aquí de tino los ratones faltos
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ámbos cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser que en tu vivienda quedes;

Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:

Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.

Todo cuanto me ofreces te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.

Este el suceso fué, y este el consejo
Que yo venero, con haberle dado
Un tímido y silvestre animalejo.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Preceptos para escribir en verso.

Y cuando en la sazón mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras,
Andan nuestros patricios divertidos:

Tú retirado en las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla
O en la estudiosa luz de las auroras;
Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones:

Resuelvete al desigño, y acomete;
Que á seguir sus estímulos resuelto,
El orbe encerrarás en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro language, fía
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de su armonía,
Como solo sus números respeta,
De emparentar las voces se desvía.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes,
A ridículo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercibas ántes
Lo menos sustancial, verbos y nombres,
Que suenen con acentos semejantes:

Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apénas oyes rima entera,
Con ámbas partes fáciles y llanas,
Y escluyes por ociosa la primera:

Como para guisar palustres ranas,
Que, sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen sanas.

Y, cuando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:

Que organiza los húmedos terrones;
Escarban ya los piés, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las voces nos ayuda,
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula elocuente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;
¿En que se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la política doctrina,
Que por sacar de la maldad ganancia,
La ley de las virtudes arruina.

Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia:

El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto,
Sin sumo estudio, y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan esperto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto:

Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos días
Profundos golfos de otras ciencias graves.

Si tú para las dos filosofías
Ya, por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;

Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces:

Por esa docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin rezelo,
Conforme á su eleccion roba ó imita.

Suelta despues al voluntario vuelo
 Pomposa vela en golfo tan remoto,
 Que no descubra sino mar y cielo :

No navegante ya, sino piloto
 Intrépido á las olas insolentes,
 Tanto como á los ímpetus del Noto.

Quiero decir, que cuando en los corrientes
 Métodos varios te hayas dado filos,
 Con destreza ya propia los frecuentes;

Porque los dos genéricos estilos
 Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
 Que no por frecuentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,
 Que aunque la demasiada luz desama,
 Precia la elocucion peinada y lisa.

Y no solo el honor del epigrama
 Recibe calidad de este precepto,
 Sino la lira con que amor nos llama :

El trágico fervor puesto en aprieto,
 Y la sátira en este caso amiga,
 Siempre del panegírico perfeto.

El émulo de Píndaro lo diga,
 Por quien venosa el título recibe,
 Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el romano autor que en prosa escribe,
 Desde que falleció su Augusto Anales,
 El compendioso laconismo vive.

A Trajano sus dotes inmortales
 Refiere Plinio en este acento puro
 Sin voces tenebrosas ni triviales.

De las primeras ¿quien corrió seguro,
 Si el Presbítero docto de Cartago,
 Aspirando á ser breve, quedó escuro?

Mas quien al genio floreciente y vago
 De Séneca llamó cal sin arena,
 No probó los efectos de su halago.

No niego yo que de sentencias llena
 La agudeza sin límites congoja,
 Y al rigor con que hiere nos condena :

Como la nube que granizo arroja
 Sobre esperanzas rústicas floridas,
 Que aquí destronca, y acullá deshoja;

Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza, pues, no venga arrebatada
En esta brevedad jaculatoria,
Si quieres que deleite y persuada:

Aunque por ambicion de mayor gloria
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria:

Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso;
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruebase por razon y por costumbre,
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en hibierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;

Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Maron los afectos pastoriles,
El culto agreste y el varon troyano,
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano,
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle, suda en vano.

Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego,

No menos el Demóstenes latino,
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas áticas Arpino.

POESIA PROFANA DIDACTICA.

No ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato,
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato:

Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite,
Sino en la soledad de su desvío.

Demas de esto no falta quien me incite
A que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejercite;

Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquel prosigue, y este tarda,
Mas gracia de esta priesa y de este espacio,
Que de los piés de nuestro verso aguarda.

Mas yo sé bien el sueño con que Horacio
(Antes el mismo Rómulo) me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De language y espíritu estrangero:

Pues cuando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿ Quien sabe cual surgiera el edificio?

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Otras reglas de Poesía.

Si te llaman las musas, no te muelas
En posponer tan elevados gustos
A escarmientos, arbitrios y cautelas,
Que Cesares políticos y augustos
En leyes convirtiéron, ejercicio
Que hoy postra los sugetos mas robustos.
En tí sabrás cuan raro beneficio

Para nuestra república seria
El topar cada ingenio con su oficio.

Que si el guerrero al ocio se desvía,
Si el filósofo empuña una bandera,
Y el causídico estudia geometría:

Si ninguno en su centro persevera,
O para investigarle pierde el tino,
De este comun desórden ¿que se espera?

A tí se te atraviesa en el camino
Bártulo agora, que al estudio humano
Quiere que humilles el furor divino.

¿Que te va á tí en que ostente Papiniano
Agudísimo ingenio, cuando mira
Un testamento inteligible y llano?

¿Y mas si astuta entónces la mentira
A ingerir en el fácil junco liso
Ñudos, de que resulte un pleito, aspira?

El verá si el difunto poner quiso
Sustitucion vulgar á su heredero,
O cargarle inmortal fideicomiso.

Y tú por donde Píndaro y Homero
A Virgilio y á Horacio abriéron senda,
Pasa á lograr tu genio verdadero.

Noble has nacido, y manantial tu hacienda
Te fertiliza, sin que la fortuna
O tu olvido la agote ó la suspenda.

Huye esa profesion que te importuna,
Y sigue el nobilísimo misterio,
Que en sí mismo formó de todas una.

Mas quierote advertir (no con imperio,
Sino á tus piés, para que no imagines
Que me arrogo el honor del magisterio:)

Que pues entras agora en los confines
Del Parnaso, á implorar que te corone,
Al ingenio las fuerzas examines:

Y tenle en opinion, si se dispone,
Tras el examen, á escoger sugeto,
Que con su habilidad se proporcione:

Que habiendola medido, ¿cual conceto
Te saldrá por aborto de las sienes,
Sino en todos sus términos perfeto?

Si tus primicias dedicadas tienes

Al rigor de amorosa tiranía,

Picado entre favores y desdenes:

Al discernir palabras, bien seria

No entretejer las lóbregas y ajenas

Con las que España favorece y cria;

Porque, si con astucia las ordenas

En frasi viva, sonarán trabadas,

Mejor que las de Roma y las de Atenas.

Con tal juntura no te persuadas,

Que por humildes te saldrán vulgares,

Ni por muy escogidas afectadas:

Antes, si en rima larga las juntares,

Surgirá tan lacónica y tan sabia,

Que la envidien el Tormes y el Henares:

O en el verso menor, que entre la rabia

De sus flechas nos trujo por delicias

De las escuelas púnicas Arabia.

Mas si tu ninfa celebrar codicias,

Sabe que aunque poético el ornato

Le acumule riquezas translaticias;

Las translaciones duras, como ingrato

Lustre, las huye en desatando el hilo

A sus lisonjas la benigna Erato.

¿Será bien que sin forma y sin estilo

Luzcan en la hermosura los despojos

Espléndidos del Ganges y del Nilo?

¿Zafiros ó esmeraldas son los ojos?

¿Y diamante la tez? ¿perlas los dientes?

¿Y encendidos rubíes los labios rojos?

¿Las manos (que á marfiles escolentes

Imita su candor) serán cristales,

Si no se han de preciar de transparentes?

Cuando de estas metáforas te vales,

No las retires de su oficio tanto,

Que aun al afecto salgan desleales.

Mas si eres lapidario, no me espanto

De que las gracias huyan esa parte,

Que es pedrería, y no amoroso canto.

Ni sutilices mucho con el arte

Las congojas que amor finezas llama,

Si esperas en su gusto acreditarte.

No las describe el que de veras ama

Con pluma metafísica; ni duda
Que cualquier libre adorno las infama.

Gima el enfermo, y con noticia ruda
Del pulso acuse la inquietud del seno,
Donde clama sin voz la fiebre aguda.

Esplicarás con primor Galeno,
Que examina en su origen la dolencia,
Y nunca la enmudece el daño ageno.

¡O cuanto el puro amor se diferencia
Del astuto y vulgar, cuando sencillo
Se opone á la ambicion de la elocuencia!

Este es el alto fin, porque le humillo
A que no afile en rimas elocuentes
Contra sus esperanzas el cuchillo.

Cuando decir tu pena á Silvia intentes,
¿Como creará que sientes lo que dices,
Oyendo cuan bien dices lo que sientes?

Mas sirven al ingenio esos matices
Que al dolor, pues con culpa de inmodesto
Tolera esos follages de infelices.

Y, aunque asevero mi opinion, protesto
Que ni á la docta escuela Petrarquista,
Ni á su autor venerable arguyo en esto.

La verdad se lamenta de otra lista
De antiguos y modernos que la exorna,
En este gran precepto mal prevista:

Que en sus purezas de un jardin trastorna
Lleno el canasto, y con las mismas flores
La encubre, cuando piensa que la adorna.

Y envuelto en los poéticos honores
(Si la superflua erudicion no cesa)
Perece lo esencial de los amores.

Pues ¿que diré del verso, donde espresa
Dulce pasion ó belicosa hazaña
En cantares dramáticos profesa?

Mejor que otras provincias nuestra España
Tiernos afectos y orgullosos trances
En números mas breves acompaña.

Pero no á sus letrillas ni romances,
Donde Marte y Amor fundan blasones,
Aunque lo mande Silvia, te abalances.

No el bizarro neblí tras los gorriónes

(Vulgo volátil) cala ni descende,
Terror de fugitivos escuadrones:

Que allá vecino al sol sus alas tiende,
Y á vista de las mas soberbias aves,
Feliz pirata, altivas garzas prende.

Huelgome, pues, de que la Enéida alabes,
La Tebaida y la Ilíada primero,
Unico ejemplo á los heroicos graves.

Llame fuente de ingenio Grecia á Homero;
Pero ocurrale el tuyo, y no le temas:

Que, si vuelve por sí, como lo espero,

Presto dará el mayor de los poemas,
De hazañas lleno, y de invencion tan brava,
Que no estime el frisar con las supremas.

Sigue la imitacion que tanto alaba
La escuela por precepto mas seguro,
Que al mismo Alcides quitarás la clava.

Tragedia escribirás cano y maduro:
Que agora, aunque Sofocles te convida,
Has de apelarte al término futuro:

Pues ya ni por Eurípides le pide,
Ni por Séneca, alguno el Real calzado,
Con que á la pompa trágica preside.

Si hoy la escribes; de sabios admirado
Al sordo viento volarás, pospuesta
La aclamacion del popular senado.

Para ellos, pues, el alto estilo apresta,
En cuyo judicioso honor sosiegues,
Sin respetar la multitud molesta.

Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio,
Sino al del cauto Juvenal te entregues:

Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto;
(Con permission de nuestro insigne Horacio.)

Esto en razon de sátiras te advierto;
Aunque de las mas agrias ó mas finas
Hablas como enemigo descubierto.

Tras esto á musas cómicas te inclinas,
Si bien las sequedades aborreces
De las fábulas griegas y latinas.

Y no lo estraño; pero muchas veces

En lo que yace desabrido y seco,
Hallan que ponderar discretos jueces.

Si el coturno trocares por el zueco,
Tu invencion fértil goza, que lucido
Sin duda, te saldrá, y alegre el trueco.

Haz, pues, que así como al contesto unido
Mandas que con el método se abraça,
Que escluye la ignorancia y el olvido;
Enrede lo historial desde que nace,
Hasta que la catástrofe risueña
Con sutil discrecion lo desenlace.

Y pues que á la instruccion moral se empeña,
No traiga para ejemplos de la vida
Los que algun delirante enfermo sueña:

Que ni la plebe es bien que se despida,
Despues que te prestó grato silencio,
Sino desesperada, desabrida.

Yo aquellas seis ficciones reverencio,
(¿ Como que reverencio? que idolatro)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio.

Cierra la tuya al uso en tres ó en cuatro:
Que si ella ya con risas, ya con lloros
Los afectos nos purga en el teatro;

Si en lenguages mas claros que sonoros
Discurre bien con prosa en metro inserta;
Si guarda á las figuras sus decoros;

¿ Hallará alguna impropiedad la puerta,
Para descomponer lo que compones,
O por abuso ó por descuido abierta?

Animo, pues; y para que en los dones
De tan raro inventor su gloria heredes,
Fundate en verisímiles acciones.

No en la selva al delfin busquen las redes,
Ni al jabalí en el piélago los canes;
Pues que en sus patrias oprimirlos puedes.

Segun lo cual, no quieran los galanes,
Aunque traten, ó incautos ó sutiles
Con rameras, con siervos ó truhanes;

Envilecerse entre plebeyos viles,
Sin descuento; ni Príncipes ni Reyes
Aplebeyar los ánimos gentiles.

Tú sin gran causa no los aplebeyes

Tanto, que á sus acciones y á sus famas
Prefiera un siervo infiel que les dé leyes.

Y no aleguen á Séneca las damas,
Ni á Marcial, si tal vez por travesura
No fisgan de sentencias y epigramas.

¿Y esto de introducir una figura,
Que á solas hable con tardanza inmensa,
No es falta de invencion y aun de cordura?

Dirán que así nos dice lo que piensa,
Y lo que determina allá en su mente:
(A mi entender) ridícula defensa.

¿No es fácil de inventar un confidente,
A quien descubra el otro del abismo
Del alma lo que duda ó lo que siente?

Soliloquio es hablar consigo mismo;
Pero, aunque no conversen dos, burlona
Quiso Grecia llamarle dialogismo.

¿Quien no se burlará de una persona,
Que, sin oyente, sobre algun suceso
En forma de diálogo razona?

El de Fedria por Tais fué un rapto espreso;
Mas los de Plauto en su comedia vieja,
¿Quien los escucha que no pierda el seso?

Si airado un padre forma llanto ó queja;
No para provocar el pueblo á risa,
Le interrumpe el plebeyo que graceja;

Que si nuestra piedad por tan precisa
Obligacion socorre al afligido,
Como naturaleza nos lo avisa;

¿Quien hay tan falto del comun sentido,
Que por gusto de un chiste y de un apodo,
Ver quiera un noble afecto escarnecido?

« Haz al fin que el lugar, el tiempo, el modo
» Guarden su propiedad; porque una parte
» Que tuerza de esta ley, destruye al todo. »

Este precepto asaz desobligarte
De otros muchos podrá, con que prudente
(Y aun pesada tal vez) nos cansa el arte.

Pero ningun poema tuyo intente,
Luego como se copie ó se concluya,
A la pública luz salir reciente.

¿No le diste tú el ser? ¿no es obra tuya?

Pues espere á que en tí aquel amor tierno
De la propia invencion se disminuya.

Severa ley; mas hizola el gobierno
Sagaz, para entibiar al apetito
Del anciano Parnaso y del moderno:

Es la lima el mas noble requisito:
Y así, no peligrando la sustancia
Del verso deliciosamente escrito;

Reformele su pródiga elegancia,
Como el gran Venusino lo dispuso,
(Por mas que á sus secuaces la ignorancia,

Cuando ciñes lo ocioso y lo difuso,
Para dejarlo adelgazado y breve,
Diga que formas de una lanza un huso:)

Que aun limado con arte, es bien que pruebe
A pasar por las dudas y opiniones,
Que el cuidado segundo al honor mueve.

Bórralo con crueldad, no te perdones;
Pues con gozo has de ver cuanto mas vale
Lo que durmió en los pródigos borrones.

Saldrá de ellos tan puro que se iguale
Con el rayo solar que el aire dora,
Cuando mas limpio de las nubes sale.

Y porqué un sabio todo lo mejora,
A lo que otro Aristarco aconsejase
Te quisiera yo ver atento agora:

Y que, dejada la suprema clase
Que ocupas, te fingieras menos diestro,
Para que con imperio te exhortase.

Que á su escuela de niños ya un maestro
Dijo: Si deteneis en la memoria,
Que aquí llorais en beneficio vuestro;

Al rigor con que os trato dad la gloria:
Pues no aguarda que el látigo castigue
Lo que pudo enmendar la palmatoria.

Bien ves que si al principio se consigue,
Que no engendre opinion la fantasía,
Que á deponerla á tu pesar la oblique;

Es por la viva voz, cuya energía
Mas que el precepto al propio amor convence,
O al desengaño le dispone y guía.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

EPISTOLA A DON JOSÉ LANZ.

Sobre la Libertad política.

O dulce Lanz, mi juventud lozana
Ya para siempre huyó, cual agostada
Rosa que brilla solo una mañana.

Cerca está ya de mí la fatigada
Corva vejez, de muerte precursora,
De achaques y quebrantos rodeada.
¿Do estás, ó juventud? ¿Donde está agora
De aquel semblante mio la frescura?

¿Donde del claro Tormes la pastora,
Que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura
Me dió á gustar? Mi luz es eclipsada,
Yo sepultado yago en noche oscura.

Pronto la ferrea Parca no aplacada
Irresistible va á precipitarme
En el voraz abismo de la nada.

Dulce esperanza ¡ó! ven á consolarme.
¿Quien sabe si es la muerte mejor vida?
¿Quien me dió el ser, no puede conservarme
Mas allá de la tumba? ¿Está ceñida
A este bajo planeta su potencia?

¿El inmenso poder hay quien le mida?
¿Que es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Donde iré? ¿De do he venido?
¿Por que el crimen repugna á mi conciencia?

¿Si de toda moral la norma ha sido
Nuestro propio interes, por que en la historia
Siempre el perverso vive aborrecido?

¿Me es de Neron odiosa la memoria
Porque temo morir de sus crueldades
Víctima? ¿Que interes tengo en la gloria

De Focion? ¿Que me importan las maldades
Del infame Tiberio? ¿De Trajano
Que bien hacerme pueden las bondades?

No calumniemos el linage humano:
El malo á las ideas generosas
Un vil origen atribuye en vano.

No, Lanz, de las acciones virtuosas

Estímulo es la noble simpatía,
El egoismo vil de las viciosas.

De Helvecio errada la filosofía
Convince en esta parte la conciencia
Que es de nuestra razon la mejor guia.

Vano fuera alegarnos la esperiencia
Que solo enseñar puede lo que ha sido;
Quien lo que debe ser dice es la ciencia.

Tiranos y impostores se han unido
Para ahogar la virtud, y yo me admiro
Que sus esfuerzos mas no hayan podido.

En todas partes la violencia miro
En el trono sentada, y exhalando
La libertad el último suspiro:

Del despotismo el horroroso bando,
La vil supersticion, la intolerancia
La sanguinosa espada blandiendo;

La feroz anarquía que la Francia
Corre, y tala y asuela; cual abrasa
Celeste rayo la suntuosa estancia

De reyes, junto con la humilde casa
Del pobre labrador, y vuela ardiente
Consumiendolo todo por do pasa.

¿Que haces, do te despeñas, imprudente
Pueblo? ¿La libertad sin moral quieres?

¿Que dios te sopla ese furor demente?

¿Piensas atropellando tus deberes,
Que mas sean tus derechos respetados?

¿De cuan fatal error la víctima eres!

Así es: los pueblos desmoralizados
Hoy sus cadenas rompen, y otro día
Se forjan grillos mucho mas pesados.

De la ignorancia siempre la anarquía
Ha sido inseparable compañera,
Como la libertad lo es de Sofía;

Mas todos los delitos que esta fiera
Comete, culpa son del despotismo
En cuyo horrible seno ella naciera.

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el ser el seno mismo.

¡Ah! sepamos templar hasta la ardiente

Ansia del bien : el hombre es perfectible ;
Pero se perfecciona lentamente.

¿El efecto fatal de la terrible
Revolucion francesa cual ha sido ?
La guerra general , un lujo horrible ,
El orbe por dos pueblos oprimido ,
Repúblicas y Reinos devorados ,
De Europa el equilibrio destruido ,
De la filosofía los sagrados
Principios por la chusma de escritores
Con descaro increíble calumniados ;
De cuanto del delirio en los furores
Un populacho vil ejecutara
Culpados los mas célebres autores.

El amor del trabajo , do cifrara
Sus virtudes la clase laboriosa ,
Ora la sed del mando reemplazara.
¿Donde los proletarios su horrorosa
Dominacion ejercen , la anarquía
Que vínculo social disolver no osa ?

En el abismo de la tiranía
Al pueblo precipita la licencia
Que por sus falsas máximas se guía.

Así el Vesuvio lanza con violencia
De sus entrañas rocas inflamadas
De la atraccion venciendo la potencia.

Mas luego por su peso arrebatadas
Caen ; y abrasan los campos convecinos ,
Y sepultan ciudades desoladas.

Tal un pueblo empeora sus destinos ,
Cuando se entrega á locas sugestiones
De demagogos de alentar indinos.

Con las horribles exageraciones
De la revolucion , el despotismo
Perpetuamente asusta las naciones ;

Como si el mas absurdo fanatismo
De un vulgo vil , fuese razon bastante
Para que en un profundo parasismo

Los pueblos se aletarguen , y triunfante
De los esfuerzos de animosos pechos
La soberbia opresion vaya arrogante.

El hombre jamas pierde sus derechos ;

Cobrar la libertad es siempre justo ;
Rompamos nuestros grillos ; que deshechos
Al suelo caigan , y que pongan susto
Cayendo á los tiranos macilentos
Que nos oprimen con su cetro injusto.

Sofisma es confundir con los violentos
Furores de la plebe arrebatada
De una nacion los grandes movimientos.

¿ Cuando la propiedad es respetada ,
Cuando la humanidad al pueblo guia ,
Cuando toda opinion es tolerada ,

Puede nacer acaso la anarquía
De una revolucion solo funesta
A los fautores de la tiranía ?

Nueva lógica , amado Lanz , es esta ,
Olvidar la violencia perdurable
Del déspota , y la furia descompuesta

Alegar de la plebe , cuya instable
Cólera se apacigua en un momento ,
Como las olas de la mar , mudable.

Mas de tres siglos hace que el sangriento
Infame Tribunal del Santo Oficio
A España oprime con furor violento :

Y dos años no mas el ejercicio
Fatal de la anarquía duró en Francia.
¿ Cual causa de los dos mas perjuicio ?

¿ La riqueza , el comercio , la abundancia ,
De cual de los dos pueblos han huido ?
¿ Do está el saber , y donde la ignorancia ?

Tal la revolucion francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas ,
Los frutos arrastrando del ejido :

Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita ,
Cual el volcan que vive en las montañas ,

Y con perpetuo movimiento agita
El suelo que su lava esteriliza ,
Y cuanto mas destruye , mas se irrita .

La esclavitud es quien desmoraliza
Los pueblos , quien sofoca los talentos ,
Y quien toda virtud inutiliza.

Ni tampoco estan libres de violentos

Vaivenes las naciones mas esclavas,
Y de internos terribles movimientos.

Cual mugen del Océano las bravas
Olas, cuando la tierra se estremece,
Y la mar rompe sus cerradas trabas,

Un pueblo esclavo, cuando se embravece,
Con sus cadenas se arma, y desbocado
Ningun delito en su furor le empece.

Contemplemos el suelo malhadado
De la Persia infeliz, de la Turquía,
Por un dueño absoluto dominado.

Las discordias civiles, la anarquía
Son siempre inseparables compañeras
Del despotismo y de la tiranía :

Y de consuno las monstruosas fieras
Sangre beben, de sangre se alimentan,
Y las naciones devorando enteras
Siempre con llanto y sangre se sustentan.

MARCHENA.

EPISTOLA.

Sobre la vida del Filósofo.

FABIO, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere,
Y donde al mas activo nacen canas.

El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído :

Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejemosla pasar , como á la fiera
Corriente del gran Betis , cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció , no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué , cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.

El oro , la maldad , la tiranía
Del inicuo procede , y pasa al bueno ;
¿ Que espera la virtud , ó que confía ?

Ven , y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea , cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.

A donde por lo menos , cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra , dirá alguno ,
Blanda le sea , al derramarla encima :

Donde no dejarás la mesa ayuno ,
Cuando te falte en ella el pece raro ,
O cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca , pues , el sosiego dulce y caro ,
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro :

Que si acortas y ciñes tu deseo ,
Dirás : « lo que desprecio he conseguido
» Que la opinion vulgar es devaneo. »

Mas precia el ruiñeñor su pobre nido ,
De pluma y leves pajas , mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido ,

Que agradár lisonjero las orejas
De algun Príncipe insigne , aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel , que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios ,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios ;
Que acepta el don , y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios. ,

Iguala con la vida el pensamiento ,
Y no le pasarás de hoy á mañana ,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y que esperas?
¡O error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Muriéron, y pasáron sus carreras.

¿Que es nuestra vida mas que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Que mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!

¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvíó
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los ríos que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad, que me ha quedado?
¿O que tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayéron: ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas, acaso; tú, que fué criado
El varon para rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,

Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡O! ¡quien así lo entiende, cuanto yerra!

Esta nuestra porcion, alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre solo es dada
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,

Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares
Un libro, y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Eпитeto.

Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento :

Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia, es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones :

Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son insectos y oscuros monumentos.

¡Cuan callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente !

¡Que gárrula y sonante por las cañas !

¡Que muda la virtud por el prudente !

¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente !

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plcbeyo barro mal tostado,
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso Murinopreciado :

Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.

¿Sin la templanza viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡ó muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta.

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuanto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven, y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

RIOJA.

Descripcion de los efectos de la Tinta.

UNA ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva, y do se afina
Olio con que mas cómoda se pinta:
Con estas otras, que á la par destina
A la letra, y dibujo oscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fértil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos:
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores esquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los sonoros gritos,
Con que celebra las famosas lides,
Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Que fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)

Con la soberbia sepultura bella
 De las cenizas del esposo muerto
 La magnánima Reina, si en aquella
 Noche oscura de olvido y desconcierto
 La tinta la dejara, y los colores
 De versos y eruditos escritores?

Los soberbios alcazares alzados
 En los latinos montes hasta el cielo:
 Anfiteatros, y arcos levantados
 De poderosa mano y noble zelo,
 Por tierra desparcidos y asolados,
 Son polvo ya que cubre el yermo suelo:
 De su grandeza apénas la memoria
 Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Príamo infelice solo un día
 Deshizo el Reino tan temido y fuerte:
 Créce la inculta yerba do crecía
 La gran Ciudad, gobierno y alta suerte:
 Viene espantosa con igual porfía
 A los hombres y mármoles la muerte:
 Llega el fin postrimero, y el olvido
 Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Todo se anega en el estigio lago,
 Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos.
 El ancho Imperio de la gran Cartago
 Tuvo su fin con los soberbios techos:
 Sus fuertes muros de espantoso estrago
 Sepultados encierra en sí y deshechos
 El espacioso puerto, donde suena
 Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
 El hierro agudo á la ciudad de Marte:
 Ella lo sabe, y Trasimeno ondoso,
 Que en su sangre hervió de parte á parte:
 Caverna ahora del leon vellosa,
 Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,
 A do no humano acento, mas bramidos
 De fieras resonantes son oídos.

Vos sentísteis tambien menos amigos,
 Los tristes hados con esfuerzo extraño,
 No tanto por los golpes enemigos,
 Mas por vuestro valor el postrer daño,

¡O Numancia! ¡ó Sagunto! que testigos
Ahora sois del humano desengaño:
Caísteis; mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza:
Que así el tiempo, y la edad hambrienta lleva
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas:
Las altas torres con estraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiendese, y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del Gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y cuanto adorna el pavimento humano
Y el mar, y cuanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena, ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo:
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Donde el bronce labrado y oro? ¿y donde
Atrios, y gradas del Asirio Templo,
Al cual de otro gran Rey nunca responde
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro río,
Que al vencedor Aquiles y ligero,
Le hizo el cuerpo con fatal rocío,
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brío
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
Del aurea eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino

Al magnánimo Eneas; no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

PABLO DE CÉSPEDES.

Prosopopeya á Micael Angel.

CUAL nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzandose estendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla, y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia que tanto ocupa y tiene,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene:
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo,
La fortunada edad del grande Augusto.

¡O mas que mortal hombre, Angel divino!
¿O cual te nombraré? no humano cierto
Es tu ser, que del cerco empíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto:
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reina virtud; á tí se debe
Honra, que en cierto dia el sol renueve.

PABLO DE CÉSPEDES.

Pintura de un Caballo.

MUCHOS hay que la fama ilustre y nombre,
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido ,
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano:

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo, y descarnado;
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarle á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas estendidas
De la enhiesta cerviz, con fiero asalto

Cuando con los relinchos encendidas
 El aire, y blanca nieve, en Pelio alto
 Las matas mas cerradas esparcidas
 Al vago viento, igual de salto en salto,
 En el encuentro de su Ninfa bella,
 Saturno volador delante della,

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
 Y los de Marte atroz iban, y tales
 Fuego espiraba la albicante espuma,
 De los sangrientos frenos y bozales:
 Tal con el tremolar de Lidia pluma,
 Volaban por los campos desiguales
 Con ánimos y pechos varoniles
 Las del carro feroz del grande Aquiles.

PABLO DE CÉSPEDES.

DISCURSO.

Sobre el órden del Universo.

¡DESFALLECE mi espíritu la alteza
 De tu ordenada fábrica admirando,
 O inconcebible, ó gran Naturaleza!

Los ojos subo al cielo; y rutilando
 Soles sin cuento en tronos de oro veo
 Sobre mi frente atónita girando.

Loco anhela alcanzarlos el deseo,
 Sus pasos acordar, hallar curioso
 Su final causa y soberano empleo.

Afanase sin fruto; y silencioso
 Solo adera al Gran Ser que bastó echarlos,
 Cual polvo en el espacio luminoso.

Su escelsa diestra alcanzará á pesarlos:
 Su dedo á demarcarles el camino;
 Y su inmenso saber podrá contarlos.

¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¿Mas vecino
 Como no estás á mí? ¿por que no siento,
 Cual el del Sol tu resplandor benigno?

¿Y tú, Sol, Rey del dia, do alimento
 Para tu luz recibes? ¿quien, dí, guia
 La tierra en torno de tu inmoble asiento?

La blanca Luna en la tiniebla fria

Rige su rueda en esplendor velada,
Cual Diosa augusta de la noche umbría.

¡O! ¡cual va silenciosa! ¡cuan callada
Con cetro igual la esfera enseñorea,
Aunque á la negra tierra torne atada!

Venus allí graciosa se pasea;
Y á distancias sin fin entre sus lunas
Tibio el cano Saturno centellea.

¿A que le alumbran cinco? ¿acaso algunas
Vanas le son? ¿á tu pausado giro
Por que siempre, astro infausto, las adunas?

Mientras mas lo medito, mas me admiro:
La mente en calcular se desvanece;
Y entre horror santo ciego me retiro.

Mas todo hubo su fin, do resplandece,
Jovino, sabio el Númen: concertado
Todo está: el orbe una cadena ofrece

De inmensos eslabones al callado
Meditador: estudiala; y humilla
La frente ante el Señor que la ha formado.

Ni en el átomo tenue menos brilla
Que en el disco del Sol: si mas subieres,
Tu pasmo crecerá en su maravilla.

Do quier te vuelvas, por do quier que fueres,
Un órden has de hallar; pero abarcarlo
Jamás, jamás con la razon esperés.

Acuerdome que el cielo (aun no mirarle
Supiera bien, ni en mi pueril rudeza
Con la atencion de un sabio contemplarle)

Un tiempo me elevaba en su belleza,
Y las horas absorta entretenía
Del alma alada la fugaz viveza.

¡Cuan ledo en medio de la noche umbría,
Sobre la muelle yerba reclinado
Sus lámparas sin fin contar queria!

Por el éter inmenso estraviado,
De astro en astro vagando, aquel forjaba
Mayor, el otro en luz más apagado.

Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba
En ámbar me inundaban delicioso:
De lejos triste el ruiñeñor trinaba.

La soledad augusta, el misterioso

Silencio, las tinieblas, el ruido
 Del aura blanda por el hosque hojoso
 Me llevaban en éxtasi embebido;
 Y un supremo poder engrandecía
 Mi espíritu del vil lodo desprendido.
 En medio yo impaciente me decía:
 ¿Que no haya de alcanzar, como á moverse
 Bastan? ¿que reglas guardan? ¿quien los guía?
 ¡Señor! ¡Señor!.... la esfera esclarecerse
 Sentí; y alada Inteligencia pura
 A mis curiosos ojos ví ofrecerse.
 Con un cendal de celestial blancura,
 Los tocó; y sonriendo cariñosa,
 Mi helado pecho plácida asegura.
 •Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
 La vista; y los milagros considera,
 Do se estremó la diestra poderosa.
 Alcéla, y ver logré la inmensa esfera,
 Y el paso de las lumbres eternas
 En su perenne, rápida carrera.
 ¡Que de globos ardientes! ¡que raudales!
 ¡Que océanos de luz! ¡que de ostentosos
 Soles, del claro empíreo altos fanales!
 De maravilla tanta codiciosos
 Mis atónitos ojos se perdían
 Del espacio en los términos dudosos.
 Mas alcanzar aun ciegos no podían,
 Porque en órbita tanta diferente
 Tan desiguales todos discurrían.
 Tocó otra vez mi vista su clemente,
 Divina diestra; y considera, ó ciego,
 Tornó á decir, la bóveda esplendente,
 Que el Escelso atendió tu humilde ruego,
 Y en este punto el velo ha levantado;
 Y envuelta desaparece en santo fuego.
 Yo ví entónces el cielo encadenado;
 Y alcancé á computar por que camina
 En torno el Sol Saturno tan pausado.
 ¡O Atracción! ¡ó lazada peregrina,
 Con que la inmensa creación aprieta
 Del sumo Dios la voluntad divina!
 Tú del crinado, rápido cometa

A el átomo sutil el móvil eres,
La ley que firme ser á ser sujeta.

Recorre el globo : ¿al cielo volar quieres?
Trepas pues : sonda el mar : la mente activa
Cala al abismo de ignorados seres;

La hallarás siempre estar obrando viva :
La atmósfera apremiar : llevar riendo
El aura por los valles fugitiva.

Los ciegos senos de la tierra hundiéndolo
Labrar lagos anchísimos, las fuentes
De los eternos ríos disponiendo.

Y con brazos tajando omnipotentes
Rocas y abismos, pródigo camino
Dispensar á sus rápidas corrientes.

Hacer que suba en modo peregrino
La sabia, erguido roble, á tu corona;
Y alzar su helada frente al Apenino.

Muy mas activa en la abrasada zona
La espalda á el mar ondisono agitando
En grillos de arenillas lo aprisiona.

El trono al Sol asienta descansando
En sus planetas, y ellos en él á una
La mas subida proporcion guardando.

Mientras de otro sistema este es columna,
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
Y otro sobre otro sin mudanza alguna :

Hasta llegar al Númen de quien tiene
Su ser el universo ; y la balanza
En su potente diestra igual mantiene.

¡ O inmensa sucesion, á que no alcanza
Saber mortal ! ¡ ó variedad estable,
Grande aliento á la tímida esperanza !

Sí, sí, Jovino ; el Bueno, el Inmutable,
El Poderoso, el Sabio cuanto hiciera,
Lo enlazó en nudo y orden inflexible.

Todo es union : la parte mas ligera
De impalpable materia al Sol luciente
Sostiene, y carga en su ineshhausta hoguera.

Nada hay que no sea efecto, y juntamente
Causa no sea : igual el vil insecto
Cabe el gran Dueño al Querubín ferviente.

En su inmenso saber no hay MAS PERFECTO.

Vió, quiso, obró; y á cada ser ha dado
Virtud con relacion á su alto objeto.

Esas mínimas formas que ha creado
Al parecer sin fin, ruedas son leves
Que altamente en las otras ha engastado.

Tal en lago sereno cercos breves
Forma al caer la piedra: van creciendo;
Y atónito á contarlos no te atreves.

Quita la mas sutil; y estoy temiendo
Ya el todo en desunion: una le aumenta;
Y un órden diferente voy sintiendo.

Esa que en nada tu ignorancia cuenta,
En nudo firme á otra mayor se unia;
Y otra aun mayor sobre las dos se asienta.

¿Que? ¿el granillo de arena que corria
No ha nada en el torrente cristalino
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria?

¿Solo tampoco está? No: del vecino
Monte al llano bajó: si él no existiera,
Tampoco el monte, ni el favor benigno

Que útil dispensa á una provincia entera
Con la nevada frente y fértil río,
Que del nace sesgando en la pradera.

Cuando las aguas que el Diciembre frio
Tornó en blancos vellones, mas clemente
Desata Abril en líquido rocío,

El bullendo entre peñas mansamente
Se apresura por dar frescor y vida
A el valle desmayado en sed ardiente.

Besa las florecillas de corrida;
Y en su cristal el álamo pomposo
Dobla por verla su corona erguida.

Turbio tal vez y con rumor fragoso,
Arboles, chozas, mieses arrebata
Anegando los surcos espumoso.

Rompe puentes, aceñas desbarata;
Hasta que en brazos del antiguo Océano
Se hunde, y su húmida planta humilde acata.

Próvido empero con abierta mano
De fértil limo hinchó su señorío,
Que el suelo vivifica comarcano.

¿Mas al cabo el granillo?... Al poderío

Del rubio Sol en tierra transformado

Lo verá espiga algun tostado Estío,

Y pan despues de un sabio que al Estado

Leyes dé acaso, y rija virtuoso

Un pueblo á sus vigilijs confiado.

¡O Jovino! ¡Jovino! ¡que asombroso

El universo es! ¡oh! ¡quien pudiera

Lince indagar su abismo tenebroso!

Ve la materia inánime, grosera

Agitandose activa, hasta encumbrarse

De su nobleza en la superna esfera;

Cocerse el Oro : el Talco organizarse:

La Sensitiva de la mano huyendo;

Y el Pulpo tras la presa audaz lanzarse.

Llega al reino animal, si en su estupendo

Orden, su graduacion, sus perfecciones

Un religioso horror no estás sintiendo.

¡O cuantos! ¡cuan trabados eslabones

Desde el sutil, incalculable Insecto

Al Crustáceo encerrado entre prisiones:

De este al torpe Reptil ya mas perfecto,

O al mudo Pez en sus familias raras,

Bruñida escama y portentoso aspecto!

¿Que? ¿en el inmenso Leviatan te paras

De horror lleno? Un ejército volante

Turba ya el aire en trinos y algazaras.

Ven, no fugaz escape : del gigante,

Libio Avestruz, Mosca matizado,

De la Tórtola al Buitre devorante,

Del Cuervo al Colorin, del tachonado

Pavon al triste Buho, ¿á quien la suma

De especies tantas recorrer fué dado?

En índole, color, grandeza, pluma,

Organos, fuerzas, voz, ¡cuan sabiamente

Ostentó el Númen su largueza suma!

¿Y habrá quien no la admire? ¿quien demente

Los fines niegue; ó que su diestra santa

Cuanto él pudo tener dió á cada ente?

De Filomena el trino su garganta

Pide, y hubola en dote : ala ligera

La Garza audaz que al cielo se levanta.

Tal tuvo, y demandara la Onza fiera

Suelta garra; y la Liebre temerosa
Vencer al viento en su fugaz carrera.

Ni si en familia menos numerosa
Cede en órden el Bruto, ni hermosura
A la turba en las auras vagarosa.

Creece la perfeccion; y en su estructura
Va la sustancia orgánica en el suelo
Feliz rayando en su mayor altura.

Genio inmortal, que con sublime anhelo
Su abismo tenebroso has indagado,
Alzando un tanto al universo el velo,

Ven; ¿dí las perfecciones que has hallado,
Buffon, en cada cual? ¿dime el destino
Que en la escala animal le has señalado?

¿Cual órden la materia, que camino
Desde el feo Murciélago asqueroso
Sigue hasta el Pongo, al hombre tan vecino?

El sagaz Elefante, ese coloso
Animado, y tras él, Jovino, mira
El Raton en su nido cavernoso.

Del rugiente Leon, que ciego en ira
Por los desiertos de la Libia ardiente
Con grave paso cernejudo gira;

Baja del Corderillo á la clemente
Mansedumbre, que lame la impía mano
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente.

Sube del Asno rudo al soberano
Instinto del Castor, en ser dudoso
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.

Compara ser á ser: maravilloso
Cualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.

¿Cual divino saber bastó á dar modo
A tanta relacion? ¿quien tan distinto,
Quien tornar pudo un mismo inerte lodo?

Desde el órden supremo del instinto
Va lenta la materia descendiendo
En vario, sinuoso laberinto

Al primer elemento: ¿como siendo
Una en sí misma á distinguirse empieza,
La primitiva sencillez perdiendo?

¿Cual es su último grado de rudeza?

¿Y si el fuego es su esencia, en pura nieve
Como se torna?... ¡inapeable alteza!

¡Abismos del gran Ser, si á ello se atreve,
Mientras yo reverente vos adoro,
El puro Querubin sondaros pruebe!

Entre el ojo y la luz, entre el sonoro
Aire y mi oído fines, fines ciertos veo:
¡Como obrar puedan, asombrado ignoro!

Solo ofrece un ser: sagaz rastreo
Su esencia y calidades; ya le admiro
En relacion cumplida con su empleo.

Cada cual es un centro de do tiro
Líneas á los demas: ninguno existe
Sin que otro exista en no finible giro.

El árbol que de pompa el Mayo viste,
Debe al hombre su fruto perfumado;
Y ántes á seres mil pródigo asiste.

Da en sus hojas un pueblo alimentado
De insectos, de aves otro con la fruta;
Y he allí el punzante Erizo aun va cargado.

De la tierra el humor su pié disfruta;
En torno empero en su agostada hoja
Calor Noviembre y sales le tributa.

La undosa lluvia apaga la congoja
De la tierra; y del monte en la agria frente
Benéfica la nube á par se aloja.

Su seno esconde el mineral luciente,
De la insomne avaricia vil cimiento;
Y allí bajó á labrarle el Sol ardiente.

¿Donde hallarémos fin, do tome asiento
Tan vasta sucesion? Acaso el hombre....
Un noble orgullo en tu interior ya siento,

Apénas resonó tan alto nombre;
Y solo para tí crédulo esperas
Que Mayo en flores mil el campo alfombró:

Los vientos surque el ave con ligeras
Alas: discurra por la selva el bruto;
Y alumbren soles tantos las esferas.

De todo escelso fin, justo tributo
Todo al hombre dará, que ha merecido
La divina razon en atributo.

Sí, sí; que él solo ¡ó dicha! es admitido

A la inmortalidad : solo en su seno
El Númen su alto ser dejó esculpido.

Lo demas es vil lodo : él vé lo bueno,
Adora la virtud , lidia , merece ,
Y á su Autor se unirá de gloria lleno.

¿No es, Jovino, verdad? ¿no se engrandece
Tu genio á cima tan gloriosa alzado?
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.

Ven; subamosla á par. El hombre atado
El espíritu al barro nos presenta
Con nudo estrecho sí, mas ignorado.

El crece con la planta, y se alimenta:
Se mueve cual el bruto, siente y vive;
Y en querer y entender Angel se cuenta.

Goza el alma el deleite que recibe
La nariz en la rosa: el alma ordena;
Y el brazo á obedecerla se apercibe.

Si la mente se angustia, desordena:
Del cuerpo las funciones: si él padece,
Siente el ánimo á par su acerba pena.

¿Que de misterios un misterio ofrece!
¿Donde se obra esta union? ¿cuando? ¿al formarse
El hombre? ¿y como con su fin fenece?

En ciegas conjeturas fatigarse,
Sabios gritar, escuelas reñir veo;
Y tercios no entendiendose impugnarse.

La causa ocasional colma el deseo
Del uno: la armonía á aquel agrada;
Y otro al físico influjo da este empleo.

Natura en tanto en magestad velada
Sigue en nuevos milagros; y escarnece
Del saber vano la arrogancia hinchada.

Uno es el hombre: ¡pero cual le ofrece
El Senegal ardiente, el bezo alzado,
Llana la faz que al ébano oscurece!

¿Que hay entre este comun y el bien formado,
Rubio Aleman? El Patagon compara
Al Samojedo torpe y abreviado.

Ve el feo Albino; y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Georgia avara.

Del Hotentote indócil, asqueroso,

Pasa al Francés social y delicado,
Del Indio inerte al Batavo industrioso.
¿Que estraña variedad! ¿donde ha empezado?
¿Cuántas sus formas son? ¿donde natura
Pone el primero, fija el postrer grado?

Corre de pueblo en pueblo: la estatura,
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;
Y á hallar vienes al fin otra figura.

El mismo el tipo, sí; ¿mas lo parece
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que bajo el polo y cabe el Ganges crece?

Aun mas estraña variedad se admira
En la forma mental. ¡Oh! ¡que desprecio!
¡Oh! ¡que respeto celestial me inspira!

Contemplo al gran Neuton; y no hallo precio
Para la humanidad: torno la mente
Al rudo Huron; y aun mas la menosprecio.

De la patria en el ara heroicamente
Se ofrece el gran Leonidas; Catilina
Corre á incendiarla en su furor demente.

Sustituyó Lucrecia á Mesalina;
Y á Tito, las delicias de la tierra,
El monstruo parricida de Agripina.

Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío;
Y contando allí seis perdido yerra.

Miéntra en el mármol rudo el poderío
Sentir del Phitio númen me parece,
Estático en su augusto señorío;

El Africano estúpido me ofrece
De informe lodo la deidad mas fea;
Y en su arte igual á Fidias se envanece.

Un fútil vidrio al Iroqués recrea,
Si absorto Galileo en su ingeniosa
Lente en el cielo inmenso se pasea.

Ora en paz blanda, en sociedad dichosa
Este ser libre de comun concierto
Rinde á la ley su independencia odiosa;

Negandose ora al yugo con pié incierto
Vaga en las anchas selvas; y de un Oso
A distinguirle en su rudez no acierto.

Ya la diestra bendice religioso

Que ordenó el universo, allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso;

Y corre de su lumbré encaminado
Cual fijo norte al lauro inmarcesible,
Que en el Eden eterno le ha plantado.

Ya sumido en tiniebla inconcebible,
Doblando la vil faz al bajo suelo,
Al grito de su ser, sordo, insensible;
El Dios que le pregonan tierra y cielo
Desconoce; ¡oh dolor! ¡y cual la fiera
La fatal hora afronta sin rezelo!

¿Es este el hombre mismo? ¿tu severa,
Profunda reflexion al contemplarle
Tan desigual, tan vario lo dijera?

He aquí el órden, Jovino: el que al formarle
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle.

Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Le vistió su rudez, en el ferviente
Congo la tizne con que el Sol le ateza.

El mismo siempre y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente.

Compasivo en tu ser, corre á un gemido:
Culpado tiembla; y con severo acento
La olvidada razon truená en su oído.

Este es el hombre, en su inmortal aliento
Imágen de su autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.

¿Y quien desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Ser trepará osado,
Y de una en otra Inteligencia pura?

¿Quien desde la inferior al abrasado,
Mas alto Serafin las perfecciones
Intermedias dirá?... ¿quien lo ha tentado?

Un santo velo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.

Mas iguales no son; ¡quien diferente
Formó un átomo y otro, recogiera
Con el Angel su diestra omnipotente!

Acaso alguno absorto considera

¡Suerte inefable! del Señor el seno;
Y en él la creacion abarca entera.

Otro tal vez de encogimiento lleno
Menos verá sin desigual ventura,
En paz eterna de zozobra ageno;

O á par que otro de un mundo se apresura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede regir en paz segura.

Todos cantando en arpas de oro el trino,
Con que al Santo de santos, de esplendores
Velado, acata el escuadron divino:

Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la ineshausta fuente,
Sin ver jamas templados los ardores.

¡O dicha! ¡ó pasmo! ¡ó diestra omnipotente!
¿Quien bastará á ensalzarte? ¿quien la alteza
Jamás vió de tus obras dignamente?

¿Quien ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
Sintió la proporcion? ¿quien la armonía
De ser tanto, sus fines, su belleza?

Me confundo, me abismo: el alma mia
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de cuantas Mayo alegre cria.

¿Que será? ¿que? si al cielo el vuelo alzando
Vé tanto sol y mundo allá esparcido,
Sobre un centro comun sin fin girando;

Y éste y ellos, y todo dirigido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes.... ¿donde voy perdido?

¿Mas que? ¿el gran Ser no es poderoso á hacellos?
¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A que ese cuento de luceros bellós?

¿Solo á la tierra don tan peregrino,
Ineshausto fulgor?.... Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
Ansiele otro al menos la esperanza.

MELLENDEZ VALDES.

Origen de la Caza.

HUBO algun tiempo en los remotos años
Del mundo infancia, en que la dura tierra

No le causaba al hombre algunos daños,
Ni con zarzas, ni abrojos hizo guerra,
Y sin cultivo pródiga y esclava
Los frutos de sus árboles le daba.

Todo era paz: aun no nacido habian
A turbar la quietud los monstruos fieros
De ambicion y política, escondian
Los montes no labrados los aceros,
Y aquel siglo inocente con decoro,
Por no le conocer, se llamó de Oro.

Retozó con los tiernos Recentales
El Lobo carnicero, y humillados
Amaban los mas fieros animales
Ser con humanas palmas halagados,
Y en la ley natural, que allí observaban,
Los hombres y los brutos descansaban.

Mas corrompiendo la malicia humana
La sencillez y cándida inocencia,
Naturaleza se mostró tirana,
Que así lo quiso eterna providencia:
Huyéron de la mano audaz los frutos,
Bramáron, rebelandose los brutos.

Y el hombre miserable condenado
A ganar con sudores el sustento,
La primer vez rompió con tosco arado
De la gran madre el rostro macilento,
Encerrando en su seno las semillas,
Que luego son garzotas amarillas.

Pero impaciente el hambre porfiada
De la tardanza, aun ántes que él arase
Le dió principios de la Caza osada,
En que con prontitud se remediase,
Y fué la primer Arte, que él procura,
Antes que la robusta Agricultura.

Los ramos de las selvas desgajados
Fuéron primeras armas, los crecidos
Peñascos de la cumbre derribados,
Los garrotes volteando despedidos,
Perniquebráron Cabras y Corderos,
Y alguna vez los Corzos mas ligeros.

Poco despues las hondas Baleares,
Con guijarros, que salen al chasquido,

Lleváron á los vientos, y á los mares
La muerte al pez, y al pájaro del nido,
Hasta que al fin Lamech en feliz día
Diestro facilitó la Cacería.

El primero dobló las fuertes varas
Para hacer arcos : hizo á los extremos
Distantes acercarse con muy raras
Fuerzas, y ató la cuerda, como hoy vemos,
Este calzó para volar derechas
Con las plumas del Aguila las flechas.

Las reses en el monte perseguidas
Su nuevo ardid con llagas publicáron,
De este al que ejemplo dió á los homicidas,
Los primeros arpones traspasáron;
Pues juzgandolo (oculto en un grimaço)
Por fiera, lo mató de un saetazo.

DON NICOLAS MORATIN.

Pintura de Diana.

SONANDO va la aljaba de Corinto
Con las Etolias flechas en el hombro,
Debajo de los pechos brilla el cinto,
Donde miran las fieras con asombro
Del Jabalí de Arcadia la cerdosa
Testa, y del Ciervo Epireo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano,
Prende blanco liston, que acaso pierde,
Dos broches alzan con donaire ufano
A un lado, y otro la basquiña verde,
Las columnas de Paro descubriendo,
Que el Real coturno calza, y va luciendo.

En medio de cien Ninfas sobresale
Como alta palma entre el centeno blando,
Pues no hay otra gallarda que la iguale:
¿O Deidad, como estoy de tí cantando?
¿O Virgen, con cual verso en este día
Te podrá celebrar la Musa mia?

¿Por que, dime, te agrada en la floresta
Huir los ocios, y sufrir robusta
El estivo calor de la alta siesta?
¿Por que el estrado Persa no te gusta,

Ni las delicias del genial retrete,
O el espejo en pintado gabinete?

Guarda los ojos Ninfa, pues si vieras
A Luis Joven galan, que yo celebro,
El propósito firme tú perdieras,
Tú le buscaras desde el Ebro al Hebro,
Si el sonrosado rostro le miraras,
De nuevo Endimion te enamorarás.

Tú fuiste la inventora del gran Arte,
Que con el conquistar se ha equivocado,
Tus ardides aprende el fiero Marte,
Mucho el Cazador tiene de Soldado:
¡O Diana feliz, heldad extrema!
Que el tuyo dará nombre á mi Poema.

¡Cuantos provechos á la especie humana
Tu Deidad enseñó! Ningun indigno
Podrá, cazando, la traicion villana
Tramar con fiero espíritu maligno,
Pues robas la atencion, y los cuidados
Penosos por tí fuéron rechazados.

Tú al hambre mal sufrida socorriste,
Los ánimos alegras: con tus manos
Las Artes Podalirias escediste,
Útil gusto, y salud de los humanos:
Tú mantienes el cuerpo duro y fuerte,
Que ni teme á la guerra, ni á la muerte.

Ni te agrada alistar en tus banderas
La generacion débil y bastarda,
Que niega á sus abuelos, y que alteras
Con el trueno infernal de la bombarda,
Ni afeminados lindos deliciosos,
Con dijes y perfumes olorosos.

DON NICOLAS MORATIN.

Elogio de los Cazadores.

¡FELICES, si sus bienes conocieran
Los Cazadores! que en el campo ameno
El premio encontraran, que cierto esperan:
Aunque no su ancho pórtico esté lleno
Del gran tropel de entrantes y salientes,
Ni le insten importunos pretendientes.
Ni anhelan por el techo artesonado

En Dóricas columnas suspendido,
Ni con oro el vestido realzado:
Ni con uso estrangero han corrompido
Las costumbres patricias, ni á su lana
Blanquísima manchó tintura Indiana.

Mas no les falta con quietud segura
De varios bienes rica y sana vida,
Los anchos campos, lagos de agua pura,
Las cuevas, la floresta divertida,
Las presas, el balar de los ganados,
Los apacibles sueños no inquietados.

Mis dulces Musas, cuyo amor me ha herido,
Me enseñen que fué el caos, ó la nada,
Antes que el Universo hubiese habido:
Cual del Alma inmortal es la morada:
Que origen tuvo el hombre, y negro fiero;
Que dijo al ver sus manos el primero:

En que consiste lo que llaman vida:
Si es de los Astros vida el movimiento:
Que es la luz: si hay mas Mundos á medida
De los Soles, que ostenta el Firmamento:
Como el nuestro en el aire está librado:
Si está inmóvil, ó en torno es volteado:

Como al hombre las Islas diéron casa:
Si hay esferas, ó gran region vacía:
Que es muerte; ¿mas quien sabe lo que pasa
De esotra parte de la muerte fria?
¡Feliz el que en materias tan dudosas
Averiguó las causas de las cosas!

Mas si estas partes de naturaleza
Al humano indagar no se consiente,
Del Escorial y el Pardo la aspereza
Me agrade, y Aranjuez el floreciente,
El Parque, el Valsain, y Eresma frio,
Caudaloso tal vez con llanto mio.

¡Dichoso el que en obsequio de Diana
Busca la opaca sombra en las fresnedas!
Estos huyen la pompa cortesana,
El fausto, y ruido en peligrosas ruedas,
Con que suena el confuso laberinto
De la Villa Imperial de CARLOS QUINTO.

No les turba el tambor, que incita á guerra,

Ni el saber, que á la mar esten botando
 Naves los Astilleros de Inglaterra,
 Ni los Reinos, que se han de ir acabando,
 Ni los altos Palacios de los Reyes,
 Ni la verdad confusa entre las Leyes.

Pero ellos de la Caza sustentados,
 Logran de las meriendas muy sabrosas,
 Al margen de una fuente recostados:
 En casa aguardan fieles sus esposas,
 Los hijuelos estan junto a la madre,
 En torno de los besos de su padre.

Con el trabajo el cuerpo está robusto,
 Y los fornidos miembros se ejercitan;
 No cual los viles, que con nombre injusto
 Del ocio en los ejércitos militan:
 Desprecian con los hielos y calores
 La vida sin afan los Cazadores.

Tal vida los antiguos Castellanos
 Tuviéron: los Alfonsos, los Bermudos,
 Ramiros, los Fernandos soberanos,
 Ordoños, Sanchos bravos y sañudos,
 Y tal vez Manzanares vió al famoso
 Garcian Ramirez alanceando á un Oso.

Con tal gente creció la fuerte España,
 Y así la gran Madrid ha dominado
 Cuanto el Sol dora, y cuanto Doris baña:
 Sus fábricas al Cielo ha levantado,
 Y ofrece en sus bellísimos espacios,
 Para albergue á su Rey siete Palacios.

Indibil Argantonio, y los primeros
 Españoles tal vida ejercitaron,
 Cuando aun no domeñados los aceros,
 El yunque y los martillos resonaron:
 Tanto promete el que con juicio abraza
 El muy noble ejercicio de la Caza.

Esta Arte hasta la cumbre has sublimado,
 Y esta te canto, ó Real Garzon de España,
 Mientras me enciendo á celebrarte armado,
 Cubriendo de enemigos la campaña:
 O Joven de Pelayo descendiente,
 O consuelo, y blason de nuestra gente.

DON NICOLAS MORATIN.

CAPITULO VII.

POESÍA JOCOSA.

ROMANCE.

A los Compositores de Romances moriscos.

¡Ah! mis señores Poetas;
Descubranse ya esas caras,
Desnudense aquesos Moros,
Y acabense ya esas zambras.
Vayase con Dios Gazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas.
Que quiere Doña María
Ver bailar á Doña Juana
Una gallarda española,
Que no hay danza mas gallarda.
Y Don Pedro y Don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quien son estos danzantes,
Y conocer estas Damas.
Y el Señor Alcaide quiere
Saber quien es Abenamar,
Estos Zegries y Aliatares,
Y dulces Zaides y Audallas;
Y de que repartimiento
Son Celinda y Guadalajara,
Estos Moros y estas Moras,
Que en todas las bodas danzan,
Y por hablarles mas claro
Así tengan buena Pascua,
¿Ha venido á su noticia
Que hay Cristianos en España?

¿Quieren que diga el herege
De nuestra Fé sacrosanta,
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?

¿Saben si alguna Nacion
Persa, Scita, ó Otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cuentan nuestras hazañas?

Si dicen que no lo ignoran,
¿Por que los cuentan y cantan
En nombre de los Moriscos
Abatiendo nuestras lanzas?

¿Y cubren nuestras naciones
De alquiceles, almalafas,
Y mil falsos testimonios
Que á los Moriscos levantan?

Estan Fatima y Xarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra.

Estanse los Aliatares
Tejiendo esteras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levantanles que rabian.

Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien alanzadas
Por un puño de harina
Y una tarja horadada.

Viene el otro delincuente
Y sacale á la mañana
A la ginetá vestido
De verde y flores de plata.

Y al Zegrí que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro diciplinante,
Pintale rompiendo lanzas.

Hace Muza sus buñuelos;
Dice el otro aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza
Cuadrillero de unas cañas.

Los de la Santa Hermandad,
Por delitos que otros hagan,

Os saquen, Samaritanos,
A virotazos el alma.

Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la Morisma,
Terror general de Francia.

Dejais un Cid Campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias.

Un gran Gonzalo Fernandez,
Lustre y honor de mi patria,
Siendo tan grande en el nombre,
Como temida su espada.

Y aquellos Héroes famosos
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada.

Celebran chusmas Moriscas
Vuestros cantos de cigarra
Hechos pobres mendigantes
Del Albaicin al Alhambra.

Si importa celar los nombres,
Porque lo impiden las causas,
¿Por que no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas?

¿A las banderas Francesas
O las legiones Romanas,
A Cartago ó á Sagunto
O á la infelice Numancia?

¿Mas do vuelas, pluma mia?
Tente, que vas desmandada,
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias.

GONGORA.

SONETO.

Felicidad de un marido condescendiente.

DICENME, Don Gerónimo, que dices
Que me pones los cuernos con Ginesa:

TOM. II.

Pp

Yo digo que me pones casa y mesa,
Y en la mesa capones y perdices.

Yo hallo que me pones los tapices
Cuando el calor por el Octubre cesa:
Por tí mi bolsa, no mi testa, pesa,
Aunque con molde de oro me la rices.

Este argumento es fuerte, y es agudo:
Tú imaginas ponerme cuernos; de obra
Yo, porque lo imaginas, te desnudo.

Mas cuerno es el que paga que el que cobra:
Ergo aquel que me paga es el cornudo,
Lo que de mi muger á mí me sobra.

QUEVEDO.

Rapto de Zapaquilda por Marramaquiz.

MARRAMAQUIZ entrando por la puerta
Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda
Donde es propia la gala y no el acero,
Alborotóse todo:

En esta suspension todos turbados
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dejó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oídos
Al aliento feroz de sus querellas:
« Villanos descortesés,
Mas falsos y traidores
Que Moros y Holandeses,
Porque siendo fautores
No sois en las maldades inferiores:
Escuadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos,
Bajos habitantes de cocinas
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde como á cobardes y abatidos

La mas humilde esclava os apalea:
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el hibierno cuando eriza
Los cabellos el hielo
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos
Leon en el valor, tigre en las manos,
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas,
Que desde el Norte al Sur por varios mares
Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia.»
¡O musas! este gato habia leído
A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules queria
El ejemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
Y los gatos Centauros que aquel dia
Muriéron á sus manos,
Porque no fuéron pensamientos vanos
Los de sus zelos locos,
Pues de sus manos se escapáron pocos,
Llamandolos traidores Mauregatos:
Y levantando una cuchar de hierro
A eterno condenandolos destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Mas que por el color, por el oficio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,

Imposible quedando al beneficio :
 Y de un reves que sacudió á Garrullo
 Dió el último maullo,
 Cortó una pierna al mísero Trevejos,
 Gran cazador de gansos y conejos.
 Desbarató el estrado
 Que pensáron guardar gatos bisoños
 Con cuchares de palo por espadas,
 Que de galas quedó todo sembrado,
 Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
 Rosetas, gargantillas y arracadas,
 Chapines, orejeras y zarcillos:
 Y porque defendió llegar Malvillos
 A robar á la novia, dió dos cabes,
 Como Hércules á Licas,
 Y quebrando con él á dos boticas
 Desde una claraboya
 Cuanto componen purgas y jarabes.
 Ni á vista de sus naves
 Fué mas furioso Aquiles cuando en Troya
 Le dijéron la muerte de Patroclo;
 Ni con mazo ni escóplo
 Tantas astillas quita el carpintero,
 Como vidas quitó zeloso y fiero;
 Ni mas sangriento Nero
 La mísera plebeya
 Gente miró quemar desde Tarpeya.
 En fin llegando donde ya tenia
 Zapaquilda la vida por segura,
 Le dijo : « Tente, ¿donde vas perjura? »
 Ella temblando respondió turbada :
 « Huyendo el filo de tu injusta espada
 Que se quiere vengar de mi inocencia
 Con tan fiera insolencia,
 Quitandome mi esposo :
 Pero yo me sabré quitar la vida,
 Polifemo de gatos. »
 « Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,
 (Le respondió furioso)
 ¿ De esa manera hablais en mi presencia?
 ¡ O gata la mas loca y atrevida!
 Yo soy solo tu esposo, fementida.

Y al villano que piensa así sacarte
Con este casamiento, será parte
De estas enamoradas uñas mías,
Que vencen las Arpías;
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Como le mato, y desollando el cuero,
Le vendo para gato de dineró.»
« Si tú (le respondió), mi dulce esposo,
Me matares tirano,
Yo con mi propia mano
Me quitaré la vida.»
Furioso entónces sobre estar zeloso
De donde estaba ¡ay mísera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Cual suele hiedra á los del olmo asida
Tregar lasciva á la pomposa copa
Vistiendo el tronco de su verde ropa
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así París robó la bella Helena,
Las navés aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
A Micifuf á voces,
Que no la oía porque ausente estaba.
Al fin tirando coces
Se le cayó un zapato,
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella,
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana:
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios sía,
No sabe á donde ha de acabar el día.

LOPE DE VEGA.

CAPITULO VIII.

POESÍA PASTORAL.

EGLOGA.

SALICIO.

Interlocutores : SALICIO, NEMOROSO, POETA.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso
He de cantar sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo;
Agora estés atento, solo y dado,
Al ínclito gobierno del Estado,
Albano; agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte.

Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre por ventura,
Andes á caza el monte fatigando
En ardiente ginete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera que en tornando
A ser restituído
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma

Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino,
Viene á sacarme de la deuda un dia,
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de vitoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la hiedra, que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pié de una alta haya en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado:
El con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente,
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente
Razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡O mas dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Temola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para que sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado

De tí desamparado;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbré
Por montes y por valles despertando
Las aves, animales, y la gente:
Cual por el aire claro va volando,
Cual por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente;
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado ejercicio

Do su natura ó menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fé, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera:

¡O Dios! ¿por que siquiera

Pues ves desde tu altura

Esta falsa perjura

Causar la muerte de un estrecho amigo,

No recibe del cielo algun castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,

¿Que hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,

Por tí la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba:

Por tí la verde yerba, el fresco viento,

El blanco lirio y colorada rosa

Y dulce primavera descaba:

¡Ay cuanto me engañaba!

¡Ay cuan diferente era,

Y cuan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Cuantas veces durmiendo en la floresta
Reputandolo yo por desvarío,
Ví mi mal entre sueños desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado;
Sin saber de cual arte
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿Tus claros ojos á quien los volviste?
¿Por quien tan sin respeto me trocaste?
¿Tu quebrantada fé do la pusiste?
¿Cual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añaudaste?
No hay corazon que baste
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea y por incierto,
O que discordia no será juntada?
¿Y juntamente que terná por cierto,
O que de hoy mas no temerá el amante
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enagenada
De mí cuitado fuiste,

Notable causa diste,
 Y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
 Que el mas seguro tema con rezelo
 Perder lo que estuviere poseyendo.
 Salid fuera sin duelo,
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
 De alcanzar lo imposible y no pensado,
 Y de hacer juntar lo diferente;
 Dando á quien diste el corazon malvado,
 Quitandolo de mí con tal mudanza
 Que siempre sonará de gente en gente.
 La cordera paciente
 Con el lobo hambriento
 Hará su ayuntamiento,
 Y con las simples aves sin ruido
 Harán las bravas sierpes ya su nido.
 Que mayor diferencia comprendo
 De tí al que has escogido:
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
 Y en el hibierno abundo; en mi majada
 La manteca y el queso está sobrado;
 De mi cantar pues yo te ví agradada
 Tanto, que no pudiera el Mantuano
 Títiro ser de tí mas alabado.
 No soy, pues, bien mirado,
 Tan disforme ni feo,
 Que aun agora me veo
 En esta agua que corre clara y pura;
 Y cierto no trocara mi figura
 Con ese que de mí se está riendo:
 Trocara mi ventura,
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Como te vine en tanto menosprecio?
 ¿Como te fuí tan presto aborrecible?
 ¿Como te faltó en mí el conocimiento?
 Si no tuvieras condicion terrible,
 Siempre fuera tenido de tí en precio,
 Y no viera este triste apartamiento.
 ¿No sabes que sin cuento
 Buscan en el estío

Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca y el gobierno
Del abrigado Estremo en el hibierno?
¿Mas que vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan cuando cantan
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan;
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste:
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste,
Ven, si por solo esto te detienes,
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento
Soltó de llanto una profunda vena:
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.

La blanda Filomena
 Casi como dolida
 Y á compasion movida,
 Dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto Nemoroso.
 Decidlo, vos Piérides, que tanto
 No puedo yo, ni oso,
 Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
 Arboles, que os estáis mirando en ellas,
 Verde prado, de fresca sombra lleno,
 Aves, que aquí sembrais vuestras querellas,
 Hiedra, que por los árboles caminas
 Torciendo el paso por su verde seno;
 Yo me ví tan ageno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba
 Donde con dulce sueño reposaba,
 O con el pensamiento discurría
 Por donde no hallaba
 Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle donde agora
 Me entristezco y me canso, en el reposo
 Estuve yo contento y descansado.
 ¡O bien caduco, vano y presuroso!
 Acuerdome, durmiendo aquí algun hora,
 Que despertando, á Elisa ví á mi lado.

¡O miserable hado!

¡O tela delicada,

Antes de tiempo dada

A los agudos filos de la muerte!

Mas convenible fuera aquesta suerte

A los cansados años de mi vida,

Que es mas que el hierro fuerte,

Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Do estan agora aquellos claros ojos,

Que llevaban tras sí como colgada

Mi ánima do quier que se volvieran?

¿Do está la blanca mano delicada

Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos, que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
¿A donde estan? ¿A donde el blanco pecho?
¿Do la coluna, que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.

¿Quien me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto,
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas, es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Despues que nós dejaste, nunca paze
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien, que en mal no se convierta y mude,
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena:
La tierra que de buena
Gana nos producía
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.

Como al partir el sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo, se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,

De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el descado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido
Del duro labrador que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entretanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente,
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:

De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan:

Descojolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno :
Juntandolos con un cordon los ato :
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, oscura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina
Y aquella voz divina
Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo, que á la cruda ~
Inexorable Diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
¿Y tú, rústica Diosa, donde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza ,
Que comovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza ,
O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso
Queda , que su reposo
Era seguir tu oficio persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;

¿Por que de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros ríos,
Otros valles floridos y sombríos,
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte.

POETA.

Nunca pusieran fin al triste llanto
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones, que solo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando
Se fuéron recogiendo paso á paso.

GARCILASO.

CAPÍTULO IX.

POESÍAS SUELTAS.

Epitafio del Principe Don Carlos, hijo de Felipe Segundo.

Aquí yacen de Carlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

FRAY LUIS DE LEON.

SONETO.

El Sueño.

IMAGEN espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrandome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo:
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Y al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y dejale al amor sus glorias ciertas.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

A las ruinas de Sagunto.

Muros, ya muros no, sino trasunto
De nuestras breves glorias y blasones;
Pues tiene puesto el mundo en opiniones
Si sois ó no reliquias de Sagunto;

Donde estuvo la fé tan en su punto,
Que ejemplo sois á todas las naciones,
Resistiendo á los ruegos, á los dones,
Y al poder de Cartago todo junto.

De hoy mas juntos los vuestros y mis males
Se cuenten, pues la fé perpetua y pura,
Y el tiempo los han hecho tan iguales.

Y pues os ha dejado la ventura
Memoria y sepultura de leales,
Dadme tambien memoria y sepultura.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

A la Medianía.

QUIEN voluntariamente se destierra,
Y deja por el oro el patrio techo;
Y aquel que apenas queda satisfecho
Con cuanto trigo en Africa se encierra:

El que para ocupar la mar y tierra
Le parece que tiene capaz pecho,
Y enmudece las leyes y el derecho
Con el estruendo y máquinas de guerra,

No tiene cierto fin su voto vano:
Que como en ambicion su gusto funda,
Siempre está cosas nuevas deseando.

Dichoso quien camina por lo llano,
Sin pedir á la suerte otra segunda,
Ni bien mayor que obedecer amando.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Del amor satisfecho.

Esta cueva que veis toda vestida
De hiedra, que una vid cubre su puerta,
De levantados álamos cubierta,
Con que la entrada al sol es defendida;

POESIAS SUELTAS.

611

Sepultura fué un tiempo aborrecida,
Adonde estuvo mi esperanza muerta,
Y agora es templo de mi gloria cierta,
Y firme amparo de mi dulce vida.

Esté soberbia Paro con su mármol,
Que miéntras yo vea tal aquesta piedra,
No estimaré la del Hidaspes tanto.

Esto entallaba Dafnis en un árbol,
Y Amarilis de flores y de hiedra
Una guirnalda le tejia entre tanto.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

La perfecta hermosura.

HERMOSURA perfecta no consiste
En dar diversas formas al cabello,
Perlas á las orejas, y oro al cuello,
Ni en la ropa costosa que se viste.

Con traje rico ó pobre, alegre ó triste,
Es uno mismo siempre un rostro bello:
Que en oro ó plomo siempre deja el sello
La forma que grabada en él asiste.

Mas esto pocas veces lo concede
Naturaleza avara con el mundo,
En el cual siempre es raro lo perfecto.

Yo, por mi mal, lo he visto; y sé que puede
Con el traje primero y el segundo
Vuestra hermosura hacer igual efecto.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

La edad madura de un enamorado.

Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos;

La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
A mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.

Y entónces, como sierpe renovada,
A la puerta de Filis inclemente
Resistiré á la lluvia y á los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada,
Y todo con la edad es diferente,
¿Por que no lo han de ser mis pensamientos?

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

*Sentimiento de una muger que empieza á ser vieja,
mirandose á una fuente.*

MIRANDO Cloris á una fuente clara,
Donde otras veces afilar solia
Las armas desdeñosas con que heria,
Y en vano agora contra mí prepara:
Vió como el tiempo sus mejillas ara,
En señal de castigo y rebeldía,
Sembrando sal donde el amor tenia,
Para sacrificar las almas, ara.

Viendose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido:

Al fin sacó este fruto de su guerra,
Que vió poder las aguas aclararse,
Mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Porfia de un enamorado.

LLEVÓ tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente:
Y el sol apenas vemos en oriente,
Cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiendolas al tiempo que ha perdido.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Zelos de Aquiles.

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y, en suma, cuanto pueden hierro y fuego
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte :
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.

En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella su querida,
De Agamenon por fuerza ocupa el lecho :
Y así consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo mas, se olvida :
Tanto puede la fuerza de un despecho.

LUPERCIO DE ARGENSOLA

A una Dama que se vestia de hombre.

YA el oro natural crespes ó estindas,
O á componerlo con industria aspires,
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Cuando libre á tus damas lo encomiendas.

O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O bajo hermosas plumas lo retires,
Y el traje varonil fingir pretendas :

Buscate Adonis por su Venus ántes :
Por su Adonis te tiene ya la Diosa ;
Y á entrámbos los engañan tus cabellos.

Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ámbos, y de zelos dellos.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Pintura de una hermosa tonta.

LICIA es aquella, acude, Fausto, y mira
Como con el cabello dora el viento ;
Y el rostro juvenil, de donde atento
Invisibles amor sus flechas tira.

POESIA PROFANA.

Cuan bien con la piedad mezcla la ira
En el mirar risueño y violento;
La boca, que entre perlas el aliento
De jazmin salutífero respira.

Juzga si yo con mas razon que Ticio,
Que por Juno movió á los Dioses guerra,
Pudiera contra el cielo rebelarme.

¿Has visto bien que no tiene la tierra
Sugeto igual? Pues sabe que un adarme,
Un adarme no tiene de juicio.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

La Providencia.

DIME, Padre comun, pues eres justo,
¿Por que ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quien da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el zelo que mas las reverencia
Gima á los piés del vencedor injusto?

Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicuas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Sobre la Astrología.

BASTALE al dia su malicia, Fabio:
Quiebra esa esfera, en cuya industria sales
A recibir los venideros males,
Dos veces ofendido de un agravio.

De los vidrios soberbios en que un sabio
Copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió, que sus fatales
Causas no las infunde al astrolabio.

Pero dirás que en él te da noticia,
Para que aperebido las estorbes;
Porque flechas previstas menos hieren.

Vive tú á la razon y á la justicia;

Y caigan rotos los celestes orbes,
Que no los temerás cuando cayeren.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Sobre los Agüeros.

Solo ofende el agüero á quien lo advierte:
Vencelo, ó no lo adviertas, Lauso mio:
Que horrible (no fatal) su poderío,
Tanto escede al incauto como al fuerte.

Y pues tu estimacion podrá ofenderte,
Reformala con fuerza ó con desvío:
Que á la luz ó al error del albedrío
Se elige ó se fabrica nuestra suerte ;

Cuya interpretacion no la confía .
Al sordo caso aquella providencia,
Que á libertad y á imperio corresponde.

Alcemos, pues, con tiempo la licencia
Al curioso temor : vámos por donde
Nuestra animosa ceguedad nos guia.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

A un Dichoso.

¿Es para tí la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo,
Que no has visto la cara al desconsuelo,
Ni llorado jamas, ni aun en la cuna?

¿No haber hecho de tí esperiencia alguna
Un caso adverso, no te da rezelo
De que no te ha juzgado digno el cielo
De vencer ni una vez á la fortuna?

No acredita al piloto la bonanza:
El ejercicio solo es el que puso
Entre el valor y el ocio diferencia.

Misero quien no da filos al uso
De la razon, haciendo resistencia
Igualmente al temor y á la esperanza.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Los dos principios del hombre.

El hombre fué de dos principios hecho,
Tales, que con jactancia verdadera,

A sus ojos le alega cualquier fiera,
Y cualquier planta parentesco estrecho.

Pero cuando él reconoció en su pecho
La gran porcion del fuego de la esfera,
Vió con admiracion de ver lo que era,
Que á la divinidad tiene derecho.

Haz, pues, que con trocado ministerio
A la vaga altivez del albedrío
El sentido inferior le tienda redes:

Y cuando él pretendiere, ¡ó Fabio mio!
Hacerte siervo, acuerdate que puedes
Mirar esas estrellas con imperio.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

A la victoria de Lepanto.

HONDO Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el Cristiano esfuerzo y Sarraceno;
Y cubierto de humo, y fuego y trueno,
Huir temblando el impío quebrantado.

Con profundo murmurio la vitoria
Mayor celebra que jamas vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña:

Y di que solo mereció la gloria,
Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
El Joven de Austria y el valor de España.

HERRERA.

Al Amor.

LAS armas fieras cante, el triste hado
Del soberbio Ilion, ceniza hecho,
El impío orgullo, el temerario pecho,
Con saeta celeste atravesado:

El mar, nunca primero navegado,
Y duras peñas del concurso estrecho,
De Centauros el ímpetu deshecho,
O Egeon con cien brazos indinado:

Quien en la Aonia selva ornó su frente,

Habitador de la Circea cumbre,
 Para vencer la muerte con memoria:
 Que yo sólo (si Amor tal bien consiente)
 Mi pura estrella, canto vuestra Lumbre,
 Que me afina en las llamas de su gloria.

HERRERA.

A Marco Bruto.

Al fin yaces, ó del valor Latino
 Ultima gloria, por tu fuerte mano;
 Tentado habiendo reducir en vano
 La libertad al orbe, de ella indino.
 Tu virtud te guió, perdió el destino;
 Pero pudo tu esfuerzo soberano
 Mostrar, que fuiste capitan Romano,
 Y solo sucesor de Bruto dino.

¡O, si agena ambicion no te moviera
 A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
 Siguiera tu hazaña la ventura!

Que ninguno tu igual en Roma hubiera;
 Mas trajote en desprecio el hado crudo
 Del grave seso y la virtud segura.

HERRERA.

A una Vid.

SUBE, frondosa vid, y en estendido
 Ramo corona la desnuda frente
 De este infelice pobo, que al corriente
 Cristal yace, de honor destituido.

Sube, así no amancille el aterido
 Hibierno en duro hielo tu excelente
 Cima, ni Febo, cuando mas ardiente
 Muestra á tu gloria el rayo embravecido.

Que pues cuando en su lustre florecia,
 Te dió el áspero tronco, y dilatado
 Seno, donde luciese tu ufanía;

Es razon, sacra vid, que el despojado
 Leño, de verde y fresca lozanía
 Ornes agora en su funesto estado.

RIOJA.

Imitacion de Horacio.

AUNQUE pisaras, Laida, la sedienta
 Arena, que en la Libia Apolo enciende,

Sintieras ¡ay! que el Aquilon me ofende,
Y del hielo y rigor la lluvia lenta.

Oye con que ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se estiende;
Y que apenas aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.

Pon la soberbia ¡ó Laida! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa.

Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio hibierno helado,
Ni de Boreas la saña impetuosa.

RIOJA.

Exhortacion á amar.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente,
¡O Aglaya! lisa tez; ni que tu boca,
Que al mas helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente.

¿Ves el sol, que nació resplandeciente,
Cual con luz desvanece, tibia y poca,
Y tú sorda á mis ruegos como roca
Estás, en quien se rompe alta corriente?

Goza la nieve y rosa que los años
Te ofrecen: mira, Aglaya, que los dias
Llevan tras sí la flor y la belleza.

Que cuando de la edad sientas los daños,
Has de envidiar el lustre que tenias,
Y has de llorar en vano tu dureza.

RIOJA.

De un Naufragio.

Yo acabaré infelice en el ondoso
Golfo, que ensaña y turba el viento airado,
Pues en nevoso hibierno sulqué osado
Piélago así profundo y proceloso.

Ya me arrebata el ponto furioso,
Y miro el leño en piezas desatado
Entre la espuma errar (¡ay yo cuitado!)
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.

Yo acabaré, pues me reí imprudente
Del manso mar, que inmenso me rodea,
Y volverá en sus olas mis desnudos

Huesos. No fíe de cristal luciente,
Tome ejemplo en mi mal, quien no desea
Ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

RIOJA.

Consuelo á una hermosura eclipsada por la edad.

SIN razon contra el cielo, Aglaya mia,
Mueves airada el labio, porque ha dado
Veloz fin ya á tu lustre, y al dorado
Velo que en tu alba frente relucia:

Si la flor que aparece al mediodia
El crespó seno en púrpura bañado
Con color se vé en tierra desmayado,
Antes que él mismo al mar tuerza la via.

Porque el fuego y la nieve dulcemente
En tu rostro mezclados, ¿que otra cosa
Son que una breve flor? Templá la saña.

Que la fatal disposicion no engaña,
Si á quien alta belleza floreciente
La edad le da de la purpúrea rosa.

RIOJA.

A las ruinas de una Ciudad sepultadas en el mar.

ESTE ambicioso mar, que leño alado
Sulcas hoy, pesadumbre peregrina
De fundacion en otra edad divina,
Ha entre soberbias olas sepultado.

Cuando se vé ceñido y retirado,
Aparece admirable alta ruina,
Y la llaman ¡ó Manlio! Salmedina,
Que sombra de su nombre aun no ha quedado.

¿Quien creyera, que envidia de grandeza
En lisonjero ponto se hallara?

¡O mal segura fé de agua inconstante!

Borró de esta ciudad la ilustre alteza,
Por dilatarse, como ya borrara
El ancho Imperio, y el poder de Atlante.

RIOJA.

A las ruinas de la Atlántida.

ESTE mar, que de Atlante se apellida,
En inmensas llanuras estendido,

Que á la tierra amenaza embravecido,
Y ella tiembla á sus olas impelida;

Cubre, Antonio, la parte mas lucida
Del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
Vivir el nombre apénas ha podido,
Y fué mayor que el Africa encendida.

En un sol, y una sombra esta grandeza
La agua cubrió: dí, ¿y temes alterado
De tus males eterna la aspereza?

¡O cuan cerca te juzgo de engañado,
Si imaginas en ánimos firmeza!
Que todo huye cual sombra, ó viento airado.

RIOJA.

A la fugacidad del Tiempo.

Como se van las aguas de este río
Para nunca volver, así los años,
Y solo dejan infalibles daños,
Que reparar no puede voto pío.

Fundamos esperanzas al estío
Desde el hibierno, ¡ó ciego error! ¡ó engaños!
Y nos huyen los tiempos por estraños
Modos, y huye el floreciente brío.

La dulce atrocidad de aquellos ojos,
Ante quien ya perdí color y aliento,
Tras sí la lleva á mas andar el dia.

Vive tú á la opinion de honor sediento,
Que yo al ocio plebeyo viviria,
Si apénas hay de lo que fuí despojos.

RIOJA.

A un ánimo incontrastable.

¡Como á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe en piezas dividido,
Cae con ímpetu horrendo, y con ruido
Intrépido te hieren sus ruinas.

Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones, del número embestido
Ni paras á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.

Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el Oriente,
Furioso can latiendo va erizado.

Y ella igual y segura, y refulgente
 Sube, mal advertida á la importuna
 Voz del can simple, en daño suyo airado.

RIOJA.

A un bien perdido.

¡O dulces prendas por mí mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios quería!
 Juntas estais en la memoria mía,
 Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quien me dijera, cuando las pasadas
 Horas en tanto bien por vos me vía,
 Que me habláis de ser en algun día
 Con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llevadme junto el mal que me dejastes.

Sino sospecharé que me pusistes
 En tantos bienes, porque deseastes
 Verme morir entre memorias tristes.

GARCILASO.

A las honras funerales de Felipe Segundo en Sevilla.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
 Y que diera un doblon por describilla,
 ¿Porque á quien no suspende y maravilla
 Esta máquina insine, esta belleza?

Por Jesu-Cristo vivo, cada pieza
 Vale mas de un millon, y que es mancilla
 Que esto no dure un siglo, ó gran Sevilla,
 Roma triunfante en su mayor álteza.

Apostaré que el ánima del muerto,
 Por gozar este sitio, hoy ha dejado
 El Cielo, donde asiste eternamente.

Esto oyó un Andaluz, y dijo: es cierto
 Cuanto dice voacé, seor Soldado,
 Y quien dijere lo contrario miente.

Y luego encontinente
 Caló el chapeo, requirió la espada,
 Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

CERVANTES.

A una hermosura.

LA dulce boca que á gustar convida
 Un humor entre perlas destilado,
 Y á no envidiar aquel licor sagrado,
 Que á Júpiter ministra el Garzon de Ida;
 Amantes no toqueis, si quereis vida,
 Porque entre un labio y otro colorado,
 Amor está de su veneno armado,
 Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que al aurora
 Diréis que aljofaradas, y olorosas
 Se le cayéron del purpúreo seno.

Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
 Que despues huyen del que incitan ahora,
 Y solo del amor queda el veneno.

GONGORA.

LETRILLA.

La Flor del Zurguen.

PARAD, airecillos;
 No inquietos voleis,
 Que en plácido sueño
 Reposa mi bien.
 Parad, y de rosas
 Tejédme un dosel,
 Do del sol se guarde
 La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
 Parad, y veréis
 A aquella que ciego
 De amor os canté:
 A aquella que aflige
 Mi pecho cruel,
 La gloria del Tórmes,
 La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros,
 Su boca un clavel,
 Rosa las mejillas,
 Sus trenzas la red,
 Do diestro Amor sabe

Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Veréis, cefirillos,
Con cuanto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo; y veré .
Cual late, y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivéz
Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.
¡ Ay cándido seno !
¡ Quien sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer !
Mas ¡ oh ! ¡ cuan en vano
Mi súplica es !
Que es cruda cual bella
La flor del Zurguen.
La ruego; y mis ansias
Altiya no cree :
Suspiro; y desdeña
Mi voz atender.
¡ Decidme, airecillos,
Decidme que haré,
Para que me escuche
La flor del Zurguen ?
Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad y besadle
Por mí el albo pié.
Llegad y al oído
Decidle mi fé;
Quizá os oiga afable

POESIA PROFANA.

La flor del Zurguen.
 Con blando susurro
 Llegad sin temer,
 Pues feda reposa,
 Su altivo desden.
 Llegad y piadosos,
 De un triste os doled;
 Así os dé su seno
 La flor del Zurguen.

MELENDEZ VALDES.

SONETO.

Injusticia en la distribucion de premios y castigos.

Si de un delito propio es precio en Lido
 La horca, y en Menandro la diadema,
 ¿Quien pretendes, ó Júpiter, que tema
 El rayo á las maldades prometido?

Cuando fueras un roble endurecido,
 Y no del Cielo Magestad Suprema,
 Gritaras tronco á la injusticia estrema,
 Y Dios de mármol dieras un gemido.

Sacrilegios pequeños se castigan:
 Los grandes en los triunfos se coronan,
 Y tienen por blason que se los digan.

Lido robó una choza, y le aprisionan:
 Menandro un Reino, y su maldad obligan
 Con nuevas dignidades, que le abonan.

QUEVEDO.

Reto de Epicteto á Júpiter.

LLUEVE, ó Dios, sobre mí persecuciones,
 Mendigo, esclavo y cojo repetia
 Epicteto valiente, y cada dia
 A Júpiter retaban sus razones.

Vengan calamidades y aflicciones:
 Averigua en dolor mi valentía:
 Con los trabajos mi paciencia espía,
 Y el sufrimiento en hierros y prisiones.

¡O espíritu hazañoso, si hospedado
 En edificio enfermo, que pudieras
 Animar cuerpo escelso y coronado!

Trabajos pides, y molestia esperas;
Y por tener á Dios desafiado,
No le ofendes, presumes, ni te alteras.

QUEVEDO.

Al tiempo.

¡ Como de entre mis manos te resbalas,
O como te deslizas, edad mía!

¡ Que mudos pasos traes, ó muerte fría,
Pues con callado pié todo lo igualas!

Feroz, de tierra el débil muro escalas
En quien lozana juventud se fía;
Mas ya mi corazón del postrer día
Atiende el vuelo, sin mirar las alas.

¡ O condición mortal! ¡ ó dura suerte!
¡ Que no puedo querer vivir mañana
Sin la pensión de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
Es nueva ejecución con que me advierte
Cuan frágil es, cuan mísera, cuan vana.

QUEVEDO.

Arrepentimiento de un desengañado.

Huye sin percibirse lento el día;
Y la hora secreta y recatada
Con silencio se acerca, y despreciada
Lleva tras sí la edad lozana mía.

La vida nueva, que en niñez ardía:
La juventud robusta y engañada,
En el postrer invierno sepultada
Yace entre negra sombra y nieve fría.

No sentí resbalar mudos los años:
Hoy los lloro pasados, y los veo
Riyendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia deba á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso, y no le creo.

QUEVEDO.

*Comparacion de un amante agraviado , con un toro
zeloso.*

¿ Ves gemir sus afrentas al vencido
Toro , y que tiene ausente y afrentado ,
Menos pacido el soto que escarbado ,
Y de sus zelos todo el monte herido ?
¿ Vesle ensayar venganzas con bramido ,
Y en el viento gastar ímpetu armado ?
¿ Ves que sabe sentir ser desdeñado ,
Y que su vaca tenga otro marido ?
Pues considera , Flor , la pena mia ,
Cuando por Coridon , Pastor ausente ,
Desprecias en mi amor mi compañía .
Ofrecióse la vaca al mas valiente ,
Y con razon premió la valentía :
Tú me desprecias , Flor , injustamente .

QUEVEDO.

EPIGRAMA.

*A la traduccion de la tragedia de la Muerte de Cesar de
Voltaire por Urquijo.*

AYER en una fonda disputaban ,
De la chusma que dramas escribia ,
Cual entre todos el peor seria ;
Unos Moncin , Comella otros gritaban .
El mas malo de todos , uno dijo ,
Es Volter , traducido por Urquijo .

MARCHENA.

CAPITULO X.

APÓLOGOS.

El Raton de la Corte y el del Campo.

UN Raton Cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Raton Campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda :
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratopolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan primero*.
Sus sentidos allí se recreaban ;
Las paredes y techos adornaban ,
Entre mil ratonescas golosinas ,
Salchichones, pernils, y cecinas.
Saltaban de placer ¡ ó que embeleso !
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
Llega la Despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
¡ Esto tenemos ! dijo el Campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de allí adelante,

Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra, y sus legumbres.

SAMANIEGO,

La Lechera.

LLEVABA en la cabeza
Una Lechera el cántaro al Mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte,
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento;
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:

Esta leche vendida
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos que al Estío
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un Cochino,
Con Bellota, Salvado,
Berza, Castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.

Llevarélo al Mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta Vaca, y un Ternero
Que salte, y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasion! á Dios leche, dinero,
Huevos, Pollos, Lechon, Vaca, y Ternero.
¡O loca fantasía!

¡Que Palacios fabricas en el viento!
 Modera tu alegría
 No sea que saltando de contento,
 Al contemplar dichosa tu mudanza,
 Quiebre su Cantarillo la esperanza.
 No seas ambiciosa
 De mejor ó mas próspera fortuna,
 Que vivirás ansiosa
 Sin que pueda saciarte cosa alguna.
 No anheles impaciente el bien futuro,
 Mira que ni el presente está seguro.

SAMANIEGO.

El Pescador y el Pez.

RECÓGE un Pescador su red tendida,
 Y saca un pececillo. Por tu vida,
 Esclamó el inocente prisionero,
 Dame la libertad: solo la quiero,
 Mira que no te engaño,
 Porque ahora soy ruin; dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme mas grande que mi Abuelo.
 ¡Que! ¿te burlas? ¿te ríes de mi llanto?
 Solo por otro tanto
 A un hermanito mio
 Un Señor Pescador lo tiró al Río.
 ¿Por otro tanto al Río? ¡que manía!
 Replicó el Pescador; ¿pues no sabia
 Que el refran Castellano
 Dice: *Mas vale pájaro en la mano?...*
 A sarten te condeno; que mi panza
 No se llena jamas con la esperanza,

SAMANIEGO.

El Milano y las Palomas.

A las tristes Palomas un Milano,
 Sin poderlas pillar, seguia en vano:
 Mas él á todas horas
 Servia de Lacayo á estas Señoras.
 Un dia en fin hambriento é ingenioso
 Así las dice: ¿Amais vuestro reposo,

Vuestra seguridad, y conveniencia?
 Pues creedme en mi conciencia:
 En lugar de ser yo vuestro enemigo,
 Desde ahora me obligo,
 Si la banda por Rey me aclama luego,
 A tenerla en sosiego,
 Sin que de garra ó pico tema agravio:
 Pues tocante á la paz seré un Octavio.
 Las sencillas Palomas consintieron:
 Aclamanlo por Rey: *Viva*, dijéron,
Nuestro Rey el Milano.
 Sin esperar á mas, este tirano
 Sobre un vasallo mísero se planta:
 Dejalo con el *viva* en la garganta;
 Y continuando así sus tiranías,
 Acabó con el Reino en cuatro dias.
 Quien al poder se acoja de un malvado,
 Será en vez de feliz un desdichado.

SAMANIEGO.

Las dos Ranas.

TENIAN dos Ranas
 Sus pastos vecinos:
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.
 Cierta dia á esta
 Aquella le dijo:
 ¿Es creible, amiga,
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta
 Entre los peligros,
 Donde te amenazan,
 Al paso preciso,
 Los piés y las ruedas
 Riesgos infinitos?
 Deja tal vivienda:
 Muda de destino:
 Sigue mi dictámen,
 Y vente conmigo.
 En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió á su amiga:

¡Escelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya ¡que delirio!
Eso sí que fuera
Darme el Diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De Padres, Abuelos,
Y todos los míos,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas;
Mas ten entendido,
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oídos.
Recibir consejos
Es un desvarío.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

SAMANIEGO.

El Cordero y el Lobo.

Uno de los Corderos mamantones,
Que para los glotones
Se crían sin salir jamás al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta,
Que el caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba:

Sepa vm., Seor Lobo, que estoy preso,
 Porque sabe el Pastor que soy traviésio;
 Mas si él no fuese bobo,
 No habria ya en el Mundo ningun Lobo.
 Pues yo corriendo libre por los cerros,
 Sin Pastores ni Perros,
 Con sola mi pujanza y valentía
 Contigo y con tu raza acabaria.
 A Dios, exclamó el Lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza.
 Cuando este miserable me provoca,
 Es señal de que se halla de mi boca
 Tan libre como el Cielo de ladrones.
 Así son los cobardes fanfarrones,
 Que se hacen en los puestos ventajosos
 Mas valentones, cuanto mas medrosos.

SAMANIEGO.

El Hombre y la Pulga.

OYE, Júpiter Sumo, mis querellas,
 Y haz disparando rayos y centellas,
 Que muera este animal vil y tirano,
 Plaga fatal para el linage humano;
 Y si vos no lo haceis, Hércules sea
 Quien acabe con él y su ralea.
 Este es un hombre que á los Dioses clama,
 Porque una Pulga le picó en la cama;
 Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga,
 De este, que viva despulgando sayos;
 De aquel matando pulgas con sus rayos.

Tenemos en el Cielo los mortales
 Recurso en las desdichas y los males;
 Pues se suele abusar frecuentemente,
 Por lograr un antojo impertinente.

SAMANIEGO.

El Asno y Júpiter.

No sé como hay Jumento,
 Que teniendo un adarme de talento,
 Quiera meterse á Burro de Hortelano.
 Llevo á la Plaza desde muy temprano

Cada dia cien cargas de verdura:
 Vuelvo con otras tantas de basura;
 Y para minorar mi pesadumbre,
 Un Criado me azota por costumbre.
 Mi vida es esta, ¿que será mi muerte,
 Como no mude Júpiter mi suerte?
 Un Asno de este modo se quejaba.
 El Dios, que sus lamentos escuchaba,
 Al dominio lo entrega de un Tejero.
 Esta vida, decia, no la quiero;
 Del peso de las tejas oprimido,
 Bien azotado, pero mal comido,
 A Júpiter me voý, con el empeño
 De lograr nuevo Dueño.
 Enviólo á un Curtidor; entónces dice:
 Aun con este amo soy mas infelice.
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar á viejo,
 Y curtir al instante mi pellejo.
 Júpiter, por no oir tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas;
 Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
 Si le habla de mudanza de destino.

Solo en verso se encuentran los dichosos,
 Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
 La Espada por feliz tiene el Arado,
 Como el Remo á la Pluma y al Cayado;
 Mas se tienen por míseros en suma
 Remo, Espada, Cayado, Esteva, y Pluma.
 ¿Pues á que estado el hombre llama bueno?
 Al propio nunca; pero sí al ageno.

SAMANIEGO.

Los Ratones y el Gato.

MARRAMAQUIZ, gran Gato
 De nariz roma, pero largo olfato,
 Se metió en una casa de Ratones.
 En uno de sus lóbregos rincones
 Puso su alojamiento:
 Por delante de sí de ciento en ciento
 Les dejaba por gusto libre el paso,

Como hace el bebedor que mira al vaso;
 Y ensanchando así mas sus tragaderas,
 Al fin los elegia como peras:
 Este fué su ejercicio cotidiano;
 Pero tarde ó temprano,
 Al fin ya los Ratones conocían
 Que por instantes se disminuían.
 Don *Roepan*, Cacique el mas prudente
 De la Ratona gente,
 Con los suyos formó pleno consejo,
 Y dijo así con natural despejo:
 Supuesto, hermanos, que el sangriento Bruto,
 Que metidos nos tiene en llanto y luto,
 Habita el cuarto bajo,
 Sin que pueda subir, ni aun con trabajo,
 Hasta nuestra vivienda; es evidente,
 Que se atajará el daño, solamente
 Con no bajar allá de modo alguno.
 El medio pareció muy oportuno;
 Y fué tan observado,
 Que ya *Marramaquiz* el muy taimado
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió entre mil tretas
 La de colgarse por los piés de un palo
 Haciendo el muerto: no era el ardid malo;
 Pero Don *Roepan*, luego que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico á su agujero:
 Ola, dice, ¿que es eso, Caballero?
 ¿Estás muerto de burlas, ó de veras?
 Si es lo que yo rezelo, en vano esperas,
 Pues no nos contarémos ya seguros
 Aun sabiendo de cierto,
 Que eras de mas á mas de Gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros.
 Si alguno llega con astuta maña,
 Y una vez nos engaña;
 Es cosa muy sabida,
 Que puede algunas veces
 El huir de sus trazas y dobleces
 Valernos nada menos que la vida.

El Lobo y el Perro flaco.

DISTANTE de la Aldea,
Iba cazando un Perro
Flaco, que parecia
Un andante Esqueleto.
Cuando menos lo piensa,
Un Lobo lo hizo preso.
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
Decidme, Señor Lobo,
¿Que quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi dueño,
Y ha de haber para todos
Arroz, y Gallo muerto.
Dejadme ahora libre;
Que pasado este tiempo
Podrás comerme á gusto,
Lucio, gordo, y relleno.
Quedáron convenidos;
Y apenas se cumplieron
Los dias señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estabase en su casa
Con otro compañero,
Llamado Matalobos,
Mastin de los mas fieros:
Salen á recibirlo
Al punto que lo viéron,
Matalobos bajaba
Con corbatin de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos,
Y así por no gastarlos
Cedió de su derecho.
Huia, y lo llamaban;
Mas él iba diciendo,
Con el rabo entre piernas:
¿Piés, para que os quiero?

Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un Pájaro en la mano,
Que por el aire ciento.

SAMANIEGO.

El Lobo y el Perro.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio, sano, y bueno,
Que le dijo : Yo extraño
Que estés de tan buen año,
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mí mas pujante,
Mas osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El Perro respondió : Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado;
Servirás de Portero
A un rico Caballero,
Sin otro afán, ni mas ocupaciones,
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido:
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos, y rompiendo breñas;
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas, y calores.
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo por algun rezelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al Perro dijo : He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime : ¿ que es eso? Nada.

Dimelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:
Pero no me da pena;
Pues aunque por inquieto,
A ello estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis Señores;
Recibenme á sus piés de mil amores;
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado,
Aquel un hueso poco descarnado.
Y aun un gloton que todo se lo traga,
A lo menos me halaga
Pasandome la mano por el lomo;
Yo menco la cola, callo, y como.
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero, por fin y postre; tú estás preso;
Jamás sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el Pueblo pasa.
Es así. Pues, amigo,
La amada libertad que yo consigo,
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente;
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas, y huesos; porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.

SAMANIEGO.

La Pava y la Hormiga.

AL salir con las yuntas
Los criados de Pedro
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los Pavipollos
Con su madre se fuéron
Aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decía á sus polluelos:

Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed hormigas,
 Y no tengais rezelo,
 Que yo tambien las como:
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos mios:
 ¡O que dias los nuestros,
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos Cocineros!
 Los hombres nos devoran,
 Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber Pavos muertos.
 ¡Que pocas Navidades
 Contáron mis abuelos!
 ¡O glotones humanos,
 Cruels carniceros!
 Mientras tanto una Hormiga
 Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 ¡Ola! con que los hombres
 Son crueles, perversos:
 ¿Y que seréis los Pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¡Que digo! á todo el pueblo
 Solo por desayuno
 Os le vais engullendo.
 No respondió la Pava
 Por no saber un cuento,
 Que era entónces del caso,
 Y ahora viene á pelo.
 Un Gusano roía
 Un grano de centeno:
 Viéronlo las Hormigas:
 ¡Que gritos! ¡que aspavientos!
 Aquí fué Troya (dicen):
 Muere, pícaro perro.

¿Y ellas que hacian? Nada:
 Robar todo el granero.

Hombres, Pavos, Hormigäs,
 Segun estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo;
 Pero el delito propio
 No mas que pasatiempo.

SAMANIEGO.

La Mariposa y el Caracol.

AUNQUE te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo á los cuernos de la Luna,
 Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
 Tanto como eres grande serás necio.
 ¡Que! ¿te irritas? ¿te ofende mi language?—
 No se habla de ese modo á un personage.—
 Pues haz cuenta, Señor, que no me oiste,
 Y escucha á un Caracol. Vaya de chiste.

En un bello jardin cierta mañana
 Se puso muy ufana
 Sobre la blanca Rosa
 Una recién nacida Mariposa.
 El sol resplandeciente
 Desde su claro oriente
 Los rayos esparcia:
 Ella á su luz las alas estendia,
 Solo porque envidiasen sus colores
 Manchadas aves, y pintadas flores.
 Esta vana, preciada de belleza,
 Al volver la cabeza
 Vió muy cerca de sí sobre una rama
 A un pardo Caracol. La bella dama
 Irritada exclamó: ¿Como, grosero,
 A mi lado te acercas? Jardinero,
 ¿De que sirve que tengas con cuidado
 El jardin cultivado,
 Y guardes tu desvelo
 La rica fruta del rigor del hielo,

Y los tiernos botones de las plantas,
 Si ensucia y come todo cuanto plantas
 Este vil Caracol de baja esfera?
 O matalo al instante, ó vaya fuera.
 Quien ahora te oyese,
 Si no te conociese,
 (Respondió el Caracol) en mi conciencia,
 Que pudiera temblar en tu presencia.
 Mas dime, miserable criatura,
 Que acabas de salir de la basura,
 ¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias,
 Que gustosa solias
 Como humilde reptil andar conmigo,
 Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
 ¿No es tambien evidente,
 Que eres por línea recta descendiente
 De los Orugas, pobres hilanderos,
 Que mirandose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tejian
 Un fardo, en que el invierno se metian,
 Como tú te has metido,
 Y aun no hace cuatro dias que has salido?
 Pues si este fué tu origen y tu casa,
 ¿Por que tu ventolera se propasa
 A despreciar á un Caracol honrado?
 El que tiene de vidrio su tejado,
 Esto logra de bueno
 Con tirar las pedradas al ageno.

SAMANIEGO.

El Gato y el Cazador.

CIERTO Gato en poblado descontento,
 Por mejorar sin duda de destino,
 (Que no seria Gato de convento)
 Pasó de ciudadano á campesino.
 Metióse santamente
 Dentro de una covacha; mas no lejos
 De un gran soto poblado de Conejos.
 Considere el lector piadosamente
 Si el novel ermitaño
 Probaria la yerba en todo el año.

Lo mejor de la caza devoraba,
 Haciendo mil escesos;
 Mas al fin por el rastro que dejaba
 De plumas y de huesos,
 Un Cazador lo advierte : le persigue :
 Arma trampas y redes con tal maña,
 Que al instante consigue
 Atrapar la carnívora alimaña.
 Llegase el Cazador al prisionero :
 Quiere darle la muerte :
 El animal le dice : Caballero,
 Duelase de la suerte
 De un triste pobrecito,
 Metido en la prision, y sin delito. —
 ¿Sin delito me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes? —
 Señor, eran Conejos y Perdices;
 Y yo no hacia mas, á fé de Gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato. —
 Ea, pícaro, muere,
 Que tu mala razon no satisface.
 ¿Con que sea la cosa que se fuere,
 La podrá vm. hacer, si otro la hace?

SAMANIEGO.

El Erudito y el Raton.

En el cuarto de un célebre Erudito
 Se hospedaba un Raton, Raton maldito,
 Que no se alimentaba de otra cosa
 Que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un Gatazo el vigilante zelo
 Pudo llegarle al pelo,
 Ni estrañas invenciones
 De varias é ingeniosas ratoneras,
 O el rejalgár en dulces confecciones
 Curar lograron su incesante anhelo
 De registrar las doctas papeleras,
 Y acribillar las páginas enteras.

Quiso luego la trampa
 Que el perseguido Autor diese á la estampa
 Sus obras de elocuencia y poesía:

Y aquel bicho travieso,
 Si ántes lo manuscrito le roía,
 Mucho mejor roía ya lo impreso.
 ¡ Que desgracia la mía!
 (El Literato esclama) ya estoy harto
 De escribir para gente roedora;
 Y por no verme en esto, desde ahora
 Papel blanco, no mas, habrá en mi cuarto.
 Yo haré que este desórden se corrija....
 Pero sí: la traidora sabandija,
 Tan hecha á malas mañas, igualmente
 En el blanco papel hincaba el diente.

El Autor, aburrido,
 Echa en la tinta dósis competente
 De soliman molido;
 Escribe (yo no sé si en prosa ó verso):
 Devora, pues, el animal perverso;
 Y revienta por fin.... ¡ Feliz receta!
 Dijo entónces el crítico Poeta:
 Quien tanto roe, mire no le escriba
 Con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera;
 Pero usarla conviene mas severa
 Contra censura injusta y ofensiva,
 Cuando no hablar con sincero denuedo
 Poca razon arguye, ó mucho miedo.

YRIARTE.

La Oruga y la Zorra.

Si se acuerda el Lector de la tertulia
 En que, á presencia de animales varios,
 La Zorra adivinó por que se daban
 Elogios Avestruz y Dromedario;
 Sepa que en la mismísima tertulia
 Un dia se trataba del Gusano
 Artífice ingenioso de la seda,
 Y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo;
 Examinanle; crecen los aplausos;
 Y aun el Topo, con todo que es un ciego,
 Confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincon la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.

Preguntabanse, pues, unos á otros:

¿Por que este miserable Gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos?

Saltó la Zorra, y dijo: ¡Pese á mi alma!
El motivo no puede estar mas claro.

¿No sabeis, compañeros, que la Oruga
Tambien labra capullos, aunque malos?

Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Quereis un buen consejo? Pues, cuidado.
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagais mas que contarles este caso.

YRIARTE.

La Espada y el Asador.

Sirvió en muchos combates una espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La mas famosa que salió de mano
De insigne fabricante Toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, á parar (¡quien lo diria!)
A un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada
Por mandado de su amo el posadero,
Que debia de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina;
Atravesó con ella una gallina;
Y heteme un asador hecho y derecho,
La que una espada fué de honra y provecho.

Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierta recien llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente

Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.

Un asador que en su cocina habia
Luego desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se le vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué ignoranton el posadero.

¿Mas de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas:
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

YRIARTE.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS

EN EL SEGUNDO TOMO.

CAPITULO DÉCIMO.

NARRACIONES.

T ENTATIVA contra Granada hecha por los Moriscos rebeldes. — HURTADO DE MENDOZA, <i>Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada</i> . Pág.	1
Batalla y toma del Peñon de las Guajaras por el Marques de Mondejar. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	7
Empresa de Valor, y rota de los Españoles. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	11
Asesinato de los Moros que se hallaban en las cárceles de Granada, por el pueblo y los Ministros de la Chancillería. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	13
Espulsion de los Moriscos del reino de Granada. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	14
Empresa del fuerte de Frejiliana. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	16
Asesinato de Aben Humeya. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	18
Reconocimiento del fuerte de Calalui por el Duque de Arcos. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	23
Batalla del fuerte de Istan. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	24
Principio de la guerra civil de las Alpujarras. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	29
Batalla de Poqueira. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	31
Injusticias cometidas con los Moriscos de Granada. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	32
Encuentro de Sulpicia en la mar por Periandro. — CERVANTES, <i>Persiles y Sigismunda</i> .	33
Traicion del Rey Policarpo, y fuga de Periandro y Auristela. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	36
Burla hecha por la abuela de Preciosa á un gorrero de Sevilla. — EL MISMO, <i>Novelas</i> .	37
Casamiento del Alferez Campuzano con Doña Estefanía de Caicedo. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	38

Aventura de la Colindres, y del Alguacil amo de Berganza. — CERVANTES,	
<i>Novelas</i>	41
— De la Cañizares, vieja y hechicera. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	45
Como Don Quijote fué armado caballero. — EL MISMO, <i>Don Quijote,</i>	
<i>parte I, cap. 3</i>	47
Aventura de los Frailes de San Benito. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I, cap. 8.</i>	53
— De Maritórnes y el Arriero. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I, cap. 16.</i> ..	55
Principio de la aventura de los Batanes. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I,</i>	
<i>cap. 20.</i>	58
Hallazgo que hizo Sancho de su rucio. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I, cap. 30.</i>	60
Aventura de los cueros horadados. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I, cap. 35.</i> ..	61
— De Don Quijote y los Cuadrilleros. — EL MISMO, <i>ibidem, parte I,</i>	
<i>cap. 45 y 46.</i>	65
De la primera conferencia de Motezuma con Hernan Cortés. — SOLÍS,	
<i>Historia de la conquista de Méjico.</i>	68
Acometimiento de dos Indios á dar muerte á Hernan Cortés. — EL MISMO,	
<i>ibidem</i>	70
Coronacion del nuevo Rey de Tezcuco. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	70
Funcion de Capistlan. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	71
Sitio y destruccion de Sagunto. — MARIANA, <i>Historia de España.</i>	73
Destruccion de Numancia. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	78
Principios del reinado del Rey Witiza. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	79
— Del reinado del Rey Don Rodrigo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	82
Batalla del Guadalete. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	83
Conquista de la ciudad de Toledo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	85
Alboroto de los Moros de Toledo, por haberles quitado su Mezquita contra	
lo pactado en la capitulacion de la ciudad. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	90
Batalla de las Navas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	93
Principio de la restauracion de España. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	97
Estado de España al principio del reinado de Don Fernando cuarto. — EL	
MISMO, <i>ibidem</i>	99
Revueltas de Castilla durante la menor edad de Alfonso undécimo. — EL	
MISMO, <i>ibidem</i>	100
Ceremonia con que se creaban los Condes en Castilla en el siglo XIV. —	
EL MISMO, <i>ibidem</i>	101
Casamiento engañoso de Don Pedro el Cruel con Doña Juana de Castro.	
— EL MISMO, <i>ibidem</i>	102
Proclamacion del Maestre de Avis por Rey de Portugal. — EL MISMO, <i>ibid.</i>	103
De un caso sucedido á Enrique tercero. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	104
Batalla del monte de Elvira. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	107
Deposicion del Rey Don Enrique cuarto por los rebeldes juntos en Avila. —	
EL MISMO, <i>ibidem</i>	109

Alboroto del populacho de Lisboa contra los Judíos. — MARIANA, <i>Historia de España</i> .	110
Historia de las Bacanales. — FEIJOO, <i>Cartas críticas</i> , tomo 4, carta 16, <i>De los Franc-masones</i> .	111
Burla hecha por Pablos al ama de su posada. — QUEVEDO, <i>La vida del Gran Tacaño</i> .	113
Milagro de un Buldero en un lugar donde no querian tomar la bula. — HURTADO DE MENDOZA, <i>Vida de Lazarillo de Tormes</i> .	115

CAPITULO XI.

CUENTOS Y FABULAS.

Cuento del Loco y el Perro. — CERVANTES, <i>Don Quijote</i> , parte II, <i>Prólogo</i> .	122
— De un Loco de Sevilla. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 1.	123
— Del Burro perdido y los dos Regidores. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 25.	126
— Del Hidalgo y del Labrador su convidado. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 31.	130
Historia de la Peña de los Enamorados. — MARIANA, <i>Historia de España</i> .	132
Alegoría de los conocimientos sólidos y de los imaginarios. — FEIJOO, tomo 5, disc. 9, <i>el Gran Magisterio de la experiencia</i> .	133

CAPITULO XII.

MORAL FILOSOFICA.

Sobre el peligro de probar el recato de la muger propia. — CERVANTES, <i>Don Quijote</i> , parte I, cap. 33.	138
De la pasion de cobrar fama. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 8.	144
Requisitos de un buen matrimonio. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 22.	146
Consejos de Don Quijote á Sancho para el buen gobierno de su ínsula. — EL MISMO, <i>ibidem</i> , parte II, cap. 42 y 43.	148
Que se debe decir la verdad á los Príncipes. — MARIANA, <i>Historia de España</i> .	152
Reflexiones sobre los inconvenientes que resultan de desmembrar los imperios. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	153
Sobre la crianza de los Príncipes. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	154
Ambicion, Avaricia, y Lascivia. — FEIJOO, tomo 1, disc. 2, <i>Virtud y vicio</i> .	156
Diferencia de la política recta y la política torcida. — EL MISMO, tomo 1, disc. 4, <i>la Política mas fina</i> .	159
Sobre la Hipocresía. — EL MISMO, tomo 4, disc. 1, <i>Virtud aparente</i> .	160
Invectiva contra los Españoles descubridores del Nuevo-Mundo. — EL MISMO, tomo 4, disc. 9, <i>Fábula de las Batuecas</i> .	169

Sobre la usurpacion del mando. — FÉJOO, <i>tomo 1, disc. 4, la Política mas fina</i>	172
Ruinosos fundamentos de la mala opinion que se forman los hombres unos de otros. — EL MISMO, <i>Cartas críticas, tomo 5, carta 16, Sobre interpretar acciones ajenas</i>	174
Sátira, con capa de defensa, de la tiranía. — QUEVEDO, <i>el Entremetido, la Dueña, y el Soplon</i>	177
Reflexiones sobre la muerte. — EL MISMO, <i>el Rómulo</i>	178
— Sobre la ira. — EL MISMO, <i>la Cuna y la Sepultura</i>	179
Carácter de los Reyes segun la Escritura. — EL MISMO, <i>Política de Dios y gobierno de Cristo, parte I</i>	181
De las miserias de la vida humana. — LOPE DE VEGA, <i>el Peregrino en su patria, libro 2</i>	182
Misericordias de la vida humana. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Esposicion de Job</i>	183
Ventajas que saca el amor pastoril al de las ciudades. — EL MISMO, <i>Nombres de Cristo</i>	184
Sobre las leyes que irrogan afrenta á las familias. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	185
Sobre la economía de las mugeres. — EL MISMO, <i>la Perfecta casada</i>	187
Exhortacion á las madres á que crien á sus hijos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	188
Traduccion de un pasage de Ciceron sobre la Providencia divina. — FRAY LUIS DE GRANADA, <i>Introduccion del Símbolo de la fé, parte I</i>	194

CAPITULO XIII.

MORAL RELIGIOSA.

Que todo fué ordenado para Cristo. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Nombres de Cristo</i>	201
Por que Cristo es llamado Pastor. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	203
Fecundidad y eficacia de la palabra de Dios. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	205
Comparacion del alma enamorada de Dios con el leño abrasado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	207
Descripcion del Juicio final. — FRAY LUIS DE GRANADA, <i>Tratado de la Oracion, parte I</i>	208
Estragos causados en el hombre por el pecado original. — EL MISMO, <i>Tratado 6, del Vita Cristi</i>	217

POESIA SAGRADA.

CAPITULO PRIMERO.

POESIA EPICA.

Lamentos de Job sobre las miserias de la vida. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Esposicion de Job</i>	225
--	-----

Grandeza de la divina Providencia. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Exposicion de Job</i>	227
— De los males que envía Dios á los humanos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	229
De la nada de la vida y lo deleznable de los placeres. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	232
Que los malos son siempre desdichados en este mundo. — EL MISMO, <i>ibid</i> .	233
Que los males de este mundo no son prueba de la malicia del que los padece. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	235
Pruebas de que los males los da Dios siempre en castigo del pecado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	236
Descripcion de lo que padecia Job, y esperanza suya de verse libre de sus desdichas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	238
— Del castigo de los malos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	240
Que los juicios de Dios siempre son justos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	242
Que Dios no puede menos de premiar á los buenos y castigar á los malos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	244
Sabiduría de Dios en las obras de la naturaleza. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	246
Providencia de Dios, manifestada en el mantenimiento de los animales. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	248
Fuerza de algunas fieras criadas por Dios. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	251
Magnificencia de Dios en sus obras. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	253
Entrada de Cristo en el Infierno. — QUEVEDO, <i>Poesías</i>	255

CAPITULO II.

POESIA LIRICA.

Magestad y terribleza de Dios. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Exposicion de Job</i> .	261
Maravillas de la Creacion. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	262
Bodas místicas del esposo y la esposa. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	264
Oda. A Santiago. — EL MISMO, <i>Poesías</i>	266
— La mocedad perdida. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	270
Cancion á la victoria de Lepanto. — HERRERA, <i>Poesías</i>	272
— A la muerte del Rey Don Sebastian. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	278
Oda. A Cristo crucificado. — MARCHENA, <i>Poesías manuscritas</i>	280

CAPITULO III.

POESIA DIDACTICA.

Máximas de moral. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Traduccion del último capítulo de los Proverbios</i>	284
--	-----

POESIA PROFANA.

CAPITULO PRIMERO.

POESIA EPICA.

Asamblea de los Espíritus inmundos para impedir el triunfo de los Cristianos. — CRISTOBAL DE MESA, <i>las Navas de Tolosa</i>	287
Combate de un Cristiano y un Moro. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	290
Apóstrofe á la libertad. — MARCHENA, <i>la Patria á Ballesteros, poema heroico</i>	294
De la Inquisicion. — EL MISMO.....	295

CAPITULO II.

POESIA LIRICA.

Oda. Vida del campo. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Poesias</i>	296
— Profecía del Tajo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	298
— Noche serena. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	300
— Contemplacion del órden del Universo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	302
Redondillas. A una desdenosa. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	304
Oda. Al moderado y constante. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	306
— Las Sirenas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	307
— A un Juez avaro. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	309
— Al apartamiento. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	310
— Traduccion de la 12. ^a de Horacio, lib. 2. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	312
— Descripcion de la naturaleza. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	312
— Vida rústica. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	317
Cancion. La Esperanza. — LUPERCIO DE ARGENSOLA, <i>Poesias</i>	319
— El himeneo de Amarilis. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	320
Traduccion de la Oda de Horacio: <i>Beatus ille</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	323
Romance. Pintura de dos hermosas. — BARTOLONÉ DE ARGENSOLA, <i>ibidem</i>	325
Elegía. Rendimiento enamorado. — HERRERA, <i>ibidem</i> , tomo 1.....	326
Cancion. Al Rey Don Fernando el Santo, conquistador de Sevilla. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	330
— Al Sueño. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	332
Elegía. Gustos de amor. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	334
— Al Desengaño. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	336
— A Don Juan de Austria, vencedor de la batalla de Lepanto. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	340

Traduccion de un trozo de la Elegía 3ª, lib. 2 de Tibulo. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Poesías</i>	344
— De un trozo de la Elegía 1ª, lib. 2 de Tibulo sobre el Amor. — MAR-CHENA, <i>Poesías manuscritas</i>	345
Elegía á Licoris. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	346
Silva. A la Rosa. — RIOJA, <i>Poesías</i>	348
— Al Jazmin. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	349
— A la Pobreza. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	350
— Al Fuego. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	353
Cancion. A las ruinas de Itálica. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	354
Oda. A la flor de Cnido. — GARCILASO, <i>ibidem</i>	356
Cancion á una Cierva herida. — EL BACHILLER FRANCISCO DE LA TORRE, <i>ibid.</i>	359
Oda. A Filis, exhortandola á gozar de su edad florida. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	361
— A Tirsis, persuadiendole á no esponer su nave á la braveza del mar airado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	362
— A Filis. Elogio de la medianía. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	363
— A Filis. La Primavera. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	364
Endechas. Duelos de un amante desdeñado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	366
Anacreóntica. A un pajarillo. — VILLEGAS, <i>ibidem</i>	367
— A Lidia que ha robado las flechas del Amor. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	368
— Traduccion de Anacreonte á un Platero. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	368
Romance morisco. Los primeros amores de una Mora. — GONGORA, <i>ibidem</i> .	369
Romance. El bien y el mal. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	371
— La Inconstancia. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	372
Romance morisco. Juegos de cañas en Granada. — GINES PEREZ DE HITA, <i>Historia de las guerras civiles de Granada</i>	374
— Fiesta de toros en Granada. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	377
— Muerte dada por Gazul al novio de Zaida. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	378
Otro al mismo asunto. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	381
Anacreóntica. Los cantares del Poeta. — MELENDEZ VALDES, <i>Poesías</i>	383
— Los labios de Dorila. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	384
— A las abejas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	385
— Albergue del Amor. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	386
— El Amor fugitivo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	387
— Los hoyos de las mejillas de Dorila. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	388
Romances. Rosana en los fuegos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	389
— La noche de los fuegos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	391
Elegía. Los combates del hombre dentro de sí mismo. — EL MISMO, <i>ibidem</i> .	393
Idilio. Brevedad de la hermosura. — QUEVEDO, <i>ibidem</i>	398
Cancion. Llamamiento á su amada. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	399
Silva. Exhortacion á una nave á que no se aventure al mar. — EL MISMO, <i>ibid.</i>	401
Elegía. Vanidad del poder y la grandeza. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	403

CAPITULO III.

POESIA TRAGICA.

Descripcion de la batalla del Guadalete en boca de Pelayo. — DON NICOLAS MORATIN, <i>Hormesinda, tragedia</i>	405
Pintura de la muerte de Aquiles en boca de Polixena. — MARCHENA, <i>Polixena, tragedia</i>	409
— Del sacrificio de Polixena en boca de Elpenor, confidente de Pirro. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	409
Pirro, prendado de Polixena, insta á esta para que le dé la mano de esposa, mientras que el campo griego pide su muerte. Escena 2 del acto 1 de Polixena. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	410
Sueño presago de Polixena. Escena 2 del acto 3. — EL MISMO, <i>ibidem</i> ...	415

CAPITULO IV.

POESIA COMICA.

Sobre los viejos que se casan con niñas. Escena 6, acto 2, <i>del Viejo y la Niña</i> . — DON LEANDRO MORATIN, <i>comedias</i>	416
Una vieja, fatua y casquivana, embromada por un Buscon. Escena 10 del acto 1 <i>del Baron</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	421
Una Hipócrita que quiere engañar á un hombre sensato. Escena 4 del acto 3 <i>de la Mogigata</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	428
Pintura de caracteres ridículos. Escena de la primera jornada de <i>De fuera vendrá quien de casa nos echará</i> . — DON AGUSTIN MORETO, <i>ibidem</i>	435
Encuentro de dos militares con una vieja y su sobrina. Escena de la primera jornada de <i>De fuera vendrá quien de casa nos echará</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	439
Coloquio entre una dama que quiere enamorar á un galan, y el galan que se finge desamorado. Escena de la segunda jornada <i>del Desden con el Desden</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	453
— De dos amantes zelosos. Escena de la segunda jornada de <i>Los Empeños de un acaso</i> . — CALDERON, <i>ibidem</i>	459
Lance con un niño trecemesino. Escena de la primera jornada de <i>Dar tiempo al tiempo</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	464
Zelos satisfechos. Escena de la primera jornada de <i>Dar tiempo al tiempo</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	468
El padre de una dama, en cuya casa se ha refugiado otra amiga suya huyendo de un hermano á quien ha agraviado, la disculpa con este. Escena de la segunda jornada de <i>Dar tiempo al tiempo</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i> ...	476

Exhortacion que hace un padre á su hijo para que se enmiende en sus vicios.	
Escena de la segunda jornada de <i>Las tres Justicias en una</i> . — CALDERON, comedias.	482
Pintura de la guerra de los Moriscos de las Alpujarras. Escena de la segunda jornada de <i>Amar despues de la muerte</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	483
Bizarria de un Caballero en un desafio. Escena de la segunda jornada de <i>El postrer duelo de España</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	488
Exhortacion de una dama á su galan á que venga su honor. — Escena de la segunda jornada de <i>El postrer duelo de España</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	492
Estravagancia de las modas. Escena de la segunda jornada de <i>Eco y Narciso</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	494
Soliloquio de un Noble agraviado en su honor por su muger. Escena de la tercera jornada de <i>A secreto agravio secreta venganza</i> . — EL MISMO, <i>ibid</i>	494
Diálogo de un forastero en Madrid con un amigo suyo agudo y maldiciente. Escena de la primera jornada de <i>Mañanas de Abril y Mayo</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	496
Definicion de la Milicia. Escena de la primera jornada de <i>Para vencer Amor querer vencerle</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	498
Visita en casa de una amiga de una hermosa necia, y una discreta sin hermosura. Escena de la primera jornada de <i>Cual es mayor perfeccion</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	499
Descripcion de una presumida de hermosa y discreta. Escena de la primera jornada de <i>No hay burlas con el Amor</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	504
Desenfado de un hombre que no gusta de embobarse con damas melindrosas. Escena de la segunda jornada de <i>No hay burlas con el Amor</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	506
Visita hecha por Alejandro á Diogenes. Escena de la segunda jornada de <i>Darlo todo y no dar nada</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	508
Coloquio definiendo el Amor entre una dama y su criada. Escena de la segunda jornada de <i>El Amor al uso</i> . — SOLÍS, <i>ibidem</i>	516
Pintura hecha por un galan de los lances de un galanteo á una dama que le habia prendado. Escena de la primera jornada de <i>Un bobo hace ciento</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	519
Zelos que pide un galan y su dama. Escena de la segunda jornada de <i>Un bobo hace ciento</i> . — EL MISMO, <i>ibidem</i>	523

CAPITULO V.

POESIA SATIRICA.

Engaños del as mugeres. — LUPERCIO DE ARGENSOLA, <i>Poesías</i>	527
Pintura de la disolucion de Mesalina. — QUEVEDO, <i>ibidem</i>	532

CAPITULO VI.

POESIA DIDACTICA.

Descripcion de la edad de hierro que sucedió á la de oro. <i>Trad. del libro primero de las Geórgicas de Virgilio.</i> — FRAY LUIS DE LEON, <i>Poesías</i> ...	533
— De una tormenta. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	535
— De las guerras civiles de Roma. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	535
Elogio de Italia. <i>Traduccion del segundo libro.</i> — EL MISMO, <i>ibidem</i>	538
Sobre la educacion de los hijos. — BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA, <i>ibidem</i>	540
Que los deleites de la opinion son engañosos. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	544
Apólogo de los dos ratones. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	545
Preceptos para escribir en verso. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	547
Otras reglas de poesía. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	552
Epístola á Don José Lanz, sobre la libertad política. — MARCHENA, <i>Poesías manuscritas</i>	560
— Sobre la vida del Filósofo. — RIOJA, <i>Poesías</i>	564
Descripcion de los efectos de la tinta. — PABLO DE CESPEDES, <i>poema de la Pintura</i>	569
Prosopopeya á Micael Angel. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	572
Pintura de un caballo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	572
Discurso. Sobre el orden del universo. — MELENDEZ VALDES, <i>Poesías</i>	574
Origen de la caza. — DON NICOLAS MORATIN, <i>el Arte de la caza, canto 1.</i> ..	585
Pintura de Diana. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	587
Elogio de los cazadores. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	588

CAPITULO VII.

POESIA JOCOSA.

Romance. A los compositores de romances moriscos. — GONGORA, <i>Poesías</i> .	591
Soneto. Felicidad de un marido condescendiente. — QUEVEDO, <i>ibidem</i> ...	593
Rapto de Zapaquilda por Marramaquí. — LOPE DE VEGA, <i>Gotomaquia</i> ...	594

CAPITULO VIII.

POESIA PASTORAL.

Egloga. Salicio. — GARCILASO, <i>Poesías</i>	598
--	-----

CAPITULO IX.

POESIAS SUELTAS.

Epitafio del Príncipe Don Carlos, hijo de Felipe segundo. — FRAY LUIS DE LEON, <i>Poesías</i>	609
---	-----

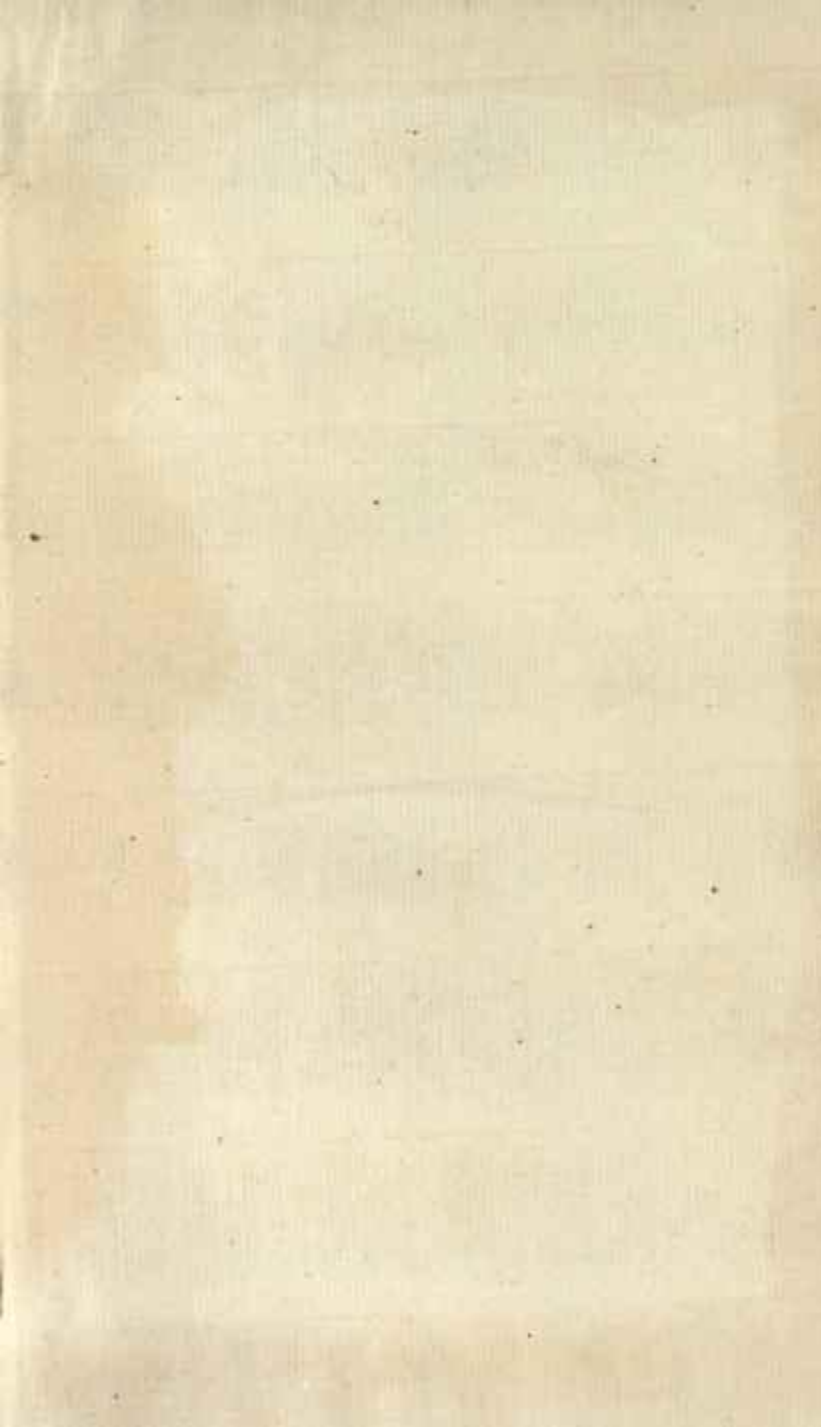
Soneto. El Sueño. — LUPERCIO DE ARGENSOLA, <i>Poesías</i>	609
— A las ruinas de Sagunto. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	610
— A la medianía. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	610
— Del amor satisfecho. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	610
— La perfecta hermosura. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	611
— La edad madura de un enamorado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	611
— Sentimiento de una muger que empieza á ser vieja mirandose á una fuente. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	612
— Porfía de un enamorado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	612
— Zelos de Aquiles. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	613
— A una dama que se vestia de hombre. — BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA, <i>ibidem</i>	613
— Pintura de una hermosa tonta. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	613
— La Providencia. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	614
— Sobre la astrología. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	614
— Sobre los agujeros. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	615
— A un dichoso. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	615
— Los dos principios del hombre. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	615
— A la victoria de Lepanto. — HERREIRA, <i>ibidem</i>	616
— Al Amor. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	616
— A Marco Bruto. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	617
— A una vid. — RIOJA, <i>ibidem</i>	617
— Imitacion de Horacio. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	617
— Exhortacion á amar. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	618
— De un naufragio. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	618
— Consuelo á una hermosura eclipsada por la edad. — EL MISMO, <i>ibid.</i>	619
— A las ruinas de una ciudad sepultadas en el mar. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	619
— A las ruinas de la Atlántida. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	619
— A la fugacidad del tiempo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	620
— A un ánimo incontrastable. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	620
— A un bien perdido. — GARCILASO, <i>ibidem</i>	621
— A las honras funerales de Felipe segundo en Sevilla. — CERVANTES, <i>ibid.</i>	621
— A una hermosura. — GONGORA, <i>ibidem</i>	622
Letrilla. La Flor del Zurguen. — MELENDEZ VALDES, <i>ibidem</i>	622
Soneto. Injusticia en la distribucion de premios y castigos. — QUEVEDO, <i>ibid.</i>	624
— Reto de Epicteto á Júpiter. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	624
— Al tiempo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	625
— Arrepentimiento de un desengañado. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	625
— Comparacion de un amante agraviado, con un toro zeloso. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	626
Epigrama. A la traduccion de la tragedia de la Muerte de Cesar de Voltaire por Urquijo. — MARCHENA, <i>Poesías inéditas</i>	626

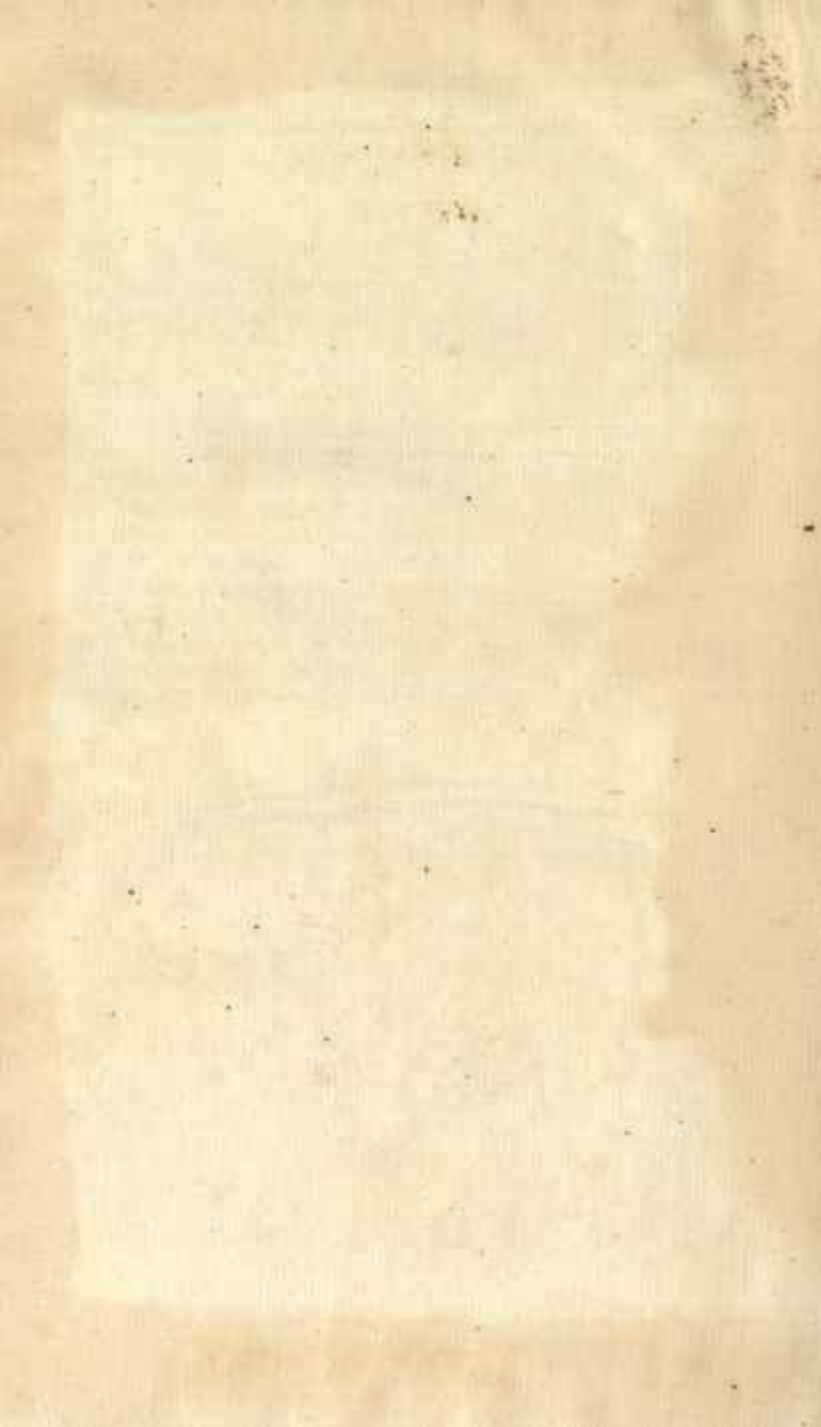
CAPITULO X.

APOLOGOS.

El Raton de la Corte y el del Campo. — SAMANIEGO, <i>Fábulas</i>	627
La Lechera. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	628
El Pescador y el Pez. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	629
El Milano y las Palomas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	629
Las dos Ranas. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	630
El Cordero y el Lobo. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	631
El Hombre y la Pulga. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	632
El Asno y Jupiter. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	632
Los Ratones y el Gato. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	633
El Lobo y el Perro flaco. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	635
El Lobo y el Perro. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	636
La Pava y la Hormiga. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	637
La Mariposa y el Caracol. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	639
El Gato y el Cazador. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	640
El Erudito y el Raton. — YRIARTE, <i>ibidem</i>	641
La Oruga y la Zorra. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	642
La Espada y el Asador. — EL MISMO, <i>ibidem</i>	643

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.





26
al